

el **MUNDO** al borde
de la **GUERRA**
NUCLEAR



Conferencia Tripartita, 1992

Edición: *Yenny Helguera*
Diseño: *Laura Quesada*
Corrección: *Maykel Reyes*
Composición: *Cecilia Ponce*

© Conferencia Tripartita, 2013
© Sobre la presente edición:
Editora Política, 2013

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción, total o parcial, de esta obra sin la autorización de la Editora.

ISBN 978-959-01-0943-0

Editora Política
Email: editora@epol.cc.cu
publicaciones@epol.cc.cu
Internet: www.editpolitica.cu
www.pcc.cu
Belascoaín No. 864, La Habana, Cuba

NOTA AL LECTOR

Entre el 9 y el 12 de enero de 1992 tuvo lugar, en el Palacio de las Convenciones de La Habana, la tercera Conferencia Tripartita, donde veteranos y académicos —de Cuba, Estados Unidos y la extinta Unión Soviética— se reunieron para analizar los acontecimientos ocurridos en octubre de 1962. Dos eventos similares también se efectuaron en Moscú, en 1989, y en Antigua y Barbuda, en 1991. Sin embargo, la reunión de La Habana tuvo el aliciente principal de la presencia y participación del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, único dirigente principal vivo de uno de los tres países directamente envueltos en el conflicto.

Este hecho ha sido uno de los más estudiados, de forma conjunta, entre participantes importantes que tuvieron responsabilidades en la toma de decisiones de las tres partes, tanto desde el punto de vista histórico, político, militar y psicológico, con el propósito de sacar experiencias que puedan servir para los líderes mundiales del presente y del futuro.

En tal sentido, durante el desarrollo de este evento se prestó especial atención a valorar cómo las acciones de uno han impactado en el otro y sus reacciones.

Cuba, escenario principal de esa confrontación, por ser un pequeño país, con una población mucho menor, no dejó de desempeñar un trascendental papel en ese conflicto, no fue un simple concurrente. La dirección revolucionaria cubana defendió con dignidad y valor el derecho de su país a la autodeterminación y soberanía nacional frente a la actuación de las dos superpotencias; enfrentó con entereza la política prepotente y de fuerza de Estados Unidos y discutió, basada en su razón y derecho, las discrepancias surgidas en medio del conflicto con la Unión Soviética por la forma unilateral e inconsulta que empleó en la solución negociada de la crisis.

A la cita de La Habana de 1992, por la parte estadounidense acudieron, entre otras personalidades de la administración Kennedy, el entonces secretario de Defensa Robert S. McNamara; el subdirector (Inteligencia) de la CIA Ray S. Cline; el secretario asistente de Estado para Asuntos Interamericanos Edwin M. Martin; el asesor especial del presidente Kennedy, Arthur M. Schlesinger; el asistente especial del general Maxwell D. Taylor —presidente de la junta de jefes de estado mayor—, general retirado William Y. Smith; y el analista de Inteligencia del departamento de Estado Raymond L. Garthoff. Además, profesores e investigadores de importantes centros docentes y de investigación de política internacional como: Bruce J. Allyn, director de programa, Grupo de Dirección de Conflicto, del colegio de gobierno John F. Kennedy, Cambridge, Massachussets; R. Scout Armstrong, fundador del Archivo de Seguridad Nacional de la Universidad George Washington; James G. Blight, director del Proyecto EE.UU.-Rusia-Cuba, en el Centro para el Desarrollo de Política Extranjera de la Universidad de Brown; Philip Brenner,

quien preside el departamento de Política Internacional y Extranjera de Universidad Americana; Jorge I. Domínguez, profesor y miembro del consejo ejecutivo del Centro para Asuntos Internacionales de la Universidad de Harvard; Robert A. Pastor, profesor de Ciencias Políticas de la Universidad de Emory y miembro del Centro Carter; y David A. Welch, profesor de Ciencias Políticas de la Universidad de Toronto, Canadá.

Mientras que la representación rusa estuvo encabezada por Oleg Troyanovsky, quien fuera asistente especial de Nikita Jruschov para asuntos internacionales; Alexandr Alexéiev, embajador soviético en Cuba durante la crisis; general (r) Anatoli I. Gribkov, oficial de la dirección de operaciones del estado mayor central de la Fuerzas Armadas de la URSS y representante del ministro de Defensa soviético en Cuba; general (r) Georgi M. Titov, jefe de operaciones de la jefatura de agrupación de las tropas soviéticas en Cuba; y Oleg Darusénkov. Entre los académicos estuvieron Serguei N. Jruschov, hijo del entonces dirigente principal de la URSS, biógrafo e historiador de la dirección soviética durante los años de su padre en el poder; Sergo A. Mikoyán, hijo del viceprimer ministro soviético y editor jefe de la revista América Latina; y Félix N. Kovaliev, director del departamento de Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de la URSS.

Por la parte cubana, además del líder máximo de la Revolución Cubana Fidel Castro Ruz, participaron Jorge Risquet Valdés Saldaña, miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba (PCC), quien participó en la crisis como jefe de operaciones del Ejército de Oriente; Carlos Lechuga Hevia, quien fuera embajador cubano en la Organización de Estados Americanos (OEA) hasta enero de 1962 y representante permanente de Cuba en la Organización de las Naciones Unidas (ONU), que participó en el proceso negociador de la crisis; y el general de división (r) Fabián Escalante Font, oficial de la contrainteligencia del departamento de la Seguridad del Estado durante la crisis. Entre los académicos se destacan Jorge Enrique Mendoza, presidente del Instituto de Historia de Cuba (IHC); Tomás Diez Acosta, investigador del IHC; y Rafael Hernández Rodríguez, en aquel entonces, subdirector del Centro de Estudios sobre América.

Durante el encuentro las nuevas evidencias y revelaciones demostraron y confirmaron a los participantes lo cerca que el mundo estuvo del estallido de una guerra nuclear. Entre estas se destacan el testimonio del general Anatoli Gribkov, quien confirmó la presencia en Cuba de todas las ojivas nucleares para los cohetes R-12, hasta para los R-14, que no llegaron a desplegarse. Sin embargo, lo más impresionante —sobre todo a la representación estadounidense— fue que el jefe de las tropas soviéticas en Cuba tenía la facultad de hacer uso de las armas nucleares tácticas, en una variante atómica, durante una invasión directa a la isla. Esta facultad fue retirada el 27 de octubre de 1962.

Si esas revelaciones fueron importantes, las declaraciones y reflexiones del Comandante en Jefe Fidel Castro le dieron a esa tercera Conferencia Tripartita su contenido principal. En sus intervenciones en cada una de las sesiones del evento, el líder cubano expuso a los miembros de las delegaciones asistentes, en especial a la

estadounidense, con un lenguaje claro, enérgico y respetuoso, sus percepciones de esos acontecimientos; abordó con rigor los antecedentes del conflicto, sus causas, desarrollo e impacto. Esclareció la posición de principios seguida por Cuba, su legalidad de acuerdo con las normas internacionales, la defensa del derecho soberano cubano al negarse a la inspección del territorio nacional, como exigía Estados Unidos desde una política de fuerza, y las diferencias políticas surgidas con la URSS.

*Los resultados de ese fórum fueron un estímulo para que la tres partes —diez años después, en 2002— realizaran una cuarta conferencia internacional, bajo el título: *La Crisis de Octubre: Una visión política 40 años después*. No obstante, las ideas y reflexiones expuestas en la Conferencia Tripartita de La Habana de 1992, tienen plena vigencia.*

CONFERENCIA TRIPARTITA SOBRE LA CRISIS
DE OCTUBRE, EFECTUADA EN EL PALACIO
DE LAS CONVENCIONES

Primera Sesión: 9 de enero de 1992*

JORGE RISQUET.- Amigos norteamericanos y soviéticos; compañeros cubanos:

Damos inicio a la Conferencia Tripartita de La Habana sobre la Crisis de Octubre con las palabras del Presidente de los Consejos de Estado y de Ministros, Comandante en Jefe Fidel Castro.

CMDTE. EN JEFE FIDEL CASTRO.- Distinguidos participantes e invitados:

Por lo que han podido apreciar ustedes, me han dado la sorpresa de que tenía que iniciar yo la sesión. Agradezco mucho ese honor.

Hemos estado recibiendo noticias en los últimos años acerca de este esfuerzo que realiza un grupo destacado de personalidades —historiadores, investigadores, académicos, políticos—, profundizando en la historia de la Crisis de Octubre. Desafortunadamente no hemos dispuesto nosotros, yo personalmente, de suficiente tiempo, o de todo el tiempo que hubiera podido desear para profundizar en el análisis de los documentos de aquella época. Por otro lado, muchos de los documentos se han ido publicando en los últimos tiempos. Hace apenas dos días recibimos la noticia de que se habían publicado 85 páginas de la correspondencia entre Jruschov y Kennedy. En realidad, nosotros la mandamos a traducir a toda velocidad y yo, que en estos días casi fui sorprendido por esta reunión porque, en medio de los trabajos de final de año y de principios de año, nadie me recordó que la reunión iba a ser el día 9 y, en realidad, por un cable internacional que leí el martes me enteré de que el jueves íbamos a tener una reunión. Sentí que no me lo hubieran dicho una semana antes porque, precisamente, esta circunstancia me ha obligado a tener que pasar horas de la madrugada revisando papeles, cartas, documentos, y refrescando. Realmente esas cartas —85 páginas— no las he leído todavía, y me parece importante conocerlas antes de poder dar algunos criterios definitivos sobre algunas de las cuestiones relativas a la Crisis de Octubre; de modo que esta noche me espera el trabajito de leerme las 85 páginas. De todas maneras, es un material fascinante y espero estar mejor informado en las próximas horas.

Es por ello que prefiero no hacer aquí una exposición de nuestros puntos de vista, o de mis puntos de vista —digo de mis puntos de vista porque

* Se ha respetado la redacción y ortografía del original.

están los puntos de vista de los demás compañeros que han estado participando—, sino prefiero escuchar las opiniones que aquí se emitan y, cuando me corresponda, creo que debo responder algunas preguntas o debo hacer una exposición un poco más larga; material tengo, no me falta material. No creo, desde luego, que sea nada excepcional, porque ya se conocen muchas cosas de la crisis y no hace mucho tiempo se publicaron cinco cartas; como se dice en el argot diplomático o político, algunos materiales fueron desclasificados y, entre ellos, nosotros desclasificamos cinco cartas. A ello nos vimos obligados ante la especie, o los rumores, o las afirmaciones que empezaron a repetirse de que nosotros habíamos sugerido un golpe nuclear preventivo; aquel tipo de afirmación hizo imprescindible la publicación de la correspondencia que sostuvimos Jruschov y yo entre el 26 de julio y el 30 de ese mismo mes. Me parece que se hizo una rectificación. Inicialmente comenzaron los soviéticos y los norteamericanos a analizar la Crisis de Octubre, y a nosotros nos dejaron fuera. Fue una especie de repetición de los acuerdos de la Crisis de Octubre: ya no solo en la participación de las soluciones, sino en las investigaciones históricas y en la profundización del análisis de aquel acontecimiento nos habían dejado fuera también.

Nos parece muy razonable y muy justo que se haya producido una rectificación y que nosotros participemos también, puesto que, quiérase o no, fuimos parte en esa crisis, creo que vivimos los momentos más difíciles de esa crisis, y podemos contribuir al esclarecimiento de los hechos de una manera serena, objetiva, sin apasionamiento.

Nuestra disposición es, precisamente, contribuir al esfuerzo que ustedes han venido haciendo para que se conozca de manera cabal la verdad, por lo menos en lo que se refiere a aquellos elementos de juicio de los cuales disponemos nosotros. Podría decir que no nos quedaría material por desclasificar, no tenemos ningún tipo de obstáculo en que se conozcan todas las informaciones que poseemos y nuestros puntos de vista para que los historiadores puedan tener, de una manera completa, todos los elementos de juicio.

No sé si las demás partes publicarán más documentos, porque ahora se desclasificaron y han publicado en Estados Unidos los mensajes entre Kennedy y Jruschov correspondientes al período que va del 30 de octubre a fines de diciembre de ese año. Pero hay más cartas que se refieren a la Crisis de Octubre, hay más mensajes entre Jruschov y Kennedy; lo digo a partir de mi recuerdo sobre la visita a la Unión Soviética, en que Jruschov me leyó algunos de esos mensajes. Claro, yo tengo que leer completamente estas cartas que se acaban de publicar. Por las preguntas que le hice a un compañero que ya las leyó, hay determinados datos que no se mencionan en esas cartas, luego deben corresponder al período ulterior al mes de diciembre de 1962. Algunos de esos mensajes me los leyó Jruschov en la Unión Soviética y creo que pueden ayudar a dar un poquitico de luz también. Así

que esperamos que algunos de los materiales todavía clasificados los desclasifiquen.

Quiero, por último, expresarles que estamos en disposición de participar y cooperar sin acritud y sin resentimiento hacia nadie, hacia ninguna de las partes, ni hacia los que fueron nuestros adversarios en aquellas circunstancias, ni hacia los que fueron nuestros aliados; de modo que todo cuanto aquí digamos estará exento de acritud o de animadversión contra ninguna persona, trataremos de ajustarnos estrictamente a los hechos.

Aprovecho la ocasión para darles la bienvenida en nombre de nuestro país y desearles el mayor de los éxitos.

Muchas gracias [*aplausos*].

JORGE RISQUET.- Invitamos al señor Robert McNamara a usar de la palabra en nombre de los participantes norteamericanos.

ROBERT S. MCNAMARA.- Señor Presidente, le estamos muy agradecidos por haber acogido la celebración de esta reunión, y aún más por su presencia personal aquí.

Como se nos dijo ayer, en el emplazamiento de los misiles, y creo que todos lo sabemos, las actividades realizadas por la Unión Soviética, Cuba y los Estados Unidos en octubre de 1962 colocaron a nuestras naciones al borde de un conflicto militar y al mundo al borde de un desastre nuclear. Ninguno de nosotros, ninguno de nosotros tenía la intención de crear con nuestras actividades tales riesgos. Por tanto, para comprender las causas de la crisis y la manera de evitar que se produzcan acontecimientos de este tipo en el futuro, las partes han celebrado una serie de reuniones, de las cuales, como ustedes saben, creo que esta es la quinta.

Según observo en la sala, quizás el 90% de las personas presentes no han asistido a los debates anteriores. Por lo tanto, voy a comenzar mis observaciones refiriéndome brevemente a esas reuniones.

Al término de la reunión celebrada en Moscú hace tres años creo que era evidente que las decisiones adoptadas por cada una de las naciones participantes y sus dirigentes, inmediatamente antes y durante la crisis, habían estado permeadas por informaciones falsas, cálculos erróneos y apreciaciones equivocadas. Voy a limitarme a citar solo cuatro ejemplos de los muchos que existen:

1. Antes de que los misiles soviéticos fueran introducidos en Cuba en el verano de 1962, la Unión Soviética y Cuba pensaban que los Estados Unidos trataban de invadir la isla y destruir su gobierno. Como explicaré con más detalle dentro de un momento, nosotros no teníamos esa intención.
2. Los Estados Unidos creían que los soviéticos no emplazarían ojivas nucleares fuera de la Unión Soviética —nunca lo habían hecho—, pero sí lo hicieron. En Moscú se nos dijo que para el 24 de octubre de 1962 ya se habían entregado a Cuba veinte ojivas nucleares soviéticas y que sus misiles tenían o tendrían como objetivo las ciudades de los Estados Unidos.

3. Los soviéticos estimaban que los misiles podían ser introducidos en Cuba secretamente, sin ser detectados, y que cuando su presencia fuera dada a conocer, los Estados Unidos no responderían. En esto también se equivocaban.
4. Por último, y quizás lo más importante, los que instaban al presidente Kennedy que destruyera los misiles mediante un ataque aéreo de los Estados Unidos, al cual con toda probabilidad seguiría una invasión por mar y tierra, estaban casi de seguro equivocados al pensar que los soviéticos no responderían con una acción militar.

En aquel entonces, la CIA había dicho que en Cuba había 10 000 efectivos soviéticos. En Moscú se nos dijo que había 43 000, junto con 270 000 efectivos cubanos bien armados. Ambas fuerzas, según las palabras de sus comandantes, estaba decididas a “luchar hasta morir”. Los funcionarios cubanos calculaban que habrían sufrido 100 000 bajas y los soviéticos expresaron su total incredulidad respecto al hecho de que hubiéramos pensado que, ante una derrota tan catastrófica, ellos no habrían respondido con una acción militar en alguna parte del mundo. El resultado, por supuesto, fue que los soviéticos pensaron que nosotros estábamos equivocados al pensar que ellos no habrían respondido a la derrota militar que las fuerzas cubanas y soviéticas habrían sufrido a resultas de la invasión estadounidense. Pensaban que estábamos totalmente equivocados, o que algunos de nosotros estábamos equivocados en cuanto al hecho de que los soviéticos no habrían respondido militarmente en otra región del mundo, y el resultado habría sido con toda probabilidad una escalada incontrolable.

Al término de nuestra reunión en Moscú, yo creo que habíamos convenido en extraer dos grandes conclusiones, dos grandes lecciones de nuestros debates:

En primer lugar, en esta era de armas de alta tecnología, el manejo de una crisis es peligroso, difícil e incierto. No es posible predecir con seguridad las consecuencias de una acción militar entre las grandes potencias y sus aliados debido a las apreciaciones equivocadas, las falsas informaciones y los cálculos erróneos a que nos hemos referido, y en consecuencia, tenemos que dirigir nuestra atención a la evitación de una crisis.

La evitación de una crisis exigirá como mínimo que los posibles adversarios pongan sumo cuidado en tratar de comprender cómo sus acciones serán interpretadas por la otra parte. En ese respecto ninguna de las partes tuvo muy buen desempeño durante la Crisis de los Misiles. Quiero ilustrar este argumento refiriéndome a un intercambio que se produjo en la inauguración de la reunión de Moscú.

Georgy Shakhnazarov, quien debía de estar presente hoy aquí, y que lamentablemente no ha podido asistir, presidía la reunión. Me pidió, por ser yo uno de los participantes estadounidenses que había integrado el Comité Ejecutivo durante la crisis, que formulara la primera pregunta. Yo dije: “Mi

pregunta es muy obvia: ¿Cuál fue el objetivo de que la Unión Soviética emplazara misiles con ojivas nucleares en Cuba?”

Georgy preguntó: “¿Quién quiere responder?”

Andrei Gromiko, ministro de Relaciones Exteriores de la Unión Soviética en 1962, respondió y cito: “Puedo responder esa pregunta en pocas palabras. Esa medida tenía el propósito de fortalecer la estabilidad defensiva de Cuba. Para evitar las amenazas contra ella. Repito: para fortalecer la capacidad defensiva de Cuba. Esto es todo”. Fin de cita.

Yo entonces repliqué: “Señor presidente, eso me lleva a hacer dos observaciones. La primera, por la implicación que tiene la respuesta que ha dado el señor Gromiko —la implicación de que los Estados Unidos tenían la intención de invadir Cuba antes del emplazamiento de los misiles—, quiero hacer dos observaciones respecto de esta implicación. La primera es que si yo hubiera sido cubano, creo que lo hubiera pensado”. Quiero ser muy franco al decirlo: Estas son las palabras que dije en Moscú y que hoy repito también aquí. Quiero ser muy franco, si hubiera sido cubano habría pensado exactamente igual que ustedes. ¿Por qué? Una de las lecciones más importante de este acontecimiento es que debemos analizarnos desde el punto de vista de los demás. Y como yo dije, quiero expresar bien francamente en retrospectiva que si yo hubiera sido un dirigente cubano, creo que hubiera esperado una invasión de los Estados Unidos. Es cierto que habíamos autorizado la invasión de Bahía de Cochinos... No la apoyamos militarmente y quiero hacer hincapié en esto: no la apoyamos militarmente, en especial debido a la decisión del presidente Kennedy de no apoyar la operación mediante el uso de una fuerza militar de los Estados Unidos, pero de cualquier manera, habíamos ayudado a llevarla a cabo. Y después de la debacle, y fue ciertamente una debacle, después de la debacle hubo muchas voces en los Estados Unidos que expresaron que el error no estaba en aprobar la operación de Bahía de Cochinos, el error había sido no haberla apoyado con la fuerza militar de los Estados Unidos, lo que implicaba que en algún momento en el futuro, esa fuerza se utilizaría.

En segundo lugar, durante un largo período Estados Unidos realizó operaciones encubiertas. Los dirigentes cubanos conocían esas operaciones. Recuerdo que las operaciones comenzaron a fines del decenio de 1950 y se extendieron al período que se está analizando, el verano y el otoño de 1962. Y, en tercer lugar, había voces importantes en los Estados Unidos —en el Senado y en la Cámara de los Estados Unidos—, voces importantes que se alzaban en favor de una invasión de la isla. De manera que declaro francamente que si yo hubiera sido un dirigente cubano en esa época, bien podría haber llegado a la conclusión de que existía un gran riesgo de una invasión de los Estados Unidos. Y yo diría también que si yo hubiera sido un dirigente soviético en aquella época, yo creo que también hubiera llegado a esa misma conclusión.

Posteriormente en Moscú dije lo siguiente: “La segunda cuestión que deseo señalar —y que creo que muestra el grado de incomprensión que puede existir, y que puede influir en ambas partes en una controversia— es que puedo declarar sin ambages que no teníamos absolutamente ninguna intención de invadir Cuba. Por supuesto, con esto no quiero decir que no había planes de contingencia; todos ustedes —sobre todo sus dirigentes militares— están familiarizados con los planes de contingencia. Todos nuestros ejércitos —soviético, cubano y estadounidense— tienen ese tipo de planes que abarcan una amplia diversidad de contingencias. Pero deseo reiterar que no teníamos absolutamente ninguna intención de invadir Cuba, y por tanto, considero que la medida de la URSS de emplazar los misiles con ese objetivo en mente se basó en una interpretación errónea que, por supuesto, era comprensible, y de la que en parte admito que nosotros fuimos responsables”.

Termino la cita de mi declaración en Moscú, con la que dimos un primer paso para tratar de entender su punto de vista. Esperábamos que esta actitud les llevaría a ustedes a tratar de comprender nuestra posición, es decir, a tratar de comprender por qué el presidente y los funcionarios estadounidenses, al menos de dos gobiernos sucesivos, tanto antes como después de la Crisis de los Misiles, mantuvieron una conducta hostil hacia el gobierno cubano. Pero ni en Moscú ni después en Antigua se celebró ningún debate al respecto.

Permítanme ahora abordar esta cuestión.

Mi propósito no es provocar antagonismos con los participantes cubanos y soviéticos, ni mucho menos colocarlos en una situación embarazosa, sino más bien sugerir que si nuestros pueblos desean mejorar sus relaciones en el futuro y desterrar de ellas el temor y la hostilidad, debemos tratar de comprender lo que provocó ese temor y esa hostilidad en el pasado. Entonces podremos examinar si las condiciones han cambiado o pueden cambiar tanto como para hacer variar la base de nuestras relaciones futuras.

En pocas palabras —luego ampliaré sobre este tema—, pero dicho en pocas palabras, los gobiernos estadounidenses, republicanos y demócratas por igual, han considerado a Cuba, en primer lugar, como un agente de la Unión Soviética que procura sus objetivos de guerra fría y, por tanto, una amenaza directa a la seguridad de los Estados Unidos; y, en segundo lugar, un violador de normas aceptadas de conducta internacional, sobre todo en la esfera de las libertades políticas y los derechos civiles.

En nuestras reuniones anteriores, los participantes estadounidenses y soviéticos fueron en extremo sinceros y, por tanto, creo que hoy tenemos una mejor comprensión de las ideas y errores de cálculo de cada uno. Esta reunión que se celebra en La Habana ofrece a los participantes estadounidenses y cubanos la oportunidad de repetir la experiencia para mejorar

nuestra comprensión de las motivaciones de cada uno como un primer paso para reducir nuestras diferencias.

Tal vez un buen lugar para comenzar sea reconocer que nuestra historia compartida se percibe de modo muy diferente en ambos países y que esta divergencia contribuyó a una abrupta ruptura de las relaciones entre los dos países hace 31 años y a la forma en que analizamos la Crisis de los Misiles. Permítanme dar cuatro ejemplos de estas diferencias de puntos de vista:

- Se ha enseñado a los estadounidenses que fueron los Estados Unidos los que liberaron a Cuba de España, mientras que los cubanos aprenden que esta liberación fue resultado de su larga lucha por la independencia.
- Los estadounidenses se consideran idealistas y desinteresados por no haberse anexo a Cuba a raíz de la Guerra Hispano-Norteamericana; los cubanos, en cambio, piensan que los Estados Unidos han tratado de valerse de todas las oportunidades para dominar su nación.
- Los estadounidenses creen que utilizaron la Enmienda Platt para mediar en los litigios internos de Cuba y resolverlos; los cubanos tienden a pensar que la enmienda se diseñó para permitir a Estados Unidos intervenir en el país con fines egoístas.
- Por último, los estadounidenses se inclinan a pensar que sus inversiones en Cuba contribuyeron al desarrollo del país, y el gobierno cubano ha sabido interpretar esas relaciones económicas como una explotación.

Estos puntos de partida históricos diferentes impidieron a los Estados Unidos comprender bien las bases de la revolución fundamental que usted dirigió de carácter fervientemente nacionalista. No obstante, el gobierno de Eisenhower decidió intentar desarrollar relaciones de trabajo con el nuevo régimen pese a las sospechas de radicalismo, marxismo y antiamericanismo.

A los ojos de los Estados Unidos, estos esfuerzos fueron rechazados.

Ahora bien, somos conscientes de que el criterio de Cuba sobre el rompimiento de las relaciones es que los Estados Unidos no estaban dispuestos a aceptar los elementos fundamentales de la revolución, sobre todo, la reforma agraria y otras medidas para lograr la justicia social.

Sin embargo, el gobierno de Kennedy no veía el problema a través de esa óptica. No cabe duda de que la Alianza para el Progreso constituía el compromiso del gobierno para alcanzar esos mismos objetivos económicos y sociales en todo el hemisferio. Ciertamente, existía un componente emotivo en el rompimiento de 1959, y este se basaba en la historia y en el temor de que un país situado a 90 millas de los Estados Unidos pudiera convertirse en un puesto de avanzada de lo que era entonces nuestro principal adversario. Pero nuestras cuatro preocupaciones fundamentales que sintetizo más adelante representaban un cálculo de los intereses estadounidenses

que, como ya he dicho, ha reflejado los criterios de los Estados Unidos en cada uno de los gobiernos que se han sucedido desde la época de Eisenhower hasta la de Bush.

Nuestra preocupación principal eran las relaciones militares de Cuba con la Unión Soviética. Resulta significativo que la decisión inicial de Eisenhower [en marzo de 1960] de que la CIA entrenara a exiliados cubanos, no se tomó después de la reforma agraria sino después de la visita de un importante dirigente soviético a La Habana.

Nuestra segunda preocupación era el apoyo que Cuba brindaba a grupos armados cuyo objetivo consistía en derrocar a muchos, si no a todos, los gobiernos de América Latina y el Caribe.

Nuestra tercera preocupación era la constante retórica hostil dirigida contra los Estados Unidos y otros gobiernos del hemisferio. Aunque las palabras no quiebran huesos, sí tienen consecuencias, y la hostilidad de la retórica cubana, en opinión de muchas personas en los Estados Unidos, hacía difícil que cualquier gobierno de los Estados Unidos diera pasos que el público estadounidense pudiera interpretar como conciliatorios con respecto a Cuba. Muchos pensaban así en los Estados Unidos. No es menos cierto que los Estados Unidos también lanzaban y lanzan aún mucha propaganda contra Cuba, pero con razón o sin ella, interpretábamos nuestros esfuerzos como una reacción a las acciones cubanas y no como actos que las precipitaban.

Nuestra cuarta preocupación era que el gobierno cubano traicionara sus promesas de celebrar elecciones libres y empezara a establecer una dictadura que violara las libertades civiles y políticas del pueblo cubano. Somos conscientes de que tenemos muchos puntos débiles, de que el apoyo estadounidense a la democracia en el hemisferio no ha sido siempre consecuente, pero este hecho no torna la defensa estadounidense de la democracia en una política hipócrita y falta de sinceridad. La defensa de la democracia constituye uno de los intereses fundamentales del pueblo de los Estados Unidos y los derechos civiles están igualmente incorporados en la Declaración Universal de Derechos Humanos refrendada por la comunidad internacional en su totalidad.

El presidente Kennedy resumió estas preocupaciones en uno de sus últimos discursos. En ese discurso, que pronunció el 18 de noviembre de 1963 en la Asociación Interamericana de Prensa, manifestó que nos oponíamos a la subversión, a la dictadura, al establecimiento de un satélite soviético, y no a “la genuina Revolución Cubana [...] contra la tiranía y la corrupción existente en el pasado [...]” y Kennedy concluyó diciendo: “Una vez eliminada esta barrera, estaremos dispuestos con gusto a trabajar junto al pueblo cubano, para alcanzar los objetivos progresistas que hace solo unos pocos años alentaron sus esperanzas [...] y a extenderle nuestra mano en son de amistad y ayuda”. Fin de la cita de Kennedy.

Estas preocupaciones llevaron al presidente Kennedy a apoyar la invasión de Bahía de Cochinos, a lanzar la Operación Mangosta y a declarar inaceptable el emplazamiento de los misiles soviéticos. Hemos revisado la amplia documentación de que ustedes y nosotros disponemos sobre la Operación Mangosta y la analizamos pormenorizadamente en nuestra reunión celebrada en Antigua.

Considero lamentable esta operación. De hecho, en Antigua la calificué, y creo que escogí bien la palabra que utilicé. Dije que había sido “estúpida”. No creo que sería productivo analizar más lo que hicimos. Sería mucho más útil examinar por qué lo hicimos y considerar si nuestras cuatro preocupaciones y nuestras opiniones en aquella época estaban bien fundamentadas y, si así fuera, si existen bases hoy para similares preocupaciones. He tratado de explicar nuestros motivos y nuestras acciones. Necesitamos conocer más acerca de las de ustedes, en particular en relación con los movimientos subversivos lanzados contra muchos gobiernos de América Latina y no solo contra dictaduras, sino también contra democracias como la de Venezuela. También necesitamos saber qué hizo o pretendió hacer Cuba para llevar a la práctica un comentario que se hizo o se cita en el libro de Tad Szulc que se publicó recientemente. En un comentario que se le atribuye a usted, señor Presidente, realizado, se dice, en 1958, en el sentido de que después de derrocar a Batista “se iniciará para mí una guerra mucho mayor y más grande, una guerra que lanzaré contra los Estados Unidos. Comprendo que este será mi verdadero destino”. Fin de cita.

No sé si esta cita es exacta o no, y no me detengo en ello como ilustración del tipo de lenguaje —y ambos lo empleamos— que impusimos a nuestros dirigentes y a nuestros pueblos.

Necesitamos saber cómo esperaban ustedes que nosotros reaccionáramos ante sus políticas. Para poder comprendernos mejor necesitamos saber cómo sus políticas, en particular las relacionadas con el apoyo brindado por Cuba a la subversión, han evolucionado con el transcurso del tiempo y qué lecciones han aprendido de estas experiencias. Espero, como usted ha señalado, que nuestros debates eviten la retórica hostil que en ocasiones ha caracterizado los intercambios anteriores entre nuestros dos gobiernos. Espero que podamos enfocar estos temas con imparcialidad y con el deseo de tratar de extraer las lecciones de 30 años que puedan permitirnos evitar repetir el pasado y comenzar a conformar un futuro más productivo y muy diferente.

El fin de la guerra fría ha eliminado la principal amenaza al hemisferio y a la seguridad de los Estados Unidos. Persisten nuestras otras preocupaciones —la denegación de la libertad política y la violación de normas internacionalmente aceptadas de derechos civiles—, sean estas justificadas o no. Pero Cuba no es el único país con que los Estados Unidos mantienen desacuerdos a este respecto. Y los Estados Unidos no son el único país que

critica la conducta de Cuba en este sentido. Sin duda, por lo tanto, los Estados Unidos y Cuba podrían hablar de estos temas en un diálogo diplomático normal sin el temor y la hostilidad avasalladoras que se hicieron patentes en la Crisis de los Misiles y que han dominado nuestras relaciones durante más de tres decenios. Cada uno de nosotros ha temido por la seguridad de su país. Si en algún momento eso pudo ser así, ya no lo es.

Muchas gracias, señor [*aplausos*].

JORGE RISQUET.- Gracias a usted, señor McNamara, por sus palabras.

Invitamos al compañero Oleg Troyanovski a hacer uso de la palabra en representación de los participantes soviéticos.

OLEG TROYANOVSKI.- Gracias.

Estimado Presidente Fidel Castro; estimados señoras y señores; compañeros:

El señor McNamara ahora en sus palabras introductorias se ha referido a una gran amplitud de cuestiones que deben ser objeto del encuentro, en aras del cual estamos aquí reunidos. Creo que tendremos todavía la oportunidad de discutir estos problemas y hacer preguntas de nuestra parte; pero ahora nuestra delegación desearía limitarse a objetivos más específicos y, en primer término, expresar, en nombre de la delegación soviética, nuestro agradecimiento al gobierno de Cuba por haber organizado este encuentro dedicado a la Crisis de Octubre, o Crisis del Caribe, o Crisis Cubana, en dependencia de como se le denomina en los distintos países. Todos sentimos las atenciones y hospitalidad de que estamos rodeados aquí en La Habana, y expresamos nuestro mayor agradecimiento por ello.

En particular valoramos la participación, según esperamos activa, del compañero Fidel Castro y, naturalmente, su participación confiere especial importancia, yo diría una elevada importancia política a nuestro encuentro. Nos alegra de que por los Estados Unidos de América participe una delegación de personalidades destacadas, encabezadas por el señor Robert McNamara, que estuvo personalmente, yo diría, en el epicentro de la crisis que vamos a discutir.

Y, naturalmente, no podemos dejar de expresar nuestro reconocimiento a las personalidades de la Universidad de Brown por el gran trabajo que han hecho. Según entiendo, a ellos pertenece la idea de realizar esta serie de discusiones o mesas redondas para dejar una crónica detallada de los acontecimientos de octubre de 1962 para la historia. Es poco probable que en toda la historia de la humanidad —y el señor Arthur Schlesinger, como historiador, puede afirmar o negarlo— se pueda mencionar otro período que haya sido estudiado en todos sus aspectos y detalles, y hay que decir que merece semejante estudio, porque nunca antes en su historia la humanidad se había acercado tanto al límite tras el cual estaba la catástrofe mundial.

Recuerdo que en cierta ocasión, el secretario de Estado de Estados Unidos, John Foster Dulles, en el espíritu de la retórica de la guerra fría, expre-

só que para llevar a cabo una política exterior efectiva era necesario no temer llegar hasta los últimos límites y echar una ojeada al abismo. Sin embargo, los líderes de inicios de los años 60 mostraron una mayor sabiduría. Cuando ocurrió que se acercaron realmente a esos últimos límites, mostraron gran sensatez y se apartaron y, naturalmente, esa es una lección importante para nuestra generación y las futuras, que debe asimilarse firmemente.

Para concluir, quisiera expresar lo siguiente: Estamos viviendo en un mundo que cambia rápidamente y quisiera expresar la esperanza de que este encuentro hará su aporte a la normalización de la situación en esta importante región del mundo, porque sin eso es poco probable que se pueda hablar seriamente del comienzo de una nueva era en la paz mundial y la colaboración.

Gracias, compañero Presidente [*aplausos*].

JORGE RISQUET.- Gracias al señor Troyanovski por sus palabras.

El fin de esta primera sesión era, justamente, escuchar los saludos de los representantes de los tres países. Por lo tanto, las cuestiones sustantivas que se han planteado en esos saludos no serán objeto ahora de debate, sino en el curso de los próximos puntos. Es por ello que estamos en condiciones de declarar terminada esta primera sesión y proponer, luego de un receso de media hora, es decir, a las 4:10, comenzar la segunda sesión de nuestro encuentro, que será iniciada por las intervenciones de representantes de la delegación soviética. Por lo tanto, a las 4:10 empezaremos la segunda sesión y ahora recesamos para un bufé.

[RECESO]

JORGE RISQUET.- Estimados amigos:

Nos corresponde efectuar ahora nuestra segunda sesión de trabajo. El presidente de nuestro Instituto de Historia que debía presidir esta sesión, me ha pedido que lo haga en su nombre.

Según la agenda elaborada, corresponde ahora escuchar las intervenciones de la delegación soviética y debatir en torno a ellas, por lo tanto, invito a los amigos soviéticos a usar de la palabra.

A. I. GRIBKOV.- Estimado compañero Fidel Castro; estimados damas y caballeros; estimados compañeros:

Ante todo, deseo agradecer a los compañeros cubanos por invitar a una delegación militar a esta reunión, porque en las conferencias anteriores los militares estuvieron ausentes; estoy por vez primera en una reunión tan representativa, por eso permítanme presentarme.

En el año 1962 yo ocupaba el cargo de jefe de la Dirección de Operaciones del Estado Mayor General soviético. En la actualidad soy general de

ejército e inspector del Ministerio de Defensa. Permítanme exponer el aspecto militar de la crisis que examinamos; la situación político-militar de aquel entonces ha sido analizada exhaustivamente en las conferencias anteriores, por eso en mi intervención voy a centrar su atención en los aspectos militares de aquel momento.

Como todos conocemos, según valorara nuestra dirección de gobierno, la situación alrededor de Cuba se hizo crítica, en particular, después de los acontecimientos militares de Playa Girón. Se planteó este problema: ¿Qué hacer para ayudar a Cuba a defender su libertad e independencia conquistadas? El gobierno soviético —como todos ustedes conocen— decidió prestar ayuda militar a Cuba.

El Estado Mayor General, a mediados de mayo de 1962, recibió la indicación de preparar una propuesta sobre la planificación de la operación, y de la composición combativa de las tropas que podrían, junto con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba, garantizar la defensa del territorio de Cuba. Al propio tiempo se decidió preparar un proyecto de acuerdo entre la Unión Soviética y la República de Cuba en este sentido.

Me permitiré citar el título de aquel acuerdo. Teníamos tres variantes y decidimos escoger una que aprobaron los dirigentes: el compañero Fidel Castro y Nikita Serguéievich Jruschov. El proyecto se llamaba “Acuerdo entre el gobierno de la República de Cuba y el gobierno de la Unión Soviética sobre la colaboración militar para defender el territorio nacional de Cuba en caso de ser agredida”. En el preámbulo del acuerdo en particular, se planteaba —pido que se enfatice la atención—: “Decididos a adoptar los pasos necesarios para la defensa conjunta de los derechos legítimos de los pueblos de Cuba y de la Unión Soviética; teniendo en cuenta, además, la necesidad imperiosa de adoptar medidas para garantizar la seguridad mutua, ante una posible agresión contra la República de Cuba y la Unión Soviética”. Como pueden observar en este proyecto de acuerdo, se hablaba también sobre la defensa de los intereses de la Unión Soviética.

Este proyecto de acuerdo fue preparado y analizado por los dirigentes de ambos estados, se hicieron las correcciones pertinentes, pero, debido a las circunstancias que surgieron, no fue firmado, sino solo inicialado por los representantes de Cuba y de la Unión Soviética.

Preparamos una proposición a nuestro gobierno sobre la planificación de la operación para trasladar tropas a Cuba sobre su composición combativa. En primer lugar, pensamos bajo qué leyenda debía realizarse esa operación, y se seleccionó la siguiente: Íbamos a realizar un ejercicio estratégico con el tema del traslado de tropas a zonas del norte de la Unión Soviética. Esa leyenda fue anunciada a todas las tropas que debían dirigirse para defender la independencia de Cuba. Se le dio la denominación cifrada Anádyr, que es el nombre de un río del norte de nuestro país, en una zona muy fría. Con esa leyenda se preparó el traslado del grupo de tropas a Cuba.

¿Cuál fue la agrupación de tropas que se planificó y debíamos preparar en el plazo más breve en nuestro país para trasladarla allende el océano? Fue la siguiente: una división de cohetes de alcance medio. Lo planificamos, y se ideó así, como un medio para disuadir de la agresión, repito, como un medio para disuadir de la agresión. Esta división estaba formada por cinco regimientos: tres de cohetes R-12, como el que vimos ayer donde está expuesto, con un alcance de 2 500 kilómetros; 24 rampas de lanzamiento y módulo y medio de cohetes para ellas; y dos regimientos de cohetes R-14, 16 rampas de lanzamiento y también módulo y medio de combate para ellas. En total se previó 40 rampas y módulo y medio de cohetes correspondientes.

Haré enseguida una salvedad: al iniciarse la crisis, es decir, para el 22 de octubre, ya se encontraban en Cuba tres regimientos de R-12; dos regimientos ya habían preparado sus áreas de posiciones. El tercero continuaba construyendo. Dos regimientos de R-14, en correspondencia con una disposición del gobierno soviético fueron devueltos por vía marítima a la URSS; dos divisiones de defensa antiaérea, compuestas por 24 grupos coheteriles, con un total de 144 rampas de lanzamiento S-75 —los compañeros norteamericanos conocen sus datos táctico-técnicos, yo puedo repetirlos, sus posibilidades son de 100 metros hasta 30 kilómetros de altura y 65 kilómetros de alcance. Cuatro regimientos de infantería motorizada, reforzados por tres grupos de cohetes tácticos ensamblados con carga nuclear; seis rampas de lanzamiento, con un alcance de 60 kilómetros.

Al inicio pensamos denominarlos brigadas, pero después decidimos denominarlos regimientos independientes, que estaban destinados en correspondencia con el plan, conjuntamente con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba, para la defensa del litoral y para la defensa de las áreas de posiciones de la división coheteril.

Las fuerzas aéreas tenían: un regimiento de cazas MIG-21 —40 aviones— que llegó completo a Cuba; un regimiento de bombarderos, de aviones táctico-operativos IL-28, con un radio de acción de 540 kilómetros —33 aviones que no llegaron a Cuba—. De los IL-28 llegó un escuadrón —9 aviones— y al iniciarse la crisis solamente seis aviones habían sido ensamblados y no se completaron los vuelos de prueba. Además, las fuerzas aéreas tenían dos regimientos de cohetes alados del frente; en cada regimiento había 10 rampas: nueve de combate y una de instrucción, en total, 18 rampas de lanzamiento de combate. El alcance de estos cohetes es de hasta 150 kilómetros.

En aquel momento trajimos para estos dos regimientos 80 cohetes explosivos; teníamos también un regimiento de helicópteros NI-8 en su versión de transporte, y un escuadrón de transporte con nueve aviones ya obsoletos LI-2.

La marina de guerra se planificó enviar a Cuba dos escuadras: una de unidades de superficie formada por dos cruceros, dos destructores y unidades de servicio y una escuadra de 11 submarinos —quiero señalar que

estas dos escuadras de unidades de superficie y de submarinos no llegaron a Cuba. Debían salir y llegar los últimos. Un regimiento de defensa coheteril del litoral llamado Sopka, con ocho rampas de lanzamiento que se ubicaron en las direcciones amenazadas en algunas zonas del litoral. Treinta y cuatro cohetes fueron traídos para esas ocho rampas y su alcance contra objetivos navales era de 80 kilómetros.

A los norteamericanos todos estos datos les eran conocidos, solo me he limitado a repetirlos.

Una brigada de lanchas coheteriles con 12 unidades, con dos cohetes P-15, con un alcance de hasta 40 kilómetros.

Estas fueron las unidades de combate que se planificaron, algunas llegaron al territorio de Cuba y fueron devueltas a la URSS. Además de las unidades de combate, hubo unidades de comunicaciones de retaguardia y de aseguramiento necesarias para una agrupación así.

Como ven, la agrupación, y yo quiero también centrar su atención en lo siguiente, compañeros: En todas partes se escribe sobre las tropas coheteriles, pero si ustedes analizan bien la composición combativa de las tropas traídas a Cuba, solamente la división coheteril estaba con el objetivo de disuadir la agresión. El resto de las unidades y grandes unidades de combate estaban destinadas, conjuntamente con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba, a defender la isla de Cuba desde el aire, desde la tierra y desde el mar.

Nosotros planificamos, cuando debía crearse la agrupación en su totalidad, traer hasta 45 000 efectivos; antes del comienzo de la crisis logramos traer cerca de 42 000.

Para las Fuerzas Armadas de la Unión Soviética —y, en general, en la historia de Rusia—, nunca se había efectuado una operación como esa, de trasladar un grupo de tropas de más de 40 000 efectivos, allende el océano, por lo que cuando recibimos la tarea de parte del gobierno de planificar tal operación, dijimos francamente que era una tarea con muchas incógnitas y permanecimos día y noche haciendo cálculos. Lo más importante era que debíamos hacerlo en absoluto secreto. Debíamos reunir para trasladar este grupo de tropas, según nuestros cálculos, cerca de 85 naves de diferentes tipos de la flota civil, reunirlos de forma inadvertida, y estaban diseminadas por todo el océano mundial; había que reunirlos y adaptarlas para el traslado de una técnica especial y del personal. Eso requería grandes esfuerzos de la marina mercante para cumplir el cometido.

El Ministerio de Marina Mercante reunió los 85 barcos del tipo necesario, y durante el traslado de las tropas se hicieron 185 travesías con estas naves. Hicimos el embarque en siete puertos: empezando por el norte en el Mar Blanco, el Mar de Barents y el Báltico, y el Mar Negro.

Además del plan del traslado de las tropas, elaboramos el de enmascaramiento y ocultamiento de todas las actividades a realizar y el de desinformación, como se hace en todos los ejércitos. Debo decir que las

medidas que planificamos en cuanto a enmascaramiento y desinformación, cumplieron su cometido en lo fundamental.

Simultáneamente preparamos los órganos de dirección. Como se iba a crear esa agrupación de tropas en Cuba, había que crear un órgano de dirección que fuese capaz de emplear y dirigir correctamente una composición tan heterogénea. Inicialmente tomamos como base el Estado Mayor de un Ejército Coheteril, con el jefe del Ejército, el teniente general Dankiéovich. Luego llegamos a la conclusión de que una agrupación de este tipo debía estar dirigida por un jefe de tropas generales que tuviera más experiencia. Se analizaron dos candidatos y fue aprobado como jefe de la agrupación de tropas el general de ejército Issa Alexandrovich Plíyev, dos veces héroe de la Unión Soviética y participante activo en la Gran Guerra Patria.

Hubo que modificar un tanto el Estado Mayor del Ejército Coheteril; lo aumentamos creando los sustitutos de jefe con sus secciones correspondientes: de la fuerza aérea, de la marina, de la defensa antiaérea, quienes debían ser ayudantes del general de ejército Plíyev. Los compañeros cubanos lo conocían y conocen bien como Pavlov Iván Alexandrovich.

Para seleccionar las necesarias zonas para ubicar las tropas en el territorio de Cuba, de conformidad con el acuerdo logrado con la dirección cubana, se enviaron a Cuba grupos de reconocimiento encabezados por Plíyev. De cada unidad había representantes. Los enviamos en aviones. Junto con los compañeros cubanos ellos seleccionaron las zonas necesarias para dislocar las tropas.

Cuando terminó la planificación fundamental en el Estado Mayor General, y el grueso de las tropas ya se había embarcado y se trasladaba por mar —algunas unidades ya estaban dislocándose aquí en Cuba—, se me ordenó salir para Cuba en avión con un grupo de generales y almirantes, como representante del ministro de Defensa, mariscal de la Unión Soviética, Malinovski, y controlar el cumplimiento de las misiones encomendadas a la agrupación de tropas.

Quiero citar las palabras de Malinovski, aunque no literales, cuando me dio la orden de transmitir al jefe de la agrupación Plíyev, las órdenes de Nikita Serguéievich Jruschov y del ministro de Defensa. Estas se resumían a lo siguiente: La división coheteril debe solamente ser empleada previa autorización del Comandante en Jefe Supremo Nikita Serguéievich Jruschov, y se repitió: solo previa autorización personal del Comandante en Jefe Supremo, y que al camarada Plíyev una vez más se le recordara que la división coheteril había sido enviada para disuadir de la agresión. A los grupos coheteriles tácticos Luna —cuyas seis rampas había mencionado—, se concedió la facultad al jefe de la agrupación de emplearlos, en su variante nuclear, en caso de que el agresor desembarcara directamente en el litoral de Cuba. Pero se dijo que antes de adoptar tal decisión de emplear los cohetes tácticos nucleares, era necesario sopesar la situación varias veces y después tomar la decisión.

Esta fue la encomienda que recibí al salir para Cuba con el grupo de generales y almirantes. Para el 22 de octubre, cuando John Kennedy hizo su intervención por radio y televisión, como he dicho, ya había cerca de 42 000 efectivos en Cuba, la división coheteril compuesta por tres regimientos coheteriles, aunque se habían preparado las posiciones solo para dos regimientos, para el tercero aún no estaban listas, y ni un solo cohete estaba en disposición combativa, no se habían abastecido de combustible, ni de oxidante y las ojivas estaban de 250 a 300 kilómetros de las zonas de posiciones. No había llegado la orden para ensamblar ni abastecer las ojivas nucleares. Todas las unidades de las dos divisiones de DDA estaban desplegadas en sus posiciones de combate y cubrían las zonas de posiciones de la división coheteril, la agrupación principal de las tropas soviéticas y de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba; en esencia, cubrían, junto con las tropas antiaéreas cubanas, todo el espacio aéreo del país.

El regimiento de cazas estaba en plena disposición combativa, todos los 40 aviones MIG-21 habían sido ensamblados y estaban listos para combatir al enemigo aéreo. Mas, a pesar de que los aviones norteamericanos volaban a gran altura —me refiero a los U-2— y también otros a bajas alturas, cuyos pilotos incluso podíamos ver, y nos “saludábamos”, nadie abrió fuego.

Posteriormente supimos de las negociaciones que tenían lugar entre Nikita Serguévich Jruschov y John Kennedy; pero el mando de la agrupación de tropas que estaba aquí, no fue informado sobre aquellas negociaciones secretas entre Jruschov y Kennedy. Ahora es que al parecer todo ha quedado claro y todos parece que lo sabemos todo sobre la crisis de Cuba, pero aquella situación entrañaba muchas incógnitas y peligros, según considero, no solo para los soviéticos y los cubanos, sino también para la dirección norteamericana.

La Inteligencia nos suministraba datos sobre los preparativos de golpe de Estados Unidos, de tal vez incluso de un desembarco en el territorio de Cuba. Conjuntamente con el Estado Mayor General de las FAR, el Estado Mayor de la agrupación elaboró un plan para rechazar la agresión, y el Plan de Cooperación, e incluso, preveíamos, si el agresor cortaba el territorio de Cuba en varias partes, la posibilidad de dirigir las tropas en diferentes regiones: en la parte occidental, en la central y en la oriental de la isla de Cuba. Es decir, las tropas que ya nos encontrábamos en Cuba estaban pertrechadas para enfrentar una posible agresión contra Cuba. Y debo decir que en aquel momento la moral de las Fuerzas Armadas Revolucionarias y del pueblo cubano, y la moral de nuestros combatientes soviéticos que estaban aquí era muy alta, y todos estábamos dispuestos a luchar hasta lo último. Incluso, no lo habíamos planeado así, pero pensábamos que en caso de sufrir grandes pérdidas, y tener lugar la ocupación de algunas regiones de Cuba, pasaríamos a las acciones guerrilleras pero defendiendo los intereses de la Cuba revolucionaria.

Estoy hablando ahora en los términos del año 62, así éramos justamente: No teníamos adonde retroceder y los combatientes soviéticos aquí estábamos dispuestos a darlo todo para defender a la Cuba revolucionaria. Estamos agradecidos al pueblo cubano, a la dirección cubana y especialmente a usted, querido Fidel Castro, por la valoración tan alta que expresó sobre nuestros combatientes y especialistas que estuvieron en aquel momento aquí, en vuestra tierra.

Ahora ya muchas cuestiones se han revelado en conferencias anteriores y en la prensa; y son muchos los que escriben sobre la crisis cubana, incluso personas que estuvieron lejos de esa crisis y de esa realidad. Pero debo decir que cualesquiera que hubieran sido las variantes de acciones militares contra Cuba, la parte agresora habría sufrido enormes pérdidas; repito: con cualquier variante: trátase de la variante de golpe aéreo con posterior desembarco en la costa, o de un desembarco directo. Con un golpe aéreo no habrían podido destruir todas las tropas coheteriles, e incluso si se hubieran destruido aquellos tres regimientos coheteriles de alcance medio de la división coheteril, y se hubieran quedado las seis rampas de lanzamiento de los cohetes tácticos Luna, que eran difíciles de destruir, se habrían empleado con cargas nucleares y, ¿cómo habría terminado eso? Por lo visto todos comprendemos con claridad que las pérdidas habrían sido enormes.

Quiero decir que el sentido común de los tres dirigentes: John Kennedy, Fidel Castro y Nikita Jruschov, impidió esa catástrofe. Pero el mundo estuvo al borde del desastre nuclear, y es evidente que esa lección debe ser útil a todos los dirigentes de los países que poseen armas nucleares: Hay que tener mucho cuidado con esas armas. Ya han quedado atrás los tiempos en que se blandía el sable, las armas blancas, etcétera.

Creo que los mandatarios actuales de los países poseedores de armas nucleares tendrán en cuenta la amarga experiencia de 1962. Cuando se recibió la orden de retirar las tropas de Cuba, nuestros militares hicieron todo lo necesario para cumplir la decisión del gobierno soviético, es decir, transferir las armas y la técnica de combate, excepto las tropas coheteriles a las Fuerzas Armadas Revolucionarias, pero antes, instruir en el empleo de esta técnica y armamento a los militares cubanos, y nuestros soldados, sargentos y oficiales, hicieron todo lo que de ellos dependía para transmitir sus conocimientos y su experiencia para lograr un dominio magistral de todo este armamento y técnica.

No ocultaré que para nosotros, los militares —y he tenido que combatir mucho, en los años 1939 y 1940 siendo un joven teniente, tanquista, durante la Guerra Patria—, conocí la amargura de las retiradas, conocí victorias; pero en todo mi largo servicio militar durante 54 años, lo más humillante fue la inspección de nuestros buques en el mar. Ustedes saben de qué estoy hablando.

Creo que fue correcta la actitud del dirigente de la República de Cuba, el compañero Fidel Castro, que no permitió se realizara la inspección en territorio de Cuba, no la permitió en los puertos, ni siquiera en las aguas territoriales; pero la inspección en el mar fue lo más humillante para nosotros los militares. En aquellos momentos teníamos que decir a los norteamericanos de antemano: En tal buque van cuatro cohetes, y al llegar a una región determinada, venían sus buques y helicópteros, los contaban y decían: OK. Y yo, como militar, tengo que decir que hicimos todo lo que nos exigió a los militares la dirección política y del Estado para cumplir con precisión sus decisiones.

Es cierto que se puede hablar mucho más sobre el aspecto militar, no quiero extenderme porque hay muchos aspectos que ustedes ya conocen. Creo que durante la conferencia podremos precisar las posiciones de cada una de las partes.

Gracias por la atención [*aplausos*].

JORGE RISQUET.- Muchas gracias al general de ejército Gribkov por sus emocionantes palabras.

Invitamos a Troyanovski a efectuar su intervención.

OLEG TROYANOVSKI.- Compañero presidente, ¿considera usted que sea así mejor, o tal vez sea mejor que se le hagan las preguntas al orador que ya expuso, aunque estoy dispuesto a intervenir ahora?

JORGE RISQUET.- Me parece que es una buena idea.

Pudiéramos abrir a preguntas y debates las palabras del general de ejército, y después en un momento cualquiera, el compañero Troyanovski interviene.

¿Quién pide la palabra? El general Smith.

WILLIAM W. SMITH.- Una de las cuestiones que ha estado más presente en la mente de Estados Unidos desde el momento en que se produjo la crisis, es el número de ojivas nucleares realmente emplazadas en Cuba desde el 22 de octubre hasta el 30 de octubre de 1962; dónde estaban emplazadas dentro del territorio cubano y en qué momento y por qué medio se sacaron de Cuba al final de la crisis. Me pregunto si usted tiene información al respecto que pueda facilitarnos.

Lo digo porque lo hemos oído hablar de una inspección. Nosotros observamos con sumo cuidado la salida de los efectivos soviéticos de Cuba para detectar indicios de que se sacaban armas nucleares. Que yo sepa —y lo observé personalmente con mucha cautela— nunca tuvimos pruebas concluyentes de que efectivamente hubieran salido armas nucleares de Cuba. Así que nunca tuvimos pruebas concluyentes de que en realidad hubiera armas nucleares en Cuba. Usted nos dijo anteriormente que estaban en Cuba. Así que le pregunto cuántas eran, dónde estaban, cuándo salieron y cómo.

JORGE RISQUET.- General de ejército, ¿usted quiere responder?

A. I. GRIBKOV.- Se trajeron, como ya dije, 24 rampas de lanzamiento R-12, y 36 cohetes de combate para ellas, también seis de instrucción. Estaban dislocadas en dos zonas de posiciones: una en San Cristóbal y la segunda, no recuerdo el poblado, en la parte occidental de Cuba. Todas fueron retiradas antes del 20 de noviembre, cuando arribó a Cuba el secretario general interino de la ONU U'Thant. Se ordenó al jefe de la división coheteril, el general mayor Statsenko, que informara a U'Thant la composición completa de la división, sin ocultar nada. El general Statsenko, jefe de la división, le rindió el parte a U'Thant en presencia del compañero Alexéiev, aquí está él. Entonces U'Thant preguntó al jefe de la división: "¿Cuándo ustedes retirarán de aquí los cohetes, en qué fecha?" Respondió: "En cuanto recibamos los barcos del tipo requerido, retiraremos todas estas rampas de lanzamiento y los cohetes". Para el 1ro. de noviembre estaba todo listo para embarcar en los puertos, y para el 20 de noviembre se informó que en Cuba no había tropas coheteriles.

RAYMOND GARTHOFF.- Quisiera establecer una distinción entre cohetes capaces de portar ojivas nucleares y las ojivas nucleares en sí.

A. I. GRIBKOV.- En esta misma fecha fueron retiradas también las ojivas nucleares. De esto nunca se habló en ninguna parte, pero lo diré ahora. Un buque en que llegaron adicionalmente ojivas nucleares, incluso sin descargarse, estuvo varios días en puerto cubano, y se marchó a la Unión Soviética, sin descargar las ojivas nucleares, que estaban destinadas para los cohetes R-14.

RAYMOND GARTHOFF.- Acabamos de escuchar por primera vez que se pensaba suministrar armas tácticas a un grupo de fuerzas en Cuba. Usted se refirió a seis rampas de lanzamiento Luna. ¿Significa esto que también se suministrarían seis ojivas nucleares? ¿Y estas ojivas habían llegado a Cuba ya en el momento de producirse la crisis?

A. I. GRIBKOV.- Quiero corregir de inmediato un poco su pregunta. Según entendí, usted preguntó si se trajeron armas nucleares tácticas para las fuerzas armadas cubanas. No. Así entendí la traducción. Voy a responder.

Para todas las rampas de lanzamiento de alcance medio y tácticas, había su módulo y medio de combate. Se trajeron seis rampas de lanzamiento. Orgánicamente se subordinaban dos rampas —era un grupo coheteril— a los jefes de regimientos, había cuatro regimientos de infantería motorizada. En tres regimientos había dos rampas de lanzamiento en cada uno y en uno —era el de Yazov, el ex ministro de Defensa, que estaba en Holguín— no había nada. Y, simultáneamente, también esas fueron retiradas.

RAYMOND GARTHOFF.- Es decir, las seis ojivas nucleares sí estaban en Cuba en el momento de producirse la crisis.

A. I. GRIBKOV.- Sí.

RAYMOND GARTHOFF.- ¿Y fue correcta una información anterior en el sentido de que había 20 ojivas en total, o 20 ojivas para los cohetes estratégicos?

A. I. GRIBKOV.- No confunda los cohetes con las rampas de lanzamiento.

He leído todos los materiales norteamericanos y soviéticos, y hay confusión.

Se trajeron a Cuba 24 rampas de lanzamiento R-12, y para ellas módulo y medio de cohetes ensamblados con carga nuclear. Se trajeron seis rampas de lanzamiento Luna, también con módulo y medio de cohetes ensamblados con carga nuclear, es decir, nueve cohetes tácticos, todos fueron retirados simultáneamente; y el 20 de noviembre ya no había una sola ojiva nuclear en el territorio cubano.

JORGE RISQUET.- No sé si hay un problema de traducción, y quedó claro que los cohetes Luna y los otros cohetes eran de las fuerzas armadas soviéticas. Hubo un problema de traducción, o no sé si Garthoff se equivocó y dijo que de las fuerzas armadas cubanas.

A. I. GRIBKOV.- ... No solo las tropas coheteriles, sino también todo lo que se había traído de la Unión Soviética a territorio cubano, desde un soldado hasta el jefe se subordinaban al mando soviético. Ni un solo soldado soviético quedaba subordinado a las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba, y el Comandante en Jefe supremo Fidel Castro puede confirmarlo.

RAYMOND GARTHOFF.- Muchas gracias, no pretendo alargar esto, sino solamente aclarar, porque teníamos entendido, es decir, sabíamos que existían los 36 cohetes, los cohetes R-12 y las 24 rampas de lanzamiento, pero se nos había dicho que solo un total de 20 ojivas habían llegado realmente a Cuba en el momento de aplicarse la cuarentena, y aparentemente eso no era así. Si lo entendí bien ahora, usted dijo que todos los cohetes R-12 tenían las ojivas aquí.

JORGE RISQUET.- El señor McNamara está pidiendo la palabra. Garthoff se la toma por sí mismo, por lo tanto se la doy a McNamara.

ROBERT S. MCNAMARA.- Señor presidente, esta es una discusión muy interesante, muy importante, y para mí muy confusa, en cuanto al número de ojivas nucleares existentes en Cuba, entre el 20 y el 30 de octubre.

Permítame sugerirle que en lugar de tratar de aclarar el problema ahora, permitamos que el general Smith y Garthoff se reúnan con el general Gribkov cuando sea conveniente para conversar más sobre este tema.

CMDTE. EN JEFE FIDEL CASTRO.- Me pregunto por qué se tienen que reunir solamente el general norteamericano y el general de las fuerzas armadas de la antigua Unión Soviética. Creo que en ese caso, si van a esclarecer esas cosas, nos interesa que haya también un general o un civil cubano dentro de todo eso [*aplausos*].

JORGE RISQUET.- Parece que, como recuerdo del pasado, persiste la tendencia de la superpotencia a desconocer a los pequeños países.

Podemos aceptar la proposición de McNamara, desde luego, corrigiéndola con la intervención del Comandante en Jefe.

CMDTE. EN JEFE FIDEL CASTRO.- Que sea el soviético quien decida.

A. I. GRIBKOV.- Yo quisiera poner un ejemplo sobre lo que se ha planteado aquí, de cuando dos partes omiten a una tercera; es decir, por eso es la polémica que ha comenzado ahora.

Cuando se estaba decidiendo el problema de la retirada de los cohetes de Cuba, nadie consultó con Fidel Castro; cuando se decidió traer los cohetes a Cuba, sí se consultó. Se decidió conjuntamente, se redactó y discutió un proyecto de acuerdo, pero cuando la cuestión era sacar los cohetes de Cuba, entonces, a espaldas de Fidel Castro, la decidieron Nikita Jruschov y John Kennedy.

Comprendo la posición de Fidel Castro, y comparto su indignación porque en aquel momento no consultaron con él. Esto es lo primero que quería decir. En segundo término, en el año 1975, cuando la parte norteamericana planteó la cuestión de la brigada de infantería motorizada, y hay un acuerdo entre la URSS y Cuba sobre la permanencia de esta brigada en territorio cubano —lo digo ya a manera de autocrítica—, nosotros los soviéticos no actuamos correctamente; un segundo dirigente nuestro, Brezhnev, declaró inmediatamente, junto con el Ministerio de Relaciones Exteriores, que no era una brigada la que había allá, sino un centro de instrucción, y eso también se hizo sin consultar al compañero Fidel Castro. En tercer término, un tercer dirigente, Mijail Gorbachov, se reunió con el señor Baker, y decidieron retirar la brigada de Cuba, sin consultar con Fidel Castro. Eso no se enmarca en nada: ni en el plano jurídico, ni en el internacional, ni siquiera en lo simplemente humano. Es decir, sí se decide conjuntamente traerlos, pero se decide por separado retirarlos, y así sucesivamente.

Estoy totalmente de acuerdo con el compañero Fidel Castro en el sentido de que no se puede actuar así; es decir, resolver unilateralmente cuestiones tan importantes.

Esto es simplemente a modo de digresión.

JORGE RISQUET.- Hay una cuestión sobre el tapete. Había una verificación de llegar a una conclusión de cuántas ojivas había, o cómo fueron retiradas, etcétera. Hubo una proposición del señor McNamara, y después una del Comandante en Jefe Fidel Castro, de que esto se verificara en una pequeña reunión y luego se informara al Pleno; pero queremos saber si el general de ejército está de acuerdo con esta proposición, o propone seguir discutiéndolo aquí en la reunión plenaria.

A. I. GRIBKOV.- Quiero responder ahora para no dar largas al asunto.

Repito: Para los R-12 se trajeron 36 cohetes de combate y sus respectivas ojivas de combate, y para los Luna, que son tácticos, se trajo nueve cohetes y sus ojivas correspondientes. La de los R-14, que venían por mar los devolvemos de regreso. Si mal no recuerdo, el nombre del buque, que había llegado de un puerto del norte, era *Indiguirka* y no descargó las ojivas. Yo mismo estuve en ese barco, y cuando acordamos la retirada, el barco se marchó a la URSS sin descargar las ojivas.

JORGE RISQUET.- Me parece que está suficientemente esclarecido, ¿o hay alguna otra pregunta?

CMDTE. EN JEFE FIDEL CASTRO.- Risquet, en mi opinión, se ha respondido de una manera precisa y muy clara esa pregunta; a mí me interesaba también conocer algunos de esos detalles, y sé que eso ha estado dando vueltas, y puedo apreciar la valentía con que ha respondido las preguntas el general de ejército Gribkov. No me queda ninguna duda sobre la sinceridad y la claridad con que ha hablado. Quiero añadir este comentario.

Él también señaló y me hizo una pregunta sobre la cuestión del mando de las tropas: si estaban bajo el mando soviético, si estaba alguna unidad bajo el mando cubano, y esto funcionó de acuerdo con el artículo 10 del acuerdo. El artículo dice todavía, porque ese artículo está aquí: “Ambas partes convienen en que las unidades militares de cada Estado estarán bajo el mando de sus respectivos gobiernos, los que determinarán coordinadamente el empleo de sus correspondientes fuerzas para rechazar la agresión exterior y restaurar la paz”. De modo que realmente aquí había dos ejércitos y dos mandos. Desde luego que nosotros no teníamos ojivas ni rampas de lanzamiento de ningún tipo, así que quede constancia histórica también de eso.

Me parece que esto esclarece la forma. Está así redactado el artículo en que acordamos la cuestión del mando de las fuerzas. Ni nosotros podíamos darles órdenes a las tropas soviéticas en acciones de guerra, ni ellos podían darnos órdenes a nosotros. Cada uno tenía su mando. Realmente así se comportaron más o menos las cosas, aunque había un estrecho contacto y un nivel de coordinación realmente muy elevado. No obstante, en su debido tiempo se podrán explicar mejor algunos aspectos de la cuestión, como que también nosotros tomamos decisiones.

Hay algunas cuestiones en que nosotros nos vimos obligados a tomar decisiones. Ahora, cuando teníamos que tomar una de esas decisiones, como fue la cuestión de disparar sobre los aviones que estaban volando, sobre todo los de vuelo rasante, porque nosotros no teníamos los medios de disparar sobre los aviones que volaban a 20 000 metros, sí sobre los aviones que volaban rasante a 200 metros, 100 metros, 150 metros, en un momento determinado dimos la orden de disparar sobre esos aviones a nuestras baterías antiaéreas.

Más adelante se podrán dar más detalles porque, realmente, la defensa antiaérea convencional la teníamos nosotros. Los soviéticos tenían la defensa antiaérea coheteril, y nosotros todo el resto del armamento de cañones de 57 milímetros, cañones de distintos calibres que podían llegar hasta 7 000, 8 000, tal vez 10 000 metros. Estaban en nuestras manos, y llegó un momento en que nosotros consideramos que no podía admitirse el vuelo rasante, porque el vuelo rasante era la premisa para el ataque por sorpresa, y la posibilidad de destruir todos los medios, fue una concepción nuestra, y en un momento dado tomamos la decisión de no permitir los vuelos rasantes, que eran, a nuestro juicio, más peligrosos que los vuelos del U-2, después han cambiado.

Ya el U-2 había volado y había retratado todo lo que le había dado la gana, pero no era un peligro, no era un avión de ataque, mientras que los aviones que volaban rasantes eran aviones de combate y, desde nuestro punto de vista, no podía admitirse; y fue una decisión soberana, que toma el mando de nuestras fuerzas, de disparar contra los aviones rasantes, un día y una hora determinada ya, que, para no extenderme, lo dejo para la ocasión en que se quiera conocer más detalles sobre todo esto.

JORGE RISQUET.- Correcto.

El señor McNamara.

ROBERT S. MCNAMARA.- Señor Presidente, no quiero prolongar el debate sobre las ojivas nucleares. Ya esto es una nota a pie de página de la historia; en cierto sentido tiene poca importancia para el futuro, pero es una nota a pie de página importante. Creo que nosotros en Estados Unidos, al menos yo, puedo haber entendido incorrectamente. No quiero debatirlo, pero sí expresar lo que entendí y quisiera que el general Gribkov escuche mis palabras, y si entendí mal lo que él dijo o estaba equivocado antes, le ruego que me corrija antes de que me vaya el domingo.

En Estados Unidos, en aquel momento la CIA informó su incertidumbre acerca de si había alguna ojiva nuclear en suelo cubano. La CIA pensaba que no había, y afirmó que tenía pruebas considerables de que 20 ojivas estaban en alta mar en un buque llamado *Poltava*.

Cuando estuvimos en Moscú, hace tres años, dijimos esto y un general soviético, cuyo nombre creo que era Volkogónov aseveró que la CIA estaba en lo cierto, que había 21 ojivas a bordo del *Poltava* en alta mar. Pero dijo también que la CIA estaba equivocada en cuanto a que no había ojivas en suelo cubano, que sus registros indicaban —y él estaba autorizado por su gobierno para decirlo— que había 20 ojivas nucleares en suelo cubano entre el 20 de octubre y aproximadamente el 30 de octubre.

Si entendí correctamente la declaración formulada aquí hoy, el general estaba equivocado, había algunas ojivas en alta mar para los R-14, quizás en otro buque. Pero entendí —y no quiero debatirlo ahora, pero sí quisiera que se me corrigiese, si lo entendí mal, antes de marcharme— que en lugar de 20 ojivas nucleares en suelo cubano, en ese momento había 36 para los R-12 y 9 para los Luna, por tanto, 45 en total. Quizás yo lo haya entendido incorrectamente, por favor, si fuera así, acláremelo antes de marcharme.

JORGE RISQUET.- Señor McNamara, para la parte cubana está totalmente esclarecida la cifra. Usted ha hecho una petición de que se le aclare antes de que se vaya, estoy seguro de que le será aclarado por la parte soviética.

CMDTE. EN JEFE FIDEL CASTRO.- ¿En privado o en público?, que él decida.

JORGE RISQUET.- Para nosotros está clara la cifra, no tenemos nada que aclarar. ¿Usted quiere aclararlo ahora o antes de marcharse, como dice? Él está preguntando si es exacta la cuenta de que había 36 ojivas del R-12 y nueve de Luna, en total 45.

A. I. GRIBKOV.- Señor McNamara, usted tiene todo mi respeto y sé que cuando usted fue un ministro, muy joven y enérgico —considerábamos que en Estados Unidos de América se había hecho una elección muy acertada para el cargo de secretario de Defensa—, hizo mucho por las fuerza armadas de Estados Unidos de América, sé todo eso como antiguo trabajador del Estado Mayor General.

Lo que le dijo Volkogónov, se lo dijo alguien que está lejos de las tropas, lo digo como una autocrítica. Como trabajador del Estado Mayor y jefe de la Dirección de Operaciones que con mis propias manos planifiqué la operación, puedo decirle en detalle cómo íbamos cargando los buques. Estaba el ministro de la Marina Mercante, Karamzin, con los planos del buque, digamos del *Poltava*. Yo tenía los de la técnica y el cargamento, sus dimensiones, y en mi despacho íbamos “cargando” teóricamente cada uno de los barcos del primer escalón, para no confiar eso a nadie más y preservar el secreto, y después entregábamos todo eso a los puertos. Por eso, ¿quién conoce eso mejor, Volkogónov o Gribkov? Usted podrá juzgar. Sí, Volkogónov es filósofo doctor en ciencias filosóficas, doctor en ciencias históricas, pero yo llevo 54 años como militar, militar de verdad.

ROBERT S. MCNAMARA.- Estoy totalmente satisfecho, la respuesta es 45.

A. I. GRIBKOV.- Considero que ahora podemos estar hablando hasta si eran 20 o 21 ojivas, pero no es sustancial. Mejor será que otros por ahí se pongan después a contar y defiendan una tesis doctoral a cuenta de esas ojivas, pero ustedes y nosotros en aquel momento nos estábamos ocupando de nuestro trabajo militar, y lo conocemos mejor; usted, por su ejército y nosotros por nuestro ejército, por eso confiemos mutuamente.

ROBERT S. MCNAMARA.- Señor Presidente, sobre el tema de las ojivas nucleares y los peligros para la especie humana, no solo para nuestros tres países, mientras existan números tan elevados sobre la faz de la Tierra —creo que hoy estoy, más o menos, en lo cierto al decir que hay 50 000 ojivas nucleares en el mundo—, soy de la opinión que esta es una situación en extremo peligrosa para la humanidad. Entiendo que el general coincide y simplemente quisiera hacer otra aclaración, no en cuanto a las cifras, sino más bien en cuanto a su declaración, que quizás no la haya entendido bien.

En relación con la autoridad para utilizar las ojivas nucleares, que es muy muy importante, y que va a ser un problema para la especie humana mientras existan en este mundo ojivas nucleares. Si lo entendí correctamente, él dijo que la autoridad estaba en dos categorías distintas: la autoridad para lanzar las ojivas del R-12 estaba en manos de Jruschov y del Politburó, del mando supremo, y lo comprendo, exactamente eso es lo que pensábamos en aquel entonces. Pero me pareció entender que él dijo que frente a un posible ataque de Estados Unidos, la autorización para el lanzamiento de las ojivas de los Luna —y creo que el traductor utilizó la palabra “variante” —, yo interpreté esa respuesta en el sentido de que la autoridad

para el empleo de las ojivas de los Luna estaba en manos de los comandantes locales. Veo que el general asiente y esa era exactamente mi impresión. No quiero argumentar ahora si esa fue una delegación de autoridad sabia o no, ese no es mi propósito. Mi objetivo es hacer énfasis en lo que creo que algunos de nosotros pensamos entonces y lo que evidentemente los tres jefes de Estado pensaron —o sea, el Comandante Fidel Castro, Jruschov y Kennedy— que esta era una situación extremadamente peligrosa, y lo menciono no por el pasado, sino por el futuro. Estos peligros se mantendrán mientras tengamos miles de ojivas nucleares.

JORGE RISQUET.- ¿Alguna otra pregunta, general, o podemos darle la palabra al amigo Troyanovski? ¿Alguna otra pregunta sobre la cuestión militar? Ha sido exhaustivo y brillante el general de ejército, por tanto, le damos la palabra a Oleg Troyanovski.

OLEG TROYANOVSKI.- Como no he participado en los encuentros anteriores sobre este tema, en que se reflejó y arrojó luz sobre los más diversos aspectos de la Crisis de Octubre de 1962, quisiera hoy limitarme a mis impresiones y recuerdos personales referidos, fundamentalmente, a aquella semana.

Debo decir que entonces yo era ayudante de Jruschov para asuntos de política exterior. Quiero decir también que Jruschov tenía un aparato bastante limitado, tenía solo cuatro asesores: un asesor, el ya fallecido Shuiski era como el principal, se ocupaba fundamentalmente de los problemas internos, económicos y políticos; el otro asesor, Lébiédév, se ocupaba de los problemas ideológicos; el tercero, Shevchenko, se ocupaba de la agricultura; y yo atendía los problemas de la política exterior. Además, tenía un asesor para el recibo en el Comité Central y en el Consejo de Ministros, y dos o tres taquígrafas. A eso se limitaba el equipo personal e inmediato de Jruschov.

Hay que decir que antes de empezar la crisis habíamos recibido una información abundante sobre las intenciones de Estados Unidos de atacar por segunda vez a Cuba. Hemos escuchado ya posteriormente del señor McNamara que no hubo tales intenciones, pero sí hubo planes, evidentemente; esos planes de una forma u otra por lo visto, llegaban también a nosotros. Tal vez hubiera cierta desinformación, también lo admito, pero de una forma u otra se formó una impresión bastante concreta de que habría un nuevo ataque; por eso era lógico imaginarse que a Jruschov le surgieran ideas de cómo preservar a Cuba contra un ataque semejante.

Hay que decir que aunque yo estaba al corriente prácticamente de todos los problemas y de toda la información que llegaba a Jruschov sobre política exterior, no conocí de inmediato las intenciones de emplazar los cohetes con ojivas nucleares en Cuba. Recuerdo muy bien el día en que me llamó otro asesor de Jruschov, el difunto Lébiédév, y me dijo: “Lo que le voy a referir ahora, lo va a atolondrar” —en ruso esta es una palabra bastante fuerte, no sé cómo la traducirán al español y al inglés, pero es una palabra

muy fuerte—. Después me dijo que había la intención de emplazar cohetes con ojivas nucleares en Cuba, si la dirección cubana estaba de acuerdo. Debo decir que, efectivamente, quedé atolondrado ante aquella información; porque al conocer un poco sobre Estados Unidos y la posible reacción ante un paso semejante, entendía que eso olía a consecuencias graves.

Después surgió ante mí el dilema de hablar o no de eso con Jruschov, aunque mis colegas del secretariado me aseguraban que no tenía sentido hablar, que ya la decisión había sido tomada y que era imposible cambiar algo. No obstante, más bien no para que algo cambiara, sino para tener limpia mi conciencia, hallé el momento adecuado y expresé mis dudas al respecto. Jruschov me respondió que comprendía que era una decisión seria, pero que “¿por qué a decir verdad no debíamos hacer lo que los norteamericanos estaban haciendo siempre?, ¿por qué no podíamos emplazar cohetes en Cuba cuando estábamos rodeados de bases militares norteamericanas y cohetes norteamericanos?” Y me dijo, incluso, que “en ese sentido, a veces se remitían a la Doctrina Monroe, pero la Doctrina Monroe prevé no solo la no injerencia de los países europeos en los asuntos del hemisferio occidental, sino también la no injerencia de Estados Unidos en los asuntos de Europa; así que los propios Estados Unidos ya hace tiempo que habían borrado la Doctrina Monroe”. Bueno, por supuesto, era difícil objetar esa lógica. Y, como ya he dicho, no esperaba que hubiera cambios en la decisión tomada; por eso nuestra conversación concluyó ahí.

Una segunda ocasión fue en octubre. Yo estaba solo en el despacho de Jruschov, y me dijo: “Sí, los cohetes serán emplazados pronto, y va a empezar una gran tormenta”. A lo que respondí: “Nikita Serguéievich, ojalá no se vire el bote” refiriéndome a una guerra nuclear. Me dijo: “Sí. Pero ya es tarde cambiar algo”. Tuve la sensación de que en aquel momento él ya de cierta manera había tomado conciencia de la gravedad de las posibles consecuencias.

Después conocimos que el 22 de octubre intervendría el presidente Kennedy sobre un problema importante, como se comunicó entonces; bueno, todos comprendimos que iba a ser el tema de los cohetes soviéticos en Cuba. Se convocó una sesión del Presidium del Comité Central —entonces no se llamaba Buró Político, como ahora, sino Presidium del Comité Central—, fue una reunión a una hora avanzada. Habíamos recibido, si no me equivoco, un mensaje de Kennedy una hora antes de su intervención a través de la embajada norteamericana en Moscú. Eso fue ya bastante tarde en la noche. Recuerdo que lo leí en la sesión, y diría que la primera reacción fue bastante tranquila, porque ahí se hacía referencia a una cuarentena; la cuarentena parecía algo así bastante indefinido, en todo caso no era una amenaza directa de ataque o de golpes contra Cuba, o algo similar.

Recuerdo, además, que Jruschov dictó los planteamientos fundamentales de la respuesta a aquel mensaje que los funcionarios del Ministerio de

Relaciones Exteriores debían presentar en la forma debida porque sus dictados a veces requerían ser pulidos y debían presentar el texto definitivo al día siguiente. Al finalizar la sesión Jruschov recomendó a los participantes pernoctar en el Kremlin porque, como dijo, “por lo visto los corresponsales norteamericanos estaban observando nuestra reacción, y no debíamos dar la impresión de que aquí hay algún tipo de nerviosismo, o reuniones nocturnas, etcétera”.

Posteriormente, como ya todos bien saben, tuvo lugar un intercambio de mensajes prácticamente diario, además, debido a la diferencia de horarios todo eso era bastante conveniente, porque los recibíamos por la mañana, los enviábamos, y en Washington los recibían el mismo día. Tuvo lugar ese tipo de intercambio.

Debo decir, claro, que los primeros mensajes de Jruschov eran bastante duros, aunque su tono comenzó a suavizarse posteriormente. Lo mismo que los mensajes del presidente Kennedy. Quisiera también relatar un pequeño episodio. Recuerdo que en uno de los primeros días después de iniciada la crisis, Vasili Vasilievich Kuznetsóv, que era el viceministro primero de Relaciones Exteriores —creo que Gromiko no había regresado todavía de Estados Unidos—, entonces le dijo a Jruschov que le parecía que, en respuesta a la presión que estaban ejerciendo los norteamericanos en torno a Cuba, haría falta presionar también a Estados Unidos en algún otro sitio, preferiblemente en torno a Berlín. A eso Jruschov debo decir que respondió muy bruscamente, en el sentido de que no necesitábamos ese tipo de consejo. Entonces tuve la impresión de que él no tenía la intención de ampliar de cierta manera la esfera de la confrontación; sin embargo, la tensión se iba incrementando paulatinamente, y diría que la culminación se inició el sábado 27. En primer lugar se recibió entonces una comunicación de que se había derribado un avión U-2 sobre Cuba. Eso causó inquietud porque no se conocía cómo reaccionaría la parte norteamericana; después, por la madrugada, se recibió un mensaje del compañero Fidel Castro —ahora ya ese mensaje se conoce.

No puedo decir que ese mensaje haya creado la impresión de lo que después se habló en la prensa occidental, que se trataba de una exhortación a una guerra preventiva, no, de ninguna forma; pero lo que sí causó intranquilidad en ese mensaje fue la declaración de que se esperaba un ataque en las próximas 24 o 72 horas. Al día siguiente, por la mañana, se convocó una reunión del Presidium del Comité Central en la casa de campo en las afueras de la ciudad. En aquel momento ya se había recibido también un mensaje del presidente Kennedy, en el que proponía la retirada de los cohetes a cambio de la garantía o el compromiso de no atacar a Cuba —todo esto ya se sabía al celebrarse la sesión del domingo día 28—. Además, durante la sesión recuerdo que me llamaron por teléfono —era el asesor de Gromiko, el ministro de Relaciones Exteriores— y me informó que se acababa de recibir un telegrama

del embajador Dobrínin sobre una entrevista con Robert Kennedy, celebrada el 27. Me leyó por teléfono ese mensaje, hice las observaciones pertinentes y se lo leí a los participantes de la sesión del Presidium del Comité Central.

El telegrama era alarmante, y aunque Robert Kennedy decía ahí al final que no se trataba de un ultimátum, sí se decía con bastante claridad, sin embargo, que era necesario recibir la respuesta al mensaje de Kennedy en las próximas 24 horas, y que no se debía continuar la polémica, sino que hacía falta una respuesta exacta.

Decía, además, como había expuesto Dobrínin, que había muchas cabezas locas en Washington que exigían empezar el ataque contra Cuba; y se podía inferir que al presidente le era difícil mantener el control de la situación. Todo esto, por supuesto, creó bastante nerviosidad en la sesión, a lo que se añadía otro elemento, que considero no se conoce hasta el momento, a saber: un participante en la sesión —me parece que era el secretario del Consejo de Defensa, el general de ejército Simeón Pávlovich Ivanóv— fue llamado al teléfono y cuando retornó a la reunión anunció que había llegado un mensaje según el cual se había fijado otra comparecencia de Kennedy a las 17:00, hora de Moscú.

Todos creyeron a pie juntillas que sería una intervención en la que se anunciaría el ataque a Cuba. Ciertamente, se envió un telegrama a la embajada en Washington solicitando verificar si era así o no. Pero el telegrama en que se decía que era simplemente una repetición de su intervención del día 28, llegó mucho después. Así se creó la opinión de que faltaba muy poco tiempo para que se desatara la crisis surgida. Por eso se redactó un mensaje a Kennedy, que se le entregó a Ilichóv, secretario del Comité Central, con la intención de que lo hiciera llegar a la radio y lo transmitieran antes de las 17:00 horas de Moscú, en forma de texto abierto, es decir, antes de la comparecencia de Kennedy, que supuestamente iba a tener lugar.

Desde luego, entendíamos que con esa prisa crearíamos una situación nada buena respecto de nuestros compañeros cubanos y aliados, y se envió un telegrama al compañero Fidel Castro, en el que se decía que se estaba adoptando tal decisión; pero como una justificación parcial o algo así, se podía haber dicho que no quedaba tiempo para conciliar la decisión tomada. Aunque debo decir que Jruschov sufrió mucho por la situación creada con los compañeros cubanos, y se decidió enviar a Mikoyán a Cuba para mitigar, de cierta forma, la desagradable situación creada.

Además, deseo decir que estuve en la sesión del Presidium del Comité Central en la que Mikoyán rindió cuenta y relató sobre su viaje a Cuba, y recuerdo que Jruschov valoró muy altamente el hecho de que Mikoyán logró mitigar de cierta manera la situación desagradable que había surgido. Recuerdo que él decía entonces que, excepto Mikoyán, probablemente nadie más hubiera podido cumplir esa misión.

Desde luego que en aquella precipitación se cometieron también otros lapsos, uno de ellos fue que en el mensaje a Kennedy no se hablaba directamente sobre los cohetes, sino sobre el arma que usted, señor Presidente, llama ofensiva; y eso dio la posibilidad después a nuestros opositores norteamericanos de exigir la retirada no solo de los cohetes sino de los bombarderos IL-28, si no me equivoco.

Esa es aproximadamente la historia que deseaba relatarles hoy, para que se sepa cómo se veía eso desde el otro lado. Muchas gracias.

JORGE RISQUET.- Muchas gracias, compañero Troyanovski. Vamos a dar un receso.

[RECESO]

JORGE RISQUET.- Estimados amigos, continuamos la discusión del punto No.2, acerca de los aspectos político, civiles, en relación con la intervención del señor Troyanovski.

¿Quién pide la palabra?

WAYNE S. SMITH.- Esto surgió en la reunión de Moscú y luego se volvió a plantear en Antigua, pero me temo que no se ha dado una respuesta satisfactoria, tal vez porque no exista. Mi duda es la siguiente: ¿Cómo la parte soviética pensaba introducir los misiles sin que se les descubriera? Si los estaban emplazando, porque pensaban que Cuba iba a ser invadida, no hay duda de que desde el momento en que empezaron a llegar los cohetes, hasta el momento en que estuvieron en condición operacional, Cuba fue mucho más vulnerable a una invasión; era prácticamente una invitación a que Estados Unidos reaccionara militarmente.

¿Cómo creían que iban a poder instalar los misiles sin que los descubrieran? ¿Acaso no hubiera sido mejor tratar de hacerlo abiertamente?

JORGE RISQUET.- Hay características políticas y otras militares.

No sé quién de la delegación soviética quisiera responder a Wayne Smith.

WAYNE S. SMITH.- Creo que es una pregunta política.

JORGE RISQUET.- Sí, es política, pero el general explicó que los 40 000 hombres de infantería llegaron primero que los cohetes.

A. I. GRIBKOV.- Yo puedo responder en breve.

Cualquier operación militar se prepara. Incluso, la que se realizó en el Golfo Pérsico, ¿acaso se preparó todo abiertamente? No, fue ocultamente. También nosotros lo hicimos en secreto, lo dije en mi intervención, preparamos un plan especial de enmascaramiento y desinformación. A propósito, la Inteligencia norteamericana desconocía muchas cosas de las que se estaban haciendo. Eso no se lo reprocho a los ex agentes.

Estoy mirando al señor Kline que se parece a Hemingway.

Así también nosotros lo preparamos secretamente y según el plan, el 25 o el 27 de noviembre de 1962 —cuando todo estuviera concentrado y puesto en

disposición combativa— los dirigentes soviéticos y cubanos, conjuntamente, debíamos anunciar sobre esta acción, que en correspondencia con el convenio, a Cuba se había traído tal agrupación militar; pero no se logró, porque el día 22 Kennedy hizo su alocución y comenzó toda esta correspondencia, que no voy a repetir. Pero, incluso, a pesar de aquellas condiciones logramos que la independencia y la seguridad de Cuba fuera garantizada, y por la parte de la administración norteamericana el señor Kennedy dijo: “Ustedes sacan los cohetes, y nosotros damos la palabra de que nunca vamos a atacar a Cuba y, además, se decía vamos a contener a nuestros aliados”.

Así se dijo. Por eso creímos en su palabra y sacamos los cohetes. Ustedes dicen: Secretamente.

Ustedes también llevaron los Júpiter a Turquía secretamente, después a Sicilia llevaron también cohetes. ¿Ustedes acaso lo dijeron abiertamente a todo el mundo? No. A la RFA también llevaron cohetes. ¿Y por qué tan cerca de la Unión Soviética?, porque el tiempo de acercamiento por el territorio de la Unión Soviética se considera de cinco a seis minutos; sin embargo, desde Estados Unidos hasta el territorio de la Unión Soviética sería de 25 minutos.

Perdónenme, no sé si ustedes son militares o civiles, pero nosotros los militares siempre estamos contando los minutos y los segundos.

Yo entendí la pregunta y la respondí.

La pregunta fue: ¿Por qué se hizo secretamente?

OLEG TROYANOVSKI . - No. ¿Cómo podíamos contar con que no serían descubiertos?

A. I. GRIBKOV.- Eso también se tuvo en cuenta.

Si pensábamos que la parte norteamericana lo iba a descubrir o no. Nosotros previmos, naturalmente, la posibilidad de que se nos descubriera, todo no se puede ocultar, y resultó que el día 14 cuando fueron retratados los emplazamientos, que era imposible ocultar —son grandes carros cisternas, ustedes vieron todo esto en las fotos— y el propio emplazamiento era de estructura de hormigón armado. Todo eso se trajo de la Unión Soviética para los R-12, eran losas blancas de hormigón y se vieron inmediatamente y era muy difícil enmascararlas.

Debo decirles que algunos de nuestros compañeros, grandes jefes, cuando estuvieron en Cuba, llegaron a la conclusión de que se podían colocar aquí los cohetes, que nadie los distinguiría de las palmas. Pero era una conclusión tonta, porque un cohete no es una cosa que se trae, se coloca y ya, para los cohetes hay que preparar la posición, los dispositivos de mando, tender los cables y hacer toda la base de la rampa de lanzamiento. Esto no es un OK, por eso es que la Inteligencia los descubrió, cierto es que los descubrió tardíamente.

ALEXANDR ALEXÉIEV.- Estuve relacionado directamente con la instalación de esos cohetes, no en el sentido directo, sino en todo caso con las

negociaciones. El 1ro. o el 2 de mayo me llamaron a Moscú —yo trabajaba aquí en Cuba como consejero—, y al otro día me mandó a buscar Jruschov y me dijo: “Usted lleva mucho tiempo trabajando en Cuba, hace casi dos años, tiene buenas relaciones con los dirigentes cubanos, y hemos decidido nombrarlo embajador”. Eso fue para mí como algo caído de las nubes; traté de negarme, pero no lo logré. Terminó la conversación y me dijo que me volvería a llamar cuando estén otros compañeros del Buró Político. A la vuelta de cuatro días después me volvieron a citar al Kremlin, donde en el despacho de Jruschov estaban las siguientes personas: Kozlów, segundo secretario del CC del Partido; Malinovski, Gromiko, Rashídov —que era miembro suplente del Buró Político—, el mariscal Biriuzóv y también el compañero Mikoyán; no recuerdo exactamente si estaba Ivanóv, puede ser.

Comenzó otra vez la conversación. Les relaté sobre Cuba, Fidel, el Che y Raúl. En una palabra, Nikita Serguéievich hablaba de Cuba, y en particular de sus dirigentes, con mucha emoción, todos los demás escuchábamos. En un momento dado me dijo: “A usted lo hemos designado embajador, y hemos decidido situar cohetes en Cuba, porque no hay otra salida para poder salvar la Revolución Cubana; porque nuestros discursos en la ONU y nuestras protestas no han logrado nada, es totalmente evidente que habrá un ataque contra Cuba, debido a la derrota de Girón, con fuerzas de Estados Unidos”. Dijo que estaba totalmente seguro y que había cierta información. Como dijo el compañero Troyanovski, me quedé también atolondrado frente a la noticia y no sabía en lo absoluto cómo reaccionar; y, excepto a Mikoyán, solo conocía en fotos a los dirigentes que estaban frente a mí en la reunión. Por eso era para mí una situación difícil, no sabía cómo reaccionar. Sin embargo dije, cuando Jruschov preguntó cómo reaccionará Fidel Castro ante nuestra decisión porque no había otro camino para salvar a la Revolución Cubana, respondí: “Creo que Fidel Castro no va a estar de acuerdo, porque su política de defensa de la Revolución Cubana se basa en la solidaridad de los países, en primer lugar del continente latinoamericano, y en general de otros países progresistas, y si se emplazan nuestros cohetes, eso me parece que alejaría a la Revolución Cubana de esa parte del continente”.

Hay que decir, no sé si eso era reflejo de los intereses militares, pero en todo caso a mi replica reaccionó Malinovski de manera muy negativa: “¿Pero cómo va a ser eso que Cuba socialista vaya a rechazar esas cosas? Yo mismo estuve en España, un país burgués y, sin embargo, aceptó nuestras armas”.

Allí mismo también se resolvió enviar una delegación para conversar con los dirigentes cubanos. Se designó a Rashídov, que había estado antes aquí en Cuba, al mariscal Biriuzóv, jefe de las tropas coheteriles y a mí. Ya me habían solicitado el placet, pero no se había recibido todavía. Pero, bueno, llegamos a Cuba, me entrevisté primero con Raúl Castro, le dije que había llegado una delegación. Me preguntó: “¿Para qué?” Solo le dije que

en nuestra delegación había un ingeniero, Petróv, que no era tal ingeniero, sino el mariscal Biriuzóv, jefe de las tropas coheteriles, y le pedí, en nombre del gobierno, que necesitábamos entrevistarnos con Fidel Castro. Horas después se celebró aquella reunión y la conversación.

Antes de salir para Cuba Jruschov nos volvió a reunir en la casa de campo —fue un domingo, porque el lunes teníamos que salir—, donde estaban presentes la mayoría de los miembros del Buró Político, y entonces Jruschov dijo: “Según opina Alexéiev, Fidel Castro no va a estar de acuerdo con la ubicación de los cohetes, por eso hay que plantear la cuestión de modo que se demuestre que realmente no hay otra salida para defender realmente a Cuba. Vamos a ver cómo reacciona Fidel Castro ante eso”.

Cuando le planteamos toda la situación a Fidel no nos respondió de inmediato, meditó, y después dijo: “Veo que eso es en interés del campo socialista, lo necesita el campo socialista”. Le empezamos a decir que no, que era para la defensa de la Revolución Cubana solamente. En todo caso así pensaba y nos había dicho Jruschov. No obstante, al otro día, después que la dirección cubana se reunió, y evidentemente discutió la cuestión y seguramente analizó que había una intención muy seria de la Unión Soviética de defender a la Revolución Cubana, entonces, se adoptó la decisión de que el gobierno cubano daba su visto bueno para llevar a cabo las negociaciones. Después salió para Moscú Raúl Castro, y él y yo preparamos el convenio, prácticamente aislados de todos los demás. Eso solo lo conocían Malinovski, Jruschov, naturalmente, Ivanóv, y el general que está aquí presente. Nadie más conocía de esto. Nosotros mismos traducimos el acuerdo con mis pobres conocimientos del español. Entonces cuando fui designado yo como embajador, le traje el acuerdo a Fidel Castro, y Fidel lo analizó y lo consideró muy insuficiente, porque había demasiados aspectos técnicos y la parte política era muy floja; y Fidel Castro hizo las correcciones pertinentes, y posteriormente a la vuelta de algún tiempo, en el mes de agosto, fue enviado ese acuerdo nuevamente elaborado con Che Guevara a Moscú, donde lo recibió Jruschov. En ese momento fue inicialado el acuerdo por Malinovski y Raúl Castro.

Jruschov creía con toda exactitud que esa operación transcurriría en secreto, que los norteamericanos no se enterarían, estaba completamente seguro; solamente nos decía: “Compañeros, no se apresuren, háganlo todo de modo que la opinión pública norteamericana no lo sepa antes del 4 de noviembre, cuando eran allá las elecciones parciales, después todo se arreglará en calma, no va a haber grandes dificultades; y de esa forma los americanos se lo van a tragar del mismo modo que nosotros nos tragamos la píldora de los cohetes que emplazaron en Turquía contra nosotros. ¿Qué podemos hacer? Nada, como tampoco ellos pueden hacer nada. Somos dos estados soberanos, y cuando llegue el momento, cuando todo esté listo, en el mes de noviembre iré a Cuba y entonces

anunciaremos que se ha realizado tal operación”. En todo caso así pensaba Jruschov. Él creía que la opinión pública no conocería esa operación hasta tanto no se terminara, y cuando lo supiera, sería tarde. Él consideraba que estábamos en una posición correcta; es decir, estábamos haciendo lo mismo que hacían los norteamericanos, utilizando los mismos métodos.

Hay que decir que, realmente, a partir del mes de julio comenzó el traslado de soldados y diferentes equipos hasta el 14 de octubre, comoquiera que sea es un lapso muy prolongado, a pesar, como sabemos, de que los norteamericanos recibían mucha correspondencia desde la propia Cuba, porque agentes voluntarios había muchos aquí, que veían cómo se transportaba de noche esos cohetes, porque eran 42 cohetes que había que llevar de los puertos hacia distintos lugares. Por otra parte, tantas armas, tantos soldados que aunque andaban en camisas de mangas cortas, todos notaban que eran jóvenes... Y solo cuando “bajaron” al avión U-2, el día 14, quedó claro que algo malo estaba pasando.

Se dice que los cohetes, no obstante, no fueron fotografiados, pero los lugares de su emplazamiento y sus vías de acceso sí, por supuesto. Más que ya habían fotografiado una división de Volvograd, o no sé dónde, que tenía una posición similar a las de Cuba. Por eso era probable que esas divisiones ya hubieran sido vistas desde el cosmos. De modo que, al extrapolarlo aquí, lo descifraron rápidamente. Así fueron los hechos. Todo lo demás se conoce bien, cómo se retiraron esos cohetes, cómo sucedió todo eso de modo absolutamente incorrecto, de modo totalmente incomprensible. Como embajador no sabía dónde meterme; fui la persona más infeliz, cuando se informó por radio que nuestros cohetes se retirarían, incluso en ese período no tenemos datos algunos; pero era un hecho. Yo, por ejemplo, considero que el pretexto de que no hubo tiempo de consultar con Fidel Castro es improcedente.

Jruschov conocía perfectamente cómo es Fidel Castro, conocía su carácter, sabía que era un líder genuino y, por eso sencillamente, cuando se dio cuenta de que los norteamericanos no se iban a tragar la píldora, como él pensaba, sino que iba a haber algo muy serio, decidió actuar de ese modo, entendiendo que después no obstante podría explicar a Fidel Castro y al pueblo de Cuba que su acción era correcta.

Por eso creo que esa conducta de no consultar con Cuba para retirar los cohetes se explica por el hecho de que Nikita Serguéievich seguramente en el momento más difícil no consideró necesario hacerlo así. Por supuesto, fue un error, y creo seguramente que el error consistió en que había que haber actuado abiertamente, y los compañeros cubanos lo habían propuesto, actuar abiertamente, suscribir un convenio militar; pero Nikita Serguéievich y otros compañeros nuestros consideraban que podíamos defender de esa forma a Cuba y fortalecer además los intereses nuestros y los del campo socialista en

el mundo. Era el período de la guerra fría, todos pensábamos justamente así, por eso ahora en la situación actual tal vez sería totalmente incorrecto.

Debo decir para justificar a una persona que no desempeñó un gran papel en la decisión, pero no obstante, fue muy cuidadosa, que fue Gromiko, quien participó en todas las conversaciones, me dijo antes de yo salir de embajador para Cuba, que temía que esa operación se convirtiera en una aventura; no sé qué me quiso decir, tal vez porque podía ser desenmascarada en cualquier momento las armas por la rapidez con que se enviaban. Gromiko me lo dijo así, algo en tinieblas. Más tarde me diría que él se oponía a eso.

Por eso es imposible hablar de que hubiera una total unanimidad en aquel período.

Quisiera decir que la confianza de Jruschov en que no se descubriría aquella operación era total y sincera. Así lo pensaba, simplemente no conocía a los norteamericanos.

JORGE RISQUET.- Muchas gracias, compañero Alexéiev.

El compañero Mikoyán tiene la palabra.

SERGO MIKOYÁN.- Quisiera decir que me causó una enorme impresión la intervención del general Gribkov, no solamente una impresión, de cierta forma reveló de una nueva manera esa crisis. Entre paréntesis, estamos discutiendo esta crisis en la cuarta o quinta conferencia y algunos piensan en particular que ya todo se haya dicho y todo se sabe.

Quisiera decir que ahora se ve de una forma nueva las declaraciones de Dean Rusk y [...] en el sentido de que Estados Unidos dejó escapar una oportunidad de destruir la Cuba revolucionaria. Hubo pronunciamientos así: que había que haber golpeado a Cuba aquel lunes, o martes, 28, 29 o 30 de octubre, y la URSS no habría hecho nada; no habría habido ninguna represalia en ningún lugar del mundo, y sí habrían terminado con la Cuba revolucionaria.

Ahora, después del relato del general, está claro que en el Mar Caribe habría ocurrido la primera guerra nuclear entre las dos partes, y, según los cálculos de la parte soviética, las pérdidas norteamericanas en esa operación habrían superado sus pérdidas en toda la Segunda Guerra Mundial. Naturalmente, comprendemos que las pérdidas cubanas y soviéticas en la isla habrían sido enormes, posiblemente mayores. Pero todo eso explica el gigantesco peligro que hubo en aquel momento, y cuán incorrecto es pensar que Kennedy se apresuró en ponerse de acuerdo, manifestando debilidad. Considero que eso expresa una vez más que la decisión de Jruschov y Kennedy nos liberó de la primera guerra nuclear en el mundo y en la historia. Es sencillamente difícil calcular a qué niveles habría llegado su escalada.

Gracias.

JORGE RISQUET.- Gracias al compañero Mikoyán.

El general Gribkov pide nuevamente la palabra.

A. I. GRIBKOV.- Quisiera precisar en cuanto a lo expresado por el compañero Alexéiev, en el sentido de que no hubo unanimidad para traer los cohetes y la agrupación de tropas. Cuando se discutió por segunda vez la cuestión y fue necesario que firmaran los miembros del Buró Político, que entonces era el Presidium del Comité Central, y de todos los secretarios del CC no miembros, Simeón Pávlovich Ivanóv, coronel general, era comisario responsable del Consejo de Defensa del país, y a él se le encomendó recoger las firmas de todos los miembros del Buró Político y de los secretarios; no todos firmaron enseguida, en particular los secretarios del Comité Central no miembros del Buró no lo firmaron, y no lo firmó Mikoyán como miembro del Buró Político.

En nuestro país teníamos el siguiente procedimiento. Si estoy de acuerdo con este documento, debo escribir “a favor”, y firmar. No todos pusieron esa palabra “a favor”, sin embargo firmaron.

Cuando el coronel general Ivanóv informó a Jruschov que algunos compañeros no querían firmar —los secretarios del Comité Central argumentaron que no eran miembros del Buró Político—, Jruschov le dijo: “No importa, ve a verlos, ahora van a firmar”. Cuando los volvió a ver, Ivanóv les transmitió la conversación con Jruschov, y todos firmaron. De modo que tampoco hubo unanimidad en la dirección soviética. Eso aparece en los documentos. Eso es lo que quería agregar.

JORGE RISQUET.- ¿Alguna otra pregunta?

Jorge Domínguez.

JORGE DOMÍNGUEZ.- Sobre el tema del desplazamiento en forma secreta de armamentos soviéticos a Cuba, en la reunión de Antigua se informó que hubo una diferencia de criterios entre Cuba y la Unión Soviética, y que Cuba prefería que ese desplazamiento fuera público y que lo creía, entre otras razones, porque se consideraba con un derecho soberano a invitar a su aliado en la Unión Soviética a que enviara esos armamentos a Cuba. La pregunta, realmente, es cómo se consideró en Moscú ese criterio de la dirección nacional cubana y por qué se llegó a esa decisión de no aceptar la propuesta que presentó el comandante Ernesto Guevara.

JORGE RISQUET.- Usted lanza la pregunta, compañero, pero puede contestarla la parte soviética o la parte cubana, desde luego. ¿Quién prefiere que le conteste?

JORGE DOMÍNGUEZ.- Evidentemente, en algún momento me interesaría que la parte cubana contestara, pero, por el momento, la pregunta es a la parte soviética solamente.

JORGE RISQUET.- Claro, la parte cubana se reserva siempre el derecho a intervenir.

ALEXANDR ALEXÉIEV.- Cuando se decidió la introducción, no se decidió así el problema. Se explicó que había que observar el secreto, pero tal vez los compañeros cubanos, en particular el compañero Fidel, ni se imagi-

naban la enorme operación de los 40 000 efectivos. Tampoco al principio se habló nunca de los 40 000 cohetes. Por eso no se planteó ese problema. Pero el problema de si tarde o temprano eso saldría a relucir, fue cuando Che Guevara salió para Moscú. De modo que Fidel, evidentemente, así como Raúl también tenían la impresión de que no se podía seguir ocultando eso, que había que hacerlo abiertamente. Entonces, Che Guevara y Aragonés, al conversar con Jruschov —eso fue a finales de agosto o a principios de septiembre—, plantearon el problema de que había que levantar el secreto y hablar de la firma de aquel acuerdo. Así lo transmitieron Che Guevara y Aragonés, y Nikita Serguéievich dijo que no iba a ocurrir nada; si en último caso ellos se enteraban y comenzaban a intranquilizarse, enviaríamos para allá la Flota del Báltico. Esa es la versión. Después no se habló más de esto. Eso era lo que conocíamos.

JORGE RISQUET.- ¿Quedó claro?

JORGE DOMÍNGUEZ.- Confieso que no quedó del todo claro. O sea, realmente hubo una propuesta —es mi impresión— de la dirección nacional cubana, una propuesta que aparentemente no fue aceptada y Cuba tenía un criterio no casual, sino que se refería realmente a su soberanía y a la naturaleza de sus relaciones con la Unión Soviética.

La información me parece no incorrecta pero sí incompleta, o sea, algo tuvo que discutirse, creo, en más detalles, para poder llegar a la decisión de que realmente el desplazamiento debía ser plenamente secreto, por eso viene la incertidumbre.

CMDTE. EN JEFE FIDEL CASTRO.- Creo que este es un tema de interés, como planteó Wayne, sobre el lapso entre el momento en que llegamos al acuerdo y el momento en que estuvieran instaladas todas las armas, ese período de peligro.

Yo, que no tengo la experiencia que tiene el destacado militar soviético, tengo por lo menos algunas nociones de las actividades militares, no solo por las experiencias personales, sino también por todo lo mucho que he leído sobre este tema a lo largo de mi vida, y tenía criterios sobre todas estas cuestiones. Toda operación militar tiene un momento crítico, cualquiera.

También cuando nosotros atacamos el Moncada el 26 de julio, transcurrieron muchos meses de lucha legal. Realmente, nosotros organizamos el ataque al Moncada en plena legalidad, pero fue un largo período de operaciones de todo tipo, que creo que era más difícil, realmente, que traer el armamento este que trajeron los soviéticos en 1962, y muchas veces pende de un hilo, de un detalle, hasta de un accidente, de cualquier cosa.

Cuando se organizó la expedición de Girón contra nosotros, pues también hubo una serie de movimientos y de cosas: reclutamientos, entrenamientos, traslado de gente a Guatemala, traslado de gente a Nicaragua, traslado de gente a Puerto Cabezas, de todo un montón de operaciones; casi se sabía públicamente lo que estaba ocurriendo, no con todos los deta-

lles, pero nosotros percibíamos, y el hecho es que no nos sorprendieron todas aquellas operaciones cuando ocurrieron.

Quiero decir que tenemos alguna experiencia en estas cosas, y toda operación en cualquier momento de la historia tiene algún momento crítico.

Ahora, nosotros teníamos una gran confianza en la experiencia soviética. Tengan en cuenta que nosotros acabamos casi de triunfar frente al ejército de Batista, hacía apenas dos años que había concluido nuestra guerra, y los soviéticos llevaban decenas de años de una gran experiencia internacional, de una gran experiencia en cuestiones diplomáticas, de una gran experiencia en cuestiones de armas. Eran nuestros aliados muy poderosos, no era posible comparar la fuerza que representábamos nosotros y lo que representaban ellos —esto sin entrar en otros detalles, refiriéndonos al punto concreto que tú planteaste y que después planteó Domínguez—, teníamos una ilimitada confianza en ellos. Cuando teníamos un criterio sobre alguna cosa, lo planteábamos, pero siempre partiendo del hecho de que tenían más experiencias y sabrían mejor que nosotros cómo hacer las cosas.

Segundo, partimos de otro hecho, que solo ellos conocían la correlación de fuerzas entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Habría que situarse un poco en los meses que precedieron aquella época, cuando la conquista del espacio. ¿No recuerdan el viaje de Gagarin? ¿No recuerdan el gran poderío soviético en el espacio, que fue el primero en poner un hombre en el espacio con unos cohetes colosales? ¿No recuerdan ustedes cuando Nikita habló de que tenían unos cohetes que le daban a una mosca en el aire? A mí esa frase no se me olvida de unas declaraciones de Nikita. Pero lo que no sabíamos era cuántos cohetes tenían los soviéticos, cuántos tenían los norteamericanos, cuántos aviones unos y cuántos otros, cuántas bombas unos y cuántas bombas otros, porque en el lenguaje público de Nikita se notaba confianza, seguridad, fuerza. Hay que situarse en aquella época para entender todo eso.

Raúl viaja a Moscú en el mes de julio, esa fecha que señala Alejandro, porque Alejandro habló una cosa detrás de la otra, muy rápido, de las conversaciones allá en el momento en que después Raúl visita la Unión Soviética. Tengo un poco de papeles —no se los voy a leer, no se asusten—, y entre estos muchos materiales hay un informe presentado en el año 1968 —no 30 años después, sino seis años después— donde están más frescas todas las ideas y las vivencias.

Yo estoy haciendo el informe al Comité Central del Partido, recién creado, sobre la Crisis de Octubre —porque cuando la Crisis de Octubre todavía no existía el nuevo Comité Central del Partido—, de muchos temas, entre ellos hablo largamente sobre la Crisis de Octubre, y en un momento en que ocurre una interrupción Raúl recuerda bien y explica cómo cuando él viajó a la URSS, le dije que quería que le hiciera una sola pregunta a Jruschov, una sola fijense: ¿Qué pasaría si la operación era descubierta mientras se desarrollaba? —todavía no había gran escándalo internacional—, y

Jruschov dio exactamente esa respuesta que dijo Alejandro: “No hay que preocuparse por eso, que si hay algún problema, enviamos la Flota del Báltico como señal de apoyo”. Pero nosotros no estamos pensando en esa flota, o que fuera a resolver el problema, estamos pensando en la voluntad soviética, en la decisión soviética, en el poderío soviético, y es lo que está expresando el líder de la Unión Soviética, que no había que preocuparse, que estaba decidido, que no lo permitiría. Es decir que lo que nos protegía a nosotros, realmente, era la fuerza estratégica global de la URSS y no los cohetes que estuvieron aquí o no. La dirección soviética había decidido que no toleraría, y ustedes saben bien que si un país dice que no tolera, puede hacerlo, porque ha habido un montón de ejemplos contemporáneos. Antes de Cuba hubo líos muy serios en Berlín, y más de una vez un país u otro expresaron su determinación.

De modo que está el prestigio, la autoridad de un país, el honor de un país, y si un país nos quiere proteger a nosotros, aun en ese ínterin, puede protegernos.

Planteo que haga una sola pregunta, y era esa, la que tú hiciste, y la respuesta fue la misma que después les dieron a Guevara y a Aragonés, porque ya Guevara y Aragonés llevan el definitivo texto del acuerdo, que era el que íbamos a suscribir, porque había un acuerdo inicialado, que fue el acuerdo del cual habló el militar soviético —me es más fácil decir el militar soviético que pronunciar el nombre, así que me perdone que no pronuncie el nombre—; este es un documento de mi puño y letra.

Como explicó Alejandro, cuando me entregan el documento inicialado, veo que indiscutiblemente tenía lagunas de tipo político, y como a mi juicio este problema era político, fundamentalmente político —la política estaba por delante en todo, la decisión era política, la voluntad tenía que ser política y todo lo demás respondía a una decisión política—, digo: Este acuerdo tiene que ser un acuerdo realmente claro, preciso y concreto. Porque nadie se olvide, ni por un instante, de que nosotros no estábamos fuera de la ley, no estábamos fuera de la moral, estábamos actuando conforme a los principios de la ley y la moral internacional; estábamos haciendo cosas en las que teníamos el más absoluto derecho, y no había por qué temerle a usar el derecho.

Fíjense que está redactado de mi puño y letra, ni mecanógrafos ni taquígrafos, porque en materia de cosas secretas sabíamos un poco. Todo esto tiene una historia larga, porque ahora aquí habría que ver todas las incidencias de lo que ocurrió en los cuatro meses esos, desde que empezó a venir el armamento hasta lo que ocurrió después, está lleno de anécdotas; pero no estamos viendo anécdotas, sino cosas esenciales. No fue tarea fácil el secreto ese de que estamos hablando, porque un movimiento tan grande es muy difícil de camuflar totalmente.

Estoy observando la evolución de los acontecimientos a partir de la confianza en los soviéticos. Van Che Guevara y Aragonés a la URSS y yo pro-

pongo: Si nuestro papel es legítimo, si nuestra conducta es legal, es moral, ¿por qué vamos a estar dando lugar a que se arme un gran escándalo y parezca que estamos haciendo las cosas ocultas, o estamos haciendo las cosas secretas, como si estuviéramos haciendo algo malo o haciendo algo a lo cual no tenemos derecho? Digo: ¿Por qué no publicamos el convenio militar? El convenio militar, desde luego, no habla de cohetes o de armamento en concreto, habla de fuerzas armadas, de unidades, de todas esas cosas. Pero nosotros podíamos haber publicado el convenio así, a la luz pública, completo.

Digo: Estoy observando los acontecimientos, le estamos dejando la iniciativa al adversario, en dos palabras. Ese no era el lenguaje, el lenguaje era: Le estamos dejando la iniciativa al imperialismo, al enemigo; pero aquí, en esta forma en que nosotros estamos tratando las cosas, yo traduzco a un lenguaje elegante y le mando a decir a Jruschov que le estamos dejando la iniciativa a Estados Unidos, en dos palabras, por la línea que estamos siguiendo, y que publicáramos el convenio; se lo mando a decir.

Pero también le digo: De todas formas dejamos que ustedes tomen la decisión final en esta cuestión. Y les vuelvo a decir por qué, porque ellos conocían mejor que nosotros la situación global y la correlación de fuerzas entre Estados Unidos y la Unión Soviética; y luego, por tanto, la dirección soviética, Nikita en concreto, que conoce esa situación y tiene mucha más información que yo, que tome la decisión final. Él, efectivamente, toma la decisión final de seguir con la misma idea que tenía al principio, que se siga haciendo así, y que no se publique, que no se hable de esto.

Puede haber influido la idea de esperar las elecciones del 4 de noviembre —creo que esa idea estuvo siempre bastante presente en él—, no crear ningún escándalo en torno a todo eso, y el hecho es que la decisión es esa. Y responde igual, que si surge una crisis porque se descubría aquella operación que se estaba haciendo, en definitiva se iba a descubrir algo legal. Es igual que si un novio y una novia van al cine, puede ser que no se lo digan a nadie pero no están haciendo ninguna cosa ilegal, o si un matrimonio se va para la playa y se alberga en un hotel, no están traicionando a nadie, no están cometiendo ninguna falta, ningún delito. Lo que estábamos haciendo era absolutamente legal, y yo dejé que tomara la decisión Nikita.

No discutimos más sobre el problema, porque no teníamos suficiente información para argumentar en otra dirección y, además, una gran confianza, porque los soviéticos tenían mucha más experiencia que nosotros, en todos estos terrenos. Y así es como la operación sigue, de esta forma.

Sobre el secreto habría que hablar más, porque pudieron no descubrir los cohetes esos —estoy seguro de que podían no haberlos descubiertos—, y los aviones que volaron pudieron ser derribados, si hasta ese momento todos los U-2 que volaban ilegalmente eran derribados. Pero ya entramos en otro tema, en otras cuestiones de concepción, porque

una pregunta que se puede hacer es por qué estaban los cohetes de tierra-aire ahí, qué hacían, para qué se ponían cohetes tierra-aire y se permitía que los U-2 volaran.

Creo que ahí hubo error político indiscutible, no culpo de eso a los militares, coincido en lo que dijo el militar soviético acerca de la actitud, el comportamiento, la eficiencia, la capacidad de los militares soviéticos; pero indiscutiblemente que ellos tenían órdenes muy estrictas y, entre otras cosas, seguro que tenían las órdenes de no disparar contra el U-2, por cuestiones políticas también. Pero me parece inconcebible que se hayan establecido los cohetes tierra-aire y que se hayan dejado volar a los aviones, porque ningún U-2 tenía que volar, si no, ¿qué hacían esos cohetes tierra-aire? No solo para una guerra.

Hubo —a mi juicio, desde ese punto de vista— concepciones políticas erróneas, cuidados excesivos. Por un lado audacia indiscutible, una gran audacia en Jruschov, no se la niego, y estoy muy lejos de tener sentimientos de antipatía hacia Jruschov, más bien de gratitud por lo muy solidario que fue con nuestro país, la colaboración que nos dio y por muchas cosas que hizo. Y este no es el análisis que yo tengo que hacer, porque tengo que analizar otros temas. Estoy muy lejos de tener una actitud de animadversión hacia él; todo lo contrario, realmente, siento simpatía, a pesar de todas las cosas que pudieron haber ocurrido. Indiscutiblemente que al lado de la gran audacia que significó el envío —ya daré mi tesis, mi opinión, mi punto de vista de cómo vimos nosotros la proposición de establecer los cohetes, qué punto de vista tenemos sobre eso— hubo vacilaciones; porque yo también pudiera preguntar qué había pasado si el U-2 no pasa, si derriban el U-2 y no retrata. Si nosotros hubiéramos tenido los proyectiles esos y hubiéramos estado en esa operación, tengan la seguridad de que el U-2 no pasa, eso es seguro; lo otro es incomprensible.

Estos elementos de juicio que acabo de dar —perdónenme la extensión— pueden ayudar un poco a esclarecer este punto que es muy importante para los historiadores. Creo que entre todos hemos ayudado, unos por un lado, otros por otro, a comprobar, incluso, estoy comprobando las cosas que ha dicho Alejandro sobre la teoría de la Flota del Báltico; dos veces se mencionó esta flota.

Para nosotros no es la Flota del Báltico, sabemos cuántos barcos tenían los soviéticos, más o menos; pero para nosotros lo importante, repito —para terminar—, era la situación global de fuerzas, y veíamos la protección en la voluntad soviética, en el poderío global de la URSS, que era lo único que podía frenar un golpe, una invasión, un ataque a Cuba, en medio de la operación aquella que se estaba haciendo.

Indiscutiblemente que el orden que se siguió fue lógico: primero, un personal de aseguramiento, de trabajo, ¿pero que podía ser descubierta la operación en el camino?, no de esa forma. No sé si viniendo un hombre infiltrado —creo que alguna vez se habló—, pudiera meterse, retratar, hacer todo ese tipo de cosas; pero se vino a descubrir por los U-2.

No hablo más de este asunto, hay muchos más puntos de interés; de lo que yo trato, realmente, ya que ustedes me han invitado a esta reunión, es de contribuir en lo posible a que todos los elementos de juicio se tengan presentes, y los detalles —como ya dije—, sin animadversión contra nadie, ni siquiera queja contra nadie, no tenemos queja absolutamente contra nadie. Pero si nos reunimos debe ser para que la verdad se conozca.

JORGE RISQUET.- Creo que ese punto está totalmente esclarecido.

¿Hay alguna otra pregunta?

PHILLIP BRENNER.- Gracias. Fue una respuesta extraordinaria.

Como dijo el Presidente Castro en sus palabras de apertura, las cartas que se desclasificaron esta semana entre el presidente Kennedy y el secretario Jruschov, van a ser de suma importancia para esta conferencia. Además, él también expresó que ahora sabemos de conferencias anteriores cuán importante fue que Cuba estuviese en estas reuniones sobre la crisis, porque no podemos entender la crisis sin entender a Cuba.

Esto nos sugiere algunas preguntas para los colegas soviéticos acerca del período entre el 28 de octubre y el 20 de noviembre, cuando, de hecho, Cuba tuvo una participación muy destacada en esa crisis debido a los bombarderos IL-28.

Los bombarderos IL-28 eran muy importantes para Estados Unidos y el Presidente Castro habló con suma energía sobre la no devolución de los IL-28 a la Unión Soviética, como había exigido Estados Unidos.

Hay varias preguntas que quisiera hacer en este sentido. En primer lugar, ¿puede usted decirnos cuándo se tomó la decisión de enviar los IL-28 a Cuba?

Jruschov dice en una carta al presidente Kennedy que la decisión se tomó solo después que el presidente Kennedy ordenó el llamado a los reservistas de Estados Unidos, ¿fue así? ¿Fue después de la decisión del presidente Kennedy o fue parte de los acuerdos de julio? ¿Por qué se escogieron los IL-28? Estos bombarderos ya tenían 12 años de fabricados, aparentemente eran obsoletos. ¿Por qué no le dieron a Cuba equipos mejores? ¿Por qué no le dieron a Cuba equipos que pudieran haber portado bombas nucleares y que pudieran haber atemorizado a Estados Unidos? ¿En realidad le dieron ustedes los IL-28 a Cuba? ¿Hubo un acuerdo formal de entregar los IL-28 a Cuba? En ese caso, cuando se tomó la decisión de devolverlos a la Unión Soviética, ¿violaba esto un acuerdo con Cuba? Por último, ¿cuál fue su intención respecto de los IL-28? ¿Alguna vez pretendieron dotarlos de bombas nucleares?

JORGE RISQUET.- ¿Quién pide la palabra?

A. I. GRIBKOV.- Voy a responder.

Para llevar a Cuba los IL-28 —como dije en mi primera intervención— se preveía por el plan general; es decir, desde el mismo inicio de la planificación de esta operación, Anádyr. Un regimiento de IL-28 —38 aviones— y

un escuadrón que se subordinaba a la Marina de Guerra —nueve aviones—, aquel regimiento no llegó, pero los nueve aviones sí vinieron. De los nueve aviones se ensamblaron seis, pero prácticamente no realizaron vuelos de prueba, es decir, no se les comprobó en el aire. No había armas nucleares para ellos, son aviones de destino operativo-táctico con un radio de acción de 520 kilómetros, y si la parte norteamericana los consideró estratégicos y ofensivos, es del todo incorrecto; la inteligencia norteamericana sabía bien qué clase de avión era, cuáles eran sus datos técnicos, de igual forma que conocíamos qué aviones tenían los norteamericanos y de qué eran capaces, para eso éramos militares, para vigilarnos mutuamente. Por eso las afirmaciones de la parte norteamericana, de que eran aviones casi de destino estratégico para un golpe con arma nuclear sobre Estados Unidos, son incorrectas.

¿Está satisfecho con mi respuesta?

JORGE RISQUET.- Quisiera recordarle a Phillip Brenner que en la conferencia de Antigua el amigo McNamara explicó que la exigencia norteamericana de retirada de los IL-28 era una cuestión política porque el presidente se había referido a ello, y no era una cuestión militar; que esos aviones eran obsoletos, y que los MIG-21 que había en Cuba eran más peligrosos para Estados Unidos que los IL-28 que, además, no estaban dotados de ojivas nucleares, que podían ser para bombardear un buque madre espía de la CIA, por ejemplo, o algunas tareas de ese tipo. Quiero recordar que eso se discutió en Antigua y quedó bastante esclarecido.

FÉLIX KOVALIEV.- Quiero añadir a lo que dijo el general de ejército Gribkov, dos cuestiones: la relación entre los bombarderos IL-28 y el llamado a filas de los reservistas norteamericanos y, la segunda, a quién pertenecían los soviéticos. En cuanto a las demás cuestiones, lamentablemente no puedo decir nada más.

En una carta del presidente del Consejo de Ministros Jruschov, se dice con suficiente claridad que los aviones IL-28 debían ser retirados de todo el ejército soviético antes de que se tomase la decisión del presidente Kennedy de llamar a filas a los 150 000 reservistas. Es decir, si no hubiese habido esa decisión, esos aviones habrían sido dados de baja aun en la Unión Soviética y destruidos, y no habrían podido ser suministrados a Cuba. Eso es en cuanto a la primera pregunta.

En cuanto a la pregunta a quién pertenecían los aviones IL-28, me parece que es un asunto suficientemente claro: Se encontraba al igual que el resto de las unidades soviéticas, dentro de la propiedad del gobierno soviético, y solamente podían disponer de ellos los jefes soviéticos.

Sobre la transferencia de la propiedad de los aviones IL-28 a la dirección cubana, según tengo entendido, nunca se planteó siquiera ese problema.

Gracias.

JORGE RISQUET.- ¿Complacido, Brenner?

PHILLIP BRENNER.- Sí. En especial, la segunda respuesta fue muy clara.

Pero creo que se impone una pregunta, para los compañeros cubanos. ¿Por qué pensaron que los IL-28 eran suyos si los soviéticos dicen que nunca los habían traspasado a ustedes?

CMDTE. EN JEFE FIDEL CASTRO.- Nosotros no dijimos que esos aviones IL-28 fueran nuestros en ningún momento; esos aviones vinieron con el resto de los equipos militares de las unidades soviéticas, y éramos opuestos a la retirada de los IL-28. No se sabe mucho sobre eso, pero con el compañero Mikoyán —de gratos recuerdos para todos nosotros— se discutió mucho el punto ese, se discutió agriamente —si se quiere— la cuestión de los IL-28. Los IL-28 fue una exigencia ulterior que hicieron los norteamericanos.

Con perdón de los soviéticos, en aquel tiempo creíamos que conocíamos a los norteamericanos mejor que a los soviéticos: la psicología, cómo actúan, cómo hacen, su historia, todo; estamos más cerca de ellos también. Hemos aprendido a adivinarlos, a interpretarlos; muchas veces sabemos lo que están haciendo no por la Inteligencia, sino por la intuición; les adivinamos las cosas que están pensando, planeando, programando, y no tenemos ese feroz sentimiento antinorteamericano de que habló aquí McNamara.

Tengo la esperanza de que alguien pueda replicarle en su oportunidad la famosa frase de la guerra esa, porque es una frase incompleta, como incompleta es la supuesta biografía esa, porque no se puede hacer una biografía sin hablar con un individuo. Y cuando el autor de la biografía vino a Cuba, estaba supuesto y acordado que haría una larguísima entrevista para dar yo mis puntos de vista; así que es una biografía sin mis puntos de vista, desgraciadamente, con lo cual no es ciento por ciento honesto, como autor o como escritor. Y si a algunos de los escritores que están aquí se les ocurriera hacer eso y acordaran eso, y después escribieran un libro...

Por determinadas circunstancias que no voy a mencionar aquí, no terminó su tarea, él adelantó la salida del país; pero escribió la biografía sin hablar conmigo. Eso es parte de una carta —y aprovecho la oportunidad ya para esclarecerlo y que no tenga que intervenir nadie más en eso— que dice: “Cuando veo caer —lo recuerdo, Mendoza, que es historiador, lo sabe mejor, porque conoce de memoria todos los documentos esos— las bombas que están lanzando los aviones sobre la casa de Sariol...” Dilo textualmente.

JORGE E. MENDOZA.- “Al ver los cohetes que tiraron en casa de Mario, me he jurado que los americanos van a pagar bien caro lo que están haciendo”.

CMDTE. EN JEFE FIDEL CASTRO.- Es decir, no se puede citar esa frase aislada de que vamos a tener una guerra con los americanos, como si yo tuviera por vocación la guerra, por carrera la guerra y no quisiera más que la guerra. Y realmente eso está muy lejos de la realidad.

Pero como los norteamericanos de la Base Naval de Guantánamo les habían suministrado aquellas bombas y estaban bombardeando una casa de familia, estaban bombardeando la población civil con aquellas bombas norteamericanas, fue en ese momento en que yo, redactando un mensaje, porque estoy desde una altura viendo el bombardeo de la casa de Mario Sariol con los cohetes aquellos, escribo la nota y hago expresión de ese sentimiento de irritación. De modo que no es legítimo tomar del contexto esa frase aislada, que escuchada así pareciera la de un loco o la de uno que lo que quiere es guerra de todas maneras y le tiene odio a Estados Unidos y quiere exterminarlo, sino que es la de un individuo indignado en el momento en que estaba viendo aquellas bombas que les habían entregado desde la Base de Guantánamo. Ese es el origen de la frase.

Por eso digo que tengo la esperanza —para no intervenir mucho— de que los historiadores y algunos compañeros nuestros que están más versados que yo sobre muchas de estas cosas —puedo conocer más de algunas ideas estratégicas como la que expliqué anteriormente—respondan. Pero hubo su historia, la historia de nosotros con relación a los IL-28 dijimos que estábamos en desacuerdo, y Mikoyán nos aseguró que los IL-28 no estaban comprendidos.

Por cierto que fue muy duro para Mikoyán, y con razón dijo Jruschov que ninguno habría podido hacer el papel mejor que Mikoyán, porque era, realmente, un hombre extraordinario, maravilloso, Mikoyán, después de haber dicho que los IL-28 no se retiraban, le dijimos: “¿Y si los norteamericanos ahora exigen que se lleven los IL-28?”, dijo: “Al diablo los norteamericanos, ¡al diablo los norteamericanos!” A los pocos días estaban exigiendo los IL-28 y ya se estaba accediendo a la demanda de los IL-28. Y a Mikoyán le tocó explicar en una de las tantas reuniones que los IL-28 se iban también.

Ya comprenderán ustedes el estado anímico en que estábamos nosotros y después de la promesa de que los IL-28 se quedaban, porque los IL-28 se iban. Así es que no adelanto más, por aquí mismo está. Después yo le mando una carta a U'Thant, porque, al fin y al cabo, ya se llevaban los IL-28, y si se habían llevado los cohetes ya no valía casi la pena hacer más tensas las relaciones entre la URSS y nosotros por los IL-28, y nosotros mismos colaboramos. Le dijimos a U'Thant que no íbamos a obstaculizar la salida de los IL-28, que no estábamos de acuerdo con la exigencia, que no era justa, que no era razonable, pero que nosotros contribuiríamos facilitando la salida de los IL-28. Es una carta que le hago yo a U'Thant, del 19 de noviembre; todavía no había pasado un mes de la crisis.

Muchos días después de la cuestión de los cohetes es que se plantean los IL-28, entonces le hago una carta diciéndole que nosotros no íbamos a obstaculizar —así lo dice, con esas palabras—, no era que dijéramos que estábamos muy de acuerdo, que estábamos muy contentos, muy felices porque

se llevaban los IL-28, sino sencillamente que no íbamos a obstaculizar; pero nosotros éramos opuestos categóricamente a la retirada de los IL-28.

ALEXANDR ALEXÉIEV.- El problema de los IL-28 fue realmente creado artificialmente. Cuando se acordó retirar los cohetes y otras cuestiones, y vino Mikoyán, hubo que reconciliar las relaciones no tanto con los norteamericanos como con Cuba, porque realmente en ese caso habíamos ofendido tanto a Cuba que Mikoyán tuvo que mejorar las relaciones con la dirección cubana, porque sentíamos nuestra culpa. Cuando se habló de la inspección —y nosotros, por lo menos Anastás Ivánovich consideraba que los norteamericanos estaban tan asustados con esa crisis que accederían sin mayor dificultad, o sea, no iban a insistir mucho; mientras nosotros permitiríamos que inspeccionaran los buques y ya—, Fidel Castro estuvo categóricamente en contra de cualquier inspección. Él nos dijo: “Ustedes no conocen a los norteamericanos, nosotros los conocemos mejor, y después de la inspección va a venir una serie de exigencias”, y prácticamente predijo antes de que se hablara de los IL-28, que iban a exigir la retirada de los IL-28. También le dijimos que no podía ser, porque eran aviones obsoletos, para qué van a necesitar eso, ellos van a conformarse con que saquemos los cohetes. “Ya verán”, nos dijo: “Después van a exigir que se lleven las lanchas torpederas Komár y, por último —le dijo Fidel a Mikoyán—, van a exigir que incluyamos en el gobierno a los emigrados que están en Miami. Es decir, si hacemos esas concesiones, finalmente van a llegar a eso”. Y hay que decir que Mikoyán y yo también le dijimos: “No, Fidel, qué va, ahora hay una situación que no va a surgir ningún problema, van a estar de acuerdo con todo”. Hay que decir que a la vuelta de una o dos semanas exigieron la retirada de los IL-28, aunque nosotros, en honor a la verdad, se lo hubiéramos dejado a los cubanos, pero no habíamos conversado de eso. Con gran dificultad Mikoyán tuvo que hacer uso de toda su elocuencia y convencer a Fidel de que no iba a suceder nada, que eran aviones obsoletos, y era mejor ya desecharlos, y, naturalmente, Fidel tuvo que aceptar.

Pasaron algunos días más, y plantean entonces el tema de los Komár y los cohetes. De nuevo hubo que hablar largo. Por algo Mikoyán estuvo aquí negociando durante tres semanas. Realmente hubo que convencer de nuevo a los cubanos y tuvieron que aceptarlo porque no había otra salida. Por último se dejó una brigada, y después de nuevo para jugar al secreto y al camuflaje, a alguien se le ocurrió en 1975 la idea de cambiarle el nombre a la brigada por la de centro de instrucción, y en un artículo escribí que se había dejado aquí un centro de instrucción. Le mostré a Fidel Castro el artículo y dijo: “Ahí falta una verdad histórica, porque eso no es ningún centro de estudios, sino una verdadera brigada de infantería motomecanizada, y así es”.

Lo último de las negociaciones entre Mikoyán y Fidel que terminó felizmente, fue que los norteamericanos no exigieron que se incluyera en el

gobierno a los de Miami; eso fue así. Esas últimas exigencias eran políticas y no tenían que ver con los problemas militares.

JORGE RISQUET.- Mikoyán tiene la palabra.

SERGO MIKOYÁN.- Quería agregar que el problema de los IL-28 y de las lanchas torpederas surgió, por lo visto, el 1ro. de noviembre. Pero creo que surgió en el Departamento de Estado, porque Stevenson en las negociaciones con Mikoyán en Nueva York no había hablado nada de ello. Pero cuando Mikoyán salió para el aeropuerto en dirección a Cuba y declaró en el aeropuerto que apoyaba los cinco puntos de Fidel Castro, en ese momento Vasílii Vasílievich Kunetsóv le llevó una carta de Stevenson. Fue algo fuera de lo común; una o dos horas después de las negociaciones mandar corriendo una carta con exigencias adicionales. Fue algo muy extraño y muy poco serio. Era totalmente claro que Fidel Castro estaba en lo cierto. Es decir, la administración norteamericana había resuelto exigir concesiones tras concesiones. De modo que lo de los IL-28 y las lanchas torpederas surgieron por primera vez el 1ro. de noviembre en aquella carta a Mikoyán. Incluso se negó a examinarla.

Después, al parecer, se planteó en Moscú y allá siguió por la vía diplomática, y las conversaciones por otras vías llevaron a que nosotros aceptáramos. Yo personalmente creo que fue un gran error y, en lugar de eso, había que haber insistido en la devolución del territorio de la Base de Guantánamo. No se debía haber dejado que los norteamericanos nos presionaran a nosotros, sino haber presionado nosotros a los norteamericanos e insistir en que retiraran sus tropas de la Base de Guantánamo, como condición para retirar nuestros cohetes y nuestras tropas.

RAYMOND GARTHOFF.- Señor presidente, hay varias cuestiones que quisiera decir acerca de los IL-28, pero, quizás, si usted está de acuerdo, sería mejor aplazarlo hasta mañana, según usted decida.

JORGE RISQUET.- Bueno, si quedan muchas cuestiones de este punto por discutir creo que sería más prudente suspender la sesión. Mañana terminamos y seguimos con la tercera sesión.

Se suspende la sesión hasta mañana a las 9:00 de la mañana.

Segunda Sesión: 10 de enero de 1992

JORGE RISQUET.- Queridos amigos, buenos días.

Recomenzamos la sesión segunda de nuestro encuentro, que fue interrumpida anoche y que fue iniciada, como todos recordamos, por las intervenciones del general de ejército y de Troyanovski.

Preguntamos quién quiere la palabra.

BRUCE ALLYN.- Hay una pequeña duda en cuanto al derribamiento del U-2 que usted no incluyó ayer en su exposición. Es una pregunta de segui-

miento al general Gribkov, sobre el U-2 que se derribó el 27 de octubre, hay cierta duda. Existían rumores de que había sido derribado por los cubanos, pero esto no pudo ser posible, ya que los soviéticos controlaban los SAM.

Como dijo el Presidente Castro ayer, él hubiera derribado gustosamente el U-2 durante los sobrevuelos si hubiera estado al mando. Esto resulta interesante, porque el general Statsenko le dijo a U'Thant después de la crisis, que había sido derribado por los cubanos. Este fue un error lamentable en la versión norteamericana de las memorias de Jruschov, donde se dijo que había sido derribado por los cubanos. Sería interesante saber si los representantes militares soviéticos pueden aclararnos cómo pudo difundirse este rumor.

Sabemos, a partir de la reunión de Moscú, que el mariscal Malinovski envió una carta amonestando fuertemente al mando soviético porque se había derribado el U-2 sin autorización de Moscú. El hecho mismo de que se hubiera derribado sin autorización de Moscú se tornó más interesante ayer cuando supimos que la autorización para el empleo de las armas nucleares tácticas podía haber quedado en manos del mando local en Cuba. En general, es algo interesante por esta razón, quizás los militares no deseaban admitir que había sido derribado por los soviéticos, ya que había cierta confusión en ese momento. Pero luego supimos cómo había sido derribado, a partir de la decisión tomada por dos generales soviéticos en Cuba. Esto aclaró la duda fundamental.

Pero queríamos saber cómo fue que se mantuvo este rumor. Se difundió en un libro publicado en Estados Unidos, donde se dijo que Castro había estado al mando, que había apretado el botón que derribó el avión. Hay mucha fantasía en todo esto. Pero si pudiera aclararnos cómo se difundió este rumor, eso sería útil.

JORGE RISQUET.- En realidad no hay tanta confusión; no sé si habrá mucha confusión en la información que tiene el orador, pero eso está perfectamente aclarado. Le damos la palabra a algún representante de la delegación soviética para que reaclare lo que está perfectamente aclarado.

Luego voy a pedirles a Blight y a Brenner, que tuvieron la ocasión de visitar en el hospital Frank País al general soviético, para que den sus impresiones sobre eso.

A. I. GRIBKOV.- Opino que es una cuestión que hace tiempo quedó clara.

El avión U-2, que pilotaba el mayor Anderson, fue derribado por un cohete soviético por orden del mando soviético; la orden la dio el sustituto del general de ejército Plíyev, el general Stepán Naúmovich Grechko, esa orden llegó a los mandos inferiores y a las 10:21 el avión fue derribado. No hubo ninguna orden de Moscú. En ese momento el Comandante en Jefe supremo de las Fuerzas Armadas Revolucionarias cubanas, el estimado compañero Fidel Castro había dado órdenes a sus fuerzas y medios antiaéreos de abrir fuego. Por eso lo que se dice de que fue el compañero Fidel Castro quien oprimió el botón para derribar el avión es absolutamente

te incorrecto. Desde el mismo inicio dijimos que la dirección de las Fuerzas Armadas de la Unión Soviética dislocadas en el territorio de Cuba pertenecía solo al mando soviético, y Fidel Castro no dio ninguna orden, él lo puede corroborar aquí.

Y en cuanto a lo que dijo Statsenko, puede ser que no haya tenido una información correcta, él fue el jefe de una división coheteril, tal vez haya escuchado algo en algún lugar. Por eso, así le respondo de forma oficial.

JORGE RISQUET.- Le pido al amigo Blight si quisiera dar su impresión de la entrevista que tuvo en La Habana, en el hospital Frank País, con el hoy general retirado soviético, que fue el mando inferior que ejecutó la acción.

JAMES BLIGHT.- Voy a ser muy breve.

No estuve muy cerca de la situación en el momento de producirse los acontecimientos.

En la primavera pasada tuvimos la oportunidad de entrevistarnos aquí en Cuba con el general Gueorgui Voronkóv, que estaba recibiendo tratamiento médico. Pienso que lo único que podría añadir es no una información, sino más bien un contexto.

Si recuerdo bien, fue muy enérgico al decir que las fuerzas cubanas y soviéticas, si bien estaban separadas, trabajaban con gran coordinación; que las fuerzas armadas cubanas —y fue muy enérgico en este sentido— consideraban que ellos estaban allí para proteger a Cuba, y que en un momento dado los sobrevuelos a gran altitud, y los vuelos rasantes, conjuntamente con el aumento de la tirantez, resultado de la rapidez de los acontecimientos y la aparente inmediatez del ataque y la guerra, hicieron que la situación se escapara un poco de las manos; por eso, cuando el U-2 apareció en la pantalla del radar, él dio la orden de derribarlo. Los acontecimientos habían llegado a tal punto, en que o ya había comenzado la guerra o estaba a punto de comenzar, y nos subrayó que la situación en tierra, con los sobrevuelos, se había hecho sencillamente intolerable.

JORGE RISQUET.- ¿Está satisfecho?

BRUCE ALLYN.- Sí. Solo quiero subrayar que la pregunta se hizo claramente en la última reunión. Resultaba interesante ver que se mantenía la confusión, y que aparecía en las memorias y en otras fuentes; y es que esto en realidad no se aclaró de inmediato, muchos no supieron hasta muchos años después. Pero tiene razón, ya hemos hablado con la persona que disparó el misil, así que ya todo ha quedado aclarado.

CMDTE. EN JEFE FIDEL CASTRO.- Puedo añadir algunos datos más que me parecen necesarios para la comprensión cabal del problema.

Las armas coheteriles antiaéreas estaban en posesión de las tropas soviéticas y del mando soviético, pero no tenían artillería convencional. Nosotros, en cambio, teníamos un gran número de artillería antiaéreas convencionales, cañones cuatro bocas y de otros calibres —ya desde 1961 las teníamos, una parte y después se recibieron otras—, en Girón se usaron; de

manera que nosotros teníamos cientos de piezas de artillería antiaérea convencional.

Cuando decretamos la movilización general, movilizamos también a todo el personal de las baterías antiaéreas, que era relativamente inexperto todavía, pero ya dominaba la técnica. Entonces se produce una situación de tipo militar práctico; los cohetes antiaéreos de aquella época solo podían disparar desde 1 000 metros hacia arriba. Como consecuencia de ello, inmediatamente que estalla la crisis empiezan a volar los aviones en vuelos rasantes.

Visité —sería el 23 o 24— una batería de cohetes antiaéreos soviéticos que estaba al este de La Habana, y pude apreciar que aquella unidad era muy vulnerable, desde el momento en que los aviones estaban realizando sus misiones en vuelos rasantes, muy por debajo de los 1 000 metros, y que el armamento antiaéreo de que disponía cada una de esas bases de cohetes eran solo una pieza de dos bocas. A mí me parecía aquella situación sumamente peligrosa y que aquellas armas antiaéreas se encontraban en una situación muy vulnerable, y lo que hicimos fue que inmediatamente distribuimos cerca de 50 baterías antiaéreas cubanas alrededor de las bases de cohetes antiaéreos y de las bases de proyectiles estratégicos o de alcance medio, puesto que nos preocupaba grandemente el riesgo a que estarían sometidas esas unidades en caso de un ataque aéreo sorpresivo.

Debe decirse que el ataque aéreo sorpresivo fue una amenaza que pesó desde el primer momento, y del estudio de los materiales de aquella época se sabe que una de las variantes que se contempló durante varios días y varias veces, fue el ataque aéreo sorpresivo para destruir las bases. Y diría que con ese instinto guerrillero —si se quiere— analizamos qué es lo que debíamos hacer y lo que hicimos fue utilizar casi todos nuestros medios antiaéreos convencionales en la defensa de esas unidades contra los vuelos rasantes, y en relativamente muy poco tiempo dislocamos todas las unidades y las situamos alrededor de aquellas bases para protegerlas contra el ataque aéreo sorpresivo.

Ahora bien, la situación se hacía cada vez más tensa, los vuelos de aviones rasantes cada vez más frecuentes y nosotros llegamos a la convicción de que era sumamente peligroso permitir los vuelos rasantes. Llegamos a esa convicción, era nuestro territorio, nos considerábamos con el derecho a tomar las medidas que fuesen pertinentes con nuestras armas dentro de nuestro territorio y nos dirigimos al mando soviético, al general jefe de todas las tropas soviéticas, cuyo nombre se mencionó aquí, Plíyev (Pavlov). Él tenía su mando aquí al suroeste de la capital, yo tuve una reunión larga con él y con su Estado Mayor, y le informé que habíamos tomado la decisión de disparar contra los aviones que volaban rasante, únicos aviones que estaban al alcance de la mano.

Ayer dije que no nos preocupaban tanto los que volaban por allá a 20 000 metros, porque no eran aviones de combate. El peligro estaba en aquellos aviones que volaban todos los días realizando vuelos rasantes, que no te-

nían solo un objeto de observación, sino también de desmoralización de la fuerza y de práctica —se puede decir— diaria sobre la forma de destruir aquel armamento, y le informamos que habíamos tomado la decisión de disparar contra los vuelos rasantes. Nos pareció un deber decir: “Mire, hemos tomado esta decisión, no podemos admitir el principio de que se realicen esos vuelos rasantes en estas condiciones, porque cualquier día, al amanecer, van a destruir todos estos medios militares”.

Esa conversación fue más larga, esa conversación contuvo otros elementos de la situación, quizás salgan a relucir aquí en un momento dado; pero lo esencial fue informarle nuestra decisión de disparar, y esa información se realiza en la tarde y la noche del 26 de octubre. Efectivamente, al otro día por la mañana, cuando empezaron a aparecer los aviones, porque los aviones aparecían por todas partes, al amanecer se aparecieron por San Cristóbal y nuestras baterías abrieron fuego sobre todos los aviones que volaron en vuelo rasante el día 27 por la mañana, a la hora acostumbrada en que volaban estos aviones, de modo que se cumplió la orden. Ahora, nosotros no teníamos los proyectiles tierra-aire.

En la reunión con el jefe soviético le expliqué la gravedad de aquellos vuelos, nuestros puntos de vista para que ellos conocieran aquello y, de ser posible, se persuadieran de que era correcta nuestra orden.

Se puede decir que la guerra empezó aquí en Cuba el 27 de octubre por la mañana. Naturalmente, aquellos aviones a chorro, rápidos, apenas sintieron los primeros disparos se elevaron y se pusieron fuera del alcance de nuestras piezas. No eran muy expertos, repito. Los aviones volaban tan bajito —100 metros, 150—, yo vi más de una vez volar aquellos aviones, que parecían bastante vulnerables. Pero el hecho es que no se logra derribar ningún avión en vuelo rasante; pero aparece la resistencia contra aquellos aviones, y ese mismo día, como casi todos los días, estaba volando el U-2.

Es todavía un misterio qué es lo que determina, en el jefe soviético —como se explica aquí— y en el jefe de la batería la decisión de disparar... Naturalmente, nosotros no recibíamos órdenes de ellos, pero tampoco podemos decir que la responsabilidad fue totalmente de ellos. Nosotros estábamos totalmente de acuerdo con que dispararan contra el U-2, porque aunque no tenía el mismo peligro desde el punto de vista militar, era un principio. Ya dije ayer que no se debió permitir el vuelo de los U-2.

Estoy de acuerdo con el militar soviético en que la orden no vino de Moscú. ¿Cuál es mi interpretación? Son soldados, estamos juntos, hay un enemigo, empieza el fuego, y creo que con un elemental espíritu de solidaridad, los militares soviéticos decidieron disparar también. Esa es la interpretación que yo hago. Habiendo empezado el fuego por la mañana cuando empezaron los aviones a volar por occidente, algún tiempo después, un avión de esos, ya en la provincia de Oriente, lo derribaron.

Hasta aquellos momentos, incluso los radares estaban parados, como regla, porque uno de los puntos que discutimos nosotros con los soviéticos la noche del 26 fue que había que encender los radares, que no podían estar parados, y poder disponer de tiempo para saber que aquellos aviones llegaban.

Eso fue todo lo que ocurrió: La reunión por la noche, los disparos por la mañana y la noticia que llega de que una batería soviética había disparado contra un U-2 en la provincia de Oriente y lo había derribado.

Sí puedo añadir que Jruschov creyó durante algún tiempo que éramos nosotros los que habíamos derribado el avión. No sé si él nos culpa en el sentido de que lo hubiéramos derribado directamente, o que, como consecuencia de la decisión cubana de disparar contra los vuelos rasantes, se hubiera producido el accidente. Pero él lo creyó sinceramente, porque yo tengo cartas aquí de aquellos días, de las publicadas, en que él dice: “Ustedes derribaron un avión” —fíjense qué frase— “y antes no lo derribaban, en realidad”. Apuntaba hacia nosotros, porque hubo dos confusiones importantes en torno a esto por parte de Jruschov, sinceras confusiones: la confusión sobre cómo se derriba el U-2 y la confusión sobre mi carta del día 26.

Esta confusión de Jruschov con relación a mi carta del día 26, en que creo que yo estoy proponiendo un golpe preventivo, duró bastante tiempo en la mente de Jruschov, porque no solo nos lo dice en la carta, sino que, además, varias semanas después, en esta conversación con Carlos Rafael, vuelve hablar de la decisión o de la sugerencia que le habíamos hecho de lanzar un primer golpe preventivo y todo eso. Él lo creyó sinceramente, no lo inventó.

Ahora, para saber cómo pudo haberse producido esta confusión con relación a la carta mía del 26, habría que recordar la forma en que se dictó esa carta. Se redactó y se dictó en la embajada soviética. Nuestra carencia casi absoluta de traductores; pero yo allí la redacté y fui dictando la carta, y después fue revisada otra vez; “Mira, quita esta palabra, añade esta, pon esta”. Así fue aquella madrugada, porque más que la noche del 26 viene a ser la noche entre el 26 y el 27, casi de madrugada, en que se termina allí eso. Hago eso después de la reunión con los soviéticos. Y realmente me preguntaba a mí mismo, después de cinco días de intenso trabajo, ¿qué nos falta por hacer? —ya lo hemos hecho todo en materia de preparación militar—, digo: “Me falta enviarle una carta a Jruschov”.

Hay que tener presente para comprender eso que en ese instante, 26 por la noche, nosotros no veíamos ninguna posibilidad de solución, no veíamos qué salida podía tener aquello bajo la amenaza de agresión, de invasión, una gran propaganda, tremenda, por todos los medios masivos, una gran campaña internacional hablando de este problema tan serio, y no le veíamos ningún tipo de solución. Habíamos tomado por parte de Cuba, todas las medidas que humanamente se podían tomar.

Habíamos conversado con el Estado Mayor, le habíamos expuesto nuestro punto de vista.

Hay otras cosas que yo hablé, que quizás más adelante se mencionen.

Cuando terminé todo aquello me hice una pregunta: ¿Qué nos falta por hacer, qué puedo hacer, qué es lo último por hacer? Y me atrevo a escribirle una carta a Nikita que tenía por objetivo darle ánimo —esa fue la intención—, que tenía por objetivo fortalecer su posición moralmente, porque sabía que él tenía que estar sufriendo mucho —me parecía conocerlo bien, conocer su pensamiento— y que tenía que estar muy angustiado por toda aquella situación creada, y decido entonces escribirle esa carta, que tenía —repito— la intención de darle ánimo.

Yo tenía otro temor realmente, que se cometieran errores, que se cometieran vacilaciones, porque ya estaba viendo que se estaban cometiendo errores y que se estaban cometiendo vacilaciones, y entonces es cuando yo le doy algunas ideas sobre lo que, a mi juicio, debe hacerse si se produce no el ataque aéreo, sino la invasión de Cuba y el intento de ocuparla, que es la carta mía del 26 por la noche o en horas de la madrugada del 27, la que yo mando y redacto en la misma embajada. Esa carta se ha utilizado en unas ocasiones para explicar por qué se da una respuesta rápida, sin consultar, o se ha tomado, por el contrario, para elaborar la teoría de que yo sugería que se diera un golpe preventivo; y yo estaba recordando mucho la Segunda Guerra Mundial y lo que pasó con la Segunda Guerra Mundial, porque en la Segunda Guerra Mundial, como todos ustedes saben, sorprendieron a las fuerzas armadas soviéticas.

Como ustedes saben, había llegado bastante información a la URSS de que se preparaba la invasión nazi. Se concentraron tres millones de hombres, decenas de miles de tanques, de aviones, de todos los medios para el ataque. Un ciego se hubiera podido dar cuenta de que iban a atacar a la Unión Soviética. Se conoce la historia de Sorge de que iban a atacar a la Unión Soviética; pero había un concepto, un criterio fijo en la mente de Stalin de que eso era una provocación, que lo querían llevar a la guerra, y que sería inconcebible que cometieran aquel error de atacar a la Unión Soviética, de abrir una guerra en dos frentes.

Tengo mis opiniones sobre esa época, sobre ese momento. El hecho es que los soldados y oficiales soviéticos estaban de pase, de descanso, todo tranquilo, todos los aviones concentrados en los aeropuertos de primera línea, lo cual facilitó el ataque nazi. Estoy seguro de que si el ejército soviético hubiera estado movilizado, los nazis no llegan a Leningrado, los nazis no llegan a Moscú, los nazis no llegan a Volgogrado, porque eso se demostró después cuando pudieron reunir determinada fuerza, pudieron reponerse del golpe, realizar la gran proeza de trasladar la industria, y resistir. Leningrado resistió 900 días, una cosa casi sin precedentes. La batalla de Moscú fue durísima, después la de Volgogrado.

Tengo la opinión de que si no hubieran prevalecido criterios subjetivos, ciegos, en la obsesión de que quería darse una provocación, el ejército soviético habría estado movilizado.

Todas las personas aquí presentes saben, sean o no militares, que la debilidad de una fuerza que es sorprendida, que no está movilizada, es muy grande, y esa debilidad les costó a los soviéticos millones de hombres, la pérdida de casi toda su aviación, la pérdida de sus unidades mecanizadas, retrocesos enormes, todo por una cuestión de concepción. A lo largo de nuestra historia revolucionaria, siempre que nosotros hemos olfateado algún peligro, hemos tomado las medidas adecuadas, y preferimos equivocarnos por un exceso de precaución o de prevención, a equivocarnos por un descuido y ser atacados por sorpresa.

Hay cosas que se adivinan. Cuando en Girón atacaron nuestra aviación, 48 horas antes nos dimos cuenta de que el desembarco vendría inexorablemente. Ya estábamos movilizados cuando el ataque aéreo a nuestras bases aéreas, ya teníamos dispersos los aviones y pudimos responder inmediatamente. Hay una enorme diferencia entre una fuerza armada movilizada, un pueblo movilizado, y un pueblo que es sorprendido, y yo tenía mucha preocupación de que se repitiera la historia de la Segunda Guerra Mundial.

Ayer el militar soviético explicó su criterio, y creo que no hay nadie más informado que él, por lo que explicó de su papel en aquellos acontecimientos, y él dijo que, si se producía el ataque, la guerra sería muy dura y muy sangrienta, y nos explicó las posibilidades que tenía de tipo táctico incluso, ya no solo estratégicas. Ahora, si los comandantes tenían la facultad de utilizar las armas tácticas, es indiscutible que, al producirse una invasión, habrían tenido lugar combates nucleares, porque qué va a hacer una unidad que la están atacando, si están invadiendo el país y tiene las armas tácticas.

Tenía la convicción de que una invasión se convertiría en una guerra termonuclear, y es cuando planteo en mi carta las premisas. Digo que las posibilidades eran dos: de ataque aéreo o de invasión, que yo creía menos probable la invasión, que creía más probable el ataque aéreo para destruir las instalaciones; pero que si se producía la invasión y estallaba esa guerra, no se cometieran los errores de la Segunda Guerra Mundial. Es decir, tenía una gran preocupación de que por razones políticas, por cuestiones subjetivas se cometiera un error similar al de la Segunda Guerra Mundial. Eso es lo que inspira la carta como para decirles: “Si ocurre esto, no debe haber vacilaciones y no se debe dar lugar a que se vuelvan a repetir los acontecimientos de la Segunda Guerra Mundial”. Esa es la carta que yo le hago y se la hago ese mismo día 26, después que vine de la reunión con los militares soviéticos.

Para completar, debo decir que en esa reunión con los militares soviéticos, en que yo fui a analizar estos problemas —no este de las armas nucleares, sino el de los vuelos rasantes y de la imposibilidad de seguir permitiendo eso—, el jefe militar soviético que tenía la máxima responsabilidad de todo esto, manda a buscar a los distintos jefes de unidades, rinde un parte, y en el

parte aquel dice: “Unidades motomecanizadas, listas para el combate; regimiento de aviación, listo para el combate; unidades de la fuerza antiaérea, listas para el combate; unidades navales, listas para el combate; unidades coheteriles, listas para el combate”. Así, con esas palabras literales, me informa de la situación, y allí cada uno de los oficiales, en el estilo militar, se paró e informó sobre cada una de las unidades. Yo no puedo disponer de información exacta sobre las técnicas, sobre las ojivas. Pensaba, más adelante, un día visitar las bases y conocer; pero en ese momento en que estaban en construcción, en preparación y todo, estaba ocupado en otras cosas y no llegué a tener información sobre los detalles técnicos, pero sí recibo la información de que las unidades estaban todas listas para el combate.

Aproveché la ocasión y le sugerí al jefe militar soviético que no mantuviera dislocados en un mismo punto todos los cohetes, que actuara como si los cohetes fueran a recibir un ataque por sorpresa y que, aunque ese ataque se produjera, una parte de los cohetes no fueran destruidos. Le sugerí en concreto, le insistí, y, al parecer, estaba de acuerdo con ese punto de vista. “Por favor, no tenga todas esas unidades en los mismos lugares, disloque en lugares relativamente distantes, algunas presérvelas, de manera que, si se produce un ataque aéreo sorpresivo, no sean destruidos todos los cohetes”. Hasta esas cosas yo le planteé, a partir de lo que podía ocurrir, que era el ataque sorpresivo.

Un ataque sorpresivo tiene éxito si destruye todos los cohetes; pero un ataque sorpresivo no tiene éxito si queda aunque sea un tercio de los cohetes, y como elemental medida de precaución le hice esa recomendación al general soviético.

Creo que estas cosas están más o menos vinculadas, porque están asociadas a estos dos hechos: esa reunión, al inicio de la resistencia, y el inicio del fuego contra los aviones en vuelo rasante por nuestras baterías, la cuestión del U-2 y la carta que yo le envíé a Jruschov.

Aquí está Alejandro, que era nuestro embajador allí, con el cual teníamos una gran relación, un gran contacto, y él recordará perfectamente bien cómo fue la reunión en su casa, cómo fue la redacción de la carta, a qué hora la enviarían, a qué hora la recibirían. Ese es otro dato importante acerca de la influencia de la carta, porque se menciona la carta el 26, pero sale en la madrugada del 27 —ya en Moscú sería la noche del 27—, y ya está muy adelantada la fórmula de solución de la crisis, puesto que Jruschov envía las ideas básicas para una solución el día 26. Es posible que mientras yo estaba reunido con el mando soviético de Cuba discutiendo todos estos problemas, ya Jruschov estuviera mandando un mensaje, en que aparece la promesa de la retirada de los cohetes, si hay garantía.

El 27 hay otra carta de Jruschov, por todo lo que parecen indicar los elementos de juicio de que disponemos. Ya el mismo 27 hay una carta de Kennedy de respuesta, y es el día 28 en que ya se dice la última palabra en

Moscú; pero se puede decir que el día 28 de octubre nace con una solución del problema, resultado de los mensajes de Jruschov el 26 y el 27, con la diferencia de que el 26 no se habla de cohetes de Turquía y en el 27 ya el mensaje soviético habla de los cohetes de Turquía. De manera que los norteamericanos se ven ante dos mensajes: uno sin Turquía, que es el primero, y uno con Turquía, que es el segundo. Y parece que mi carta famosa llega en horas del amanecer o antes del amanecer del día 28.

Explico esto cronológicamente porque, realmente, esto determina si la carta pudo tener alguna influencia; y, desde mi punto de vista, no pudo tener influencia, porque ya la solución se había gestado.

Ahora, nosotros no sabemos que Jruschov le ha enviado ese mensaje a Kennedy el 26, en que admite la posibilidad de la retirada de los cohetes sobre la base de garantías; no sabemos que está andando la solución esa. Cuando le mandó la carta a Kennedy, pudo habernos mandando copia a nosotros: “He enviado esta carta a Kennedy”, y hubiéramos, por lo menos, estado informados; si no consultados, informados.

Creo que el 27, cuando mandó la carta turca —como la llamo yo— o la carta de Turquía, pudo habernos mandado copia a nosotros y hubiéramos estado informados de que también Turquía entraba en el negocio este. No sabíamos nada de eso. Él sí tenía ya la información de lo que él le mandó a Kennedy, de la respuesta de Kennedy, de modo que cuando llegó mi carta ya la decisión estaba tomada, y pienso que no debe haber influido absolutamente nada en la decisión que se tomó.

Si queremos reconstruir la historia tal como es, es preciso que tengamos en cuenta todos estos elementos, y la asociación entre estos acontecimientos es lo que explica la cuestión.

La leyenda de que yo apreté el botón nace del hecho de que Cuba toma la decisión de disparar contra los vuelos rasantes, pero nosotros no teníamos ningún botón, un gatillo es lo que teníamos en las armas antiaéreas y, por lo tanto, no disponíamos.

Nosotros tardamos mucho tiempo en aprender a manejar esos cohetes tierra-aire, lo que sí puede haber habido es una asociación directa, una influencia directa entre las acciones que los cubanos estábamos realizando y las acciones que realizaron los soviéticos, entre el encuentro con el alto mando y lo que sucedió al día siguiente. Entonces, yo pedí: “Enciendan los radares, no pueden estar ciegos, enciendan los radares”. La situación era bastante tensa y un ataque aéreo era perfectamente posible en aquellas condiciones. Quizás una invasión hubiera requerido más tiempo para realizarse. Eso es, a mi juicio, lo que explica la leyenda que se levantó en torno a esta situación; pero para mí están claros los acontecimientos. No sé si estos elementos de juicio les ayuden a ustedes a esclarecer más la situación.

A. I. GRIBKOV.- Para dar respuesta a su pregunta. Cuando fue derribado el avión de Anderson, escribimos un parte al ministro de Defensa, mariscal de la Unión Soviética, Malinovski, de cómo fue derribado el avión

por nuestras tropas coheteriles antiaéreas. Este parte lo escribimos nosotros: el general Titov aquí presente y yo. Titov era entonces jefe de la Dirección de Operaciones del Estado Mayor de la agrupación de tropas aquí en Cuba. Cuando se recibió en Moscú nuestro parte, firmado por el compañero Plíyev, recibimos de allá una respuesta breve, pero muy severa, firmada por Malinovski: “Ustedes se apresuraron —su contenido fue aproximadamente así— en derribar el avión norteamericano U-2, mientras las negociaciones con la parte norteamericana están marchando exitosamente”. Nos sentimos un poco aliviados, porque pensábamos que recibiríamos una amonestación del ministro de Defensa por haber derribado el avión .

Antes de eso, habíamos solicitado al ministro de Defensa y, desde luego, a través de él, a la dirección política —porque los aviones norteamericanos estaban volando lo mismo a baja que a gran altitud—, la autorización de abrir fuego, pero nos prohibieron abrir fuego.

Pero cuando el Comandante en Jefe supremo Fidel Castro dio la orden a sus tropas antiaéreas, también nuestro jefe dio la orden de tener las tropas coheteriles antiaéreas en plena disposición combativa, y se conectó todo el sistema de observación radiotécnica, o sea, se conectaron los radares.

Repito que la orden para derribar el avión la dio el general Stepán Naúmovich Grechko al puesto de mando del jefe de División, de allí pasó al del regimiento, y luego al jefe del grupo. Inmediatamente, pasados algunos minutos, llegó el parte de que fue derribado el avión.

Eso que ustedes dicen, y por todas partes también se hiperboliza de que fue Fidel Castro quien oprimió el botón, quiero una vez más remitirme a los documentos mencionados por el estimado Fidel Castro.

Ahí evidentemente hay una incomprensión, porque cuando el 28, por la hora de Moscú, Jruschov envió al compañero Fidel su mensaje, escribió lo siguiente: “Ayer ustedes derribaron un avión, mientras antes no los derribaban cuando volaban sobre su territorio. Tal paso será utilizado por el agresor en sus fines”. Es una cita de ese mensaje. Es decir, Jruschov no subrayaba con eso que eran las tropas cubanas las que lo habían derribado, sino las que estaban aquí en Cuba, se refería a las soviéticas y a las cubanas; a propósito, hubo un reproche en el mensaje del día 28, dirigido a nosotros por haberlo derribado, mientras el 30, también en una carta de Jruschov a Fidel Castro, se dice lo siguiente: “El que un avión norteamericano haya sido derribado sobre Cuba, resultó ser una medida eficaz, por cuanto esta operación transcurrió felizmente. Eso será una lección para los imperialistas”.

Por eso una vez más digo: No sé qué les habrá dicho el jefe de la división, coronel Voronkóv, con quien ustedes se entrevistaron; pero la orden partió del mando soviético al puesto de mando de la división, al del regimiento y al del grupo. Era lo que quería añadir.

JAMES BLIGHT.- Debemos agradecerles todos la aclaración que nos han ofrecido el Presidente Castro y el general Gribkov, porque, como ustedes saben, los que en Estados Unidos hemos estudiado este acontecimiento tenemos razones para pensar que el derribamiento del U-2 fue uno de los acontecimientos fundamentales de esta crisis, e indudablemente fue interpretado en Washington, hasta donde yo tengo entendido, como un incidente que provocó que la crisis entrase en una situación muy grave y totalmente nueva.

La pregunta que yo quisiera hacer al embajador Troyanovski y a Serguei Jruschov, de la delegación soviética, se refiere a lo expresado por el Presidente Castro acerca de su carta del día 26, que probablemente no tuvo influencia en la toma de decisiones en Moscú, en cuanto a cómo resolver la crisis y, en particular, en el momento de solución de la crisis. Esta sería la primera pregunta.

Otra pregunta secundaria es si ustedes tienen alguna información acerca de la forma en que se recibió la carta en ese momento. Creo que sería útil conocer si el presidente Jruschov entendió, hasta qué punto entendió los motivos del Presidente Castro, tal como nos lo acabó de explicar hoy día de forma muy esclarecedora y detallada.

Estas serían mis dos preguntas.

OLEG TROYANOVSKI.- Ayer dije que, a mi modo de ver, lo que inquietó particularmente a la dirección soviética en la carta, del estimado Fidel Castro, fue la comunicación de que era posible un ataque en las próximas 24 horas. Y como eso coincidía con otra información, en particular la entrevista del embajador nuestro en Washington, Dobrinin, con Robert Kennedy, quien había dicho que ellos, la parte norteamericana, necesitaban una respuesta en las próximas 24 horas. Es decir, como había otra información de la misma índole, todo eso aceleró la decisión definitiva de aceptar la propuesta del presidente Kennedy, que en notable medida coincidía con los planteamientos de la carta de Jruschov del 26 y 27. Todo eso aceleró la respuesta que se envió a Washington el día 28. No puedo afirmar que esa carta de Fidel Castro haya sido interpretada como un llamado a una guerra preventiva, en todo caso, en aquel momento.

Me parece que se recibió en la madrugada del 27 al 28; ya en la mañana del 28, cuando se reúne el Presidium del Comité Central, los participantes en esa reunión conocieron esa carta y —como dije ayer— un poco más tarde, durante la reunión, llegó también el telegrama de Dobrinin sobre su entrevista con Robert Kennedy. Es lo que puedo decir en respuesta a su pregunta.

SERGUEI JRUSCHOV.- Desearía agregar un aspecto, tal vez no tanto táctológico como psicológico.

Usted debe entender que Jruschov no podía interiormente admitir la posibilidad de que comenzara una guerra mundial sabiendo que eso sería el fin de la civilización, o por lo menos la muerte de una cifra enorme de

gente; y, psicológicamente, como sabemos ahora, él estaba dispuesto a acceder a retirar los cohetes; ya había comenzado el intercambio de cartas, que incluso estaba llegando a su final.

Creo que la noticia de que se había derribado el U-2, sobre todo, si se tiene en cuenta, como ahora afirmó el general, que desde Moscú se había prohibido disparar contra los aviones, por supuesto, puso todavía más nerviosa la situación en Moscú. Más adelante podemos solo suponer —como me dijo Oleg Alexándrovich Troyanovski— que la carta en efecto se le leyó a Jruschov por teléfono, él estaba fuera de Moscú y Troyanovski le leyó la carta que se había recibido de Cuba por la madrugada. Por eso, la interpretación de aquella información, y de aquellos matices de que habló el estimado Presidente, pudieron tergiversarse y sumarse a lo que ya tenía en su cabeza, incluso anteriormente a eso, es decir, las palabras que decían que “usted puede tomar esa decisión por su cuenta”, pudo haberlas interpretado como una propuesta de lanzar los cohetes.

Acabo de hacerle una nota al compañero Troyanovski —quizás él pueda responder esto a todos—, donde le pregunto si había leído realmente Jruschov la carta después o cuando se reunieron, o si se limitaron todos, sencillamente, a esa información verbal, y eso también puede aclarar la cuestión, o por lo menos, hacerla comprensible. Gracias.

OLEG DARUSÉNKOV.- Quisiera agregar un detalle muy pequeño para que el cuadro se torne un poco más claro.

Hasta donde entiendo, porque mi testimonio es indirecto, no existe ninguna versión española de la carta. Resulta que cuando por lo visto surgió la duda, Alexandr Ivánovich Alexéiev me llamó a su despacho y me dio una paginita donde había, no recuerdo si eran dos o tres frases partidas en español, escritas por el compañero Fidel Castro, que en general no posibilitaban reproducir con exactitud las ideas contenidas en esas frases, porque, por lo visto, habían sido, sencillamente, intentos de escribir algo. De ahí hago la conclusión de que por lo visto la carta se redactó en idioma ruso a partir de frases verbales pronunciadas por el compañero Fidel, y realmente me imagino que era ya avanzada la noche. Fueron varios días de trabajo literalmente enloquecedor, y en esas condiciones pudieron haber surgido perfectamente ciertos matices de gran importancia. Es todo lo que quería agregar.

OLEG TROYANOVSKI.- Aquí preguntó Serguei Jruschov si Jruschov había conocido después la carta procedente de La Habana. Además de haber sido leída por teléfono a Jruschov, se distribuyó al mismo tiempo, por supuesto, a los miembros del Buró Político. Por eso al producirse la reunión ya la tenían en sus manos. En la reunión no se leyó, pero no tengo ninguna duda de que todos, incluido Jruschov, la habían leído.

Por eso es poco probable que haya habido una interpretación errónea de esa carta basada solamente en que se transmitió por teléfono. Era todo lo que quería decir.

ALEXANDRI. ALEXÉIEV.- Dos cuestiones en cuanto al derribo del avión: Debo decirles, compañeros, que siendo embajador aquí hasta el año 1978, probablemente, estuve considerando también que habían sido los cubanos los que derribaron el avión. ¿Cómo fue eso? Después Statsenko me lo explicó —aunque no había tenido nada que ver con eso—, que había sido él prácticamente quien había derribado el avión. No sé porqué, pero esa, en todo caso, fue la primera vez que oí que el avión lo habían derribado los nuestros, los soviéticos. Después habló el propio Fidel Castro y dijo que ellos no tenían tal artillería de cohetes. Por eso para mí no estaba absolutamente claro, más que en su carta, Jruschov le decía a Fidel Castro que los cubanos habían derribado el avión. Después en las memorias de Jruschov, que se publicaron en los años 70, aparece también que los cubanos habían derribado el avión. Y ahora Serguei Jruschov saca de debajo del tapete una nueva versión, donde se dice que fuimos nosotros los que lo derribamos.

El compañero Fidel explicó cómo ocurrió todo eso. Además de Statsenko, que no fue muy preciso, todo eso me lo explicó el general Sárbus, quien estuvo en el momento de la decisión, y era segundo sustituto de Plíyev, él y Grechko estaban en el puesto de mando, y cuando se vio en los radares que el avión volaba procedente de Oriente y sobre la zona de alcance de los cohetes, es decir, a unos 20 minutos, pensaron qué hacer, porque la situación era realmente muy tensa. Trataron de comunicarse con el general Plíyev, pero no lo localizaron y decidieron directamente en su puesto de mando; Grechko en particular asumió esa responsabilidad, por cuanto era el jefe de la defensa antiaérea. Tomaron esa decisión y dieron la orden de lanzar tres cohetes, derribándolo con dos.

Después se le envió el telegrama a Malinovski, como dijo Gribkov, y respondió que se habían apresurado, que no había hecho falta, pero, a decir verdad, no ocurrió nada del otro mundo.

No sé por qué el compañero Fidel, en aquel momento, ni tampoco los cubanos en general, no se indignaron porque les estaban imputando un hecho que no habían cometido; pero nunca se habló de eso, ni siquiera cuando nos encontramos con Jruschov. Así ocurrió con el avión.

Pero lo más importante es que después me imaginaba cómo podía surgir una guerra entre dos países si, incluso, los presidentes desconocían, en efecto, lo ocurrido. O si Jruschov escribía que eran los cubanos los que habían derribado el avión, aunque Kennedy, al parecer, no lo había creído, él consideraba, por supuesto, que tenían que haberlo derribado por orden del gobierno soviético, aunque el gobierno no había tenido nada que ver. Así terminó esa operación. No recuerdo bien, pero estuve reunido con U'Thant en compañía de Statsenko, y francamente no recuerdo que haya dicho que fueron los cubanos los que derribaron el avión U-2.

Ahora en cuanto a lo más importante: la carta del 26, que dice Fidel, vamos a considerar que fue el 27, porque fue terminada el 26 por la noche, y había dicho cómo Dorticós me había llamado por teléfono, diciéndome que Fidel

venía a vernos para tratar cuestiones muy importantes. Eso fue probablemente cerca de las 2:00 de la madrugada del 27. En efecto, Fidel estaba muy preocupado por la situación. Lo primero que dijo fue que era inminente un ataque o un bombardeo en las próximas 24 o 72 horas, y entonces decidió enviar la carta a Jruschov notificándole el peligro real de la situación y la adopción de determinadas medidas. Al inicio estuvimos conversando largo. Después Fidel empezó a dictar. Allí estábamos dos personas con él: el primer secretario de la embajada, Monájov y yo. Darusénkov estaba en algún lugar al alcance, Fidel dictaba, y nosotros escribíamos algo, por supuesto, con nuestro conocimiento insuficiente del idioma. Por eso el compañero Fidel determinó que nosotros seguramente habíamos confundido algo en su carta, porque Jruschov reaccionó de una forma totalmente incomprensible como si, al parecer, Fidel estuviera exhortándolo a dar un golpe preventivo, cuando en esa carta no hubo nada de eso. Ustedes la han leído ahora.

Una parte de la carta se iba dictando y la íbamos escribiendo en ruso; y otra parte, que eran notas de Fidel, las traducía Darusénkov. Todo aquello dio por último una carta de dos o tres páginas, y mientras Fidel sopesaba e iba seleccionando muy seriamente cada palabra, porque era una carta sumamente importante. Paralelamente pude enviar un telegramita breve, porque era evidente que el dictado iba a durar algunas horas más, mientras la situación seguía caldeándose. Entonces mandé a decir muy pocas cosas: que estaba Fidel Castro y estábamos preparando una carta que se enviaría inmediatamente. Pero la quintaesencia de mi comunicación era la inminencia de una invasión o de un bombardeo norteamericano en el transcurso de las 24 o 72 horas. Eso era todo, no mandé a decir nada más en aquel telegrama.

El telegrama salió antes y llegó el 27 a las 14:00 horas. Después la carta de Fidel llegó a la 1:00 de la madrugada del día 28.

Creo que estoy de acuerdo, por ejemplo, con el compañero Fidel en el sentido de que esa carta es poco probable que haya tenido alguna significación para adoptar una decisión; por supuesto, ya se había tomado una decisión anteriormente.

Y lo que dice Troyanovski de la reunión del Buró Político el 28 y la carta, a decir verdad, fue simplemente una reunión formal porque en tiempos de Nikita Serguéievich comoquiera que sea, claro, las reuniones desempeñaban un papel, pero él determinaba las cosas por cuenta propia.

En el caso concreto de la retirada de los cohetes, claro, él personalmente resolvió la cuestión. Él comprendía, porque era un hombre responsable, que una guerra nuclear era una cosa terrible. Pero no está claro por qué se entendió que Fidel estaba exhortando a un golpe preventivo, aunque para hablar francamente, incluso yo en una conversación con Fidel también le hice la misma pregunta. De eso escribí más tarde cuando había venido Mikoyán y había hecho la misma pregunta que Jruschov. Dijo: "Sí, Fidel,

pero usted casi hizo un llamado a realizar un golpe preventivo”. Entonces Fidel dijo: “No, qué va, eso no puede ser. Tiene que haber sido que Alejandro confundió algo en esa carta”.

Nosotros conservamos esa carta y el telegrama que ciframos y se los entregué a Fidel, de lo contrario no los habría tenido Fidel. El borrador de ese telegrama se le entregó a Fidel y se publicó después en el periódico *Granma*. Así fueron los hechos. Pero creo que la decisión fue tomada mucho antes.

Recuerdo que en una de las cartas, no sé si la del 25 o el 26, se hablaba por primera vez del problema de los cohetes en Turquía. Eso indignó tremendamente a Fidel, lo recuerdo, era simplemente increíble, como si se estuviera decidiendo un problema de la seguridad de Cuba, de repente aparece la cuestión del desmantelamiento de las bases de Turquía. Me parecía que al recibirse la carta de Fidel Castro en Moscú, las cuestiones ya habían sido resueltas, en última instancia, y esto pudo haber desempeñado tal vez un último papel. Ciertamente recuerdo que Jruschov, cuando viajamos con Fidel a la Unión Soviética, le dijo a Fidel: “Sí, también su carta, por supuesto, desempeñó un gran papel en la adopción de tal decisión”. Pero él explicaba que no nos quedaba tiempo en absoluto; pero le dije ayer que lo más importante no radicaba en que a Jruschov no le quedara tiempo, sino que él entendía que la situación era tan tensa, que consultar con Fidel Castro en aquel momento y pedirle consejo, era algo que para Jruschov estaba claro, no llevaría a nada bueno, sino que se dilataría el asunto y demoraría la decisión. Creo que fue así.

Ahora, en cuanto al derribo del avión, ahí realmente lo que determinó fue la solidaridad de nuestros militares. Así lo entendíamos, porque en aquel período todos los que estábamos aquí, en particular los militares, y en general todos estábamos absolutamente dispuestos a perder la vida por la Revolución Cubana y a apoyar a Fidel Castro en todo. Eso es lo que quería agregar.

SERGUEI JRUSCHOV.- Quería referirme, en primer lugar, a las memorias de Jruschov, que realmente en los tres tomos publicados en Estados Unidos hay ciertos errores —no premeditados, sino que están relacionados con que en aquel momento la redacción se llevó a cabo, naturalmente, sin ningún contacto con nosotros, la Unión Soviética—, incluido ese error en que se dice que fueron los cubanos los que derribaron ese avión. En realidad hay dos redacciones del capítulo sobre la crisis cubana. En una, en efecto, se dice muy brevemente que los cubanos habían derribado el avión y bajo el término “cubanos” se puede interpretar lo mismo, que eran los cubanos propiamente dichos, que eran las tropas soviéticas que se encontraban allá. En la redacción más completa se dice que el avión fue derribado por los militares soviéticos. Pero no es eso de lo que quiero hablar, ese es un problema de los investigadores, sino referirme a que este año, mejor dicho, ya es el pasado, se terminó la redacción del texto completo de las

memorias de Jruschov. Es unas tres veces más de lo que se publicó aquí. Su texto se editará en ruso en Moscú y una copia completa e idéntica en idioma ruso redactada, así como todos los textos iniciales están en el Instituto de... Quien lo desee puede verlos y comprobar no solo lo que allí redacté, sino también el texto de base simplemente transcrito a partir de las cintas. Eso posibilitará hacerlo todo más simple.

Quiero objetar muy brevemente a Alexandr Ivanóvich Alexéiev, en cuanto a los relatos sobre la reunión en las afueras de la ciudad el domingo 28, de cuán dramática era la información que se iba recibiendo; cómo iba cambiando todo, como dijo brevemente el compañero Troyanovski. Pero hay que decir que la decisión, por supuesto, a mi juicio, se tomó allá en medio de vacilaciones de si habría todavía tiempo de responder a Kennedy y evitar la crisis o tal vez si después de las 5:00 sería ya tarde. Eso no era de reunirse y votar por lo que presentaba Jruschov. Creo que a esa reunión él llegó sin comprender tampoco hasta el final qué debían decidir.

Gracias.

MIJAIL TITOV.- Quisiera aclarar definitivamente lo relacionado con el derribo del avión para poner punto a eso.

Hay que comprender la situación de entonces. Todos recordamos que el 25, 26 y 27 estábamos esperando un golpe de las fuerzas armadas norteamericanas contra Cuba. Estábamos en los puestos de mando y en aquel momento considerábamos eso como el inicio ya de las acciones de combate, porque la aviación norteamericana estaba actuando impunemente sobre el territorio, los aviones espiando; mientras nuestras tropas, en coordinación con el Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas de Cuba, estábamos juntos ocupando las posiciones defensivas. No podíamos entonces permitir que se descubriera totalmente el sistema de defensa, y había ese peligro porque la aviación espiaba ininterrumpidamente y los Phantoms tácticos, perdón, se “deslizaban” aquí sobre Cuba, al igual que los U-2. Varias veces pedimos a Moscú entonces la autorización —lo recuerdo bien, pero parece que en Moscú no estaban para nosotros— de abrir fuego contra los aviones, porque ya al fin y al cabo habían comenzado sus acciones de combate. De otra forma no lo considerábamos.

Entonces, sin haber terminado de esperar la decisión de Moscú, el jefe, el general de ejército Plíyev tomó la decisión de derribar el avión U-2. Pero la orden la dio, como ya informó el general de ejército Gribkov, el general Grechko, que dirigía las tropas soviéticas de la defensa antiaérea en Cuba.

No hubo otra cosa ahí; puedo extender un hago constar y firmarlo, si la delegación norteamericana lo necesita así.

Gracias.

CMDTE. EN JEFE FIDEL CASTRO.- Yo quería aclarar que, al haber explicado —como lo hice—, la cuestión del derribo del avión, tenía el propósito de que se conocieran en detalle las cosas como realmente ocurrieron y nin-

guno de rehuir nuestra responsabilidad en la cuestión del derribo del avión; al contrario, es posible que la responsabilidad nuestra haya sido incluso superior a la de los soviéticos. Así que no se trata ahora de que les echemos la culpa a los soviéticos de haber derribado ese avión.

Estuve plenamente de acuerdo con que se derribara el avión, y a mí me pareció absolutamente correcto que lo derribaran, puesto que fue la única cosa consecuente que se hizo en esos días. Cuando se está esperando un ataque por sorpresa, donde el adversario tiene la iniciativa y puede decir el momento en que lance ese ataque por sorpresa, me parece que lo único correcto desde el punto de vista militar y desde el punto de vista de la defensa, la única concepción correcta es estar listos y evitar a toda costa el golpe por sorpresa. Por ello digo que creo que fue absolutamente correcto lo que se hizo. Y no creo que Estados Unidos hubiera dejado volar ningún avión soviético por la Florida, o por cayo Maratón, o por ningún lugar, sin derribarlo inmediatamente.

Me pregunto si Estados Unidos hubiera permitido un solo avión dando vueltas por encima de sus bases militares, de sus centros de concentración de tropas. ¡Lo derriba!, y hubiera considerado gravísimo el hecho de haber mandado un avión allí. En cambio, al parecer nosotros estábamos obligados a que volaran a todas horas por encima de todas las instalaciones del territorio nacional y cruzarnos de brazos; por lo menos, asumo serenamente toda la parte de responsabilidad histórica que nos corresponde por la cuestión del derribo de ese avión.

Me parece que el gobierno soviético más tarde comprendió esto, por el hecho de que si bien un día nos critican —porque aquí están las cartas— y nos acusan de que hayamos derribado un avión, yo entendía que cuando nos lo decían así nos echaban la culpa a los dos, a las tropas soviéticas y a nosotros: “Ustedes lo derribaron y antes no lo hacían”.

Figúrense, ni los militares soviéticos ni nosotros conocíamos una sola palabra de los mensajes que Jruschov le había enviado a Kennedy el 26 y el 27. Creo que Jruschov tenía más información que nosotros, porque ya estaba proponiendo una solución y nosotros no sabíamos nada.

La proposición que hace Jruschov el 26, Kennedy la acepta inmediatamente, porque era precisamente lo que estaba exigiendo, sin otra cosa que dar una garantía, comprometerse a dar una garantía. Eso no lo sabía nadie aquí. El 27 no sabíamos nada de que iba una segunda carta. Nosotros oímos hablar de Turquía por primera vez el 28 por la mañana, nos despertamos con la noticia que venía dándose de Turquía y que había un arreglo ya. Ni oímos hablar de la proposición de retirar los proyectiles si había una garantía, ni habíamos sabido nada de lo del 27, ni sabíamos nada de la respuesta de Kennedy, estábamos en una situación de máxima tensión, de máxima alerta y en aquellas condiciones actuábamos como a nuestro juicio debíamos actuar y fue absolutamente correcto. Es más, creo que si toda esta ope-

ración se hubiera realizado con la misma decisión, los resultados habrían sido diferentes y no habría sido la guerra. Es que muchas veces las vacilaciones son las que pueden conducir a la guerra y no la firmeza.

El gobierno soviético comprendió esto y un día condecoró al oficial que derribó el avión, recibió un reconocimiento y una condecoración y creo que los militares soviéticos se sentían orgullosos de la acción que este hombre realizó. De modo que no estamos haciendo una valoración moral del hecho. Realmente, ¿de qué tenemos nosotros que arrepentimos con relación a eso? ¿De qué medida se puede demostrar que fue incorrecto lo que se hizo? Por eso, me parece justo el reconocimiento que se hizo con posterioridad a ese oficial, porque lo merecía, de hecho nosotros estábamos en guerra, no sabíamos nada de mensajes; además, por los antecedentes que obraban, por la propia carta que Nikita me envía el 23, no veo el menor síntoma de que el problema se podía resolver, sencillamente accediendo a las exigencias.

Creo que se pudo encontrar una solución de todas formas, pero de otra manera; pudo haberse encontrado una solución decorosa del problema, estoy completamente seguro, pero no me voy a extender más en esto. Quizás haya otros temas que estén relacionados con esto que nos obliguen a hacer alguna reflexión. No estamos haciendo una valoración moral, sino una valoración histórica de lo que ocurrió, de lo que hizo cada cual, de los incidentes.

Es verdad que todo esto ocurre en un proceso muy breve de unas horas y en condiciones excepcionales. En aquella época no había traductores oficiales, no había nada; incluso nosotros no teníamos a nadie que hablara ruso, la embajada soviética tenía algunos que hablaban español. (Se dirige a Oleg Darusénkov) ¿Tú estabas allí? Pero tú no estabas de traductor, tú no estabas ejerciendo el oficio de traductor.

¿Quién fue traduciendo las cosas que yo dictaba? Porque yo anotaba y dictaba, y más de una vez volvía sobre un punto: Vamos a arreglar esto y lo otro. Y tú copiabas. ¿Quién era el que copiaba lo que yo dictaba? (Oleg Darusénkov responde que era Monájov —Konstantino—, el consejero.)

Esas eran las cosas que ocurrían, no era como ahora, no teníamos la seguridad que se tiene hoy. Entonces, todas las notas que le escribí a mano, después las pasé en limpio, por eso es que yo conservo los materiales exactamente. Luego están las cartas subsiguientes escritas aquellos mismos días en que yo le explico a Jruschov qué es lo que había dicho y cómo lo había dicho, con qué palabras. Pero, bueno, en aquellas condiciones, en aquella hora y en medio de aquellas tensiones, habría que ver si quedaron papeles por allá relativos a ese mensaje que yo envié el día 26.

En las cartas estas publicadas por los norteamericanos, del período del 30 de octubre a diciembre, hay párrafos que faltan, hay mensajes que se han perdido. Hay ocasiones en que tuvieron que pedirles ayuda, al pare-

cer —según dice ahí —, a los soviéticos para ver si les daban algún material sobre el tema; aun cuando en Estados Unidos había mucha más organización y todo, parece que algunos mensajes se perdieron, se archivaron mal, o alguno se quedó en el bolsillo de alguien, porque un mensaje de estos se puede quedar en el bolsillo de alguien y puede ir para la tintorería, imagínense, había muchas cosas que se escribían a mano. De todo eso podía pasar.

Pero yo sí quiero decir que nosotros no rehuimos ninguna responsabilidad, y lo que estamos es interesados en que se conozca bien lo que cada uno sabe y lo que cada uno puede aportar con relación a estas cuestiones que son importantes, y que han dado a confusiones y versiones de todas clases.

A. I. GRIBKOV.- Me parece que ese problema quedó claro para todos y, como suele decirse, concluyamos ahí el interrogatorio a los prisioneros, porque se han señalado suficientes pruebas, y las conclusiones son inequívocas: el avión fue derribado por orden del mando soviético y con cohetes soviéticos.

Gracias.

JORGE RISQUET.- Por una cuestión de orden general. Primero, es la hora del receso; en segundo, pienso que el punto ha sido suficientemente debatido, y sería mejor que cuando diéramos el receso ya pudiéramos pasar al próximo punto. De todas maneras el general Smith ha pedido la palabra, yo se la concedo.

Propongo, si hay consenso, dar por liquidado el punto después.

WILLIAM W. SMITH.- Un breve comentario.

Lo que he derivado de este debate de hoy es que estuvimos mucho más cerca de una guerra nuclear que lo que pensó cualquiera de nosotros, al menos de lo que yo pensé, y eso fortalece la sabiduría de la decisión adoptada por los presidentes Kennedy y Jruschov en ese momento, de ponerle fin a la crisis antes de que todos nosotros sufriésemos un daño innecesario mucho mayor.

JORGE RISQUET.- Estamos de acuerdo en dar por terminado este punto, dar un receso y empezar el próximo punto. A las 11:10 empezará el tercer punto y presidirá la sesión nuestro amigo Troyanovski.

[RECESO]

OLEG TROYANOVSKI.- Creo que podemos comenzar la sesión y, según entiendo, ahora toca el turno a la parte de Estados Unidos de América. Se propuso que las preguntas y respuestas se hagan después de las intervenciones, no después de cada intervención, sino al final de la sesión. Si no hay objeción respecto a este orden, vamos a proceder así.

Creo que quien intervendrá primero es el señor Martin.

EDWIN M. MARTIN.- Gracias, señor presidente.

El Comandante Castro y otros participantes tuvieron una mayor participación en la Crisis Cubana de los Misiles. Yo era en aquel momento secretario adjunto de Estado para América Latina y miembro del EXCOM y de las operaciones de seguimiento. Por distintas razones no he participado en las reuniones anteriores, así que no estoy muy seguro de hasta qué punto lo que voy a decir sea totalmente nuevo, pero tengo dos comentarios generales que hacer. Por supuesto hay mucha controversia, en mi opinión, respecto de cuáles eran las intenciones de Estados Unidos que pudieran haber justificado el movimiento de fuerzas soviéticas a Cuba a gran escala, en la última parte de 1962.

Creo que estuve bastante cerca de los que tuvieron que ver con esta cuestión en Estados Unidos, y regularmente el presidente Kennedy y el secretario de Estado, Rusk, expresaron el criterio de que nuestra política tenía dos aspectos: por una parte, hacer el mayor daño posible a la economía cubana mediante restricciones comerciales, impidiendo el comercio de nuestros amigos con Cuba y aumentando de esta forma el costo para la Unión Soviética y los otros países del bloque de Europa oriental del apoyo a Castro y a su régimen en Cuba. Al propio tiempo, estábamos haciendo todo lo que estaba a nuestro alcance para disminuir la repercusión de Cuba y de su amiga, la Unión Soviética, en los países latinoamericanos, en cuanto al aumento de la fuerza de los partidos comunistas y de los distintos elementos que querían afectar a los gobiernos en los demás países y convertirlos en aliados adicionales de la Unión Soviética en el hemisferio occidental.

Nosotros pensamos que si podíamos alcanzar el éxito en estos dos rumbos, los soviéticos se verían obligados a estimar que su ayuda y apoyo hacia Cuba no valía su costo e interrumpirían sus relaciones y apoyo a Cuba. Se trató fundamentalmente de una premisa esencialmente económica y no militar para nuestra política posterior a la Crisis de Octubre en cuanto a nuestras relaciones con Cuba y la Unión Soviética en este hemisferio.

Otro comentario general que quisiera hacer es sobre algo que se mencionó ayer. Observé que se le confería gran importancia a Estados Unidos debido a su posición militar débil en Berlín occidental y había en ese momento una controversia bastante importante con la Unión Soviética, respecto de nuestras relaciones en Berlín occidental.

Berlín occidental no solo será algo que no estaba a 70 millas como estaba Cuba de Estados Unidos, sino que era un lugar rodeado totalmente por fuerzas soviéticas o fuerzas aliadas a los soviéticos, de ahí que ese fuera un punto muy vulnerable para nosotros en caso que se deseara tomar represalias o amenazas que nos convencieran de no tomar medidas contra Cuba. Creo que esto debe tenerse presente porque sí surgió con bastante frecuencia en nuestras consideraciones de qué medidas tomar contra Cuba, e indu-

dablemente sirvió de disuasión para la opción militar en el momento en que elegíamos nuestras opciones en esa primera semana del EXCOM.

Se me ha solicitado que hable más ampliamente sobre cómo logramos obtener un apoyo unánime de los países de América Latina para la cuarentena el martes, cuando se reunió el Consejo de la OEA para examinar este tema, tras el discurso de Kennedy de la noche antes y de su exposición y presentación de las fotos sobre los emplazamientos de los cohetes en Cuba.

Hay un antecedente, en cierta medida, histórico de ello. Existe una tradición de larga data en muchos de los países latinoamericanos y muy fuerte en Estados Unidos, de evitar una influencia europea y una infiltración europea mayor en el hemisferio occidental. Nuestra población vino de allí pero con frecuencia habían obtenido su independencia con acciones militares; en la última parte del siglo XIX hubo algunas acciones militares, también a principios del siglo XX, por países europeos a los que nuestros países debían dinero y por otras razones, respecto de lo cual Estados Unidos tomó acciones militares de menor escala para evitar una influencia europea mayor. Este fue un antecedente que cobró importancia en la situación cubana cuando se hicieron evidentes las estrechas relaciones entre Cuba y la Unión Soviética, fue algo que incidió en los criterios de muchos de los países latinoamericanos y también del pueblo y del gobierno de Estados Unidos. Asimismo en la mayoría de los países latinoamericanos, aunque no en todos, se produjo una oposición muy enérgica al comunismo soviético. La Unión Soviética había dejado bien claro públicamente que su intención y expectativa era convertir al mundo en un mundo comunista y que haría lo posible por lograr esto en cualquier lugar, e indudablemente lo hacían en distintos continentes, no solo en este. Pero cuando Cuba se convirtió claramente en un agente de la Unión Soviética para estos planes, aumentó considerablemente la preocupación de América Latina respecto a un régimen comunista en Cuba.

Esto empezó en 1960-1961 y fue el origen de una reunión, en enero de 1962, de los cancilleres de la OEA en Punta del Este, cuyo objetivo era examinar qué medidas adoptar para restringir la capacidad de Cuba como agente de la Unión Soviética de influir en el control político de los países latinoamericanos. Durante esa reunión varios países no se sentían tan preocupados como otros, pero pudimos obtener 14 votos, los dos tercios necesarios, para aprobar resoluciones que solicitaban a los países —no insistían, sino solicitaban a los países— que interrumpieran las relaciones diplomáticas con Cuba y aplicaran restricciones en el comercio con Cuba. Hubo varios países, incluidos países importantes como México y Brasil, que tenían una orientación algo izquierdista y no estaban tan preocupados con un régimen comunista, que no estuvieron dispuestos a aceptar esto. Por lo general, más que votar en contra se abstuvieron en algunas resoluciones, aunque en algunas sí votaron en contra.

En el verano de 1962, como se ha explicado aquí, los soviéticos comenzaron a suministrar a Cuba un volumen importante de equipo bélico, y esto suscitó una profunda preocupación en cuanto a qué capacidad ello podría otorgarle a Cuba para intervenir militarmente, que ya lo había hecho en menor escala en República Dominicana y Venezuela, y nos preocupaba que esto les diese la capacidad de hacerlo a mayor escala y les permitiera no solo entrenar, como ya lo hacían, a muchos jóvenes comunistas, con frecuencia estudiantes universitarios latinoamericanos, convencidos como el Comandante Castro estaba de la importancia y el valor del comunismo para solucionar sus problemas nacionales y ofrecerles algún tipo de equipamiento para ayudarlos a crear situaciones difíciles en sus países y suscitar un mayor apoyo a sus actividades. Este fue un problema que abordó esa reunión. Pero cuando fue mayor el volumen de equipamiento, aquí nos parecía que no podíamos estar seguros de que se tratara solamente de equipamiento defensivo susceptible de utilizarse de forma ofensiva no solo contra Estados Unidos sino también contra otros países latinoamericanos, algunos de ellos bastante débiles militarmente aquí en el Caribe y muy próximos a Cuba.

Fue así que el presidente Kennedy pronunció un discurso en el que señaló estos problemas y lo que Estados Unidos no estaba dispuesto a tolerar, y durante la reunión anual de la Asamblea General de las Naciones Unidas, a finales de septiembre, a la que normalmente asistían los ministros de Relaciones Exteriores, el secretario Rusk, y yo que estaba con él, sostuvimos tres reuniones con grupos de países latinoamericanos para examinar este problema de forma oficiosa. Ellos entonces acordaron continuar el debate de manera más oficial, convocando una reunión oficiosa del Consejo de la OEA con los ministros que se encontraban en Estados Unidos asistiendo a la Conferencia General de las Naciones Unidas. El 2 y el 3 de octubre se reunieron en Washington bajo la presidencia del secretario Rusk, almorzaron con el presidente Kennedy y emitieron una nota de prensa en la que expresaban su preocupación acerca del aumento del potencial militar de Cuba, que se estaba realizando con ayuda de la Unión Soviética y por el aumento de la presencia soviética que pudiera producirse en sus países como resultado de tales pasos.

El voto de esta nota de prensa fue unánime, no hubo desacuerdo alguno, y varios párrafos de esa nota de prensa que justificaban la alarma por lo que se estaba produciendo fueron copiados en la nota de prensa que se emitió después de la reunión de la OEA. El presidente, como ustedes saben, había pronunciado su discurso la noche del lunes y había mostrado fotos sobre lo que estaba ocurriendo en Cuba; antes, el domingo temprano, habíamos informado a nuestros embajadores respecto de nuestra posición y de lo que íbamos a solicitarles a esos países que hicieran, y dándoles instrucciones de que cuando recibieran un cable que dijera “adelante”, debían hacer lo siguiente: Entregar una copia del discurso que el presidente hicie-

ra a los cancilleres o a los más altos funcionarios de las cancillerías y en la tarde del lunes solicitar una entrevista con el presidente del país o con el funcionario de más alto nivel en el país, de manera que tanto en Washington como en cada uno de los países estuvieran preparados para lo que iba a suceder.

A las 7:00 cuando el presidente pronunció su discurso todos los embajadores estuvieron allí. Después del discurso me reuní con los embajadores para conversar acerca de la reunión del Consejo de la OEA al siguiente día que, por supuesto, no podía ser a nivel de ministros con tan poco tiempo y de las acciones que les solicitaríamos, y observamos que en general mostraban bastante simpatía a la luz de las pruebas que les habíamos presentado del traslado de equipamiento hacia Cuba.

Nos reunimos a la mañana siguiente, el secretario nos pronunció un buen discurso sobre nuestros objetivos y esfuerzos, tras lo cual se produjo un amplio intercambio, o sea que la votación no se realizó hasta después del almuerzo.

Durante el receso para el almuerzo estábamos algo preocupados acerca de los dos grandes países que habían estado algo vacilantes durante la reunión de enero: Brasil y México. En el caso de México, el presidente estaba recorriendo el Lejano Oriente, pero, finalmente, le hicimos llegar parte de nuestro material en Manila, cuando estaba a punto de abordar el avión, y el resto del material en Hawái cuando descendió del avión, que le fue entregado por el comandante general de las fuerzas estadounidenses del Pacífico en Hawái, y cuando se realizó la votación, al final de la tarde, se logró una votación favorable de la resolución que habíamos propuesto, salvo en el caso de dos países, debido fundamentalmente a problemas con las comunicaciones, ya que las conversaciones telefónicas clasificadas no estaban fácilmente asequibles en algunos países.

Sin embargo, después de realizada la votación, el representante del embajador de Perú recibió sus instrucciones de votar favorablemente; el embajador de Bolivia no la recibió, pero de todas formas votó positivamente, y nosotros tratamos de garantizar que no se tomaran represalias con él por haber votado sin instrucciones. Y así fue, ya que se trató de un problema de comunicaciones y no de un problema de política. Como resultado obtuvimos el apoyo unánime de la OEA para tomar las medidas que incluían la cuarentena. Este apoyo fue algo inusual para nosotros, pero pienso que en realidad se debió a que no estábamos votando en contra de Cuba sino en contra de la Unión Soviética, y esto es otra cosa en el hemisferio occidental que tiene cierto grado de solidaridad entre sus países, pero que se siente muy distante del escenario europeo en términos políticos amplios. También se convocaba a acciones posteriores y, de hecho, sostuvimos una reunión oficiosa, yo la sostuve, con los embajadores de la OEA, en Washington, el día 19, para considerar la celebración de una reunión ministerial

en breve con vistas a extender nuestras acciones más allá de la cuarentena, dada la imposibilidad de lograr un acuerdo con la Unión Soviética en cuanto a las peticiones contenidas en nuestra carta. Y fue solo cuando recibimos la carta el día 20, en la que se aceptaba la retirada de los aviones, que pudimos cancelar esa reunión; pero estábamos preparados y estoy seguro de que aún contábamos con apoyo unánime para acciones ulteriores, si se hacían necesarias. Pero la medida que se tomó, por supuesto, fue una cuarentena modesta que no incluía el empleo de armas de ningún tipo, aunque lo que ocurrió después es difícil de explicar.

Este fue en esencia el modelo de nuestra colaboración con los países latinoamericanos, que pienso fue útil para alcanzar una solución pacífica a lo que pudiera haber sido un problema muy espinoso. Desde luego, no le puso fin a las actividades subversivas de Cuba en América Latina, que se mantuvieron de forma muy sustantiva, incluido el envío al año siguiente de grandes cantidades de armas y su desembarco en la costa de Venezuela, así como otros pasos que exigieron una reacción; pero, al menos, no se produjo un enfrentamiento posterior entre Estados Unidos y la Unión Soviética.

OLEG TROYANOVSKI.- Próximo orador de la parte norteamericana.

RAYMOND GARTHOFF.- Gracias, señor presidente.

Voy a referirme brevemente a algunos acontecimientos asociados al IL-28 y a la continuación de la Crisis Cubana, en parte para responder a algunas preguntas y comentarios formulados ayer, pero fundamentalmente para aclarar la política de Estados Unidos en las etapas ulteriores a la solución de la Crisis de los Cohetes.

Nuestra insistencia en el retiro de los bombarderos IL-28 de Cuba fue un aspecto fundamental en aquella etapa de las negociaciones. En primer lugar, quiero decir que los especialistas norteamericanos consideraban que el IL-28 era un avión obsoleto, tal como afirmara el general Gribkov, y que por lo tanto no constituía una amenaza estratégica grave. También éramos conscientes de que la mayoría de los IL-28 no estaban ya en servicio en la fuerza aérea de la Unión Soviética desde la primera mitad de 1960 y que la Unión Soviética había suministrado algunos a otros países. De todas formas, el avión oficialmente se consideraba con capacidad nuclear y, por cierto, nuestra información que puede haber sido incorrecta le atribuía al avión un alcance algo mayor de lo que se dijo ayer: 600 millas náuticas con una bomba de 6 000 libras y un alcance mayor en caso de bombas más ligeras.

Debido a sus capacidades limitadas Estados Unidos estaba dispuesto a aceptar la presencia de los IL-28 en Cuba —aunque suponíamos, en primer lugar, que se le estaban entregando a los cubanos, ya que no sabíamos que se estaban estableciendo efectivos soviéticos en el país— y si esto era todo lo que se les iba a entregar no indicaba necesariamente el mismo grado de intenciones en la Unión Soviética, de lo que pensamos cuando se descubrió la presencia de los misiles.

Así, el 14 de octubre, un día antes de que se observara por primera vez la presencia de los misiles, McGeorge Bundy, ayudante especial del presidente para cuestiones de seguridad nacional, en un discurso público declaró que “hasta ese momento todo lo que se había entregado a Cuba caía dentro de las categorías de asistencia que la Unión Soviética le había brindado, por ejemplo, a países neutrales, como Indonesia o Egipto, y no me sorprendería ver que se brinda mayor asistencia militar de este tipo”. Él no se refirió a los IL-28 cuyos envases habíamos fotografiado en las cubiertas de los barcos desde el 28 de septiembre, los primeros que venían a Cuba, pero su referencia a Egipto e Indonesia era una indicación ya que ambos países habían recibido IL-28. Por cierto, como ya habíamos observado la entrega de los aviones a estos dos países, los expertos de Inteligencia reconocieron inmediatamente los envases que contenían los IL-28, lo que dio lugar a comentarios en los círculos de Inteligencia de Estados Unidos en cuanto a una nueva ciencia, la de los especialistas en embalaje.

El segundo aspecto de importancia en lo tocante a los IL-28 y el cambio de posición de Estados Unidos, es que adquirió nuevos matices con la presencia de los misiles. El presidente aclaró esto muy bien al proclamar la cuarentena, incluyendo referencias muy concretas no solo a los misiles y su equipamiento sino también a los bombarderos, además de otras referencias en los intercambios de correspondencia entre Kennedy y Jruschov en cuanto a las armas coheteriles y otras armas ofensivas en Cuba.

Cuando el presidente Jruschov, en el mensaje del 28 de octubre, aceptó retirar las armas que ustedes consideraban ofensivas, nosotros estimamos adecuado aclarar que considerábamos ofensivos tanto los bombarderos como los misiles y que además de los misiles debían retirarse los IL-28. Esta discusión continuó desde aproximadamente el 30 de octubre hasta el 20 de noviembre. Se ha hecho referencia al memorándum del embajador Stevenson que el señor McCone entregó al viceprimer ministro Mikoyán el 2 de noviembre, donde se describían por primera vez, de manera integral, las armas que nosotros considerábamos ofensivas y que debían retirarse, incluidos los misiles y equipamiento afines, ojivas, bombarderos, misiles de corto alcance y lanchas torpederas Komár. La razón por la que se incluyó este último elemento era que considerábamos que todos los misiles superficie-superficie, en cierto sentido eran armas ofensivas. Sabíamos de los cohetes Luna, que ahora nos enteramos tenían capacidad nuclear, pero no los incluimos en la lista por su alcance limitado y porque ya estaban en Cuba. Pero las lanchas patrulleras teóricamente podían disparar contra puertos del sur de Estados Unidos o contra otros países del Caribe.

La entrega de ese mensaje al señor Mikoyán cuando iba a tomar el avión hacia Cuba, fue resultado de un extraño accidente. Las instrucciones de Washington a nuestros representantes en Nueva York se habían remitido el día anterior, y el señor McCone y el embajador Stevenson, debían haber

presentado esta lista al señor Mikoyán en una cena de trabajo que tuvieron el 1ro. de noviembre, lo que hubiera dado oportunidad de obtener algún tipo de respuesta, algún tipo de debate, pero se les olvidó entregársela. Como resultado de ello se le presentó a través de un mensajero a la mañana siguiente, acompañada de una breve carta del embajador Stevenson, en la cual le decía que en la conversación sobre diversos temas habían olvidado entregarle la lista de las armas que considerábamos ofensivas y que suponíamos pensaban ellos retirar. Este intercambio se mantuvo hasta el 6 y 7 de noviembre, cuando reafirmamos la necesidad de que se tirarán los IL-28, si bien dejamos de exigir el retiro de las lanchas patrulleras.

Puedo añadir que hubo criterios diferentes en el gobierno de Estados Unidos durante este período en lo tocante a si se debía presionar por la retirada de los IL-28 y el propio presidente Kennedy titubeó en varios aspectos.

Había quienes pensaban que debíamos interpretar el lenguaje en términos más amplios y exigir la retirada de Cuba de todos los equipos y el personal militar soviético. Otros pensaban que lo fundamental habían sido los misiles y que ya eso se había resuelto y que no debíamos pedir nada más. Pero la opinión que prevaleció fue la que todos conocemos, en el sentido de que los IL-28 debían ser retirados.

Luego del 20 de noviembre se nos informó que la mayoría de los aviones seguían enhuacalados, no se habían montado; había 42 IL-28 ya declarados, pudimos observar su salida, y con ello desapareció este elemento de la crisis.

La última observación que quiero hacer en este sentido es que nosotros sencillamente ignorábamos en aquel momento que se había enviado a Cuba un grupo de fuerzas soviéticas. Conocíamos la mayor parte de los elementos, los visibles, por ejemplo, suponíamos que los cuatro regimientos reforzados estaban allí para la protección de los emplazamientos coheteriles y quizás otros objetivos locales.

Pensábamos que la defensa costera y aérea pasarían a manos de los cubanos; no sabíamos que habían tantos efectivos soviéticos allí, creo que ya se ha dicho que pensábamos que había 10 000 efectivos soviéticos en octubre. Para mediados de noviembre nuestro estimado era de 16 000 e incluso después de la crisis, en 1963, nuestro estimado retrospectivo fue que habían llegado a 22 000 los efectivos soviéticos en Cuba. Es decir, subestimamos en la mitad la cantidad de efectivos, pero lo más importante es que no nos percatamos que había una fuerza de combate convencional soviética, además de los misiles; de haberlo sabido, creo que en Estados Unidos habría sido grande la presión para exigir la retirada de toda la fuerza. En este caso lo que no supimos nos ayudó a evitar una mayor agudización de la crisis. De todas formas, quería explicarlo ya que no se trata de que el gobierno norteamericano arbitrariamente hubiera tratado de obtener todo lo más posible. Pensábamos que teníamos fundamentos legítimos para exigir la retirada de los bombarderos IL-28 e incluso para plantear lo de las lanchas patrulleras, y el hecho de que Jruschov hubiera aceptado retirar las

armas que considerábamos ofensivas, nos daba los fundamentos necesarios para persistir en esta posición.

Gracias.

OLEG TROYANOVSKI.- Muchas gracias, el próximo orador de la parte norteamericana, señor Kline.

RAY KLINE.- Yo, realmente, nunca había podido participar en estas conferencias, no estoy seguro de que mi presencia fuera bienvenida, pero sí quiero confesarles algo a mis amigos rusos y a mis amigos cubanos.

Yo trabajaba en la CIA como vicedirector de investigación y análisis, le llamamos Inteligencia, y estuve a cargo del Centro de Interpretación Nacional de Fotografías que tomó las fotos de los emplazamientos coheteriles en San Cristóbal. Posteriormente descubrimos otros emplazamientos, pero la primera prueba que indicaba, sin lugar a duda, que Jruschov había enviado misiles nucleares a Cuba fue esta del 14 de octubre de 1962. Ya yo contaba con pruebas recibidas del personal de investigaciones que indicaban que se estaban enviando misiles a San Cristóbal.

Por último, decidimos que teníamos que realizar un sobrevuelo con el U-2 para descubrir si los misiles realmente se encontraban allí. Afortunadamente los encontramos, y yo envié las fotos tomadas por el U-2 a McGeorge Bundy, a Bobby Kennedy y a Jack Kennedy, en la mañana del día 10 de octubre. Creo que soy el villano que descubrió estas fotos extraordinarias que cambiaron la opinión del presidente Kennedy. Puedo decirles —y hablé en muchas ocasiones durante ese verano con el presidente Kennedy acerca de las pruebas que habíamos descubierto— que él no preveía que Jruschov enviaría los misiles a Cuba, él pensaba que no era cierto.

Hubo cierto intercambio preliminar de cartas que él estimaba se mantenían en el nivel diplomático sin obligarle a hacer frente a la presencia de un sistema de misiles nucleares en el hemisferio occidental.

Yo informé pormenorizadamente sobre estos temas y sobre lo que estaba ocurriendo cuando se envió a Cuba gran parte del equipo militar soviético durante el verano y, por último, obtuvimos las pruebas, y mi jefe John McCone, que opinaba enérgicamente que se enviarían a Cuba misiles soviéticos —él dijo que era un presentimiento, que no tenía otras pruebas más que las nuestras—, quería garantizar que realizásemos todas las investigaciones necesarias para encontrar las pruebas de los emplazamientos coheteriles.

John McCone, que era mi jefe, viajó a Francia en luna de miel; se había casado en segundas nupcias y fue a la Riviera, y se sintió tan frustrado que no dejaba de enviarme mensajes durante su luna de miel en la Riviera, constantemente, donde me decía: “Tienes que hacer algo más en este sentido, acaba de obtener esas pruebas y dile al presidente Kennedy lo que debe decir”. De ahí que al cabo fuera yo uno de los principales promotores de esta operación y pienso que cambiamos la crisis estratégica de los misiles en una situación bastante distinta.

Dicho sea de paso, quiero informarles que yo me desempeñaba como jefe de la estación CIA en Asia durante la operación de la Bahía de Cochinos. Fue algo formidable para mí, ya que no fui responsable de Bahía de Cochinos y probablemente no hubiera llegado a ser subdirector si hubiese tenido que ver con la invasión de Bahía de Cochinos, que fue un fracaso total, donde se produjeron todos los desastres estratégicos posibles; supe de ello pero no me gustaba y me sentí satisfecho de haber podido manejar la crisis estratégica de los misiles de forma más constructiva. Tuvimos que encontrar las pruebas que es el trabajo de la Inteligencia, pero tuvimos que informar al presidente y a sus asesores y, en última instancia, llevamos las fotos a las Naciones Unidas para informar a Adlai Stevenson y a muchos de los observadores extranjeros acreditados ante las Naciones Unidas. Necesitábamos explicar qué estaba ocurriendo en la Unión Soviética, y yo pensaba que Jruschov era una persona bastante sensata, pero que asumió un grave riesgo al tomar la decisión de enviar los misiles a Cuba.

Otro aspecto que deseo mencionar fue que informé a Kennedy acerca del sistema de reconocimiento de la CIA por satélite, que en ese momento era totalmente secreto. En ese momento nadie sabía sobre el sistema de satélites en órbita que le daban la vuelta al mundo cada 90 minutos y se podían hacer mapas de amplias zonas de la Unión Soviética y de cualquier otra parte del mundo.

Yo informé que la Unión Soviética estaba alardeando de una extraordinaria superioridad coheteril, en ese momento le llamábamos la brecha de los misiles, pero cuando logramos obtener todas las fotos, a partir del Centro de Interpretación Nacional Fotográfico, observé que tenían muchos menos misiles que Estados Unidos, una proporción de cuatro a uno, para nosotros algo muy difícil de creer, ya que muchos de los militares confiaban que Jruschov había creado un sistema de misiles superior y, en realidad, resultó que como nosotros habíamos iniciado nuestra producción de misiles con mucha rapidez y eficacia, al cabo teníamos cuatro veces más de lo que los soviéticos realmente tenían.

Quiero mencionarles esto, porque además de los cientos de bombardeos intercontinentales que pudieran haberse empleado, esta proporción significaba que si éramos firmes podíamos obligar a Jruschov a retirarse. Hablé con Kennedy sobre esto y le dije: "Mire, realmente contamos con una verdadera superioridad estratégica intercontinental, y ellos no la van a utilizar contra nosotros; sería ilógico que lo hicieran. Nosotros no queremos una guerra, no queremos un conflicto militar, pero si los misiles están en Cuba, tenemos que responder de forma decidida y estratégica". Y eso hicimos, obligamos a Jruschov a dar marcha atrás, y creo que eso fue sabio, pienso que el acuerdo entre Kennedy y Jruschov salvó nuestros intereses estratégicos y evitó que estallase una guerra.

No creo que hubiera sido una guerra nuclear, pero sí un conflicto militar directo. Sin embargo, nadie quería una guerra nuclear, ni la Unión Soviética ni Estados Unidos, y una vez que descubrimos las evidencias de los emplazamientos cohetiles, lograr una victoria diplomática y política.

Quiero hacer solo un par de comentarios más. Quiero entrar ahora en una perspectiva más amplia sobre lo que tratábamos de hacer en Estados Unidos. Yo era asesor del Consejo de Seguridad Nacional, no miembro, sino asesor, y pienso que algo se interpretó mal. Después de todo, desde la época de Stalin estábamos en guerra fría la Unión Soviética y Estados Unidos, y esto no tenía nada que ver con Cuba. El Presidente Fidel Castro asumió el poder en 1959, tengo entendido, y él no fue actor protagónico de esta situación; se trataba de un conflicto muy directo entre Moscú y Washington, de ahí que yo pensara que la prioridad para la Unión Soviética era cambiar el equilibrio de poder militar estratégico, cambiar la correlación de fuerza como los rusos siempre lo llamaron. Pienso que ese era su objetivo fundamental. Esto, por supuesto, es especulativo, no puedo probarlo, pero era lo que pensábamos en la CIA.

La segunda prioridad era obligar a las fuerzas militares de Estados Unidos a abandonar Berlín. Este tema estaba vigente desde hacía muchos años, y el presidente Jruschov estaba muy ansioso por obligar a Kennedy a retirarse de Berlín, y nosotros hubiéramos tratado de lograrlo a través de medidas diplomáticas y políticas pero, como ustedes saben, el presidente Kennedy insistió en que no podíamos salir de Berlín.

La tercera prioridad, en mi opinión, que difiere creo de la de muchos aquí, era que la defensa de Cuba era solo la tercera prioridad. Indudablemente, existía la intención de crear una fuerza de misiles nucleares, pero no estoy seguro —y espero que mis colegas rusos quizás puedan decírmelo— de que Jruschov en realidad estuviera tratando de obtener Berlín, y pensara que colocando una fuerza nuclear en Cuba los norteamericanos estarían tan a la defensiva y se concentrarían tanto en el Caribe en vez de Europa, que quizás él podría resolver la situación de Berlín. No creo que esto haya sido nunca realista, pero debemos admitir que se trataba de temas muy amplios y que la defensa estratégica de Estados Unidos fue tratar de alcanzar un arreglo y mantener la paz.

Lo último que quiero decirles, trataré de ser breve, y pienso que ya todos conocen esto. Existió un documento llamado NSC-68, del Consejo de Seguridad Nacional, redactado en abril de 1950, y si alguno de ustedes no lo ha leído, creo que deben hacerlo; en mi opinión, sigue siendo profético. La política estratégica se adoptó partiendo de que Stalin, Kim Il Sung y Mao Tsetung atacaron Corea del Sur, y nosotros pensábamos que teníamos que responder a eso.

Muchos norteamericanos no pensaron responder a ello, pero así se hizo. Simplemente, quiero leerles rápidamente varios párrafos del documento NSC-68, ya que creo que aclara la perspectiva de que realmente fue un conflicto con la Unión Soviética, respecto de objetivos —de ser posible— pací-

ficos, que tenía poco que ver con Cuba. Cuba se convirtió en un incidente en este episodio, y lamento decirle al Presidente Castro que quizás él fue la tercera prioridad en este ejercicio.

De cualquier forma, permítanme darles lectura a algunos párrafos: “La amenaza más grave a la seguridad de Estados Unidos en el futuro previsible, emana de los planes hostiles y del formidable poder de la Unión Soviética, y de la naturaleza del sistema soviético”.

Estoy ahora saltando algunos párrafos y continúo: “[...] Aunque los estimados actuales indican que los líderes soviéticos probablemente no pretenden acciones militares deliberadas respecto a Estados Unidos en estos momentos, la posibilidad de que se recurra deliberadamente a la guerra no puede descartarse”. De ahí que esta crisis estratégica de los misiles se haya convertido en un enfrentamiento militar. Lo significativo aquí es que lo que dijimos fue: “[...] Nuestros programas actuales de seguridad y nuestros planes estratégicos se sustentan en estos objetivos, planes y acciones para reducir el poder y la influencia de la Unión Soviética a límites que no representen una amenaza a la paz, la independencia nacional y la estabilidad de la familia mundial de naciones; lograr un cambio fundamental en la conducción de las relaciones internacionales por el gobierno en el poder en Rusia, de manera que se ajuste a los objetivos y principios establecidos en la Carta de las Naciones Unidas”.

Y por último, expresamos: “[...] Debemos hacer todo lo posible por alcanzar nuestros objetivos generales por métodos que, sin llegar a la guerra, permitan la consecución de los siguientes objetivos: estimular y fomentar la reducción paulatina de poderío y la influencia soviética alcanzados en las actuales zonas periféricas alrededor de las fronteras tradicionales rusas; con esto queríamos decir Europa oriental, y el surgimiento de países satélites como entidades independientes de la Unión Soviética”. De hecho eso es lo que ocurrió en 1989, por las razones que haya sido.

El último párrafo expresa: “[...] Estimular el desarrollo de actitudes en los pueblos rusos que puedan ayudar a modificar el comportamiento soviético actual, y permitan una reanimación de la vida nacional de grupos que evidencian su capacidad y decisión de alcanzar y mantener su independencia nacional”.

Como ya dije, creo que este lenguaje sigue siendo profético, porque cuando se habla de la Comunidad de Estados Independientes, ese era realmente nuestro objetivo, no queríamos un imperio soviético, sino una mancomunidad de estados. Quería traer a la atención de ustedes este documento que se desclasificó hace solamente unos pocos años y muchos no lo conocen; yo participé en su redacción cuando estaba en la CIA, Paul Nitze era el presidente y creo que realizó un trabajo extraordinario. Si alguien desea una copia de este documento, con sumo gusto se lo haré llegar.

Muchas gracias.

OLEG TROYANOVSKI.- Muchas gracias.

¿Alguien más desea intervenir por parte de Estados Unidos? Señor Martin, por favor.

EDWIN MARTIN.- Al recordar algunos de los errores que se cometieron en el manejo de este problema, quisiera decir que la noche del lunes pronuncié un discurso en la cena anual de la Asociación de Corresponsales de Prensa de Washington sobre la situación cubana. Antes se analizó cuidadosamente con la CIA, la Secretaría de Defensa y el Departamento de Estado, y mi tesis fundamental era que no había posibilidad de que los soviéticos se arriesgaran a emplazar armas nucleares en Cuba; no lo habían hecho en los países de Europa del Este adyacentes que estaban próximos y tenían regímenes comunistas de larga data, así que no se arriesgarían a emplazarlas en un lugar tan distante como Cuba.

También me referí al problema de la analogía con Turquía y señalé algunas diferencias fundamentales en caso de que se emplazaran allí.

Luego de pronunciar el discurso se produjo un período de preguntas y respuestas, y a la mitad de esa sesión me dijeron que debía responder una llamada telefónica. El mensaje telefónico era: "Hemos visto la llegada de esas cosas. Venga a una reunión mañana a las 10:00 de la mañana en la oficina del presidente", y debía regresar a seguir respondiendo las preguntas en base a mi discurso y no al mensaje telefónico.

OLEG TROYANOVSKI.- No veo que haya otro orador por parte de Estados Unidos. Sí, por favor.

BRUCE ALLYN.- Me pregunto si pudiera persuadir a Ray Kline a decir algo acerca de si él pensaba que el desplazamiento de misiles soviéticos en Cuba alteraba de manera significativa el equilibrio nuclear estratégico; y me pregunto si el general Gribkov pudiera responder a la misma pregunta. También me interesaría conocer por el señor Troyanovski si el señor Jruschov alguna vez hizo este razonamiento sobre el despliegue, y quisiera oír de los cubanos si el mariscal Biriuzóv alguna vez hizo este razonamiento cuando estuvo en Cuba en junio.

OLEG TROYANOVSKI.- Según entiendo, vamos a pasar a la próxima etapa de nuestro trabajo, es decir, a las preguntas y respuestas, a los comentarios, etcétera.

Por favor, señor Kline.

RAY KLINE.- Pienso que Jruschov se refirió al equilibrio de fuerzas en términos muy vagos, y durante toda la correspondencia hizo hincapié en que lo que estaban haciendo era defender a Cuba.

Debo decir que los gobiernos tienden a tener diferentes prioridades, y las diferentes burocracias tienen prioridades diferentes, y estoy seguro de que había interés en preservar la mancomunidad cubana, el sistema cubano; pero me pareció que el objetivo fundamental era desarrollar un nuevo equilibrio de fuerzas, porque los rusos se iban quedando a la zaga en los

misiles intercontinentales. Este fue mi parecer, pero pienso que la gente de la CIA, en general, compartía esta opinión, que si él emplazaba misiles en Cuba, esto efectivamente cambiaría la correlación de fuerzas.

Nosotros pensábamos que llegarían a una totalidad de 84 misiles, aunque originalmente eran 42; pero pensábamos que si lograban emplazar los misiles en Cuba, seguirían aumentando las cifras hasta convertirse en un serio problema para Estados Unidos. Una de las razones era que nosotros habíamos instalado un sistema de defensa totalmente orientado hacia la Unión Soviética, hacia el Atlántico norte y hacia el Pacífico norte, al tiempo que teníamos muy pocas defensas en la porción sur de Estados Unidos. Tal vez por esto, en mi opinión, no se trataba de disparar los misiles, sino que el objetivo era político, se trataba de lograr una correlación de fuerzas mucho más favorable a la Unión Soviética, de la que hubieran podido tener si no lo hacen.

Pensaban que si existía un peligro para Estados Unidos, probablemente comenzaríamos a centrar más nuestra atención en el hemisferio occidental, en los problemas del hemisferio occidental, nos sentiríamos más preocupados con Cuba —efectivamente, nos preocupamos con Cuba— y comenzaríamos a perder interés en los comandantes de la OTAN y en la defensa de Berlín.

Pienso que si los misiles hubieran permanecido en Cuba, hubieran aumentado la cantidad y a la larga podrían haber cambiado la correlación de fuerzas.

OLEG TROYANOVSKI.- Muchas gracias.

¿Alguien más desea intervenir o hacer alguna pregunta?

SERGO MIKOYÁN.- Tengo preguntas, e incluso algunas objeciones, en relación con las intervenciones de nuestros colegas norteamericanos.

Me parece que en la intervención del señor Martin las causas y consecuencias se cambiaron de lugar. Dijo que en el verano de 1962 el incremento de las fuerzas armadas soviéticas en Cuba y otra intervención soviética habían alarmado a los norteamericanos, y ellos comenzaron a utilizar la Organización de Estados Americanos contra Cuba y la URSS. Pero me parece que fue totalmente al revés: Lo cierto es que en enero de 1962 Cuba fue excluida de la Organización de Estados Americanos en la Conferencia de Punta del Este. Precisamente esa acción fue considerada por Cuba y la URSS como los preparativos diplomáticos de una futura invasión, lo que llevó al incremento de la presencia militar soviética en Cuba. Esa es mi pregunta objeción, y quisiera recibir una respuesta. Además, tengo otra pregunta. No sé cómo será mejor: posibilitar que se responda ahora, o pido de nuevo la palabra sobre otro aspecto. Entonces, es mejor que lo diga todo de inmediato.

Es para Garthoff. Bueno, hace muchísimo tiempo que Ray y yo tenemos una polémica sobre estas cuestiones. De cierta forma no es convincente que Stevenson y McCloy hayan olvidado entregar aquella carta. El problema es

que yo estaba allá entonces, pero claro, no estuve presente en las negociaciones entre Mikoyán, Stevenson y McCloy, naturalmente; pero todas las noches él nos hacía el relato. Fueron tantos los detalles que discutieron las veces que McCloy habló por teléfono con Kennedy sobre lo que había dicho a Mikoyán; se discutió todo, incluso, el problema de la inspección. A propósito, precisamente McCloy fue quien propuso la inspección no en tierra, no en el territorio de Cuba, sino en los buques, porque Mikoyán le había dicho que la URSS apoyaba la posición de Cuba de no permitir la inspección en territorio cubano, y McCloy dijo: “Quizás podamos entonces inspeccionar esos cohetes en los buques”. O sea, quiere decir que las negociaciones se refirieron a múltiples detalles y se terminaron, por eso cuando llevaron aquella carta, el memorándum, al aeropuerto, Mikoyán se sintió simplemente indignado, porque no consideraba eso en modo alguno como una continuación de las negociaciones, sino como un intento de mandar una carta detrás, como diciendo: “Ya que transigieron en esto, ahora exigimos también esto otro”. Él estaba tan indignado que dijo: “Devuélvanle esa carta a Stevenson, díganle que no la recibí, que me niego, incluso, a tomarla en mis manos”. Me parece que se trató más bien de una dispersión de las acciones dentro de la administración norteamericana. Kennedy no lo había dicho, pero ustedes, en el Departamento de Estado, sí trabajaban de manera muy eficaz y, desde luego, fue un mérito de ustedes, y de Ray (Garthoff), que hayan añadido eso.

Si es posible, quisiera oír sus comentarios al respecto, puesto que tengo la impresión de que Kennedy no le había dicho eso a McCloy, y McCloy y Stevenson no hablaron sobre esto, porque simplemente no se habló de eso.

Gracias.

Quisiera escuchar los comentarios sobre estas dos cuestiones.

OLEG TROYANOVSKI.- Por favor, ¿quién desea responder a esas dos preguntas u observaciones?

RAYMOND GARTHOFF.- Como dije, hubo distintos criterios en el seno del gobierno de Estados Unidos en cuanto a la energía con que debíamos presionar con la cuestión de los IL-28 y quizás también otros sistemas.

Es cierto que redacté un memorándum que se envió a Nueva York el 29 de octubre, desde el Departamento de Estado, en el que se decía: “Está claro que los sistemas de armamentos que se deben retirar son los misiles superficie-superficie de 1 000 y 2 200 millas náuticas de alcance, los bombarderos ligeros a reacción del tipo IL-28 y las ojivas nucleares y equipamiento de apoyo para estos sistemas”, y continuaba diciendo: “[...]No podemos insistir de manera razonable en que los aviones de combate Mig —que mucha gente quería incluir—, los misiles superficie-aire y otras armas terrestres no coheteriles sean retirados; de todos estos, las lanchas patrulleras portamisiles son las más susceptibles de servir como armas ofensivas”, etcétera...

Pero la instrucción que se envió a Stevenson y a McCloy el día 1ro. no fue una posición asumida por el Departamento de Estado, sino que se trataba de una instrucción del presidente y no había dudas al respecto.

El martes 31 de octubre se había enviado una instrucción a Stevenson para que le ofreciera a los soviéticos la lista de armas consideradas ofensivas por Estados Unidos, incluidos bombarderos, misiles aire-superficie, teledirigidos, lanchas patrulleras, en fin, todo.

La mañana del 2 de noviembre, cuando se envió la relación —que puedo leer porque solo tiene tres renglones—, la carta del embajador Stevenson expresa lo siguiente: “Algo que el señor McCloy y yo no examinamos con ustedes anoche fue la relación de elementos que, en opinión de Estados Unidos, se ajustan a la categoría de armas ofensivas, de conformidad con el significado del intercambio entre el presidente Kennedy y el presidente Jruschov. Se anexa la relación a esta carta. Confiamos en que en las armas que ustedes piensan eliminar incluyan a todas las que aparecen en esta relación”.

Tuvimos conocimiento de esto en Washington y hubo algunos comentarios sobre quiénes habían olvidado mencionar algo tan importante como esto, pero, realmente, no hubo divergencias en torno a ello, y estoy seguro de que no fue la intención de Stevenson o de McCloy la de no transmitir esta información, entre otras cosas, porque no solicitaron durante esa noche ningún cambio en las instrucciones. Admitieron que habían recibido las instrucciones y que las habían cumplido con alguna tardanza.

OLEG TROYANOVSKI.- Gracias.

Por favor, señor Martin.

EDWIN MARTIN.- Quisiera hacer comentarios sobre dos aspectos asociados con las relaciones entre Washington y los negociadores en Naciones Unidas.

Pienso que los que estábamos en Washington examinando las propuestas y emitiendo instrucciones, teníamos el criterio general de que McCloy y Stevenson estaban ansiosos por alcanzar una solución que promoviese el valor de las Naciones Unidas y su lugar en la historia.

Con bastante frecuencia ellos hicieron propuestas demasiado blandas —en nuestra opinión— para tratar con la Unión Soviética, y que tuvieron que ser examinadas y fortalecidas.

Este fue, por así decirlo, un conflicto bastante estándar entre los grupos. Ellos venían y se reunían con nosotros en Washington de tiempo en tiempo, pero yo estaba convencido de que allí eran proclives a las concesiones.

En segundo lugar, en cuanto a por qué los soviéticos enviaron las armas a Cuba en 1962, puedo comprender que pudieron pensar que las medidas de la OEA en la esfera comercial y en cuestiones afines pudiera ser un punto de partida para un enfoque más duro con relación a Cuba, que pudiera incluir una operación militar. No obstante, nuestra opinión era que el co-

mercio y otras medidas de aislamiento político y económico estaban encaminadas fundamentalmente para evitar la necesidad posterior de acciones militares, y la concebimos en estos términos. No veíamos una justificación para fuerzas militares soviéticas adicionales, y pienso que no es infrecuente en el mundo, en general, que resulte difícil decidir si una fuerza militar va a utilizarse de forma ofensiva o defensiva.

Existe considerable flexibilidad en torno a esto y hay que estar seguro de que se pueden proteger adecuadamente los intereses propios si en algún momento surgen razones para cambiar de defensiva a ofensivo.

OLEG TROYANOVSKI.- Gracias.

El señor Lechuga, de la delegación cubana, pidió la palabra.

CARLOS LECHUGA.- Quería hacer algunos comentarios en relación con la intervención del señor Martin, porque da la sensación de que todo ese movimiento de la OEA y de los gobiernos latinoamericanos contra Cuba a través de todos esos años, se debió —según dijo él— a una tradición en América Latina de evitar infiltraciones europeas.

La historia es distinta. Fui testigo, en parte, porque fui el embajador en la OEA en todos aquellos años, y sé que muchos de los países latinoamericanos se movieron contra Cuba en las reuniones de la OEA por distintas presiones de Estados Unidos: presiones políticas, presiones económicas, gestiones amistosas a veces; sin negar, por supuesto, que había gobiernos que no necesitaban de esa presión de Estados Unidos porque eran, por razones distintas, enemigos de la Revolución Cubana.

Realmente, tanto en la reunión de Santiago de Chile —que fue la primera, cuando el gobierno de Eisenhower— como en la reunión de Costa Rica, y después en la última reunión, en Punta del Este, donde se separó a Cuba, todo eso fue debido, fundamentalmente, a una gran gestión diplomática y de todo tipo de Estados Unidos; no fue un impulso espontáneo por evitar una infiltración europea en América Latina, ni mucho menos.

Creo que en la reunión de Antigua cité la carta que los senadores Wein Morse y Gikan Lupper —que asistieron a la reunión de Punta del Este— enviaron como un informe al Comité de Relaciones Exteriores del Senado, y allí estos dos senadores dijeron abiertamente en su informe que la reunión estaba muy vinculada a la Alianza para el Progreso, y después lo explicaron con más detalles: el dinero que les ofrecían a los gobiernos latinoamericanos para votar contra Cuba, facilitárselo a través de la Alianza para el Progreso; sin contar, por supuesto, un escándalo que hubo en la conferencia cuando se compró, lisa y llanamente, el voto de Haití, que estaba precisamente en el grupo de los países de Brasil, México, Argentina, Chile, Bolivia y Ecuador, que no estaban de acuerdo con la petición de Estados Unidos de sancionar a Cuba, y después extrajeron a Haití de ese grupo mediante esta compra al canciller de Haití. Lo digo porque fue público, eso todo el mundo lo supo allí y después se ha sabido.

Quería, simplemente, ser objetivo; es decir, no se debe a una tradición contra la infiltración europea en América Latina, sino, simplemente, se debe a las maniobras de Estados Unidos. No creo que eso sea nada nuevo decirlo, pero sí creo que conviene fijar la verdad histórica.

Por cierto, cuando me enteré que venía el señor Martin a la conferencia, traté de buscar alguna referencia. Encontré algo muy curioso en un libro, de un discurso del señor Edwin Martin ante el Consejo de Asuntos Mundiales de Los Ángeles, en el año 1963, donde dijo que en 18 meses en su cargo de secretario asistente adjunto, sus funcionarios dedicaban la tercera parte del tiempo a los problemas de Cuba, asombrándose de que se dedicara tanto esfuerzo a la cuestión de “una pequeña isla —entre comillas— de 7 millones de habitantes, cuando la responsabilidad de su oficina era la de formular políticas y ejecutarlas para 22 países, en una de las áreas estratégicas del mundo más importantes para Estados Unidos, con una población de 200 millones de habitantes”. Es decir, que la oficina del señor Martin se ocupaba mucho más de lo normal de Cuba, y es, precisamente, el resultado gigante que dio después sobre la actitud de muchos gobiernos latinoamericanos en las conferencias interamericanas.

Simplemente quería hacer esa aclaración para situar, realmente, cómo fue todo ese proceso.

Muchas gracias.

OLEG TROYANOVSKI.- Gracias.

Me parece que el señor Diez quería hablar.

TOMÁS DIEZ.- Yo quisiera volver al tema de los IL-28.

En la intervención inicial del señor Garthoff habló que el 28 de septiembre ya los servicios de Inteligencia norteamericanos conocían la existencia en Cuba de estos aviones y no ocurrió lo que ocurrió cuando conocieron los cohetes. Sin embargo, después que se tuvo la confirmación de la salida de los cohetes, de los misiles de Cuba, en los primeros días del mes de noviembre, el problema de los IL-28 se convirtió en un gran problema, un problema estratégico muy grande.

Conocemos, por publicaciones norteamericanas, que el Comité Ejecutivo del Consejo de Seguridad se reunió el 19 de noviembre con el objetivo de analizar cómo presionaba para la salida de estos aviones, hasta se llegó a analizar la posibilidad de un golpe aéreo a Cuba, hasta se escribieron borradores de cartas a los aliados norteamericanos en Europa, es decir, a Francia, a Inglaterra, a la RFA. Me pregunto si en un momento en que el peligro de la guerra realmente había disminuido esto no complicaba la situación.

También hay otra cuestión, se condicionaba el cese del bloqueo naval a Cuba a la salida de los IL-28. Los vuelos rasantes, analizando la cantidad de vuelos rasantes que se produjeron entre el 22 y el 28 de octubre, que hubo la respuesta de Jruschov a Kennedy, y uno estudia la cantidad de vuelos rasantes que hubo posteriormente, vemos que hay un aumento, realmente,

cuando la situación de peligro había cesado. ¿Esto no podía complicar la situación? Yo quisiera alguna reflexión por parte de la delegación norteamericana acerca de este problema.

OLEG TROYANOVSKI. - Por favor, señor Martin.

EDWIN MARTIN.- Me han hecho dos preguntas: Una, si el dinero de la Alianza para el Progreso no tuvo mucho que ver con la obtención de los votos en la reunión de enero en Punta del Este sobre Cuba. No puedo afirmar que la generosidad de la Alianza para el Progreso no nos lograra amistades entre los países. Pero después de la reunión, varios países centroamericanos nos enviaron protestas muy enérgicas, porque no habíamos reducido nuestra ayuda a los países que no habían votado a nuestro favor, es decir, no se castigó a ningún país que no votara a nuestro favor en Punta del Este ni se benefició a alguno que votara en favor de nosotros. No cambiamos el programa de la Alianza para el Progreso a partir de la actitud asumida en favor o en contra de Cuba.

En segundo lugar, usted se ha referido al hecho de que yo dedicaba gran parte de mi tiempo a Cuba cuando era subsecretario de Estado. Esto habría que definirlo en términos amplios: Eran las actividades de Cuba en los países latinoamericanos —en prácticamente todos— lo que llamábamos el programa de la guerra fría, que era el que se ocupaba de esto, y no de lo que tenía lugar dentro de Cuba. Cuba tenía programas muy amplios, hubo varios miles de estudiantes universitarios en Cuba en algunos momentos que se entrenaban para regresar a sus países y llevar a cabo acciones contra los gobiernos de su país en nombre de los comunistas y de los partidos comunistas en sus países; también se les suministraban fondos y a veces armas. Es decir, estábamos haciendo un gran esfuerzo para tratar de desarrollar entre los países latinoamericanos un mayor apoyo para un sistema democrático que fuera amistoso con Estados Unidos y con la mayoría de los países del hemisferio, ya que con la excepción de Cuba y, por breve tiempo, posteriormente Chile, ninguno de los demás países eran comunistas y lo que estaban tratando de hacer era asumir el poder en esos países en nombre de los comunistas y, a través de Cuba, la Unión Soviética. Pero no se trataba solamente de Cuba, sino de toda la amenaza comunista en América Latina.

JORGE RISQUET.- A reserva de otros comentarios posteriormente sobre la intervención del señor Martin, pero para terminar con este punto de la OEA. No soy un diplomático de carrera como el compañero Lechuga, y voy a decir las cosas más directamente, como yo las pienso.

Durante muchos años la OEA fue el ministerio de colonias de Estados Unidos, esa es la realidad histórica, y no solo, como decía Martin, recibió Estados Unidos un apoyo inusual de los países de América Latina en Punta del Este, con la honrosa excepción de México, para separar a Cuba de la OEA. Quiero recordarles, en 1954, una reunión de la OEA, en Caracas, convocada por Estados Unidos para sentar en el banquillo de los acusados a

Guatemala, que no se trataba, por supuesto, de ningún régimen comunista, sino simplemente de un régimen democrático, pero que había cometido el tremendo delito de hacer una reforma agraria que afectó las tierras de la poderosa United Fruit Company. Posteriormente a la Revolución Cubana, también la OEA sancionó el acto criminal de la invasión norteamericana a Santo Domingo con cuán numerosas tropas, que tampoco se trataba de ningún gobierno comunista, de ningún régimen comunista, de ningún régimen con influencias de Europa.

Por último, para recordar que, si se fuera tan consecuente con la Doctrina Monroe de evitar la influencia extracontinental en América Latina, Estados Unidos debería haber apoyado a Argentina en su guerra por la reivindicación justa de Las Malvinas, en manos de los ingleses.

Ese era el comentario que quería hacer.

OLEG TROYANOVSKI.- Tengo en la lista una gran cantidad de nombres. Tal vez cedamos la palabra al compañero Escalante y después haremos un receso.

FABIÁN ESCALANTE.- En realidad, nosotros queríamos hacer algunos comentarios. En la mañana de hoy el señor Martin se ha referido en dos ocasiones a las intenciones norteamericanas, a principios de 1962, con relación a Cuba. Él sintetizó sus ideas expresando que la estrategia tenía dos puntos esenciales: hacer el mayor daño posible a la economía cubana e impedir las repercusiones de la Revolución Cubana en América Latina que, por supuesto, prácticamente estaba descartada la opción militar. Si esto se asume como cierto, habría que pensar que todas las medidas que Cuba tomó durante 1962 y que había tomado a finales de 1961, habría que asumir que también la presencia de los misiles soviéticos, que el acuerdo cubano-soviético para el establecimiento de los misiles en Cuba pues fue prácticamente un acto guerrillero; es decir, que nosotros estábamos provocando una confrontación mundial cuando Estados Unidos no tenía estas intenciones, si no existían después de Playa Girón, en lo cual todo el mundo coincide que fue un error garrafal, que Estados Unidos había abandonado las intenciones de agredir a Cuba.

Nosotros quisiéramos también muy brevemente, porque esta es una información que se conoce, que se ha hablado, pero que nos parece que es un punto muy importante, hacer algunas reflexiones y brindar algunas informaciones.

En la reunión de Antigua dimos algunos datos que yo, por supuesto, no pienso repetirlos, pero sí me gustaría mencionar uno solo.

De enero a agosto de 1962, en Cuba se realizaron 5 780 actos de sabotaje, de terrorismo y de subversión, de los cuales, en 716 ocasiones se dañaron grandes objetivos económicos y sociales de nuestro país. Todo esto, por supuesto, con los pertrechos militares, con las bombas, con los equipos de infiltración, con los hombres que fueron entrenados en Estados Unidos. Es decir, esto fue un acto, por supuesto, superlativo de hostilidad.

Tengo aquí una cronología, confeccionada no a partir de lo que nosotros pudiéramos decir —nosotros pudiéramos hablar y explicar, y lo explicamos creo que en Antigua—, de muchísimos elementos, de cómo los organismos de seguridad cubanos percibían la actitud norteamericana y cómo nos percatábamos de que no se trataba solamente de una guerra de desgaste, sino que esta guerra de desgaste era la primera parte para producir después el golpe final dentro de la estrategia adoptada.

Decía que tengo aquí unas cronologías, a partir de las propias informaciones que se han publicado en Estados Unidos, a partir de los propios documentos que todos ustedes conocen.

El primer documento que produce la Operación Mangosta explica, plantea y proyecta el derrocamiento del régimen cubano, explícitamente, el día 18 de enero. Como todos saben, Mangosta fue un engendro del Grupo Especial Ampliado del Consejo Nacional de Seguridad, que se creó a finales de noviembre de 1962.

El día 19 de enero hay una reunión en la oficina del fiscal general, Robert Kennedy. De esa reunión, a la cual asiste Richard Helms, que era segundo jefe de la CIA en esa época, su ayudante tomó unas notas que ustedes publicaron, en las que se decía: “Conclusión: el derrocamiento de Castro es posible, la solución del problema cubano tiene máxima prioridad en el gobierno de Estados Unidos. No se debe escatimar tiempo, dinero o esfuerzo personal. Ayer el presidente le indicó a Robert Kennedy que todavía no se ha escrito el capítulo final, tiene que hacerse y se hará”.

Pero no fue solamente esta declaración, porque Mangosta no fue un empeño de la CIA, sería una falsedad si dijéramos eso; Mangosta fue un empeño del gobierno de Estados Unidos, de la administración norteamericana, en el que participaban todas las agencias de Estados Unidos y, por supuesto, la CIA tenía su parte, como también la tenía el Departamento de Defensa.

En el documento que finalmente aprueba el presidente Kennedy el 16 de marzo, los llamados lineamientos generales, hay dos aspectos importantísimos, donde se plantea:

“a) En el empeño para causar el derrocamiento del gobierno señalado —entiéndase Cuba—, Estados Unidos hará el máximo uso de los recursos nativos, internos y externos, aunque reconoce que el éxito final requerirá de una intervención militar decisiva de Estados Unidos.

”b) Dichos recursos nativos serán utilizados tal y como están desarrollados, para preparar y justificar esta intervención y, a partir de ese momento, apoyar y facilitar la misma”.

Es decir, este fue el toque de batalla que generalizó la guerra.

En abril de ese año —como ustedes conocen perfectamente; también se ha publicado en distintas investigaciones que se han realizado en Estados Unidos— estaba saliendo un grupo especial hacia Cuba, con el propósito

de proyectar un asesinato contra el Presidente cubano Fidel Castro; en julio, se preparó un plan de contingencia porque llegaron informaciones “serias” de que en Cuba se estaba generando una sublevación popular sin respaldo de Estados Unidos y había que prepararse para, en caso de que esa sublevación popular progresara, Estados Unidos poder enviar su fuerza militar y dar el último golpe. Esta idea, este criterio, este concepto, parte de una doctrina que había elaborado el Grupo Especial Ampliado del Consejo Nacional de Seguridad desde principio de año.

Si cuando en Playa Girón Estados Unidos basó el derrocamiento del gobierno cubano a partir del desembarco de una brigada mercenaria en Cuba, incluso ignorando a los elementos que tenían en nuestro país, ya en 1962 la doctrina era otra, era fomentar una sublevación popular interna, a través de todos estos actos de sabotaje y de todas estas acciones, para que se crearan las condiciones subjetivas y objetivas, por supuesto, que propiciaran una intervención colectiva, o de Estados Unidos solo o con algunos de sus aliados.

Mangosta continuó. Solamente quisiera hacer dos comentarios más, porque sé que ustedes conocen muchas de estas informaciones. El primer comentario es que en plena Crisis de Octubre —y no se trata ya de la incursión aquella que hizo el grupo contrarrevolucionario Alfa-66 a Caibarién que, por cierto, era subvencionado por la CIA—, el 14 de octubre salió rumbo a Cuba un barco madre de la CIA, que trajo un *team* de infiltración, encabezado por el jefe del grupo de misiones especiales de la CIA, el cubano Miguel Orozco Crespo, que desembarcó en Pinar del Río y traía como misión volar las Minas de Matahambre, y que, por supuesto, fue detenido posteriormente.

En sus declaraciones Miguel Orozco dice muchas cosas —cuando una persona está detenida puede decir cosas de distintas naturalezas—, pero llamo la atención sobre una declaración particular. Miguel Orozco declara que en ese momento la CIA está empeñada en un plan, para el cual se está reclutando cubanos, que tiene un doble propósito: uno, tomar Cayo Romano, en la costa norte de Cuba, para establecer un gobierno provisional cubano, un gobierno contrarrevolucionario, el gobierno de Miró Cardona y, dos, lanzar un ataque con fuerzas cubanas contrarrevolucionarias contra Puerto Cabeza, para crear la justificación de que el gobierno revolucionario se estaba desquitando con el dictador Somoza de la ayuda que este le había brindado a la invasión de Girón.

Es decir, que en medio de la crisis de los misiles este plan está caminando.

Mangosta se desactivó, de acuerdo con un documento que hemos leído, en enero de 1963; pero, como ustedes conocen perfectamente, durante más de 30 años —pudiéramos darles muchísimos ejemplos, aunque no pretendemos hacerlo ahora— la hostilidad de Estados Unidos, la hostilidad material, concreta, que ha representado cientos y miles de vidas, en la que se ha empleado, señoras y señores, la guerra bacteriológica, ha continuado.

Por eso es que me inclinaba a rectificar, o a expresar mi punto de vista de que los ánimos que tenía Estados Unidos en 1962, las intenciones norteamericanas a principios de 1962 no era solamente asfixiarnos económicamente —que, por cierto, es algo también muy malo, y no solamente perjudica al gobierno, ni a las autoridades, sino perjudica a todo el pueblo— sino, además de eso, era aniquilarlo totalmente.

Muchas gracias.

OLEG TROYANOVSKI.- Queríamos hacer un receso, pero el señor McNamara está pidiendo decir unas palabras.

ROBERT S. MCNAMARA.- Señor presidente, solicito su autorización para una intervención breve con relación a lo que el ministro Escalante acaba de expresar.

Como indiqué en mis palabras inaugurales, pienso que Mangosta es censurable, dije en Antigua que era estúpido. Creo que no tiene ningún sentido continuar discutiéndolo hoy, y no quiero insistir en esto. Pero sí quiero señalar dos cosas: Primero, ministro Escalante, es incorrecto afirmar que el presidente Kennedy aprobó el uso posible de la fuerza militar relacionado con Mangosta, nunca lo hizo, ni tampoco los jefes de Estado Mayor, ni creo que el grupo especial aumentado. Pero eso no cambia el hecho de que Mangosta es censurable, estúpido e incluso diría que irresponsable.

Pero el objetivo de esta reunión, en parte, es comprender por qué gente por lo demás inteligente —y me incluyo—, entre ellos, Eisenhower, Jack Kennedy, Robert Kennedy, Dean Rush, McGeorge Bundy, estuvieron asociados con una serie de operaciones, incluida Bahía de Cochinos, Mangosta y muchas otras, igualmente censurables, estúpidas y evidentemente irresponsables; por qué un grupo de líderes inteligentes y responsables participó en esto. Sin embargo, no se ha dicho palabra sobre esto, y los insto de hacerlo antes de recesar nuestra reunión.

OLEG TROYANOVSKI.- Creo que ahora podemos decretar un receso, y a las 2:30 de la tarde nos reuniremos de nuevo aquí.

Tercera Sesión: 10 de enero de 1992

OLEG TROYANOVSKI.- Creo que podemos dar inicio a la sesión.

El siguiente en mi lista es el general Gribkov, a quien le concedo la palabra.

A. I. GRIBKOV.- Desearía preguntar a la parte norteamericana sobre el siguiente aspecto. Hasta este momento aquí se ha estado hablando de cuestiones generales, y a mí me interesa el aspecto militar.

Estoy totalmente de acuerdo con el señor McNamara cuando dijo que el plan Mangosta, según entendí, había sido una idea estúpida, pero quisiera que alguien de la delegación norteamericana aclare ese aspecto militar. Porque de ese plan se ha hablado y escrito mucho, y, bueno, siempre se

remiten a que seis meses después de Playa Girón, ya en octubre de 1961, el presidente Kennedy había emitido una orden secreta a la Junta de los jefes de estados mayores de preparar un nuevo plan de invasión a Cuba y la Casa Blanca había asumido el compromiso de luchar contra el pueblo cubano con todos los medios que hicieran falta, incluso hasta el empleo de las armas. Por eso, como militar, quisiera oír hablar sobre ese plan, que se haga público.

Nosotros, la parte soviética, y yo en mi intervención, hemos revelado todas nuestras cartas para que no haya equivocaciones algunas y todos lo entiendan, por lo que pido que también la parte norteamericana revele este aspecto militar a partir de Playa Girón, es decir, el plan Mangosta, hasta el momento en que se agudiza la crisis, es decir, hasta octubre de 1962, cuando se incrementan esas fuerzas preparadas para realizar, por supuesto, tareas militares.

Gracias.

OLEG TROYANOVSKI.- ¿El señor McNamara, verdad?

ROBERT S. MCNAMARA.- Señor presidente, en breve voy a pedirle al general Smith que dé respuesta a esa pregunta. Pero quería presentar una declaración que aborda, en cierta medida, algo de lo que dijo el general Gribkov, y un criterio que ha sido expresado en publicaciones relativas a la Crisis de los Misiles, y es que el presidente Kennedy le dio órdenes secretas a un pequeño grupo del que excluyó al secretario de Defensa y a los jefes de Estado Mayor, o alternativamente que el presidente y yo no sabíamos qué estaba ocurriendo en el Departamento de Defensa y, por lo tanto, el Departamento de Defensa tenía planes secretos para una invasión, u otra cosa.

Nosotros, como país, hemos cometido muchos errores. En operaciones militares nuestro país ha cometido muchos errores, pero quiero decirles algo: ningún secretario de Defensa —y ciertamente tampoco yo— puede eludir responsabilidades por esos errores. No hay nada, literalmente nada, que tenga que ver con acciones militares importantes que no se haya producido como resultado de la decisión del presidente y por intermedio del secretario de Defensa. Simplemente quería decir eso.

Bill, puedes ahora tú responder, o mejor Arthur.

ARTHUR SCHLESINGER.- Si se me permite responderé directamente al general Gribkov, a su pregunta muy razonable. Lo que ocurrió fue que a fines de noviembre de 1961 el presidente Kennedy emitió una instrucción no al Departamento de Defensa, sino a la CIA, en 1961, y leeré de esa instrucción: “[...] Utilizar los agentes disponibles para ayudar a Cuba a derrocar al régimen comunista”. Esto fue el nacimiento de lo que llegó a ser conocido como Operación Mangosta. La Operación Mangosta se puso en manos de un hombre bien conocido de nuestros amigos del Departamento de Defensa, el general Lonsdale. El general Lonsdale era un hombre con una gran imaginación y en cierto punto de su carrera llevó a cabo eficaces operaciones encubiertas y especiales en Filipinas, posteriormente en Vietnam, un hombre de imaginación desbordante, dado a algunas

fantasías melodramáticas. Él fue designado jefe de la Operación Mangosta, y presentó una vasta colección de ideas en enero de 1962 que sometió a un grupo de revisión de la Comunidad de Inteligencia, llamado Grupo Especial Aumentado.

El general Escalante hoy por la mañana citó de la reunión celebrada en la oficina del procurador general, en enero de 1962, “que no debía escatimarse tiempo, dinero, ni potencial humano para ayudar a la Operación Mangosta [...]”. Pero el seguimiento fue una presentación de estos planes al Grupo Especial Aumentado, que rechazó la mayoría de los planes e instruyó al general Lonsdale que recopilase información de inteligencia, y cito: “[...] La recopilación inmediata de información de inteligencia será el objetivo priorizado inmediato de Estados Unidos en los meses venideros [...]”. El grupo especial estaba dispuesto a permitir algún tipo de sabotaje, pero se le pedía a Lonsdale que no se hiciera sospechoso y trabajara dentro de ciertos límites “sin llegar a provocar una revuelta”. El Grupo Aumentado también insistió en que las operaciones más sensibles, como los sabotajes, tendrían que ser presentados con lujo de detalles y casuísticamente. A pesar de las restricciones del Grupo Especial la Operación Mangosta hizo realmente muchas cosas muy insensatas. El secretario McNamara utilizó la palabra estupidez, y pienso que el término no es lo suficientemente fuerte. De todas formas no era un esfuerzo importante, que la idea era con el tiempo llegar a promover una revuelta interna en Cuba. Los documentos revelados por el gobierno de Estados Unidos, el Comité Church y otros, evidencian que se trataba de una operación marginal y ambigua del gobierno de Estados Unidos, tomada por algunos con reservas.

Diría que mi amigo Robert Kennedy, el procurador general, en uno de sus momentos menos críticos —tuvo un año muy atareado en 1962 luchando por los derechos civiles y la justicia racial—, la atención que pudo prestarle a la Operación Mangosta no fue muy eficaz ni tampoco muy útil, ya que fundamentalmente lo que instruía era que se hiciera más; pero no hicieron mucho y en ningún momento se contempló una invasión militar. Toda la teoría de Lonsdale en cuanto a la Operación Mangosta era incitar a una revuelta interna en Cuba.

ROBERT S. MCNAMARA.- Sí, eso es exactamente correcto. Permítanme solicitarle al general Smith que comente sobre los aspectos militares, porque esto es muy importante no solo para usted, general Gribkov, sino también para el Comandante: cuáles fueron las instrucciones mías o de Kennedy con relación a operaciones militares respecto de Cuba.

WILLIAM W. SMITH.- No recuerdo después de la crisis ninguna instrucción específica del presidente Kennedy o del secretario McNamara o de nadie, en el sentido de que se preparasen planes específicos para la invasión de Cuba. Mis responsabilidades principales una vez que la crisis había quedado atrás a mediados de diciembre de 1962 se centraron en otros as-

pectos; pero sí les diré que los militares de Estados Unidos desarrollaron planes de contingencias para un ataque contra Cuba, en caso de que fuera necesario.

Usted sabe, general, que en el aparato militar nos ganamos la vida haciendo planes de contingencia: tenemos planes de contingencia para la defensa de Berlín, planes de contingencia para la defensa de Europa Occidental, planes de contingencia para la defensa del Canal de Panamá, planes de contingencia en caso de que fuese necesario y se nos instruyese al aparato militar estar listo para un ataque aéreo y, si fuese necesario, terrestre contra Cuba. Pero esto era parte de una serie de planes de contingencia que no recibía más atención, en realidad recibía menos que otras crisis y otras posibilidades que parecían mucho más probables.

ROBERT S. MCNAMARA. Una palabra final. Puedo declarar, sin lugar a duda, que el presidente Kennedy jamás me habló sobre su opinión de que Estados Unidos debía invadir a Cuba, salvo el período de la crisis del 15 de octubre al 28 de octubre, o poco después, salvo ese período el presidente Kennedy jamás, nunca jamás, me dijo que pensara que en ciertas circunstancias debíamos invadir a Cuba. Y mi comentario inicial y mi comentario final es que independientemente de lo que se piense sobre el control civil, y Bill ya lo dijo, no había posibilidad de que se hubiese producido ninguna operación militar sin mis instrucciones o las del presidente.

ARTHUR SCHLESINGER.- Pudiera añadir algo más si se me permite. Si el presidente Kennedy hubiese deseado invadir a Cuba, el emplazamiento de los misiles soviéticos en Cuba por los soviéticos le hubiese ofrecido el pretexto ideal. De hecho el presidente Kennedy rechazó la idea de la invasión a Cuba, incluso cuando el mundo hubiese encontrado esta invasión perfectamente justificada por el pretexto que se había ofrecido.

OLEG TROYANOVSKI.- ¿Quiere añadir algo?

A. I. GRIBKOV.- No he recibido una respuesta completa a mi pregunta, porque incluso en su revista *Look*, un destacado periodista norteamericano, Niebill, cita las siguientes palabras:

“Seis meses después de Playa Girón, en octubre de 1961 —es decir, un año antes de la crisis cubana—, el presidente Kennedy, aún no liberado de las cicatrices que había dejado esta desgracia, dio una orden secreta a la Junta de los jefes de estados mayores de preparar un plan de invasión —repito—, un plan de invasión a Cuba y que la Casa Blanca asumió el compromiso de luchar contra el pueblo cubano con todos los medios que hicieran falta, incluso hasta el empleo de las armas”. Por eso mi pregunta es que alguien de la delegación norteamericana desmienta o hable sobre ese plan, incluso sobre el plan que se estuvo preparando para invadir a Cuba en octubre de 1962, cuando fueron llamados a fila los reservistas, se prepararon siete divisiones de tropas terrestres y se concentraron aviones y fuerzas navales. Es decir, que alguien revele este aspecto militar después de Playa

Girón, incluida la Crisis de Octubre, el aspecto militar. Yo no soy diplomático, ese aspecto me interesa menos; pero sí me interesa la parte militar.

OLEG TROYANOVSKI.- Por favor.

WILLIAM W. SMITH.- Voy a decírselo sencillamente.

En octubre de 1962, tan pronto como fue posible, después que se descubrieron los misiles soviéticos en Cuba, el aparato militar de Estados Unidos se preparó para invadirla, porque en ese momento posiblemente no se veía otra alternativa que la de atacar a Cuba. Si su pregunta es si los militares de Estados Unidos se aprestaban a invadir a Cuba durante la Crisis de los Misiles, mi respuesta es: Estaban haciendo todo lo posible para estar listos y atacar si recibían esa orden de las autoridades civiles. ¿Esa es la respuesta que usted quiere?

ARTHUR SCHLESINGER.- Creo que el general se refería a acontecimientos de octubre de 1961, el general Gribkov habla de octubre de 1961.

A. I. GRIBKOV.- Correcto. En 1961. A partir de octubre de 1961 hasta la crisis cubana.

ARTHUR SCHLESINGER.- No sé a qué periodista se refiere el general Gribkov, pero creo que el periodista fundamentaba su criterio en las instrucciones que leí hace un momento sobre hacer todos los esfuerzos en aras del derrocamiento del gobierno de Cuba. Esto no contemplaba una invasión militar, era una acción encubierta, no había ningún plan secreto, hasta donde yo supiese, y yo atendía los asuntos latinoamericanos en la Casa Blanca en ese período.

Ni en octubre de 1961, ni en ningún momento, existió un plan secreto para la invasión de Cuba, salvo los planes de contingencia generales. Pero sí estaba la Operación Mangosta, que he descrito, y que pudiera añadir, llegó a su fin cuando durante la Crisis Cubana de los Misiles se descubrió que bajo la Operación Mangosta se estaban enviando equipos de sabotaje a Cuba. Esto pareció algo tan irresponsable que se le puso fin a la Operación Mangosta, aunque los esfuerzos de sabotaje contra la sociedad cubana continuaron en 1963.

A. I. GRIBKOV.- Aquí de nuevo usted, o bien no entiende mi pregunta o bien se aparta de ella.

Incluso en octubre de 1962 la administración norteamericana no hablaba de grupos de sabotaje, sino se preparaban tropas, la división de tanques, dos o tres divisiones de infantería y divisiones de desembarco aéreo —según los datos que teníamos, porque los estados mayores generales existen para velar al posible enemigo—, se estaban preparando hasta siete divisiones, además, fueron llamados a fila 150 000 reservistas, se concentraron cerca de 500 aviones, cerca de 100 buques de combate. Y eso no era para acciones de sabotaje. Yo soy militar y comprendo que siete divisiones y esa cantidad de aviones de combate y de buques no se destinan para sabotaje, sino para llevar a cabo una operación de gran envergadura; por eso, ese

incremento seguía, según entiendo. Porque comoquiera que sea, al igual que ustedes nos vigilaban a nosotros, nosotros también los vigilábamos a ustedes, eso no es un secreto, la Inteligencia lo sabe (dirigiéndose a Ray Kline), nosotros teníamos también nuestra Inteligencia trabajando en esa dirección. De modo que había un incremento constante y ya por último, en el mes de octubre, se crea esa agrupación. Yo aquí expuse todo lo referente a nuestra agrupación de tropas: lo que estábamos planificando, lo que se trajo y lo que se retiró. Lo expuse detalladamente, incluso hablé de los datos táctico-técnicos, del armamento, etcétera. Incluso conté cosas que ustedes desconocían antes. Así que cuenten ustedes, por favor, también esta parte militar.

ROBERT S. MCNAMARA.- Antes de que él responda, permítanme hacer dos o tres observaciones. En primer lugar, el general tiene absoluta razón al afirmar que se aumentaron las fuerzas, se aumentaron considerablemente, fue un aumento quizás algo mayor al que él dijo, pero el presidente no tomó ninguna decisión de utilizar estas fuerzas.

Arthur dijo que si en algún momento en los últimos 30 años hubiéramos estado justificados ante nuestros ojos y los ojos del mundo para invadir a Cuba, hubiera sido entonces. El presente Kennedy concreta, consciente, y pienso también que responsablemente, se negó a tomar esta decisión.

Ustedes no estuvieron presentes en una reunión, quizás en la primera, o tal vez fue en Antigua, pero me refiero a una celebrada hace cuatro años en Hawk's Kay, donde no había participantes soviéticos ni cubanos. Entre nosotros los norteamericanos se suscitó un debate endemoniado acerca de lo que hubiera hecho el presidente Kennedy, si Jruschov el domingo 28 no hubiese enviado un mensaje radial de que iba a retirar los misiles. Era una pregunta muy interesante que se refiere tangencialmente a lo que usted decía, general, porque no solo el presidente Kennedy no dio una orden el 16 de octubre de preparar un plan secreto para utilizar la fuerza militar contra Cuba, no solo no lo hizo, sino que cuando hubo incrementado sus fuerzas, y lo hicimos sin recurrir a los planes de contingencia, movilizamos reservistas, hicimos muchas cosas, y cualquier ser pensante hubiera podido entender lo que íbamos a hacer, recurrimos a los ciudadanos de todas las partes de Estados Unidos y los concentramos en el sudeste de Estados Unidos: barcos, aviones, hombres, hicimos un esfuerzo tremendo, pero el presidente no había decidido hacer uso de esta fuerza. Treinta años después surge la duda de qué hubiera hecho el presidente si Jruschov no hubiese anunciado la retirada el domingo. Yo especulo sobre la base de mi conocimiento profundo de la forma en que él pensaba y lo relaciono con lo que usted decía, ¿dio órdenes secretas?, ¿tenía intenciones de invadir a Cuba? Y quiero decirle que estoy absolutamente convencido de que si Jruschov no hubiese retirado los misiles, si no lo hubiera anunciado el domingo, Kennedy no hubiera invadido pronto, no digo que no lo hubiera hecho nunca,

pero no lo habría hecho pronto. Él y yo habríamos dado otra vuelta de tuerca de la cuarentena, y lo digo sin ningún grado de hostilidad, ni falta de respeto. En esencia lo que digo es que Kennedy no quería invadir a Cuba, no quería invadir el domingo 28, ni el lunes 29; no hubiese querido invadir nunca si hubiera podido evitarlo. Pienso que todo esto responde a su pregunta, creo que hubiésemos dado otra vuelta a la tuerca de la cuarentena, y francamente creo que se habría dado otra variante del trato para el retiro de los misiles Júpiter, todo para evitar la invasión a Cuba, ese hubiese sido un verdadero desastre, no solo desde el punto de vista de Cuba, sino desde el punto de vista de la historia, y la historia de Estados Unidos.

RAYMOND GARTHOFF.- En 1961 se elaboró una serie de planes militares de contingencia, como los descritos por el general Smith y el secretario McNamara, para posibles acciones militares contra Cuba. Hubo un plan 312 que contemplaba un golpe aéreo, un plan 314 para una invasión terrestre, luego hubo un plan 316 con una variante para la preparación de una invasión en un lapso más corto. Algunos elementos de estos planes de contingencia se incluyeron y sopesaron al preparar los ejercicios de entrenamiento normales de la primavera, el verano y el otoño de 1962, pero como ya se dijo, esto es similar a los planes de contingencia que se preparan para los ejercicios militares y que realizan todos los ejércitos, y que incluyen toda una gama de posibles medidas, la mayoría de las cuales nunca se llevan a la práctica.

En el período inmediatamente posterior a la detección de un marcado incremento de los suministros militares y pertrechos soviéticos en Cuba, en el verano de 1962, poco antes de que se descubriera la presencia de los misiles, se tomaron medidas para comenzar a aumentar la preparación combativa ante la posible necesidad de recurrir a algunos de los planes de contingencia para Cuba. Luego de descubrir los misiles —como dijeron McNamara y el general Smith— naturalmente, se activaron los esfuerzos para lograr una preparación completa para la posible aplicación de esos planes.

El fortalecimiento militar en aquellos momentos incluía una división de la marina y cinco divisiones del ejército de Estados Unidos, dos de ellas aerotransportadas, con una fuerza de paracaidistas mayor de la que desembarcó en Normandía, para un total de 100 000 efectivos del ejército y 40 000 de la marina de guerra. Las fuerzas tácticas de la aviación y la marina tenían 579 aviones de combate en la zona listos para entrar en acción, la marina tenía 183 barcos incluidos ocho portaaviones. El plan del golpe aéreo exigía 1 190 incursiones el primer día y las bajas norteamericanas potenciales se calcularon en 18 500 en 10 días de combate. La acumulación de fuerzas continuó hasta después de la retirada de los misiles y llegó al pico el 15 de noviembre, justamente antes de la solución del problema de los IL-28, pero a partir de entonces comenzó a disminuir la cantidad de las fuerzas y a regresarlas a condición normal. Es decir, no hay dudas que

Estados Unidos reunió con gran eficacia una fuerza invasora de grandes proporciones en un lapso muy corto, en un momento en que de pronto pareció que la posibilidad improbable de que hubiera que poner en práctica los planes de contingencia, se haría real, que sería necesario ponerlos en ejecución. Pero se trata de dos cosas completamente diferentes; por una parte están los planes de contingencia antes y después de octubre de 1962, y la puesta en práctica para la ejecución de las diferentes variantes de estos planes durante la crisis de los misiles.

CMDTE. EN JEFE FIDEL CASTRO.- Un minutito, si me permiten.

Le ruego que repita el número de misiones del primer día, que no lo escuché bien.

RAYMOND GARTHOFF.- Mil ciento noventa.

CMDTE. EN JEFE FIDEL CASTRO.- Bueno, es que yo escuché aquí 119 000 y me pareció un poco exagerado eso, ¿no? Estoy más tranquilo ahora.

OLEG TROYANOVSKI.- Le doy la palabra al compañero Mendoza.

JORGE ENRIQUE MENDOZA.- Hablar sobre la Crisis de Octubre ya varias horas, se puede tener la impresión de que todos los problemas históricos entre Cuba y Estados Unidos son solamente los de la Crisis de Octubre, y me parece interesante explicar que los problemas con la administración norteamericana se hicieron muy claros y patentes en la época de la Sierra Maestra, o sea, cuando todavía la Revolución Cubana no había llegado al poder. Eso podemos explicarlo con unos cuantos minutos más; pero, en realidad, las diferencias entre Cuba y Estados Unidos datan del siglo pasado, de la teoría de la fruta madura, o sea, la teoría de la administración norteamericana de la época en que pretendía que Cuba pasase al dominio norteamericano.

No es casual la posición histórica de José Martí, quien llega a plantear públicamente en un artículo periodístico la siguiente afirmación: “Si los Estados Unidos se adueñan de Cuba, ¿quién los saca?” Y es conocida su posición en la carta de mayo de 1895 a su amigo Manuel Mercado, en que muy claramente, en defensa de la independencia de Cuba, de la soberanía por la cual estaba luchando ya hacía varias décadas el pueblo cubano, plantea Martí: “[...] impedir a tiempo con la independencia de Cuba, que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América”.

A principios de siglo tenemos la imposición de la Enmienda Platt a nuestro país que irritó a los más preclaros cubanos de hace 90 años. Incluso, si revisamos los diarios de nuestros proceres, por ejemplo, en el diario del jefe del Ejército Libertador de Cuba, Máximo Gómez, vemos cómo en su última anotación del 8 de enero de 1899, analizando la intervención del ejército norteamericano en Cuba, y refiriéndose a ella, plantea: “Con esa intervención norteamericana a Cuba se le ha creado una situación enojosa, de miseria material y de apenamiento por estar cohibido en todos sus actos de soberanía, y es cada día más aflictiva, y el día que termine tan extraña situación,

es posible que no dejen los americanos aquí ni un adarme de simpatía”. Eso planteaba en 1899 el jefe del Ejército Libertador cubano.

Nosotros vivimos los días de la Sierra Maestra, nuestra generación vivió esa época, y el ejército de Batista tenía avituallamiento por parte de Estados Unidos, e incluso en la misma Base Naval de Guantánamo.

En mayo de 1958, una célula secreta de trabajadores cubanos del Movimiento 26 de Julio, en la misma Base Naval de Guantánamo, sacó una serie de fotografías de los aviones de guerra de Batista avituallándose de bombas de todo tipo, incluyendo bombas de napalm y de todo tipo de metralla en uno de los aeropuertos de la Base Naval de Guantánamo. De esa época es esta fotografía, este original que tengo en las manos; lo editó el Movimiento 26 de Julio.

Quisiera que se me permitiera un minuto leer la leyenda que el Movimiento 26 de Julio puso sobre esta fotografía y que así se vendía en el pueblo cubano para recaudar fondos para el movimiento. Dice: “Aviones de la dictadura de Batista cargando bombas y municiones en la base naval norteamericana de Caimanera, Cuba, con lo cual se asesina a los campesinos y al pueblo cubano. El movimiento revolucionario 26 de Julio no tiene otra alternativa que denunciar al pueblo y al mundo el apoyo del gobierno de Washington a las dictaduras de Batista y otras de América actuando a espaldas del sentimiento democrático del admirable pueblo norteamericano, y ganándose el ya visible repudio de los pueblos de la América Latina que amamos la libertad y la democracia”.

Obsérvese la documentación, que es otra fotografía sacada de los archivos de la base, de la documentación de entonces, y en el terreno el emblema United States; Movimiento 26 de Julio.

Cuando estos bombardeos se hacían, muy especialmente en el verano de 1958, e incluso anterior a la fecha de la carta del Comandante Fidel Castro, a la cual ayer se hizo mención aquí, y que mencionaba el señor McNamara, los bombardeos recordamos que se arremetieron en el mes de mayo y principios de junio; y la primera vez que el Comandante en Jefe acudió a Radio Rebelde en la misma Sierra Maestra para dirigirse a toda Cuba, se hace la denuncia por el compañero Fidel de la entrega de esas armas al ejército de Batista. En esos días —tengo aquí fotocopia del documento original, redactado por Fidel para su alocución—, estos bombardeos, entre otras personas, mataron a un niño pequeño. Aquel niño se llamaba Orestes Gutiérrez Peña, y cuando el Comandante Fidel hacía la descripción de lo allí sucedido, inmediatamente agregó: “Ahí tienen los Estados Unidos el uso que les dan a las armas de la defensa continental sus amigos, los dictadores de América”. Esta es una alocución del 16 de abril del año 1958 en que se denuncia a todos nuestros amigos y a la opinión pública de América Latina, no solamente al pueblo cubano, a la opinión pública también, si era posible de Estados Unidos, este servicio de avituallamiento militar al ejército de la tiranía.

Solamente me quiero referir a los problemas más salientes de aquella época. En el mes de julio las tropas norteamericanas salieron de la base, ocuparon el acueducto de Guantánamo, y en los primeros días del mes de agosto el Comandante en Jefe Fidel Castro redactó una declaración pública que fue leída por Radio Rebelde sobre la ocupación de terreno cubano por la Marina de Estados Unidos. Son siete puntos. Yo solamente voy a recordar aquí el primer punto, que decía que “la zona donde está enclavado el acueducto de Guantánamo es territorio cubano, y debe ser abandonado inmediatamente por las fuerzas norteamericanas”.

Felizmente este incidente tuvo una solución correcta con el correr de los días, y las tropas norteamericanas se retiraron del acueducto de Guantánamo y volvieron a los límites de la base.

Ya sobre el mes de octubre hubo otros acontecimientos serios de agresión de tipo político a la naciente Revolución Cubana, y aprovechando un incidente en que dos técnicos norteamericanos de la TEXACO fueron por unas horas retenidos por unas tropas guerrilleras —por cierto esas tropas guerrilleras nuestras del Ejército Rebelde las mandaba el entonces capitán Fernando Vecino, nuestro actual ministro de Educación Superior—, en el Departamento de Estado se citó a una conferencia de prensa, toda la prensa acreditada en Washington, y allí el vocero de entonces, Lincoln White, hizo una grave acusación contra el Ejército Rebelde, contra el Movimiento 26 de Julio, y contra el compañero Fidel. Recuerdo que nos acusaba a todos de secuestradores, de no respetar las leyes civilizadas de la guerra, y las palabras encerraban una grave amenaza sobre nuestra soberanía.

Aquello que nosotros escuchamos en la noche del 23 de octubre de 1958, provocó la contestación del mando rebelde y del movimiento revolucionario, en el cual se explicaban los hechos, y quedaba probado absolutamente que no había habido secuestros, que nadie fue a buscar a esos técnicos a su casa, que nada se exigió a cambio, que fueron liberados, inmediatamente pasó el peligro para nuestras tropas y para los mismos técnicos norteamericanos, y que nada se exigió a cambio.

Después de explicar la situación en Cuba y ese incidente, el editorial de aquel día de nuestra emisora rebelde, terminaba así: “Bueno es advertir que Cuba es un país libre y soberano. Deseamos mantener con los Estados Unidos las mejores relaciones de amistad. No queremos que entre Cuba y los Estados Unidos surja nunca un conflicto que no se pueda resolver dentro de la razón y el derecho de los pueblos; pero si el Departamento de Estado americano continúa dejándose arrastrar por las intrigas de mister Smith —el embajador entonces de Estados Unidos en La Habana— y Batista incurre en el error injustificable de llevar a su país a un acto de agresión contra nuestra soberanía, la sabremos defender dignamente. Hay deberes con la patria que no se pueden dejar de cumplir cueste lo que cueste. A un país grande y poderoso como los Estados Unidos no lo honran las palabras

y amenazas que entrañan las últimas declaraciones del Departamento de Estado; las amenazas tienen virtualidad entre la gente cobarde y sumisa, pero no la tendrán jamás con los hombres que estén dispuestos a morir en defensa de su pueblo”.

Por supuesto, los incidentes de la Revolución Cubana en la época de la lucha guerrillera, no fueron solamente con la administración norteamericana. Recordamos cuando la venta de tanques y aviones por parte de Inglaterra al ejército de Batista, que fue necesario dictar una ley contra aquella venta de armamentos, e incluso aquí tenemos cómo se redactó por el propio compañero Fidel la presentación a la lectura de la ley —tengo en mis manos la fotocopia de la ley—, que es la Ley 4 de la Sierra Maestra, titulada: “Contra la agresión inglesa al pueblo de Cuba”.

Es decir que la Revolución Cubana, desde muy temprano, cuando no había llegado todavía al poder tuvo que enfrentarse, en el legítimo derecho de defender la independencia y la soberanía del país, a las maniobras de la administración norteamericana de entonces y a otros gobiernos que se sumaron a esa línea.

Quería recordar brevemente estos hechos, entre otros, para pretender aclarar en la reunión que los incidentes que aquí desde ayer se discuten sobre la Crisis de Octubre tienen una base histórica de más de un siglo.

Muchas gracias.

OLEG TROYANOVSKI.- Muchas gracias.

Señor Wayne Smith, ¿usted quería responder con relación a eso?

WAYNE S. SMITH.- Yo estaba en la embajada, aunque no soy el Smith al cual se refirió Mendoza, pero yo sí estaba en la embajada.

Digo lo siguiente, no para disculpar o defender algunas medidas de Estados Unidos, sino sencillamente para explicar.

Me complace que el señor Mendoza haya abordado estas cuestiones y que las haya enmarcado en su contexto histórico, porque pienso que en cierto sentido estamos hablando del huevo y la gallina, de donde partió la primera hostilidad.

De hecho la relación antagónica entre ambos países data de los primeros días de la República cuando veíamos a Cuba como el territorio estratégico de mayor importancia, fuera de los límites geográficos de Estados Unidos. El Golfo de México era vital para Estados Unidos ya que el país salía a través del Mississippi y el puerto de Nueva Orleans. Teníamos que tener control sobre el golfo, y allí estaba Cuba como el corcho de la botella del Golfo de México. Sentíamos que mientras España controlara a Cuba, siendo España uno de los países más débiles de Europa, esto era tolerable pero que ningún otro país controlara a Cuba y de ahí la resolución de no transferencia emitida en 1825.

Esta actitud hizo que en cierto sentido fuera inevitable que los dirigentes norteamericanos vieran la situación desde este punto de vista, como tam-

bién era inevitable que los dirigentes cubanos trataran de ser tan independientes y libres como fuera posible y que no aceptaran el control de Estados Unidos sobre Cuba. Es decir, esto data de hace mucho tiempo.

Las armas recogidas en la Base Naval de Guantánamo —como ustedes saben Estados Unidos había declarado un embargo de armas contra Cuba porque las armas que se le suministraban al ejército de Batista, según el acuerdo de asistencia militar, se estaban utilizando, evidentemente, con el pueblo cubano. Es decir que de forma típicamente burocrática había algunos, dentro del gobierno de Estados Unidos, que no deseaban que se produjera un embargo de armamentos contra Cuba, mientras otros insistían que sí tenía que imponerse. De todas formas se declaró el embargo de los armamentos.

El señor Mendoza no dijo, sin embargo, que la misión militar permaneció en Cuba adiestrando los efectivos de Batista.

Recuerdo la ceremonia de graduación de los reclutas que se graduaban y marchaban a la Sierra Maestra en la primavera de 1958 para luchar contra el Movimiento 26 de Julio, y durante el pase de revista estaban todos los oficiales representantes de la misión militar de Estados Unidos. Se había declarado el embargo de los armamentos, pero el gobierno cubano vino y dijo que ya había pagado —esto lo conozco a partir de memorandos que he leído posteriormente porque yo no estuve presente allí—, el gobierno cubano dijo que ya había pagado por algunos cohetes, bombas y otros equipos y municiones que no se habían entregado y se decidió entregarlas en la Base Naval de Guantánamo.

Esta fue una decisión muy desafortunada, muy infeliz, ya que esto tenía que llamar la atención del 26 de Julio, es decir que se estaban cargando aviones de la fuerza aérea de Cuba en la Base Naval de Guantánamo con bombas y cohetes que luego se utilizarían contra la población cubana.

Fue un terrible error que cometimos, pero que era parte del embargo de armamentos declarado por Estados Unidos contra el gobierno de Batista.

Hubo medidas de este tipo por parte de Estados Unidos que hicieron que el nuevo gobierno cubano se mostrara suspicaz al tomar el poder.

Sin embargo, debo insistir en que cuando el gobierno revolucionario llegó al poder, el gobierno norteamericano decidió tratar de llegar a establecer algún tipo de empatía. Se retiró al embajador Early T. Smith y llegó el embajador Phillip Bonsal con instrucciones de hacer todo lo posible a fin de establecer algún tipo de empatía con el nuevo gobierno cubano.

Creo que podremos entrar en mayores detalles posteriormente. Sencillamente quería señalar que hubo retórica. Permanecí en la embajada durante dos años y en aquella época hubo retórica por parte del gobierno cubano y algunas medidas que fueron motivo de gran preocupación en el seno del gobierno norteamericano. A su vez ellos pueden haber sido resultado de medidas anteriores, o actitudes del gobierno estadounidense; pero no po-

demos hacer caso omiso de la relación de causa y efecto que data de hace mucho tiempo.

Causa y efecto se desencadenan, continúan, no hay tregua, no hay un momento en el cual Estados Unidos no reaccione ante algo que estén haciendo los cubanos y viceversa.

Pienso que debemos adentrarnos más en la relación de causa y efecto, sobre todo en los dos años transcurridos entre el momento en que el Gobierno Revolucionario toma el poder en 1959 y el momento en que rompemos relaciones y hay virtualmente una situación de hostilidades abiertas.

El incidente de Bahía de Cochinos se produce poco después; pero como alguien que estuvo aquí durante esos dos años, y que se mantuvo abierto a las ideas revolucionarias, de propiciar una sociedad socialmente más justa, que pusiera fin a la corrupción, a los males de los gobiernos anteriores, en especial de la dictadura de Batista, y que al mismo tiempo comprendía y era sensible a la retórica, y a algunas de las actitudes y acciones del Gobierno Revolucionario que despertaban preocupación dentro de mi gobierno, creo que estos problemas los podemos analizar posteriormente, aquí en la conferencia.

OLEG TROYANOVSKI.- ¿Usted quiere intervenir sobre esta misma cuestión, o sobre otra?

RAFAEL HERNÁNDEZ.- Quiero hacer una pregunta. Entre las piezas que faltan a este rompecabezas, hay una que no ha sido todavía puesta, ni fue puesta en Antigua, creo que tiene una importancia para reconstruir la historia, no porque tenga un valor anecdótico, sino porque tiene un valor para entender la lógica de los acontecimientos y de la política. La pregunta es la siguiente: ¿Cuándo empezaron las operaciones encubiertas de la CIA contra la Revolución Cubana?

Se sabe que la más famosa, quizás, de esas operaciones, o la primera más famosa, la de Girón, fue aprobada en marzo de 1960 por el presidente; pero se sabe también que la CIA trabajaba en esa operación y reclutaba contrarrevolucionarios desde hacía muchos meses antes. Estas acciones, incluso, evidencian que no empezaron en el proceso de reclutamiento de los mercenarios de Girón. La CIA, además, era anterior a lo que Wayne Smith llamaría el huevo y la gallina, la CIA estaba en Cuba antes de la Revolución. ¿Cuándo empezaron, sin embargo, las acciones dirigidas a socavar o a afectar el proceso revolucionario mismo?

Me gustaría, si hay algún miembro de la delegación norteamericana... Ray Kline ya nos dijo que él estaba en Asia, supongo que no estaría haciendo nada relacionado con Vietnam; pero en cualquier caso él, u otro miembro de la delegación norteamericana, pienso que podría contribuir a entender mejor qué fue lo que pasó, la lógica de este proceso. Si nos pudiera dar algunos indicios acerca de cómo empezó la CIA a operar para afectar la Revolución, quién dio estas instrucciones o de quién fue la idea de iniciarla. Esa es la pregunta.

OLEG TROYANOVSKI.- ¿En la delegación de Estados Unidos hay alguien que desea responder a esta pregunta?

WAYNE S. SMITH.- Puedo darle a Rafael mis impresiones. Recuerden que yo era tercer secretario de la embajada. Nadie me informaba mucho, pero también era ayudante del embajador y sí podía ver muchos documentos.

Diría que nuestra impresión en la embajada de Estados Unidos en La Habana en ese momento es que no hubo ningún esfuerzo concertado hasta después de marzo de 1960. Esto no quiere decir que la CIA no haya estado tratando de reclutar agentes. Creo que este es un empeño eterno; pero en cuanto a un esfuerzo concertado que incluyese toda una serie de operaciones de sabotaje, la planificación de Bahía de Cochinos y otras acciones, nuestra impresión es que eso no comenzó hasta marzo de 1960.

Hemos conversado esto durante los recesos. En cierta medida creo que contribuía a esa decisión, lo que ahora consideraría conclusiones erradas.

Recordarán que el embajador Bonsal fue llamado a Estados Unidos creo que en diciembre de 1959 para consultas, y estando allí convenció al presidente Eisenhower y al secretario de Estado de que debíamos realizar un último esfuerzo para negociar o lograr algún tipo de arreglo con Cuba.

Hubo un acercamiento a la parte cubana señalando que Estados Unidos deseaba negociar las diferencias entre los dos países, y la respuesta del gobierno cubano fue positiva, que sí, que el gobierno cubano también deseaba negociar las diferencias entre los dos países y que en breve designaría a una delegación. Eso fue en enero de 1960; pero entonces, en febrero, se produjo la visita de Anastás Mikoyán.

Ha sido fascinante comparar notas con Sergo Mikoyán, en estos últimos tiempos. Sobre la base de esta visita y lo cálido de los discursos, de la recepción y de los acuerdos suscritos, etcétera, llegamos a la conclusión, en la embajada norteamericana, de que la suerte estaba echada, que Cuba había adoptado la decisión de asociarse con la Unión Soviética.

Por eso cuando Cuba estableció contactos de nuevo con nosotros, poco después de la visita, cuando el gobierno cubano indicó que ahora estaba dispuesto a designar una delegación e iniciar las conversaciones, el gobierno de Estados Unidos había decidido que ya no estaba interesado y exigió algunas condiciones para las negociaciones que, de hecho, las hicieron imposibles. Creo que no fue casual que entonces —y debido a la conclusión del gobierno de Estados Unidos de que Cuba ya había tomado la decisión de asociarse a la Unión Soviética—, en marzo de 1960, el presidente Eisenhower suscribiera el documento que autorizaba las actividades de la CIA que, en última instancia, llevaron a Bahía de Cochinos. Esto no quiere decir, Rafael, que quizás pudiesen haber existido operativos de la CIA en Miami que, para el caso de que se decidiera algo de esto, ya establecían contactos con exiliados cubanos allí y comenzaban a reclutar agentes. Pero

nuestra impresión muy firme en la embajada es que ninguna operación de este tipo se inició hasta después de marzo de 1960.

Gracias.

ARTHUR SCHLESINGER. - Quisiera añadir una pequeña información.

En 1964, Richard Nixon dijo: “Yo he sido el defensor más enérgico y persistente del establecimiento y apoyo a este programa, o sea, el programa de la CIA de operaciones encubiertas contra Cuba”. Phillip Bonsal en su excelente libro sobre Castro y Cuba llamó a Richard Nixon “el padre de la operación”.

El brigadier general Robert Kuchman, asesor militar de Nixon y después subdirector de la CIA, dijo a Howard Hunt, en 1960, que Nixon era el oficial de acción del proyecto en la Casa Blanca; se refiere a la operación de Bahía de Cochinos. H. R. Holdman, el principal asesor de Nixon, cuando este llegó a presidente, dijo que Nixon sabía más que ninguna otra persona acerca de la génesis de Bahía de Cochinos.

OLEG TROYANOVSKI.- Por favor.

CMDTE. EN JEFE FIDEL CASTRO.- Bueno, no quería intervenir en esta ocasión, pero me parece que nos estamos apartando un poco de nuestro tema. Ya yo mismo no estaría tan seguro de qué cosa sería más interesante hablar aquí, cuando me tocara hablar, si de estos asuntos que estamos discutiendo ahora, o de la Crisis de Octubre y todo lo demás. Creo que nos hemos ido un poco por las ramas; pero pienso que esto se debe a algunas cosas que hemos escuchado hoy y en parte ayer.

Me he quedado asombrado, realmente, en algunos momentos, al escuchar a los representantes de la delegación norteamericana, porque nos parece que hemos estado viviendo en un mundo irreal, en cuanto a que se ha puesto acento desde ayer y hoy —los compañeros me dijeron que en Antigua también— en una especie de juicio sobre la conducta de Cuba a partir de la cual se pretenda justificar todas las medidas que se tomaron contra Cuba.

Bueno, si realmente se quiere someter a juicio a Cuba, Cuba se somete a juicio; pero ya no será la Crisis de Octubre, sino Cuba sometida a juicio por todo lo que pasó antes y todo lo que pasó después.

Hay cierto momento en que me parecía estar escuchando aquí el lenguaje de la guerra fría, o los viejos argumentos de la guerra fría: “Cuba como base soviética, Cuba como agente soviético, Cuba como organizador de la subversión en América Latina”, las causas que originaron todas las acciones y toda la política de las distintas administraciones de Estados Unidos contra Cuba. Y yo me pregunto si se puede ignorar de esa forma la historia, como si no existiera una historia de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina, que tiene casi 200 años, mucho antes de que existiera Cuba y mucho antes de que existiera la Revolución Cubana.

Me hago las preguntas siguientes, y sin ánimo realmente de polemizar, sino de reflexionar: ¿Cuántas intervenciones norteamericanas no se produjeron en el Caribe antes de la Revolución Cubana? ¿Cuántas acciones no se llevaron a cabo en contra de los intereses de América Latina a lo largo de la historia? ¿Cómo podemos olvidarnos, por ejemplo, de que Estados Unidos surge con una gran fuerza de un pequeño grupo de países que son los primeros que se hacen independientes en este hemisferio y después se extendió por todo el territorio, se extendió por territorios de otras naciones vecinas como México y le arrebató a México más de la mitad de su territorio?

¿Cómo podemos olvidarnos de lo que ocurrió con relación a Centroamérica y las expediciones hacia Centroamérica; de lo que ocurrió, digamos, en Panamá y todos los procedimientos mediante los cuales se apoderó de Panamá? ¿Cómo olvidarnos de los procedimientos mediante los cuales intervino en casi todos los países de Centroamérica y de América Latina? ¿Cómo olvidarnos de las intervenciones en Nicaragua, en Haití, en Santo Domingo, varias veces en Cuba? ¿Cómo olvidarnos de la situación real de Puerto Rico, un país latinoamericano, netamente latinoamericano, tan latinoamericano como Cuba, que fue ocupado por Estados Unidos y todavía hoy es un país que está bajo el dominio de Estados Unidos? ¿Cómo olvidarnos de toda la historia antes y después en estas relaciones? ¿Cómo olvidarnos de las intervenciones de todo tipo?

Si nosotros fuéramos intervencionistas, habría sido, realmente, porque tuvimos grandes maestros, los Estados Unidos; porque ningún país intervino más en América Latina que Estados Unidos. De modo que cuando a nosotros nos acusan y nos quieren llevar al séptimo sótano del infierno por ayudar a la revolución en América Latina, me pregunto a qué piso van a llevar a Estados Unidos, y si esa es una de las causas por las cuales tanto se combatió a Cuba, se hostigó a Cuba y se quiso ahogar a la Revolución, conspirar contra Cuba y liquidarnos a todos nosotros, ¿qué moral hay, realmente, para utilizar esas argumentaciones y tratar de buscar una justificación en esto?

He escuchado discursos como el del señor Martin, y yo decía: ¿Es que estaremos viviendo otra vez en 1962, o estamos en 1992 analizando la Crisis de Octubre?

Incluso el destacado y capaz colega McNamara pronunció un discurso elegantísimo ayer, pero un discurso duro, y muy duro, contra nosotros, al extremo que me vi obligado a esclarecer ayer que yo no era un feroz enemigo de Estados Unidos y explicar la cuestión de la famosísima carta utilizada por Tad Szulc y utilizada por McNamara en su discurso.

Además, creo que nadie nos puede acusar a nosotros de haber sembrado odio contra el pueblo de Estados Unidos en este país. Nosotros hemos tratado de sembrar ideas, conceptos, principios, estén o no de acuerdo con ellos; pero nunca se ha visto a nadie en este país inculcando odio contra el

pueblo de Estados Unidos, contra el ciudadano de Estados Unidos, y la mejor prueba de ello es que en ningún país de América Latina, ni siquiera en esos países que son más amigos de Estados Unidos, ni siquiera en esos países que comen de la mano de Estados Unidos —hay algunos que viven de eso—, ni siquiera allí tratan a los norteamericanos y a los ciudadanos norteamericanos con el respeto con que se les trata en Cuba, con la consideración, la hospitalidad con que se les trata en Cuba, y nos sentimos orgullosos de que se trate aquí así al ciudadano norteamericano en todas partes.

En el deporte, en ningún lugar, los atletas norteamericanos son más aplaudidos que aquí y son nuestros rivales principales, porque nosotros hemos tratado de sembrar en el pueblo no un fanatismo, no un odio, sino, realmente, un sentimiento y una cultura política, que lo primero que nos enseña es que todos los pueblos somos iguales, que todos los pueblos somos hermanos, el sentido de la solidaridad entre los pueblos.

Ayer, prácticamente se nos hicieron imputaciones muy fuertes en ese sentido, con un lenguaje muy elegante, sin entrar ya en otros temas. Pero como sé que hay interés en analizar estas cuestiones de lo de Cuba, se quiere que Cuba diga algo, hay que analizarlo muy por encima...

Entre algunas de las cosas que dijo McNamara ayer, está la cuestión de que siempre se vio a Cuba como una amenaza directa a Estados Unidos, hubo la percepción de ver a Cuba como una amenaza directa a Estados Unidos y como un violador de normas aceptadas de conducta internacional, añade, “sobre todo en la esfera de las libertades políticas y los derechos civiles”. Ya me referí a esto.

Busquemos un catálogo y veamos quién, realmente, ha violado más normas internacionales en este mundo.

Ayer él señalaba —yo escuché y apunté— las distintas percepciones con que nos veíamos. Decía que en Estados Unidos les enseñan a los norteamericanos que ellos independizaron a Cuba. Bueno, realmente, creo que es una pedagogía incorrecta, no se le debe enseñar eso al pueblo norteamericano; porque si los norteamericanos intervinieron al final de nuestra Guerra de Independencia, nosotros tenemos nuestro juicio y nuestras apreciaciones sobre esa situación. Consideramos que España estaba derrotada, que no podía resistir más la guerra con Cuba —la Guerra de los 10 años y después la Guerra del 95—; España estaba totalmente agotada, y es en ese momento que se produce la intervención de Estados Unidos; ocupó el país durante un número de años. Simultáneamente había ocupado Puerto Rico, se quedó con Puerto Rico; simultáneamente ocupó Filipinas, se quedó con Filipinas.

Decía McNamara que algunos norteamericanos pensaban que si no fueron demasiado generosos al no quedarse también con Cuba.

Cuba tenía un apoyo muy grande de la opinión mundial, en realidad; había luchado muy heroicamente. A pesar de eso, estuvieron cuatro años;

después nos impusieron un gobierno, realmente, y nos impusieron la Enmienda Platt. Ustedes saben que la Enmienda Platt fue una imposición, nos dijeron: O aceptan la Enmienda Platt o no hay independencia. Ningún país del mundo acepta ese tipo de enmienda en su Constitución, porque le da derecho a otro país a intervenir para establecer la paz; la Enmienda Platt era muy repudiada en nuestro país, sumamente repudiada.

Creo que los norteamericanos se ofenderían si les dijeran que la independencia de su país la hicieron los españoles y los franceses, que fue La Fayette, Miranda, porque sería injusto decir eso. Los españoles y los franceses ayudaron, pero la lucha principal, el peso principal de esa lucha la llevó el pueblo de Estados Unidos, nadie ha intentado nunca decir semejante cosa.

Creo que una de las cosas que habría que hacer, ya que tenemos percepciones, sería darles una educación a los ciudadanos norteamericanos, decirles la verdad histórica y no formar opiniones sobre premisas falsas.

Él citó cuatro puntos: uno sobre el papel de Estados Unidos en la independencia; otro que lo critican por no haberse quedado con Cuba, una percepción y que Cuba tiene otra; lo de la Enmienda Platt, y, por último, dijo algo que yo cuando lo estaba anotando lo medité: “Estados Unidos se inclina a pensar que sus inversiones en Cuba contribuyeron al desarrollo del país”.

No se puede negar que desde el punto técnico, económico, las inversiones norteamericanas implicaron crecimientos económicos, desarrollos económicos, eso es indiscutible. Pero en un momento todo eso se trabó; eso fue en una etapa inicial en las primeras décadas, que se construyeron un montón de centrales azucareros, pero a partir de un momento determinado el desarrollo económico de Cuba se traba.

Admito esto, me parece correcto que se plantee que hay percepciones diferentes y que empecemos por ver qué percepciones diferentes hay de cada una de estas cuestiones. Pero creo que, en todo caso, lo que debíamos es trabajar por lograr que la verdad histórica, objetiva, se establezca.

Él habló de las preocupaciones principales, que eran las relaciones militares de Cuba con la Unión Soviética —entre las tres principales—; habló de la decisión de Eisenhower después que vino Mikoyán. Ahora resulta que la culpa de todo la tiene Mikoyán y la visita de Mikoyán, porque por ocurrírsele al padre de nuestro amigo hacernos una visita en nombre de la Unión Soviética, ya todo eso justificaba de inmediato una orden para organizar el derrocamiento de la Revolución Cubana.

Si hubieran conocido quién era Mikoyán y la nobleza de Mikoyán, si realmente no se hubiera actuado a base de prejuicios... Mikoyán por poco libera a Estados Unidos de Castro, sin quererlo, porque trajo incluso un helicóptero soviético que estaba recién fabricado —yo diría que recién diseñado—, y dimos una vuelta por toda la república enseñándole nosotros

los lugares de turismo, hasta unas playas; llegamos a unas playas en la costa sur de Cuba, en Cayo Largo, donde no vivía nadie, y Mikoyán se quitó la ropa, se dio un baño en el Caribe, se montó otra vez en el helicóptero y siguió.

En aquella época no teníamos ni protocolo, ni organización, no teníamos nada; hicimos un viaje casi redondo por toda Cuba, en un acto de amistad y atención hacia él en aquella fecha, y de milagro no nos matamos en ese helicóptero. Los soviéticos acababan de conquistar el espacio, habían mandado a un hombre al espacio, y un piloto soviético, por allá por el sur, cuando ya no teníamos gasolina, estaba empeñado que la dirección era para el este, y le digo: Para el este está el mar y nos caemos; hay que doblar al norte, a tal punto, que nos quedan 20 minutos de combustible.

Por primera vez el secuestro de un avión en la época contemporánea o de un aparato volante lo hago yo, porque estuve a punto, dije: Estoy en un dilema muy duro, por cortesía, de ahogarme, por cortesía [*risas*]; o, por obligación elemental y sobrevivir, secuestrar este helicóptero. Menos mal que al final se me ocurrió una apelación a Mikoyán y lo persuadí, le dije: Mire, si estoy equivocado lo más que nos puede pasar es que lleguemos a tierra; pero si tengo razón y no el piloto, lo que va a ocurrir es que vamos a caer en el mar todos, sin solución posible. Pude convencer a Mikoyán.

Como 20 años después los soviéticos nos envían una recomendación de que los dirigentes no debían montar en helicóptero porque era muy peligroso [*risas*]. Eso nos lo mandan a decir 20 años después de que Mikoyán y yo dimos la vuelta.

Así que Mikoyán, a poco, con su helicóptero, sus pilotos y sus mapas, que eran soviéticos y que no tenían ninguna experiencia de navegación en la isla, pudo haber liberado a Estados Unidos de Castro; sin que Castro sea el factor único, esencial o exclusivo en esta Revolución, no. Es como dicen los norteamericanos: Castro, y en algún momento pensaron que eliminando a Castro, como dice el refrán popular: Muerto el perro se acabó la rabia. Porque es una manera de ver las revoluciones también simbolizadas en personas, en individuos, en todo ese tipo de cosas.

Creo que realmente no es sostenible el argumento de que después de la visita de Mikoyán hubo una justificación para realizar acciones de esta naturaleza.

Además, antes de acciones militares, empezaron acciones económicas; empezaron acciones de hostilidad de diversa índole, mucho antes de marzo de 1960. El bloqueo económico empezó antes, las medidas económicas empezaron antes, la supresión de todo tipo de créditos comenzó mucho antes en Estados Unidos. Las campañas contra Cuba fueron muy fuertes desde el primer momento, sencillamente porque estábamos haciendo con los criminales de guerra batistianos lo mismo que hizo Estados Unidos con los criminales en Nuremberg, pero con una diferencia: cuando Estados Unidos

juzga a los criminales de guerra en Nuremberg, no había ley previa; pero Mendoza puede decir que durante la época de la guerra en la Sierra Maestra, el movimiento revolucionario elaboró y decretó una ley previa, un código penal, para después sancionar, sobre la base de ese código, a los que cometieran delitos de guerra. Eso fue motivo de una campaña muy fuerte contra Cuba.

Recuerdo que visité Estados Unidos; no había mala voluntad hacia Estados Unidos, en realidad, y teníamos muchos amigos, lo que nosotros éramos casi impotentes frente a una gran campaña que se hacía allá contra Cuba, a medida que veían cuáles eran las posiciones que tenía el Gobierno Revolucionario.

Yo pasé por Washington, que me invitaron los periodistas. No me duele, lo digo sinceramente, pero el presidente de Estados Unidos no se dignó ni siquiera a invitarme a tomar un café, porque yo no era digno de tomarme un café con él. Me mandaron a Nixon, realmente. No es que me deshonrara que me enviaran a Nixon, que era vicepresidente; pero fecha tan temprana como en el mes de abril, y me recibe en el Capitolio en un despacho, conversa conmigo y me deja hablar.

Él habla poco, pregunta algunas cosas y me deja que yo converse y le explico las cosas de Cuba: la situación económica y social de Cuba, la pobreza, la desigualdad, los cientos de miles de desempleados, los campesinos sin tierra, las medidas que debíamos tomar nosotros para resolver esa situación. Nixon me escucha y me escucha, no dice nada, no hace ningún comentario; pero cuando termina la entrevista conmigo es conocido que le envía un memorando a Eisenhower diciendo: Castro es comunista y hay que derrocar al Gobierno Revolucionario. Ya lo manda a decir, se lo sugiere al presidente de la república, en fecha tan temprana como el mes de abril de 1959. Todavía ni Mikoyán ni un solo soviético había visitado este país.

Ustedes dirán: Caramba, tenía razón Nixon, qué clarividente, qué profeta. Pues no, no era ni clarividente ni profeta, porque el programa nuestro no era un programa socialista, era el programa del Moncada, el que habíamos planteado en el juicio. Era un programa social avanzado, pero no era un programa socialista, no era un programa comunista, porque nosotros entonces, precisamente, por tener alguna preparación política, alguna cultura política, o creer que teníamos alguna base política sólida, considerábamos que no era la etapa en que se podía plantear o se debió plantear la construcción del socialismo en Cuba.

Ya desde entonces empezaron medidas económicas de todo tipo, que se van agudizando y agudizando cada vez más.

También yo podría decir, con toda honestidad, que nos encontramos dos administraciones que no tenían ninguna experiencia: la administración de Cuba y la administración de Estados Unidos. Ustedes dirán: ¿Cómo? Digo: Sí, porque Estados Unidos no tenía ninguna experiencia en lidiar con revo-

luciones, porque cuando hubo algo en Guatemala organizaron —y ahí la CIA sí trabajó eficientemente, rápidamente y liquidó al gobierno de Arbenz después de la reforma agraria.

McNamara dijo ayer que una revolución que promoviera la justicia social, reformas agrarias y otras reformas, habría encontrado la comprensión y el apoyo de Kennedy. Pero McNamara no dice que si Kennedy hubiera pronunciado esas mismas palabras y se las dice a Nixon en el año 1959, Nixon habría acusado a Kennedy de comunista, porque todo el que hablaba de reforma agraria era acusado de comunista, todo el que hablaba de reformas sociales, todo el que hablaba de ayudar al pueblo era acusado inmediatamente de comunista, no lo dejaban entrar a Estados Unidos.

¿Y por qué surge el programa de la Alianza para el Progreso? Yo me pregunto si hubiera surgido ese programa de no existir la Revolución Cubana, o si la Revolución Cubana misma no implicó un gran impacto para los políticos norteamericanos y estuvo en el fondo de aquella idea de la Alianza para el Progreso que surge después de la invasión de Girón, en los días aquellos.

La Alianza para el Progreso es la respuesta de la administración norteamericana al temor de un contagio revolucionario en el hemisferio, porque la administración norteamericana estaba consciente de la pobreza terrible que había en América Latina, y temía que las condiciones objetivas dieran lugar a los cambios revolucionarios, y, por tanto, fue una idea brillante, inteligente la de Alianza para el Progreso; pero la Alianza para el Progreso surge después de la Revolución Cubana y como consecuencia de la Revolución Cubana.

No hay que olvidar que nos quitaron nuestra cuota azucarera, que era de 4 millones de toneladas, que se había creado durante un siglo de relaciones comerciales entre Estados Unidos y Cuba, desde la colonia; nos quitaron abruptamente aquella cuota y la repartieron entre los países de América Latina. Hubo dulces para todos, menos para Cuba; a Cuba le quitaron su cuota azucarera y la repartieron entre los demás gobiernos de América Latina. ¿Para qué? Para crear una situación de hambre.

¿Por qué nuestra gratitud a la URSS, señores, es muy explicable, muy lógica? Cuando nos quitaron la cuota azucarera, apareció la URSS y dijo que estaba dispuesta a comprar el azúcar cubano. Cuando nos suspendieron la cuota de petróleo y nos dejaron sin combustible, apareció la URSS y dijo que estaba dispuesta a suministrarnos el petróleo, solo que en aquel tiempo con una tonelada de azúcar se compraban siete toneladas de petróleo. Después que el petróleo se convirtió en un precio de monopolio a raíz de los acontecimientos en el Cercano Oriente, con una tonelada de azúcar se podían comprar dos toneladas de petróleo, como máximo, 1,8 toneladas de petróleo, que quizás es uno de los problemas más difíciles que tiene Cuba hoy, el cambio de correlación de precios entre el azúcar y el petróleo.

Nosotros, frente a cada una de las medidas que tomó Estados Unidos, tuvimos a alguien que nos ayudó, tuvimos a alguien que hizo un esfuerzo enorme —y yo le tengo que reconocer eso a Nikita, otra gran prueba de valentía, de audacia. En esa época consumíamos nosotros 4 millones de toneladas de petróleo, y la producción soviética pasaba apenas de 100 millones de toneladas, y logró suministrar, con sus barcos, el combustible que el país necesitaba. Así que fuimos recibiendo de la Unión Soviética un apoyo en circunstancias muy difíciles, a medida que se producía las medidas de bloqueo de Estados Unidos. ¿Qué habría hecho Cuba sin eso? Ahora se lo pueden preguntar. ¿Qué hace Cuba ahora que sigue bloqueada por Estados Unidos y la URSS no existe? Vean qué tipos de problemas son los que tenemos que resolver, y ni siquiera eso nos desanima. Pero significaron mucho para nosotros, y no debemos olvidarnos de todas estas cosas.

Todo no fue operaciones de la CIA, hubo medidas políticas y hubo medidas económicas que iban complicando la vida del país, que fueron las bases sobre las cuales se desarrollaron las relaciones con la URSS.

Nosotros durante casi un año no tuvimos ni relaciones diplomáticas con la URSS. Es más, las primeras armas no quisimos comprarlas en ningún país socialista, para que no sirviera de pretexto, las compramos en Bélgica y en Italia. ¿Qué nos pasó? Que el segundo barco que llegó con armas a Cuba, procedente de Bélgica, en un momento en que movían una de las cajas, estalló. Hubo dos explosiones en el barco que mataron a más de 100 obreros y soldados que estaban descargando aquellas armas. Indiscutiblemente ese barco vino saboteado desde el exterior. Después de eso en Cuba se desembarcaron miles de barcos con armas y nunca hubo una explosión.

Quizás dentro de 100 años desclasifiquen la información y nuestros tataranietos sepan cómo se voló el barco *La Coubre*, que costó tantas vidas.

A Italia le compramos seis cañones y el parque correspondiente, y llegaron creo que nada más que tres cañones y la mitad de las balas.

Nosotros no pudimos adquirir armas en Occidente. Recuerdo entonces que les compramos las primeras armas a Checoslovaquia y a la URSS, que nos las suministraron. Checoslovaquia, la verdad es que nos vendió armas de la Segunda Guerra Mundial, a crédito, y eran armas que habían dejado los nazis allí. Los soviéticos nos dieron un crédito también pero con armas nuevas.

Hemos pasado por toda esa experiencia.

Se habla de que nosotros hemos promovido la revolución. No se dice una palabra de que Estados Unidos organizó a todos los países de América Latina, los alineó, les repartió su cuota azucarera, les ofreció la Alianza para el Progreso, y todos se unieron a Estados Unidos para bloquear a Cuba y para destruir a Cuba. No se dice una palabra de eso.

Nosotros podemos admitir que nos habría gustado la revolución en los demás países, porque a medida que veíamos el comportamiento de Esta-

dos Unidos y de los demás países, decíamos: ¿Qué podemos esperar de estos gobiernos? Sin embargo, hubo un gobierno que no fue hostil a Cuba ni rompió relaciones con Cuba, y con ese gobierno, siendo un gobierno capitalista latinoamericano, que es México, se mantuvieron las mejores relaciones durante todo este período.

Si los demás países de América Latina hubiesen sido respetuosos con nosotros y no hubiesen querido destruir a la Revolución Cubana, no le hubieran dado alas al deseo cubano de los cambios revolucionarios.

Se menciona Santo Domingo en algunas ocasiones, la verdad es que nosotros ayudamos a organizar la expedición de Santo Domingo; era un viejo compromiso. Cuando yo era estudiante estaba enrolado en una expedición, después de la Segunda Guerra Mundial, en el año 1947, para derrocar a Trujillo. Estuve cerca de las costas de Santo Domingo cuando era estudiante y estaba en segundo año de la escuela de derecho; era una expedición para la liberación de ese país. Pasaron muchas cosas y no se llevó a cabo. Yo no era jefe de esa expedición, pero ya me había ganado algunos grados en el entrenamiento que pasé en una isla casi desértica, muy molesta.

Hay otras ilustres personalidades latinoamericanas que colaboraron con nosotros en la organización de aquella expedición contra Trujillo. A Trujillo se le veía, realmente, como el símbolo de lo peor en este hemisferio, y Trujillo fue consecuencia de una de las intervenciones de Estados Unidos; se apoyó en uno de los ejércitos creados por Estados Unidos. Sí, hicimos un intento.

Se nos ha hablado hasta de gobierno democrático, pero algunos llamados gobiernos democráticos se unieron a Estados Unidos para destruir la Revolución Cubana.

Nosotros hemos partido del principio de que la revolución no se exporte, que no se puede exportar, porque si usted tiene un concepto claro de lo que es una revolución, sabe que las condiciones objetivas son las que determinan las condiciones de una revolución. Nosotros lo que hicimos fue apoyar, no exportar la revolución, porque el concepto de exportar la revolución no era posible. Como para nosotros no había respeto a ninguna norma ni a ninguna ley, nos sentíamos con el derecho de apoyar al movimiento revolucionario en los demás países de América Latina, que estaban apoyando a los movimientos contra Cuba.

¿De dónde salió la expedición de Girón? De Guatemala, de Nicaragua. ¿De dónde salían los ataques piratas? De Costa Rica y de otros países del Caribe para atacar a Cuba, de Santo Domingo.

Aquí no se han mencionado los ataques piratas que fueron anteriores y posteriores a la Crisis de Octubre. ¿Qué se quiere saber, si apoyamos al movimiento revolucionario, que lo admitamos? Sí, admitimos que apoyamos al movimiento revolucionario.

Creo que un país que es agredido, acosado, como estaba Cuba, tenía todo el derecho de actuar de la forma en que lo hizo, sencillamente.

Si me preguntan si esa es la política de Cuba hoy, digo: No, porque ha habido grandes cambios en América Latina; tenemos relaciones amistosas y de respeto con casi todos los países de América Latina, hay una situación nueva en América Latina. “¿Han cambiado ustedes?” Sí, nosotros hemos cambiado. Ha cambiado también el mundo y ha cambiado América Latina. Por lo tanto, no existe ese tipo de actividad por parte de Cuba; por el contrario, dondequiera que hemos podido poner un grano de arena para ayudar a encontrar una solución pacífica lo hemos hecho, y no queremos que se considere por ello un mérito.

Ahora se menciona aquí también la cuestión de los derechos civiles y políticos. Se hace de una manera muy sintética, muy esquemática, muy dogmática, y se ignora por completo el sistema político de nuestro país, se ignora.

Se habla de elecciones libres. Nosotros tuvimos un período de gobierno de facto. Todas las revoluciones han tenido su período de gobierno de facto; pero nosotros institucionalizamos el país, elaboramos una Constitución, establecimos un sistema electoral. Todo eso se ignora, y el hecho de que se ignore no significa que no existe.

Se habla de derechos civiles y me pregunto si hay un lugar del mundo que haya hecho más por el hombre de lo que lo ha hecho Cuba.

Por el mero hecho de que en nuestro país la mortalidad infantil sea de 10,7, mientras hay países que tienen 100 y más de 100, y mientras el promedio de América Latina es de 55 por cada 1 000, me pregunto qué país ha salvado más vidas de niños que Cuba, donde crecen saludables y educados.

El señor McNamara lo sabe porque fue presidente del Banco Mundial, y estoy seguro de que nadie tiene como él la información acerca de la tragedia del hambre, la desnutrición, la falta de salud, la falta de educación que existe en el mundo.

Nosotros hemos calculado en cientos de miles las vidas que hemos salvado, de niños que habrían muerto sin nuestros programas de salud. Hemos logrado llevar la educación a niveles tales como no los tiene ningún país. Hemos logrado llevar el empleo a todos. Hemos evitado que haya niños desnutridos, niños abandonados en las calles, niños descalzos, niños pidiendo limosnas.

No hay país en todo el Tercer Mundo ni en América Latina que haya hecho por el hombre lo que hemos hecho nosotros, donde se acabó la discriminación racial. ¿Acaso la discriminación racial no es una grosera violación de los derechos humanos y de los derechos civiles? ¿La discriminación de la mujer no es una descarada violación de esos derechos? ¿La prostitución como medio de vida de la inmensa mayoría de las mujeres, tal como ocurría en Cuba, no es una grosera violación de los derechos humanos?

¿El desempleo, o el subempleo del 30% o 40% de la población, no es una grosera violación de los derechos humanos?

¿La muerte por hambre o por enfermedad de personas que pueden salvarse, no es una violación de los derechos humanos? ¿Acaso eso no es lo que ocurre en toda la América Latina y en el Tercer Mundo, de una manera clara y palpable todos los días? ¿Cuántos mueren?

El director de la UNICEF me dijo que morían 700 000 niños en América Latina que podrían salvarse si tuvieran el sistema de salud de Cuba. Luego el sistema social de América Latina asesina cada año a 700 000 niños que pueden salvarse. ¿Lo vamos a tomar como modelo de qué, de democracia, de respeto a los derechos humanos?

No me voy a referir a las calumnias que se han hecho sobre Cuba con relación a torturas y cosas de esas, groseras y repugnantes mentiras que se han escrito y repetido montones de veces, pero que no conoce un solo caso nuestro país, como no conoce nuestro país un solo caso de desaparecido, y eso es frecuente en el resto de América Latina, con un tipo de gobierno y de otro. Lo que no conoce nuestro país es un solo caso de la policía o el ejército disparando contra los estudiantes, contra los obreros, contra los campesinos, contra los que protestan; eso lo vemos hasta en Inglaterra, los caballos allí atropellando a la gente cuando protesta contra algún tipo de impuesto, por ejemplo.

No se ve el espectáculo de los carros de bomberos, eso que se ve en Corea del Sur todos los días no se ve nunca en Cuba. Esa represión diaria de los estudiantes que vemos en Corea del Sur, jamás se ha visto en Cuba nada de eso.

Hay algo más: En Cuba el pueblo está armado, porque nuestras fuerzas armadas están integradas no por un ejército de profesionales, sino por todo el pueblo, los obreros, los campesinos, los estudiantes, organizados, entrenados y armados; son la fuerza. Si en América Latina le dieran las armas al pueblo muchos gobiernos no duraban absolutamente nada, porque están en una perenne contradicción, conflictos con el pueblo.

Ahora, si esos fueran realmente los fundamentos de la política exterior de Estados Unidos, ¿por qué la alianza tan estrecha con gobiernos como el de Corea del Sur? ¿Por qué la amistad tan estrecha con gobiernos como el de Pinochet, donde desapareció tanta gente? ¿Por qué la amistad tan estrecha con gobiernos como el militar argentino, en que desaparecieron entre 10 000 y 30 000 personas? Tenía excelentes relaciones Estados Unidos con ese gobierno, y utilizó el batallón 401 de la Inteligencia argentina para organizar la guerra sucia en Nicaragua, utilizó a los argentinos. Si los argentinos se lanzaron a ocupar Las Malvinas es porque creían que Estados Unidos tenía que apoyarlos, puesto que ellos estaban apoyando a Estados Unidos en sus guerras sucias. Esa es la realidad, a todos esos gobiernos les prestaron decenas de miles de millones de dólares, créditos, todo. No hubo bloqueo para Pinochet; bloqueo para Cuba. No hubo bloqueo para el gobierno militar argentino; bloqueo para Cuba. No hubo bloqueo para

Sudafrica, ni cese de inversiones, mientras nuestros combatientes estaban allí luchando en Angola para ayudar a la lucha por la liberación, a la lucha contra el colonialismo, contra la desaparición del *apartheid*.

Pregúntesele a Mandela, el líder de los sudafricanos negros, ¿qué opinión tiene de Cuba, qué valoración hace de Cuba y cuánto aprecia la sangre derramada por Cuba allí en la lucha? Ellos estiman, y lo dijeron aquí mismo a todo nuestro pueblo, que el aporte de Cuba fue muy importante en su lucha contra el *apartheid*.

Entonces no se puede hablar de una moral, no se puede hablar de una filosofía política, realmente, cuando usted tiene dos leyes, dos principios, dos normas.

¿Qué bloqueo hubo contra Somoza? ¿Qué bloqueo hubo contra los militares salvadoreños que han asesinado a decenas de miles de gente? En Guatemala, un pequeño país, han desaparecido 100 000 personas; nunca hemos sabido que hubiera un bloqueo de Estados Unidos contra esos países, ni la organización de una expedición.

Pienso que sería olvidarse de la historia, y es un enfoque sectario, un enfoque injusto. Hágase una comparación real, como lo hice yo recientemente con un grupo de religiosos que estuvieron aquí en La Habana, en un encuentro. Les decía: Si quieren vamos a reunirnos en el mundo y vamos a ir al fondo de lo que son los derechos humanos, los derechos civiles y los derechos políticos en todos los terrenos. Analícese nuestro sistema electoral, quién postula en Cuba a los delegados de circunscripción, quién los postula y quién los elige, porque es el pueblo, no es el Partido. Hemos desarrollado mecanismos que se ignoran pero que están ahí, que son una realidad y que nos permiten progresos ulteriores.

Tenemos nuestras ideas, desde luego, y tenemos nuestros conceptos, pero a la luz de la verdad, con toda honestidad y con toda franqueza, estamos dispuestos a discutir todos los problemas, y no tememos, sencillamente, que nos mencionen todas estas cosas o nos lo señalen como culpa. Pero sí sostengo —y creo mi deber sostener en este foro civilizado que tenemos aquí, en este inusual encuentro que tenemos aquí—, permítaseme decir que algunos de los argumentos utilizados para justificar las acciones tomadas contra Cuba son inconsistentes, por todas estas razones que he explicado.

Hay más cosas en qué profundizar, creo que volveremos a hablar de la Crisis de Octubre, a no ser que ustedes quieran prolongar el juicio sobre Cuba, en el cual estamos dispuestos a seguir sentados en el banquillo de los acusados. Estoy dispuesto a seguir dando todos los elementos de juicio que sean necesarios para que tengamos una interpretación justa de las cosas, de los acontecimientos; una interpretación lo más verídica posible, lo menos subjetiva posible.

Puede haber cosas en las que yo pueda coincidir con los norteamericanos, en algunas de las apreciaciones.

Tengo amistad con casi todos los soviéticos, que están aquí, mucho respeto por ellos y, realmente, veo una gran consideración; no quiere decir que todos mis puntos de vista sobre la Crisis de Octubre coincidan exactamente con los de ellos. Tenía entendido que en algún momento dado me tocaría hacer alguna exposición, lo que he ido diciendo por el camino me ahorra a mí y les ahorra a ustedes que tenga que hacer una intervención larga; cuando me toque hablar voy a referirme, principalmente, a algunas cosas esenciales: los orígenes de la crisis, cómo se gesta, cómo se hacen los primeros contactos, mis apreciaciones. Tengo mis apreciaciones sobre las motivaciones, y no es que las tenga aquí, sino que las tengo en los papeles hace muchos años; tengo mis puntos de vista sobre eso y puedo exponerlos.

Ya el haber tenido la posibilidad de abordar algunas de estas cosas limita lo que va quedando ya de lo que pueda decir, que tenga algún valor para los objetivos fundamentales de esta reunión.

Les doy la palabra, si quieren hacer cualquier pregunta, si la presidencia me lo permite, ese juego de preguntas y respuestas. Estoy dispuesto a responder aquí ahora y adelantamos, si quieren. Que decida el presidente.

OLEG TROYANOVSKI.- Creo que podemos hacer un receso ahora, tal vez un poco más corto que de costumbre, de 15 o 20 minutos, digamos, ¿o hay alguna otra proposición?

[RECESO]

OLEG TROYANOVSKI.- Hemos acabado de escuchar ahora una intervención importante e interesante de Fidel Castro. Creo que todos queremos meditar debidamente sobre esta intervención, sobre todo porque contiene una serie de planteamientos sustanciales. Además, nos queda poco tiempo antes de salir para la recepción hoy, por eso propondría dedicar la media hora que nos queda a discutir algunas cuestiones particulares relacionadas con la crisis, si estas surgieran.

Mañana, según entiendo, escucharemos entonces al compañero Fidel Castro en relación con la crisis, si no hay objeciones, entonces procederemos así.

Tiene la palabra Serguei Jruschov.

SERGUEI JRUSCHOV.- Gracias.

Esta es una pregunta vieja que he hecho más de una vez, pero ahora finalmente me parece que en la delegación norteamericana hay una persona que estuve esperando mucho tiempo. Por eso mi pregunta es para Ray Kline.

Él relató que con ayuda de los satélites se descubrió que la Unión Soviética contaba con mucho menos cohetes de los que suponían los norteamericanos.

canos. A mi juicio, parece, es un elemento muy importante en toda esta historia, porque sabemos que a partir primeramente de la guerra fría, la Unión Soviética vivió bajo la amenaza de un golpe nuclear norteamericano —no hablo ya de los planes norteamericanos, sino de nuestras percepciones— y estuvo buscando permanentemente la posibilidad de dar un golpe de respuesta. Y por vez primera Jruschov percibió que esa posibilidad estaba surgiendo cuando comenzaron a aparecer en nuestro país los cohetes.

A partir de la Crisis del Canal de Suez, se llevó una política en la que exagerábamos varias veces nuestras posibilidades. Por esa razón nos negábamos al “espacio abierto”, porque los norteamericanos habrían conocido que nosotros lamentablemente no teníamos lo que decíamos tener. Recuerdo cuando Jruschov dijo por vez primera que estábamos haciendo cohetes como si fueran salchichas. Yo era entonces muy joven. Fui a verlo por la noche y le dije: “¿Cómo es que tú puedes decir que estamos haciendo cohetes como si fueran salchichas, cuando sé que son, no recuerdo bien, solo dos o tres?” Y él me dijo: “No es tan importante cuántos tenemos, lo importante es que los norteamericanos creen que tenemos muchos, y así no nos van a atacar”.

Y sobre esa base se estructuró la política, según la cual amenazábamos con unos cohetes que no teníamos. Recordamos que así sucedió cuando la Crisis del Canal de Suez, la crisis de Iraq y otras muchas.

La Unión Soviética tropezó por vez primera en 1962 con que los norteamericanos conocían la correlación de fuerzas real en materia de cohetes. Siempre consideré que fue un mérito de Penkowsky. Mi primera pregunta, o una parte de ella, es en qué grado sería la información obtenida por Penkowsky.

Y la segunda. Hasta donde supimos, los norteamericanos habían comenzado su programa de vuelos de reconocimiento en el cosmos. Y, según siempre he considerado, en 1962 ese sistema todavía no era capaz de fotografiar realmente todo el territorio de la Unión Soviética y conocer con toda seriedad cuántos cohetes había allá. Recuerdo que encontrábamos cápsulas de aquel satélite de reconocimiento hasta en Kazajstán. Es cierto que en aquel entonces no pudimos revelar la película, pero así era. Es decir, caían en distintos sitios, y su sistema era poco operativo.

Mi pregunta es, ¿cuál es la correlación, según sus conocimientos, entre los servicios de Inteligencia, en particular el papel de Penkowsky y qué grado de seriedad tuvo entonces el funcionamiento de las exploraciones cósmicas?

Y una última breve pregunta a Ray Garthoff, y seguidamente también para Anatoli Iváriovich Gribkov que dijo que el regimiento de 33 bombarderos IL-28 no había llegado a Cuba, mientras Ray dijo que eran 42, es decir, hay sencillamente incongruencia en las cifras.

Gracias.

OLEG TROYANOVSKI.- Por favor, señor Kline.

RAY S. KLINE.- Creo que Penkowsky fue una fuente muy importante de información para los servicios de Inteligencia en Washington, él nos facilitó cientos y cientos de documentos. Él no era un oficial operativo corriente, él logró suministrarle a la CIA, literalmente, miles de páginas de documentos acerca de la estructura del sistema militar. No obstante, cuando recibíamos esos documentos no sabíamos, me refiero a 1960 y 1961, cuáles eran las verdaderas estadísticas de entonces, y el Pentágono, y en particular la fuerza aérea estábamos plenamente convencidos de que la Unión Soviética tenía cientos de misiles.

En agosto de 1961, según recuerdo, realizamos la primera misión de reconocimiento por satélite eficaz. Les recuerdo que este es un logro extraordinario; los satélites volaban a 90 millas de altitud y así obteníamos fotografías y teníamos expertos que nos permitían saber qué era lo que veíamos. Le daban la vuelta al mundo cada 90 minutos, como les dije antes, y al girar el mundo se puede atravesar la Unión Soviética logrando una extraordinaria cobertura de ese país. Ese fue el objetivo, precisamente, de colocar los satélites en órbita. Hay 11 zonas horarias en la Unión Soviética y así pudimos abarcarlas.

Lo que quiero decir es que la fotografía obtenida por los satélites fue la diferencia clave y lo que hizo que Estados Unidos estimara que ya podía sentirse confiado y seguro.

Creo recordar que en el otoño de 1961 abarcamos casi todos los sistemas ferroviarios y las principales carreteras en las ciudades, y decidimos que la Unión Soviética tenía solamente 25 misiles en ese momento, fines de 1961 e, incluso, no estábamos seguros de cuántos tenían exactamente, pero sabíamos que no eran más de 25.

Ya para 1962, al acercarse la Crisis Cubana de los Misiles en octubre, pensamos que tenían unos 50, quizás, no estoy totalmente seguro de cuál era la cifra. Sí conocíamos que el Minuteman de Estados Unidos creaba un sistema de producción de fuego muy rápido, y pensábamos que estábamos tan a la zaga de la Unión Soviética, que realmente hicimos lo increíble por fabricar los misiles del tipo Minuteman, y en septiembre y octubre de 1962 le dimos la vuelta al mundo y comprobamos que teníamos cuatro veces más misiles Minuteman que la Unión Soviética, y en muchos casos esos misiles soviéticos incluso no eran operacionales entonces, estaban emplazados en lugares no con el objetivo de ser disparados, sino de ser sometidos a prueba; solo en ese momento supimos qué estaba ocurriendo.

Como les dije previamente, creo que convencimos al presidente Kennedy de que él contaba con un equilibrio de poder superior en la esfera de los misiles intercontinentales, pero él nunca pensó que Jruschov iba a ubicar los misiles en Cuba, pensaba que eso era un error. Y debo confesarles que cuando hablamos con él durante ese verano tenía muchas dudas en ese sentido, decía que debíamos aceptar los criterios de Jruschov, que estaba

siendo muy cordial con nosotros. Jruschov dijo que iba a ayudar a Kennedy en las elecciones del otoño de 1962, las elecciones del congreso, y yo estaba bastante seguro de que el presidente Kennedy pensó que había poca posibilidad de que se emplazaran los cohetes en Cuba.

Sí dijo —recuerdo que fue el 11 de septiembre— que si las armas ofensivas llegaban a Cuba, se produciría una grave crisis. No estoy seguro de que esas hayan sido las palabras exactas, pero sí expresó en público el criterio de que se produciría un enfrentamiento real si se enviaban misiles a Cuba, y aún no comprendo por qué Nikita Jruschov decidió hacerlo, para mí es muy difícil entender por qué asumió este riesgo. En mi opinión fue un error, era un hombre muy listo, muy dinámico, tenía muchas ideas políticas; pero creo que de alguna forma, quizás porque quería ayudar en la defensa de Cuba, quizás porque deseaba aunar un régimen comunista en el Caribe, se excedió.

Pero yo estaba plenamente convencido de que si Jruschov y Kennedy lograban tratarse de una forma razonablemente amistosa, los misiles tendrían que ser sacados de Cuba, nunca lo puse en duda.

Y una vez el presidente Kennedy dijo que él sentía que había sido engañado, en particular por Gromiko. Gromiko visitó la Casa Blanca a mediados de la primera semana de la crisis y, evidentemente, Gromiko mintió al respecto.

Yo confiaba en que si Kennedy y Jruschov podían ser razonablemente amistosos como lo eran antes de que se produjera la crisis, podríamos lograr que se sacaran los misiles de Cuba. Esto, por supuesto, era especulativo, no era ninguna certeza. La Inteligencia no hace política, simplemente informa cuáles son las realidades; pero de cualquier forma, pensaba que estos fueron los principales errores que cometió Nikita Jruschov.

OLEG TROYANOVSKI.- Gracias. Al parecer, el señor Garthoff también quiere añadir algo.

RAYMOND GARTHOFF.- Quería también, brevemente, añadir algo a lo que Ray Kline ha dicho.

Primero, debo decir que yo fui al Departamento de Estado en septiembre de 1961, durante la Crisis de los Misiles, pero en años anteriores había estado trabajando en asuntos soviéticos con el antecesor de Kline en la CIA. Estuve allí, por ejemplo, durante la época de Penkowsky, la mayor parte del tiempo, y quizás fui uno de los pocos que leyó esos cientos de documentos que nos suministró. Era una información muy valiosa; pero parte del material que nos entregó también eran rumores que él había recogido, comentarios y chismes recogidos en el Ministerio de Defensa y otros lugares, algunos interesantes y quizás ciertos, algunos interesantes, pero quizás inciertos. A veces era difícil determinarlo, dependía mucho del tipo de información y de la fuente.

Por ejemplo, él sí nos entregó toda la caracterización y los datos de los sistemas R-12 y R-14, conocimos estas designaciones por él, dicho sea de

paso, esas designaciones rusas de lo que nosotros llamamos misiles SS-4 y el SS-5, jamás se vieron en público, excepto, en la primera edición de mi libro sobre la Crisis de los Misiles de octubre de 1967 y después oficialmente en diciembre de 1987, con relación al Tratado INF.

Volviendo al tema, él no nos dijo, al menos él no conoció a tiempo para informarnos acerca del envío de los misiles a Cuba. Sí nos dio una información, que en parte fue útil y en parte no, con relación a las intenciones en la crisis de Berlín en 1961; él había comenzado a ofrecer información en abril de 1961, y esto se mantuvo hasta poco antes de ser detenido el 22 de octubre de 1962.

Si se me permite enmendar ligeramente lo que Ray Kline acaba de expresar. La primera misión de reconocimiento aéreo exitosa fue en agosto de 1960, no de 1961. Comenzamos a obtener información útil a principios de 1961, lo que le permitió al secretario McNamara, cuando asumió el cargo en febrero, formular una declaración —quizás algo prematura en lo político— de que no tenían ninguna superioridad en misiles, después que el presidente Kennedy había ganado las elecciones con una campaña electoral que justamente afirmaba lo contrario.

Durante el transcurso de 1961, se realizaron algunas misiones exitosas que evidenciaban cada vez con más claridad y certeza que en ese momento, solo cuatro rampas de lanzamiento de cohetes balísticos intercontinentales (ICBM) soviéticos eran operacionales con el primer sistema operacional, de lo que nosotros llamamos el SS-6; pero en 1961 ya estaban construyendo para el segundo sistema que nosotros llamamos SS-7, y —como dijo Ray, acertadamente— nuestro estimado durante la Crisis de Octubre era que había probablemente de 50 a 75 operacionales. Posteriormente, y en retrospectiva, revisamos esta cifra y la redujimos a 44. El general Volkogónov dijo que había 20 más o menos, lo que yo interpreté como 24, eso era correcto. Esto no era muy distinto de lo que nosotros pensábamos, ya que estos misiles llegaban en grupos de a 10. Nosotros, por supuesto, desconocíamos cuándo cada complejo era operacional; cuándo se había concluido la construcción y todo estaba en su lugar; cuando observábamos que tenían todo lo necesario para disparar los misiles, entonces lo contábamos como operacional, de manera que quizás había solo 24 cuando creíamos que había 44, pero lo cierto es que la cifra era bastante reducida, y en ese momento no aumentaba con rapidez.

En esa misma época, octubre de 1962, nosotros también nos apuramos en emplazar algunos cohetes, y el 31 de octubre ya teníamos 172 ICBM operacionales en estado de alerta y 144 misiles Polaris en alta mar preparados.

Ni hablar sobre la diferencia en cuanto a bombarderos, donde nosotros teníamos 1 450 bombarderos estratégicos en posición de alerta, con una cara total de 2 952 armas en los misiles intercontinentales y 144 en los portados por submarinos.

De manera que la diferencia entre las fuerzas estratégicas e intercontinentales soviéticas y norteamericanas en condición operacional era sustantiva. Los R-12 en Cuba, quizás podían duplicar la fuerza soviética si eran disparados primero, y si atacaban blancos blandos en Estados Unidos, blancos estáticos, para los cuales no había suficientes ICBM en la Unión Soviética en esa época.

En este sentido contribuyó bastante a alterar el equilibrio estratégico, pero realmente no influyó de manera significativa en el equilibrio estratégico, porque, incluso, si una parte de la fuerza estadounidense hubiera sido destruida antes de ser lanzada, quedaba una desproporción considerable en términos de las capacidades de ambas partes.

En cuanto al comentario general hecho por Ray de que al final existía el criterio, muy fuerte por cierto, de que Jruschov no podía ni debía emplazar misiles en Cuba, incluso, después de ese error en el estimado que se publicó el 19 de septiembre de 1962, en el cual la Comunidad de Inteligencia decía que, sopesando los pro y los contra, entendía que la Unión Soviética no emplazaría misiles en Cuba. Cuando se demostró que esto era incorrecto, uno de los principales encargados de los estimados de la CIA insistió en que nosotros no estábamos equivocados, que Jruschov era quien se había equivocado.

OLEG TROYANOVSKI.- El señor McNamara quería añadir algo.

ROBERT S. MCNAMARA.- Señor presidente, sé que ya todos queremos marcharnos y que esta reunión concluya en un clima ameno, pero quiero decirles que considero que hemos escuchado pronunciamientos extraordinarios y muy interesantes del presidente.

Deseo agradecerle al señor Presidente que se haya tomado el tiempo para compartir aquí con nosotros, y que haya respondido como lo hizo, y realmente tengo muchos deseos de escuchar su exposición mañana.

Pero para terminar en un tono jocoso. Ray Garthoff tiene mucha razón al recordar que cuando nos dimos cuenta de que había superioridad coheteril, pero en favor nuestro, ya se había hecho una campaña política que culminó con la elección del presidente Kennedy en noviembre de 1960, basada en parte en la superioridad coheteril soviética. Así que cuando asumí el cargo de secretario de Defensa el 20 de enero, pensé que lo primero que tenía que hacer era evaluar la magnitud de esa disparidad y eliminarla. Mi subsecretario y yo dedicamos, aproximadamente, el 50% de nuestro tiempo durante las primeras tres semanas, y descubrimos que sí había una disparidad, pero Estados Unidos tenía la superioridad y los soviéticos tenían una posición inferior, que era exactamente lo contrario de lo que se había dicho durante la campaña. Esto era bueno y malo al mismo tiempo. Era bueno porque éramos más fuertes y era malo porque tendríamos que dar muchas explicaciones si alguien se enteraba.

Tres semanas después de ocupar mi nuevo cargo, mi oficial de relaciones públicas me dice que debía reunirme con la prensa del Pentágono. Yo

le respondí que no estaba listo, que acababa de llegar allí y no sabía ni “J” de aquel lugar, pero él insistió: “No, no, son buena gente y debes verlas”. Así que nos reunimos en un salón que era la mitad de este, las puertas estaban cerradas, era la 1:30 de la tarde. Para empezar, yo había entendido que esta era una reunión *off the record* y la primera pregunta que me hicieron fue: “Señor Secretario, ya hace tres semanas que ocupa usted su cargo, ¿qué sabe acerca de la disparidad coheteril?” Dije: “Bueno, que yo sepa no hay ninguna y si la hay es en favor nuestro”. Echaron abajo la puerta y el salón quedó vacío. No exagero, en la edición de la tarde del *Washington Star* se afirmaba: “McNamara declara que no hay ninguna disparidad coheteril”. Al día siguiente, el senador Dirksen, líder del Senado, pidió la renuncia del presidente Kennedy, porque había ganado las elecciones sobre bases falsas; así que fui a ver a Kennedy y le dije: “¡Por Dios, señor presidente, me trajo aquí para ayudarlo y solamente lo he ayudado a destruir los basamentos de sus elecciones, yo renuncio!” Él me dijo: “Vamos, Bob, deja eso, todos cometemos errores”. Así terminó la disparidad de los misiles, aproximadamente a mediados de febrero de 1961.

OLEG TROYANOVSKI.- Gracias, ¿usted quiere decir algo más?, creo que nos queda tiempo solo para...

CMDTE. EN JEFE FIDEL CASTRO.- Solo una pregunta al señor McNamara, no sé si se sale de la Crisis de Octubre, o no. ¿Cuándo se alcanzó la paridad estratégica de la que se ha hablado tanto en los últimos años, a raíz de las negociaciones entre Estados Unidos y la URSS?

ROBERT S. MCNAMARA.- Señor Presidente, espero que en algún momento usted y yo podamos hablar con tiempo de esto, es un problema muy importante. Lo conversé con algunos soviéticos en 1983; estábamos definiendo la paridad, la disuasión, la distensión, la suficiencia, el equilibrio y demás, uno me hizo esa misma pregunta y le respondí: “No puedo decirle cuándo se logró el equilibrio nuclear, si por equilibrio entendemos paridad disuasiva, pero sí puedo decirle cuándo existió”, y en este sentido difiero algo de lo dicho por Ray Kline en la mañana de hoy, y para los que no estuvieron presentes en las reuniones anteriores, esto se ha debatido mucho.

Les dije lo siguiente, señor Presidente: “Considero que la paridad existía en octubre de 1962, y por ello nunca he considerado que el traslado de los misiles a Cuba cambiara el equilibrio estratégico, porque la paridad ya existía antes de que los misiles llegaran a Cuba. Había un gran desequilibrio en cifras, y nosotros habíamos calculado, quizás excesivamente, las fuerzas soviéticas, la cantidad de ojivas estratégicas totales. Habíamos calculado una proporción de 5 000 a 300, cómo podía entonces decir que había paridad, porque en Estados Unidos —a diferencia de lo que pensaban los soviéticos, y ellos estaban equivocados, aunque tenían razón para estar equivocados— nosotros no creíamos que teníamos la capacidad para asestar el primer golpe, no lo creíamos antes de la Crisis de Octubre ni durante la

crisis cuando era una cuestión a considerar. No pensábamos, ni Kennedy ni yo, que podíamos lanzar las 5 000 ojivas contra la Unión Soviética y destruir una cantidad suficiente de lo que pensábamos, eran 300 ojivas, quizás menos, pero una cantidad tal que la cifra restante no pudiera hacernos daños inaceptables a nosotros.

Por eso, ni Kennedy ni yo consideramos, antes de que los misiles estuvieran emplazados en Cuba, que teníamos la capacidad de dar el primer golpe. Los soviéticos pueden haber pensado que lo teníamos, y si lo pensaron quizás trataron de hacernos cambiar de opinión, pero nosotros no teníamos la capacidad del primer golpe antes del emplazamiento de los misiles. Después de su emplazamiento —y permítanme volver atrás un momento— no teníamos la capacidad del primer golpe, pero sí teníamos confianza en nuestra disuasión, confiábamos en que nuestras 5 000 ojivas disuadirían a los soviéticos de utilizar sus 300 para dar un primer golpe; pensábamos que los estábamos disuadiendo. Después que ellos emplazaran los misiles en Cuba ya no teníamos la capacidad del primer golpe —en realidad nunca la tuvimos antes y así que tampoco podíamos tenerla después—, pero después que los misiles se emplazaron en Cuba seguimos estando plenamente confiados en que estábamos disuadiendo a los soviéticos para que no dieran el primer golpe nuclear debido al tremendo desequilibrio.

Sé que esto puede sonar muy absurdo; se habla de equilibrio, y digo que existía un equilibrio en octubre de 1962 cuando nosotros teníamos 5 000 y ellos tenían 300. Parece absurdo, pero en términos de disuasión estratégica sí había un equilibrio.

Gracias.

OLEG TROYANOVSKI.- Creo que nos queda tiempo para una sola pregunta y el general, que tengo a mi lado, quiere hacerla.

A. I. GRIBKOV.- Nosotros recibimos una información en octubre de 1962, de que la agrupación de fuerzas que se estaba preparando, es decir, las seis o siete divisiones, comprendían también una parte de las fuerzas armadas de Argentina, Venezuela y República Dominicana, y estaban listas para designar una parte de sus fuerzas armadas: Ecuador, Colombia, Costa Rica, Perú, Honduras, Haití, Guatemala y Nicaragua. No las llegaron a asignar pero estaban dispuestos a hacerlo.

Quisiera saber si esa información que nos había llegado era correcta o no. Es decir, si era real o no.

OLEG TROYANOVSKI.- ¿Quién podría responder a esa pregunta?

WILLIAN W. SMITH.- Ciertamente, en aquel momento queríamos tener el mayor apoyo dentro del grupo de la Alianza para el Progreso, como dijo el embajador Ed Martin; pero, que yo supiera, no teníamos intención de que estas fuerzas participaran en ningún tipo de combate, aunque no fuera más que porque resultaba demasiado complejo. Ya era bastante difícil cuando teníamos que trasladar los efectivos norteamericanos, ni qué decir de

coordinarlos y lograr que lucharan juntos. En realidad, no había necesidad de que participaran otras fuerzas ni había tiempo para organizarlas para que tuvieran una participación importante.

RAYMOND GARTHOFF.- Si recuerdo bien, al menos, hubo algunos análisis y cierta planificación, y puede que también hubiera algún tipo de compromiso por parte de embarcaciones brasileras y de otras a participar, en forma simbólica, como complemento de la fuerza de cuarentena. Pero no se consideró el uso de fuerzas terrestres o de fuerzas aéreas de ningún otro país y fue más bien algo simbólico.

Ya que tengo el uso de la palabra quiero referirme a otro tema.

El Departamento de Estado acaba de dar a conocer, hace apenas algunas semanas, el último volumen acerca de las relaciones exteriores de Estados Unidos, con más de 1 200 páginas de documentos que antes estaban clasificados y que tienen que ver con diferentes aspectos de las relaciones exteriores de Estados Unidos con Cuba en los años 1958, 1959 y 1960, e incluye el texto de las reuniones del Consejo de Seguridad Nacional, aunque con algunas omisiones, particularmente la reunión en marzo de 1960, a la cual ya nos referimos, donde se debatió la creación de una fuerza integrada por emigrados cubanos; también hay algunos informes acerca del número de cuadros u oficiales reclutados y el programa de entrenamiento, ya en marcha. Es decir, tiene que ver con las relaciones exteriores de Estados Unidos, no solo con el Departamento de Estado y si bien no lo incluye todo, sí abarca una gran parte de una información que antes era secreta sobre diferentes aspectos de la política y las relaciones de Estados Unidos con Cuba. Para mí será un placer hacérselo llegar a la delegación cubana al final de la conferencia.

He hablado con los historiadores del Departamento de Estado y tienen pensado publicar dos volúmenes sobre la política de Estados Unidos hacia Cuba en los años 1961, 1962 y 1963: uno que incluye el período hasta la Crisis de los Misiles y otro después de la crisis hasta finales de 1963. Pero estos volúmenes no se publicarán hasta 1993, sin embargo, aquí tengo materiales a los cuales me refiero por su relación con el debate que tuvimos en la tarde de hoy y creo que pueden resultar de interés, además de subrayar nuestra disposición a esclarecer la historia, facilitando información que se consideraba secreta pero que ahora puede ayudarnos a comprenderla.

OLEG TROYANOVSKI.- Muchas gracias.

Creo que aquí debemos concluir.

Quisiera recordarles que a las 6:30 tenemos la recepción en la Oficina de Intereses de Estados Unidos, y se me pidió que informara que están invitados todos, independientemente de si recibieron o no invitaciones por escrito. Mañana la sesión continuará a las 9:00 de la mañana.

Cuarta Sesión: 11 de enero de 1992

OLEG TROYANOVSKI.- Como hemos entendido, hoy preside la delegación de Estados Unidos, y si están listos, el resto también lo estamos.

ROBERT S. MCNAMARA.- Señor presidente, señor embajador, creo que el señor Blight va a presidir la sesión de la mañana.

JAMES G. BLIGHT.- Gracias, señor embajador.

Desearía comenzar dando las gracias a los anfitriones cubanos, en especial en lo tocante al grado de improvisación que ha habido durante la conferencia, las contribuciones, para hacerla mucho más eficaz de lo que teníamos pensado.

Tengo entendido que en el día de hoy hemos de tener el privilegio, por primera vez, de escuchar del Presidente Castro una presentación íntegra, lo más amplia posible de lo que ha seguido siendo un misterio para todos los estadounidenses que hemos estudiado este asunto, es decir, la perspectiva de los cubanos, el punto de vista de los cubanos, la realidad cubana durante lo que en Estados Unidos hemos denominado la Crisis de los Misiles.

Quizás irónicamente pudiera añadir que Cuba —en nuestra opinión— fue dejada al margen de la Crisis de los Misiles, proceso en el cual han participado los tres países, en Moscú, Antigua y en Cuba, ha tratado de solucionar un desequilibrio que dura muchos decenios.

En mi calidad de presidente, quisiera invitar al anfitrión, al señor Presidente Castro a que inicie la sesión.

CMDTE. EN JEFE FIDEL CASTRO.- Otra sorpresa, pensaba que esta mañana íbamos a discutir un punto que traía la delegación norteamericana y que, tal vez, la intervención mía sería en horas de la tarde. Pero, de todas formas, creo que puedo hacer un esfuerzo, si ustedes prefieren que en este caso yo intervenga. Puede ser que necesite alguna ayudita, algún papel; creo que tengo las ideas esenciales para hablar en este mismo momento.

Si no soy muy extenso, no piensen que lo hago por dejar de dar información, sino, realmente, porque no quiero hacer un tradicional discurso de dos horas y media o tres, y sí resumir lo más posible las ideas y consagrarme a aquellas cosas que me parecen esenciales.

Debo tener en cuenta todo lo que se ha discutido en estos dos días previos y no quiero repetir ninguna de esas cuestiones.

En mi opinión, muchas cosas han quedado esclarecidas aquí; creo que, en realidad, ha sido muy rica esta reunión, al menos para mí, que no tuve la posibilidad de participar en las anteriores. Ignoro cada una de las cosas que se han dicho, las conozco solo en términos muy generales, y por eso pienso que debo limitarme a aquellas que por su carácter no han podido ser informadas en otras reuniones.

Debo empezar por decir que al analizar una etapa como esta, es necesario informar la participación que en ella tuvieron distintas personalidades, dos

de ellas son personalidades muy importantes de nuestra época: Jruschov y Kennedy, hacia las cuales guardo un gran respeto. A Jruschov por las pruebas de amistad que dio hacia nuestro país en momentos sumamente difíciles; siempre lo vi con simpatía, pude conocerlo personalmente.

Recuerdo cuando, a raíz de una reunión de jefes de Estado en Naciones Unidas, él me fue a visitar al hotel Teresa, donde había sido prácticamente confinado en aquellos días, por el nivel grande de hostilidad que me encontré en el ambiente y porque, virtualmente, me botaron del hotel. Entonces tenía dos alternativas: o irme con una casa de campaña para el patio de Naciones Unidas, o irme para el hotel Teresa. Allí me recibieron muy bien, y recibí la visita de numerosos jefes de Estado, entre ellos la de Jruschov; fue una gran deferencia, en realidad.

Se comportó con nosotros extraordinariamente bien; siempre que solicitamos algo de él, hizo todo lo posible, lo que estaba a su alcance para acceder a cualquier solicitud nuestra. Me daba la impresión de un hombre más bien campesino, esa era la impresión que daba Jruschov, de un campesino astuto; pero no solo un campesino astuto, sino también un hombre inteligente, ¡muy inteligente!, un hombre audaz y valiente. Son las impresiones que saqué personalmente de él.

También tenía una apreciación acerca de las cualidades personales de Kennedy, independientemente de los conflictos que surgieron entre su administración y la nuestra, como las de un hombre de talento, un hombre también valiente y un hombre con las condiciones para dirigir su país. Cometió errores pero tuvo aciertos, fue el personaje principal de la dirección de Estados Unidos en medio de la Crisis de Octubre, tuvo ideas nuevas, algunas de ellas brillantes o, por lo menos, muy inteligentes, como fue la idea de la Alianza para el Progreso y, a mi juicio, con la autoridad que adquirió después de la Crisis de Octubre, precisamente, que es cuando se consolida su liderazgo en Estados Unidos, pudo haber sido uno de los presidentes o quizá presidente en mejores condiciones de rectificar algunas cosas de la política norteamericana con relación a Cuba, de lo cual tuve pruebas, precisamente, el día de su muerte.

Me encontraba conversando esa mañana con un periodista francés, Jean Daniel, que había tenido una larga entrevista con él, y a quien le pidió que viniera a Cuba y conversara conmigo; realmente, me transmitía un mensaje. Mientras conversábamos, por la radio dan la noticia del atentado en Dallas. Vean cuántas coincidencias se han producido en todo esto.

Por lo que aquel periodista me dijo, pude apreciar a un hombre reflexionando en la posibilidad de realizar intercambios y buscar alguna solución a los problemas con Cuba, ya que empezó pidiéndole que me transmitiera hasta qué grado había sido el peligro de una guerra nuclear, que si yo estaba consciente de eso, y quería sobre todos estos temas un intercambio de opiniones que se hizo innecesario, porque estábamos en plena conversa-

ción cuando llegó la noticia de su muerte. Es decir, lo considero un hombre capaz por su autoridad, por su talento, de rectificar algunos aspectos de la política norteamericana con relación a Cuba.

He explicado esto, lo digo con mucha sinceridad, para fundamentar por qué siento respeto y guardo consideración hacia aquellas personalidades históricas, y no tengo, en lo más mínimo, intención de decir cosas para herir a nadie o para agraviar la memoria de nadie.

Con relación a los antecedentes más inmediatos del problema que surgiría después, tenemos la cuestión de Bahía de Cochinos. No culpo a Kennedy de Bahía de Cochinos; realmente, Kennedy recibe una herencia de la administración anterior, ya están tomadas las decisiones, ya está todo preparado, Kennedy está recién electo, recién acababa de tomar posesión, se veía con un problema muy serio, se había comprometido, de cierta forma, en los días de la campaña electoral en algunos discursos con relación a Cuba; pero la impresión que tengo es que a él no le gustaba aquella operación. Es cierto que tenía autoridad constitucional para haberla detenido, pero no basta solo la autoridad institucional; muchas veces para resolver determinados problemas hace falta una autoridad moral y política grande, que no suelen tener en las primeras semanas de gobierno las administraciones de Estados Unidos, y a veces no suelen tenerla durante todo el primer período presidencial. Observen ustedes que muchas veces se dice que un presidente no puede resolver tal cuestión en el primer mandato porque todavía están pendientes las otras elecciones y la podría resolver en un segundo mandato. De modo que no lo culpo de la invasión de Girón y, en cierta forma, hay que reconocer que fue muy sereno a raíz de los acontecimientos.

Como aquí se dijo, aquello significó un desastre político; por su envergadura no puede compararse como desastre militar con otros desastres militares, pero también desde el punto de vista militar, y en la escala en que se produjeron allí los combates, resultó un desastre. Fue una prueba dura para Kennedy, y diría que en ese momento demostró dolor. (...) pronunció al asumir toda la responsabilidad por los hechos de que la victoria tenía muchos padres y la derrota era huérfana.

Él pudo haber tomado la decisión de (...) a las tropas norteamericanas y a la escuadra norteamericana que participaron. Los combates de Girón se libraron (...) y de los buques de guerra norteamericanos, que estaban a tres millas de nuestra costa. Eso lo pude ver en el momento en que entramos en Girón, en horas del anochecer del día 19 de abril de 1961; ahí estaban las encuadras con las luces apagadas, todas en zafarrancho de combate y fueron testigos de todo lo que ocurrió, estaban listas para actuar.

Incluso, los planes de Girón presuponían la intervención de fuerzas militares ulteriormente, porque el objetivo era establecer un gobierno, reconocerlo y apoyarlo con tropas. Es decir que ya en los planes de Girón existía

la premisa de la utilización de fuerzas militares contra nuestro país, la intervención, la invasión; porque, naturalmente, aquellas tropas que desembarcaron, aquellas fuerzas no tenían apoyo en nuestro pueblo y no podían hacer nada, solo sostenerse allí, quizás en un pedazo de territorio, y crear en Cuba una especie de Taiwán o algo parecido. Pero todo el plan sabemos que suponía un reconocimiento y detrás del reconocimiento la intervención. Así ocurrió siempre.

Es decir que si Kennedy no tiene serenidad y no tiene valentía en ese momento, no toma plena conciencia de lo erróneo de aquella operación, desde todo punto de vista, militar y político —Kennedy, indiscutiblemente, tenía mucha preocupación por la opinión pública latinoamericana, no quería entrenar su administración con un hecho de esa naturaleza— decide no dar la orden a las fuerzas norteamericanas de intervenir.

Aquella habría sido una guerra muy sangrienta, y no sé si el número de bajas, en lo que se refiere a nuestro país, habría sido tan alto, quizás, como si se produjera una intervención en los meses de la Crisis de Octubre de 1962. No hay duda de que aquella habría sido una guerra de otro carácter y de consecuencias imprevisibles; pero, a pesar de eso, se dieron cálculos o estimados de víctimas.

En aquella época, en abril de 1961, en nuestro país, había cientos de miles de hombres y mujeres armados, y las armas estaban distribuidas por todo el país, en montañas, en llanos, en ciudades, en todas partes. Se habría producido, sin duda, una resistencia enorme por parte de la población que estaba armada y acababa de salir, precisamente, de una guerra, estaban muy frescas todas las tradiciones guerrilleras. Nuestro pueblo se había tenido que enfrentar a un ejército bien armado, que llegó a tener alrededor de 80 000 hombres sobre las arenas, y cuando la guerra concluyó, apenas nosotros teníamos unas 3 000 armas de guerra, y ya en ese momento podríamos calcular alrededor de 300 000 hombres y mujeres sobre las armas, o en capacidad de armarse y, en cierta forma, organizados y preparados. Teníamos también ya algunos cañones, artillería, algunos tanques, donde el personal recibió un entrenamiento muy rápido, acelerado. Les preguntaba a los primeros asesores —ya en esa época teníamos algunos especialistas de Checoslovaquia y de la URSS que nos estaban enseñando a manejar las armas, y había un montón de cañones y de piezas antiaéreas— si ellos podían entrenar a todo el personal que hacía (...) aquel era un programa de años casi y nosotros lo hicimos en cuestión de semanas, porque lo que aprendían por la mañana, lo enseñaban por la tarde nuestros compañeros en distintos campamentos que organizamos. Había una gran efervescencia en la población, y tal vez todavía estaríamos luchando si se llega a producir una intervención en el año 1961.

Eso habría significado para nuestro país quizás cientos de miles de vidas; también habría resultado pérdidas de magnitud, en una lucha prolongada, para los que ocuparan nuestro territorio.

Por eso digo que, al contrario, debemos atribuirle a Kennedy el sentido común y la sensatez de no haber ordenado la intervención de las tropas norteamericanas en ese momento, y sé de presidentes que no habrían pensado ni tres minutos en ordenar intervenir a las tropas norteamericanas. Cuento esto para que ustedes comprendan el por qué de nuestra valoración de la conducta que asumió el presidente Kennedy en ese momento.

En Girón están los antecedentes de la Crisis de Octubre, porque no hay duda de que para Kennedy significó un golpe político fuerte, quedó muy amargado con aquellos acontecimientos, muy dolido con todos aquellos acontecimientos, y ya a partir de ese momento la cuestión de Cuba adquiere para él una connotación especial, y eso se reflejaba en las relaciones entre los dos países.

No voy a hablar de operaciones clandestinas, acciones de sabotaje, que fueron continuas durante ese período; no me voy a referir a los problemas relacionados con planes de atentados; todas esas cosas, de una forma o de otra, ocurrieron desgraciadamente en aquel período, pero no es el objeto de nuestro análisis.

Sí quedó el hecho de una gran amargura en Kennedy, un propósito de que de una manera u otra debía de finalizar el proceso revolucionario en Cuba. Él utilizó también instrumentos y estrategias políticas, y cito —como citaba yo— el ejemplo de la Alianza para el Progreso, cambiar las condiciones objetivas, porque sabía que las condiciones objetivas en América Latina eran, como lo son hoy todavía, propicias realmente para las explosiones sociales, y quería abordar la cuestión desde ese ángulo.

Debemos recordar que después de la crisis de Bahía de Cochinos vino una reunión de Kennedy con Jruschov, y, según las noticias que recibimos, Jruschov recibió con preocupación los pronunciamientos de Kennedy respecto a Cuba. Estaría por precisar más con algunos de los personajes que intervinieron, si fue ese el momento en que se habló de Hungría, o que Kennedy se refirió a Hungría y a que ellos habían resuelto el problema en Hungría y que todavía Estados Unidos no había podido resolver el problema de Cuba; si eso tiene lugar en la conversación de Viena, porque no tengo medios ahora de precisar eso —Darusénkov piensa que sí—. También existe la versión de una conversación del yerno de Jruschov, que creo que era director de *Izvestia*, Adzhubei, que viajó a Estados Unidos y tiene una conversación con Kennedy. He escuchado a los compañeros hablar de la conversación de Adzhubei con Kennedy en que se menciona lo de Hungría y no sabían resolverlo, y ellos lo entendieron como una advertencia, como una afirmación, de que pensaban de una forma o de otra resolver el problema de Cuba.

Recuerdo que nos visitó Adzhubei en un momento determinado —tampoco recuerdo la fecha exacta, si fue después del viaje a Washington; tal vez Oleg (Darusénkov) se acuerde de eso—; pero habría que precisar en

qué momento, en cuál de las dos conversaciones o si en las dos conversaciones se habló de la cuestión de Hungría. Yo sí sé y me consta la gran preocupación que le entró a Jruschov a partir de aquellas conversaciones. Era un tema frecuente cuando todavía no existía ni idea siquiera de la cuestión de la instalación de los cohetes.

Nosotros, naturalmente, pedíamos más armas, estábamos en disposición de defendernos; pedíamos más suministros de armamento, se habían firmado algunos acuerdos de suministro de armamento para nuestras fuerzas armadas. Esa fue la situación hasta el mes de mayo de 1962.

Ya aquí se han expresado algunos antecedentes. Alejandro —que fue embajador en nuestro país durante muchos años, ya era embajador cuando la crisis— y otros miembros de la delegación soviética nos han informado aquí detalles sobre las conversaciones que tuvieron lugar con relación a esta cuestión de los cohetes cuando nosotros no teníamos noticia alguna.

Se nos anuncia la visita de Rashídov —dirigente del Partido en Uzbekistán, ya nos había visitado; había estado algunos meses en Cuba, tratando de dar alguna colaboración en las cuestiones de agricultura, de riego, etcétera— con el mariscal Biriuzóv (Petrov), un hombre muy vivo, muy enérgico, sin duda —después creo que murió por Yugoslavia en un accidente aéreo— que vienen acompañando a Rashídov, pero era el que traía, fundamentalmente, la cuestión de los cohetes.

Naturalmente que él no comienza hablando de cohetes —lo recibimos inmediatamente—, empieza a hablar de la cuestión internacional, de la situación de Cuba, de los riesgos de Cuba y, en un momento dado, me pregunta qué sería necesario para evitar una invasión de Estados Unidos —esa es la pregunta que me hace él—, y le doy una respuesta inmediata. Digo: Bueno, si Estados Unidos sabe que una invasión a Cuba significaría una guerra con la Unión Soviética, entonces sería, a mi juicio, la mejor forma de evitar una invasión a Cuba, es la respuesta que yo le doy.

Para corroborar esto con documento, si quieren, pueden ver, seis años después, la versión que hice en un informe al Comité Central en 1968, lo que le dije.

Dije: “Por aquellos días se aparece una delegación de militares soviéticos, presidida por un mariscal; nos pregunta cómo creíamos que se evitaba una agresión. Le dijimos que adoptando medidas que, de manera inconfundible, le expresaran al imperialismo” —me perdonan la palabra, porque es como estaba dicho textualmente— “que cualquier agresión a Cuba significaría una guerra no solo con Cuba”. Pero como el hombre ya tenía sus ideas elaboradas, dice: Pero, en concreto, cómo. Hay que hacer actos concretos que indiquen eso.

“Ya traía la misión de proponer la instalación de proyectiles estratégicos, y hasta tal vez tenía miedo de que nosotros no lo aceptáramos. Nosotros podíamos considerar: bueno, los proyectiles aquí pueden servir de base a

críticas y campañas en contra de la Revolución en el resto de América Latina; pero no tuvimos ninguna duda, en primer lugar, cuando se nos plantea lo de los proyectiles en ese momento. Pensábamos que era algo que convenía a la consolidación del poder defensivo de todo el campo socialista, que contribuía a eso. No quisimos pensar en nuestros problemas, subsiguientemente equivalía a la defensa de nosotros”, ¿subsiguientemente! Pero, realmente, los compañeros que participaron, que eran los compañeros de la dirección, nos reunimos para analizar este problema y tomar una decisión.

Y cómo fue planteada, que, a nuestro juicio, fortalecería al campo socialista. Y si nosotros pensábamos que el campo socialista debía estar dispuesto a ir a la guerra por cualquier país socialista, no teníamos ningún derecho siquiera a ponernos a hacer ningún tipo de consideración acerca de algo que podía entrañar un peligro para nosotros en ese sentido.

Continúo: “Nosotros vimos las cuestiones de la propaganda pero, además veíamos el peligro real de cualquier crisis que pudiera surgir”; pero sin vacilación de ninguna índole y, con un verdadero sentimiento internacionalista, todos los compañeros acordamos dar una inmediata respuesta, mediando ya la respuesta afirmativa. Y nosotros con una enorme confianza por lo que creíamos un país experimentado en muchas cosas, incluso en la guerra, en cuestiones internacionales, les expresamos la conveniencia de firmar un acuerdo militar. Entonces ellos enviaron un proyecto de acuerdo, ya de eso hablé.

Aquí está textualmente lo que le expliqué en una conversación íntima, en el año 1968, sobre los antecedentes de la Crisis de Octubre.

En realidad, y sintetizando, nosotros desde el primer instante percibimos una operación estratégica. Voy a decir la verdad cómo pensamos. A nosotros no nos gustaban los cohetes. Si de nuestra defensa se hubiera tratado, no habríamos aceptado los cohetes aquí. Pero no vaya a pensarse que era por el temor a los peligros que podía sobrevenir de los proyectiles aquí, sino por la forma en que eso dañaría la imagen de la Revolución, y nosotros éramos muy celosos con la imagen de la Revolución en el resto de América Latina y la presencia de los proyectiles, de hecho, nos convertía en una base militar soviética y eso tenía un costo político alto para la imagen de nuestro país que tanto apreciábamos nosotros. De modo que si hubiera sido para nuestra defensa —lo digo aquí con toda honradez, Alejandro sabe eso—, nosotros no habríamos aceptado los proyectiles; pero realmente, vimos en la instalación de los proyectiles algo que fortalecería al campo socialista, algo que ayudaba, de alguna forma, a mejorar la llamada correlación de fuerzas. Fue como lo percibimos nosotros en el acto, instantáneo. No entramos en discusiones sobre eso, carecía de sentido, porque si entrábamos en discusiones de para qué servía o no servía aquello, de hecho, la conclusión que íbamos a sacar era que no vinieran y estaríamos negándonos a aceptar los proyectiles. Claro, no fue planteada su pre-

sencia en esos términos o para esos objetivos, fue lo que nosotros percibimos en el acto.

Después hicimos algunas preguntas: qué tipo de proyectiles, cuántos eran. Nosotros no teníamos conocimientos prácticos sobre esa cuestión. Nos informaron que serían 42 proyectiles, es lo que se ha demostrado aquí, parece que 36 para operativo y seis de prueba; pero él nos respondió que 42 proyectiles.

Nosotros le pedimos tiempo; que teníamos que reunir a la dirección, informarle todo esto antes de tomar una decisión, pero que lo haríamos rápidamente.

Y, efectivamente, terminada la reunión organizamos una reunión de la dirección, y analizamos la cuestión en estos términos que expliqué: Señores, la presencia de los proyectiles tiene tales y tales connotaciones. Tampoco ignorábamos —para mí fue claro— que la presencia de los proyectiles iba a dar lugar a una gran tensión política, eso era claro; pero nosotros vimos esta cuestión desde el ángulo de nuestros deberes morales, de nuestros deberes políticos, de nuestros deberes internacionalistas, tal como lo entendíamos.

De los cohetes ya se venía hablando hacía rato en otro sentido.

Habría que revisar todas las declaraciones de Nikita, más de una vez insinuó que una invasión a Cuba podía ser respondida, incluso, con cohetes, más de una vez lo insinuó públicamente.

De tal forma que aquí todo el mundo hablaba de los cohetes soviéticos antes de la crisis, después de lo de Girón, como si fuera algo suyo; muchos compañeros en sus discursos hablaban de los cohetes. Sin embargo, yo me abstuve de pronunciar una sola palabra sobre cohetes, porque no me parecía correcto que nuestra población cifrara sus esperanzas de defensa en un apoyo desde el exterior. Es decir que nuestra población debía estar totalmente preparada —como hacemos hoy, y hoy con más razón que nunca— para desarrollar la confianza en sí misma y su capacidad de luchar, y resistir sin ningún apoyo exterior; por eso, en ninguno de mis discursos —y hay bastantes en ese período— se oye hablar de los cohetes soviéticos como una posible ayuda. Pero Nikita estimuló mucho con sus declaraciones públicas esta cuestión.

También aquí se reconoció ayer que hasta en el propio Estados Unidos, hasta el propio Kennedy en su campaña pensaba que había un desbalance en cohetes estratégicos.

En todo el mundo se pensaba que había un desbalance de cohetes estratégicos. Se sabía que los norteamericanos tenían una aviación muy poderosa, pero que la Unión Soviética había avanzado mucho en el campo de la cohetería. Por aquellos días se produjeron espectaculares acontecimientos técnicos, como fueron los vuelos espaciales, y el primer vuelo espacial que llevó a cabo un piloto soviético en una nave espacial. Todo aquello tuvo un

enorme efecto en la opinión mundial y, por lo que veo, tuvo un enorme efecto también en el propio Estado Unidos. No tiene nada de extraño que nosotros tuviéramos ideas más o menos similares en torno a la cuestión de la capacidad combativa de cada una de las dos grandes potencias en este terreno de la coherencia nuclear.

Pero así y todo, y suponiendo que la URSS hubiese tenido muchos cohetes, muchos más de los que tenía, nosotros percibíamos que la presencia de esos proyectiles aquí en Cuba significaban una modificación; no un cambio, no se puede hablar de un cambio en la correlación de fuerzas, pero sí una mejoría considerable en la correlación de fuerzas en favor de los países socialistas, a los que nosotros veíamos como nuestros aliados, nuestros amigos, nuestros hermanos, participantes de una común ideología.

Desde luego, nunca vimos los cohetes como algo que un día fuera a emplearse contra Estados Unidos, en un ataque contra Estados Unidos injustificado o en un primer ataque. Recuerdo que Nikita no se cansaba de repetir que nunca lanzarían un primer ataque nuclear. Esta cuestión era una obsesión para él, estaba constantemente hablando de eso, constantemente hablando de paz, constantemente hablando de negociaciones con Estados Unidos, de salir de la guerra fría, de la carrera armamentista, etcétera. De modo que para juzgar los estados de ánimo de aquella época hay que conocer qué se pensaba en torno a las fuerzas de cada una de las grandes potencias.

Nosotros veíamos que esto mejoraba la situación del campo socialista, y veíamos como cuestión secundaria, realmente, la cuestión de la defensa de Cuba, por las razones que expliqué. Así fue como lo percibimos nosotros, y esa percepción la hemos mantenido a lo largo de todos estos años. Por eso les leí esta intervención de hace 24 años.

Si uno en la correlación sabe lo que sabe ahora, se da cuenta de la importancia práctica, de la importancia militar que tenían esos 42 cohetes, porque convertía los proyectiles de alcance medio en proyectiles estratégicos, realmente.

Cuando nosotros regresamos a la reunión con el mariscal y con Rashídov, le dimos la respuesta. Desgraciadamente eso no está grabado; debiera estar grabado, pero las grabaciones por aquella época estaban muy subdesarrolladas, no existían esos equipitos que mucha gente tiene ahora y se pone en el bolsillo. Hoy se graban todas las reuniones, esta reunión se está grabando. Nosotros a veces tenemos visitas de jefes de Estado, como la visita que tuvimos de Gorbachov, que nos pusimos de acuerdo en que todo lo que conversáramos se grabara. Se le pide permiso al interlocutor, como regla. Desde luego, hay quienes tienen más hábitos de grabar y otros que tienen menos hábitos de grabar. Pero, bueno, nuestras reuniones estaban grabadas y ya ustedes ven. Las reuniones con U'Thant se grabaron también, de mutuo acuerdo. Si uno se pusiera a pensar en la historia, cuántos detalles y cuántas cosas no habría registrados o no habría guardados.

Nosotros le respondimos con estas palabras: “Si es para fortalecer el campo socialista y a su vez —y lo pongo en segundo lugar— contribuye a la defensa de Cuba, estamos dispuestos a recibir todos los cohetes que sean necesarios”. Para ser más fidedignos: “Estamos dispuestos a recibir hasta 1 000 cohetes, si quieren enviarlos”, esas fueron las palabras textuales. Yo empleé la palabra 1 000. Dije: Bueno, la resolución es esta, está tomada. “*Alea jacta est*”, como dicen que dijo un general romano en la antigüedad, creo que Julio César. Si ya está tomada la decisión, está tomada la decisión. Pero fue tomada en ese espíritu y con ese propósito.

Esto puede explicar también por qué nosotros nos sentíamos tan indignados con el desenvolvimiento ulterior de los acontecimientos, con lo que pasó; por qué nosotros adoptamos una actitud de rebeldía y de intransigencia, prácticamente, a raíz de la crisis. Porque después vino todo el proceso del cual aquí se ha hablado, que fue tan claramente explicado por el militar soviético, la forma en que organizaron. Realmente, en pocos meses organizaron un gran movimiento de armas y de tropas; fue, desde el punto de vista logístico, una operación perfecta, y podemos apreciarlo no solo por elucubraciones teóricas, sino porque también nosotros nos hemos visto obligados, en determinado momento, a enviar tropas al exterior, como hicimos, por ejemplo, en Angola.

Recuerdo la primera vez que nosotros enviamos a Angola, en unas cuantas semanas, 36 000 hombres con una gran parte de esos armamentos. Recuerdo también lo que hicimos después de Cuito Cuanavale, en que elevamos nuestras fuerzas hasta 53 000 hombres. Tenemos alguna experiencia en materia de transportar tropas en nuestros barcos, ahí no había un solo barco soviético; fue en nuestra flota, trasladamos tropas y armas. Y en Cuito Cuanavale nosotros solitos.

También así fue la operación de Angola en el año 1975, fue una decisión nuestra, fue una decisión absolutamente libre y soberana de nuestro país. Más bien lo que surgieron por parte de la Unión Soviética fueron preocupaciones, que nos las comunicaron.

En Cuito Cuanavale se creó una situación de crisis que nos obligó al envío de grandes fuerzas y lo hicimos con decisión, porque las cosas hay que tomarlas con decisión o se sufre una derrota. Si necesita 20 000 hombres y manda 10 000, lo más probable es que sufra una derrota. Nosotros teníamos a los sudafricanos enfrente —son bien poderosos, fabrican armas, tienen buen entrenamiento, buena técnica, muy buenos aviones—, y nosotros nos preparamos para los combates con los sudafricanos. Baste una idea: cuando nuestras tropas avanzaban, llevaban 1 000 armas antiaéreas, puesto que ellos tenían una superioridad amplia. Así que tenemos alguna experiencia también en movimiento de tropas, y sabemos lo que significa hacer una operación. Claro, en este caso no era de cohetes, pero sí había que enviar armamento pesado de todo tipo.

Esta operación de los cohetes fue una operación que las fuerzas armadas soviéticas realizaron con gran eficiencia y en brevísimo tiempo; ellas cumplieron cabalmente la misión que les asignaron.

Queda por tanto, por dilucidar las motivaciones. Aquí se han expresado opiniones sobre este punto por parte de casi todos los soviéticos, y ellos realmente recogen lo que se habló en la Unión Soviética, lo que se dijo en la Unión Soviética y la argumentación que siempre empleó Nikita.

Ya dije que Nikita era muy astuto, cómo presentó él el problema a los demás dirigentes del partido soviético y cómo realmente pensaba, o si hubo algún otro dirigente del partido soviético que conociera las íntimas intenciones de Nikita.

A la luz de los hechos que conocemos hoy sobre la real correlación de fuerzas, se ve claro que aquello resultaba una necesidad. Y no critico a Jruschov, realmente digo que no lo critico por el hecho de que haya querido mejorar la correlación de fuerzas; me parece algo absolutamente legítimo, absolutamente legal —si vamos a hablar en términos de derecho internacional—, absolutamente moral el querer mejorar la correlación de fuerzas entre el campo socialista y Estados Unidos. Y si en realidad lo que tenían eran 50 o 60 proyectiles, no hay duda de que la presencia de aquellos 42 proyectiles mejoraba considerablemente la situación, casi duplicaba los medios efectivos.

Aquí no se ha hablado de los submarinos, seguramente también se conoce cuántos proyectiles en los submarinos tenían los soviéticos, y qué capacidad tenían de moverse con sus submarinos y de dar golpes también, porque sé que tenían submarinos con proyectiles nucleares. Ese dato no se ha reflejado aquí, cuántos tenían en aquella época. Pero no hay duda de que los proyectiles en tierra se duplicaban.

Si nosotros hubiésemos conocido esa correlación de fuerzas que no conocíamos —repito—, tal vez hubiéramos sugerido, si se hubiera hablado en esos términos de mejorar la correlación de fuerzas, tal vez habríamos aconsejado prudencia; porque pienso que si usted tiene 50 proyectiles tiene que ser más prudente que si tiene 300, desde luego, eso está claro. Si nosotros hubiéramos conocido esos datos y se hubiera hablado en términos estratégicos, seguramente habríamos aconsejado prudencia, porque digo y repito que no era nuestra preocupación la cuestión de la defensa del país; si no, ¿cómo estaríamos hoy? Hoy no recibimos ni proyectiles ni nada, y aquí ustedes nos ven a nosotros tan tranquilos. Hoy Estados Unidos es mucho más poderoso, tiene no sé qué tipo de armas convencionales y armas inteligentes y todas esas cosas, y aquí nos ven ustedes a nosotros tranquilos. Entonces, confiamos en nosotros, confiamos en nuestra capacidad de lucha, y nos sentimos orgullosos de esa confianza y de esta capacidad de lucha.

Digo que será un misterio el saber el íntimo pensamiento de Nikita, pero así fue como nosotros lo percibimos, y así fue como lo percibieron los demás

miembros de la dirección soviética. Como trataba de decir, él era muy astuto, él podía plantear una cosa en unos términos y pensar otra; pero yo no le encontraba otra explicación, y aún hoy no le encuentro otra explicación.

Desde luego, es cierto que Nikita quería muchísimo y admiraba muchísimo a Cuba, sentía un particular cariño por Cuba; pudiéramos decir que sentía una debilidad por Cuba en su afecto, en sus emociones, en sus cosas. Porque Nikita, además, era un hombre de pensamiento político, con una teoría política, una doctrina política, y él era consecuente con esa doctrina, es decir, pensaba en esos términos entre el capitalismo y el socialismo; él tenía convicciones muy firmes. Él pensaba, y a mi juicio en una competencia equivocada, hasta si un día el socialismo superaría, a través de la emulación pacífica, al capitalismo. Digo en una concepción tal vez errónea, porque no creo que el objetivo de una sociedad socialista deba ser el consumismo, ni que los países del Tercer Mundo, por ejemplo, tengan que imitar al capitalismo en el consumismo.

Siempre me hago una pregunta, qué ocurriría en el mundo si cada familia china tuviera un automóvil, si cada familia india tuviera un automóvil, si cada familia en Bangladesh, en Paquistán y en todos los demás lugares tuvieran automóviles, que alcanzaran tales éxitos de desarrollo que lo tuvieran. ¿Cuánto alcanzaría el petróleo, el combustible, cuánto más toleraría la atmósfera el envenenamiento y todos estos fenómenos que ya conocemos? Por eso digo que había un error en la concepción. El socialismo debe resolver los problemas fundamentales del hombre, la educación, la salud, la cultura, la vivienda, la alimentación, todas las necesidades materiales esenciales y no la idea de que cada uno tenga un automóvil o tenga objetos de consumo; que tenga los que pueda, los que pueda tolerar, incluso, el medio ambiente. Nosotros tenemos otra concepción del socialismo.

Pero él era un hombre de profundas convicciones políticas. No creo que Nikita quisiera la guerra, lejos de su mente veía la guerra, ni mucho menos guerra nuclear; él estaba muy consciente de lo que significaba una guerra nuclear para la Unión Soviética. Si vivía en la obsesión de buscar una cierta paridad, y me parece que fue excelente el razonamiento que hizo ayer el señor McNamara cuando dijo que la paridad existía en cualquier momento, desde el momento en que quede alguna capacidad de respuesta, lo cual originaría un daño terrible.

Incluso, si a uno de los países le lanzan todas las armas nucleares, liquidan al mundo igual, porque la contaminación y los problemas de todo tipo que originarían serían tales, que si se emplean nada más que 10 000 de las 50 000 ojivas, se acaba el mundo aunque las tiren en un solo lugar. Me parece sabio ese razonamiento de cuando existe realmente la paridad, porque la paridad existe desde que existe ya una capacidad de respuesta para hacer un daño suficientemente grande, de modo que resulte inaceptable para el que piense lanzar un ataque nuclear.

Yo traté de saber cómo se había discutido aquello en la dirección del partido y del gobierno soviético, cuando en el año 1963 viajé a la URSS, y, en realidad, no lo pude esclarecer, porque hice muchas preguntas con cuantos miembros del Buró Político me encontré, Kosiguin, Gromiko —bueno, Gromiko no recuerdo si era ya miembro del Buró Político—, a todos les fui preguntando, uno por uno, dígame: ¿Cómo se tomó la decisión, cuáles fueron los argumentos que se utilizaron? Y realmente no pude sacar una sola palabra, muchas veces no me respondieron a las preguntas, y, claro, uno no se puede poner impertinente. En todas las preguntas que hice no pude obtener una respuesta clara acerca de la posibilidad de que el argumento estratégico se hubiese utilizado en la dirección soviética. Fue la percepción y la concepción que nosotros tuvimos del problema, debo decirlo.

El acuerdo se empezó a poner en marcha inmediatamente después del acuerdo verbal, había que formalizarlo pero ya estaba en práctica. Fue así como se elaboró en la URSS un proyecto, del cual habló Alejandro; ese proyecto se envió a Cuba, que políticamente era errático en el sentido de que no había una fundamentación clara sobre la cuestión.

Aquí no se hablaba de armas estratégicas, por supuesto. Yo elaboré, partiendo de algunos de los puntos que estaban en el proyecto, también los considerando, los por cuanto, y establecí la fundamentación política del acuerdo, que a mi juicio era inobjetable, los artículos no se mencionan.

Dice: “La Unión Soviética enviará a la República de Cuba fuerzas armadas para reforzar sus defensas frente al peligro de una agresión exterior y contribuir así al mantenimiento de la paz mundial. El tipo de tropas soviéticas, y las áreas de su estacionamiento en el territorio de la República de Cuba, serán fijados por los representantes nombrados de acuerdo con el artículo 11 del presente acuerdo”. En el artículo 11 se habla de los representantes de cada parte, no hay mención de tipo de armas estratégicas; este acuerdo se pudo haber publicado, realmente, y nadie habría podido objetar la legalidad, la moralidad de este acuerdo.

Claro está que para defender a Cuba no era imprescindible traer los proyectiles aquí —me faltó ese argumento—, porque podíamos hacer un pacto militar y que la URSS dijera que una agresión a Cuba equivalía a una agresión a la URSS. Estados Unidos tiene muchos de esos pactos en el mundo y se respetan, porque la palabra de los estados se respeta por los riesgos que entraña la violación de los tratados, o ignorar los tratados; se toman en consideración. Por eso digo que sepan eso: La URSS podía haber declarado que una agresión a Cuba era el equivalente a una agresión a la URSS, o podíamos haber hecho un acuerdo militar, y se hubieran podido obtener los fines de la defensa de Cuba sin la presencia de los proyectiles. Estoy absolutamente convencido, es una de las cosas que me reafirman la convicción que tuvimos en aquel momento y que hemos mantenido hasta ahora, aunque no consta ni una sola vez que se hubiese utilizado un argumento diferente, y por eso los

compañeros de la delegación soviética —ya no puedo decir soviética, de la Comunidad de Estados Independientes—, los que participaron en la delegación de las fuerzas y del país que participó en esta crisis, han respondido, a mi juicio, con absoluta honestidad a las argumentaciones y a las concepciones que prevalecieron en la Unión Soviética. Todo esto dio lugar a un gran esfuerzo en el período de instalación de los proyectiles, porque en los lugares escogidos vivía gente, o había campesinos, instalaciones, cosas; había que limpiarlos, ponerlos libres de obstáculos. Designamos a un compañero dirigente del Partido y del gobierno para que atendiera, exclusivamente, todo lo relacionado con las negociaciones en la liberación del terreno que era bastante terreno para establecer los proyectiles. No tengo fresca la cifra, pero fueron cientos de familias las que tuvieron que mudarse; hubo que arreglar con ellos, buscarles tierra, darles ventajas, todo negociado, y todo, en lo posible, en secreto, sin poder explicar para qué era aquello.

Filtraciones hubo de todas clases. Tuvimos que adoptar un método: Todo el que sabía algo, ya sabía que tenía el deber de considerarse aislado; y así venían a veces muchos oficiales y decían: “Óigame, me he enterado de algo, vengo para quedarme aquí ya, porque en tal lugar y conversando con un oficial soviético muchas veces...” Pero, imagínese lo que es una gran tropa de 42 000 hombres, establecen relaciones, y algunos hablaban con uno, otro con otro, otro vio algo, y adoptamos el método que se adopta en caso de epidemias graves, que es el aislamiento de los infectados. Todo el que sabía algo estaba infectado, estaba aislado.

Desde luego, había un gran movimiento de tropas y relativamente temprano se empezó a hablar de que podía haber armas ofensivas o cohetes.

Además, cuando empezaron a llegar los cohetes, esos artefactos son tan grandes —creo que los actuales deben ser más modernos y más pequeños, a lo mejor se pueden llevar en un maleta, no sé cómo estará la tecnología en eso; otros saben más que nosotros del problema—, eran unos artefactos enormes de 25 o 30 metros, ni se sabe, era una cuadra lo que se llevaba un proyectil de eso, que cuando se bajaba uno, por mucho que se cubriera y se moviera por las calles...

Ese es el secreto mejor guardado de la historia, diría, porque lo sabían varios millones de cubanos; ya eso era algo inocultable, en realidad. Y me imagino que a la CIA deben haber llegado cartas, porque aquí están los informadores espontáneos, que son los que no están con la Revolución y simpatizan con Estados Unidos, o están contra la Revolución. De esos informadores espontáneos hay; pero nadie tenía nada seguro, nadie tenía ninguna prueba.

Fue un proceso de trabajo sumamente intenso, en que hubo que atender infinidades de detalles y resolver infinidades de cuestiones para mantener el secreto.

No ocurrió todo esto, ocurrieron otras cosas que ya mencionamos aquí y que no debo repetir, el viaje de Raúl a Moscú, el viaje del Che y Aragonés a

la Unión Soviética, cuando llevan allá el proyecto definitivo, que fue aceptado tal como está, sin una coma más ni menos. De eso hablé.

Debemos recordar que se iba creando una gran atmósfera que a nosotros parecía negativa, y por lo cual creíamos que debíamos salir con la ley por delante y publicar este acuerdo militar, simplemente. El secreto nos puso en desventaja política y en desventaja práctica, las dos cosas; pero debemos distinguir entre el secreto —muchas operaciones militares hay que hacerlas en secreto, la operación en sí, no los fundamentos de una operación— y la información que se dio sobre esto. Creo que este es un punto importante. Aquí hubo un error grande, realmente grande, no solo el error del secreto, que es una cosa, y que nos perjudicó, sino la información que se le dio a Kennedy; haber entrado en el juego sobre la categoría de las armas, si eran ofensivas o defensivas.

Si ustedes quieren comprobarlo, verán que en ninguna de las declaraciones cubanas, y fueron varias, se entró nunca en el juego de la categoría de las armas. Nosotros nos negamos a entrar en ese juego, y en las declaraciones públicas que hizo el gobierno y en las declaraciones en Naciones Unidas siempre dijimos que Cuba consideraba un derecho soberano disponer del tipo de armas que considerara conveniente, y nadie tenía derecho a establecer qué tipo de armas podía o no podía tener nuestro país. Nunca entramos en la negación del carácter estratégico de las armas, ¡nunca! No estábamos de acuerdo con ese juego, no estábamos de acuerdo con ese enfoque y, por tanto, nunca negamos o afirmamos el carácter de las armas, sino que reafirmábamos nuestro derecho de disponer del tipo de armas que consideráramos conveniente para nuestra defensa.

En cambio, hay que decir la verdad, Jruschov entró en el juego de la categorización de las armas, lo convirtió en una intención. Como no tenía intención de usar las armas en una operación ofensiva, él consideraba que la intención era lo que definía el carácter de las armas; pero estaba muy claro que Kennedy no lo entendió así. Kennedy no entendió la cuestión de las intenciones sino la cuestión del tipo de armas, si eran armas estratégicas o no. Esa era la cuestión. Se ve clarísimo que Kennedy estaba convencido de que no iban a ser transportadas armas estratégicas a Cuba, con lo cual yo diría que, algo más que astucia, en esto medió el engaño; las dos cosas.

El secreto del acuerdo militar y el engaño fueron dos realidades y dos realidades que hicieron daño, porque creo que tenía que haberse adoptado otro enfoque y no la fórmula del engaño. Nos hizo mucho daño, en primer lugar, porque Kennedy se la jugaba, ya había sufrido el revés de la Bahía de Cochinos, estaba entrando ya en el segundo año, había elecciones, y Jruschov no quería afectar esas elecciones, está clarísimo; a lo mejor ese fue uno de los elementos de juicio que utilizó para no publicar. Es posible que él hubiera estado calculando no hacer nada que perjudicara a Kennedy en esas elecciones, pero se hizo lo peor; no se previó que podía llegar a conocerse lo que estaba ocurriendo.

Kennedy confió en lo que se le dijo, en mi opinión, se ve en todas sus declaraciones públicas, era como un alivio para él: Bueno, están llenando ese país de tanques o de cañones, pero no hay armas estratégicas. Pensó con una lógica, hizo un cálculo con una lógica. Eso, naturalmente, le dio no una fuerza legal cuando estalla la crisis, le dio la oportunidad de presentarse como engañado ante la opinión pública mundial: Me han dicho esto, me han repetido esto muchas veces. Entonces ante la opinión pública mundial Kennedy gana en fuerza moral, no en fuerza legal; pero dice: Me aseguraron esto y ha resultado esto otro. Se le pone en una situación personal difícil, algo que no hubiera querido Jruschov, pero que en la realidad se produjo; se presenta como el hombre engañado, que le han afirmado tales y más cuales cosas, mientras resultaba ser otra cosa. Esa fue una de las ventajas que le dio ya no el secreto, sino el secreto más el engaño.

¿Qué otra ventaja le dio? Que cuando al fin se descubren ese día 14 los emplazamientos, Estados Unidos dispone de una ventaja enorme porque tenía el secreto en las manos, podía tomar la iniciativa; la iniciativa en el terreno militar quedó en manos de Estados Unidos, porque conocía lo que estaba ocurriendo y podía darse el lujo de adoptar una opción u otra: o política, o cuarentena, o el ataque aéreo sorpresivo sobre aquellas instalaciones. Creo que ese sí fue un momento de mucho peligro desde el punto de vista militar, porque aunque fuera ilegal, arbitrario e injusto desde todo punto de vista—inmoral, incluso, porque uno tiene que atenerse a las leyes internacionales, no tiene derecho a atacar a ningún país ni a invadir a ningún país—, tenía la opción en sus manos y hubiera podido producir un golpe sorpresivo cuando nadie lo esperaba.

Claro, el militar soviético explicó aquí algo de suma importancia. Allí no estaban las ojivas nucleares, las ojivas nucleares estaban a una distancia considerable, que es lo correcto, lo elemental; de la misma forma que yo le planteé al militar soviético que no tuviera todos los cohetes concentrados—ya esto fue el 26, en plena crisis—, para que no fueran destruidos todos, que se reservara una capacidad. Esa medida elemental es indiscutible que la tomaron los soviéticos; pero me temo que una gran parte o casi todas las unidades de cohetes tierra-aire y todas las instalaciones que estuvieran a la vista podían ser destruidas en un ataque totalmente sorpresivo, porque, realmente, aquellos cohetes antiaéreos disparaban de 1 000 metros hacia arriba, carecían de defensa.

Se fortalece la defensa de aquellas instalaciones contra el vuelo rasante, cuando nosotros movilizamos todas nuestras baterías y las dedicamos a cuidar esas instalaciones, baterías convencionales, pero hasta ese momento eran muy vulnerables; ya después la cosa cambió, desde luego, se mejora la situación. Pero Estados Unidos dispuso de seis días, antes de hacer pública su información, para poder actuar, y creo que fue un momento sumamente peligroso desde el punto de vista no solo político sino militar. La forma en

que se maneja la cuestión en estos dos aspectos, a mi juicio, fue negativa; pero fue la forma en que se manejó.

Ya expliqué la actitud que nosotros asumíamos, teníamos criterios, pero decíamos: Bueno, no conocemos lo demás.

Estalla la crisis el 22, pero ya desde por la mañana nosotros pusimos en alarma de combate a todas las fuerzas. Cuando vimos el movimiento, la reunión y todos aquellos datos que llegaron públicamente, nos dimos cuenta también nosotros de que eran los cohetes. No perdimos un minuto y pusimos en alarma de combate máximo a todas nuestras fuerzas. Ese mismo día, antes de que hablara Kennedy, movilizamos las fuerzas nuestras. Les advertimos también a los soviéticos la situación.

Efectivamente, era la crisis, que ya se plantea el 22 por la noche. A partir de ese momento comenzaron los preparativos de la defensa que ocuparon casi todo nuestro tiempo, nos dedicamos a trabajar febrilmente día y noche en cosas que ya he explicado: la movilización de nuestras fuerzas, el apoyo de las bases de cohetes tierra-aire, los cohetes de alcance medio también. A todas las instalaciones soviéticas les asignamos prácticamente todas nuestras baterías antiaéreas, nos parecía lo más importante a defender a partir de la crisis.

Ahora, cuál es el estado anímico de Jruschov, en qué estado de ánimo está. Está en un estado de ánimo muy combativo, muy resuelto; así, el día 23 envía una carta —también la estoy desclasificando, ¿eso tiene algo que ver con la teoría de la lucha de clase? [*Risas*]—, dice:

“Querido compañero Castro:

”El gobierno soviético acaba de recibir del presidente de Estados Unidos, Kennedy, el siguiente documento, cuya copia le enviamos.

”Consideramos esta declaración del gobierno de Estados Unidos y la intervención de Kennedy del 22 de octubre como insólita injerencia en los asuntos de la República de Cuba, la violación de las normas del derecho internacional y de las reglas elementales que rigen las relaciones entre los Estados, y como un descarado acto provocativo contra la Unión Soviética.

”La República de Cuba tiene todos los derechos, igual que cualquier Estado soberano, a la defensa de su país y elección de sus aliados de acuerdo con su deseo. Rechazamos las exigencias descaradas del gobierno norteamericano del control sobre el envío de las armas a Cuba y su aspiración de determinar qué clase de armas puede tener la República de Cuba.

”El gobierno de Estados Unidos sabe perfectamente que ningún Estado soberano permitirá inmiscuirse en sus relaciones con otros Estados y no presentará las cuentas sobre las medidas tendientes hacia el robustecimiento de la defensa de su país.

”Respondiendo a la intervención de Kennedy, el gobierno soviético hace la declaración en que expresa la protesta más decidida contra las acciones piratas del gobierno norteamericano y marca estas acciones como péfidas y agresivas” —en un solo párrafo vean, acciones piratas, péfidas y agre-

sivas— y “respecto a los Estados soberanos, y declara su decisión de luchar activamente contra tales acciones.

”Impartimos instrucciones a nuestro representante en el Consejo de Seguridad en el sentido de plantear urgentemente ante el Consejo la cuestión sobre la violación de parte de Estados Unidos de las normas del derecho internacional y de la Carta de la Organización de las Naciones Unidas, y declarar una decidida protesta contra las acciones agresivas y pérfidas del imperialismo norteamericano.

”Con motivo de la situación creada, impartimos las instrucciones a los representantes militares soviéticos que se encuentran en Cuba sobre la necesidad de adoptar las medidas correspondientes y estar completamente listos” —listos para el combate. “Estamos seguros de que las acciones emprendidas por los imperialistas norteamericanos, y tendientes de quitarle a la República de Cuba su derecho legítimo al robustecimiento de su poderío defensivo y defensa de su patria, provocarán la airada protesta de todos los pueblos amantes de la paz” —realmente no hubo grandes protestas, a decir verdad, porque se habían creado condiciones políticas adversas por los procedimientos utilizados— “y promoverán el movimiento de las más amplias masas en defensa de la justa causa de Cuba revolucionaria”.

Esto se hubiera podido lograr, en parte, si hubiéramos hecho las cosas abiertamente. Todo esto es verdad, porque estábamos dentro del derecho más absoluto a hacerlo, y cómo teniendo el derecho vamos a actuar de una forma que realmente pareciera que no lo tuviéramos, que estuviéramos haciendo algo malo. Esto es analizado en términos de ética, en términos de política, en términos de legalidad, ya no en términos de fuerzas y correlaciones de fuerzas, sino en términos militares.

Dice: “Le enviamos, compañero Castro, y a todos sus compañeros de armas, nuestro cálido saludo, y expresamos nuestra firme seguridad de que los planes agresivos de los imperialistas norteamericanos sufrirán el fracaso”. Lo otro es la declaración.

Esta es la carta que nosotros recibimos el día 23, no hay nada más. Hay una clara y firme determinación de lucha contra las acciones piratescas, pérfidas y agresivas. Digo: Lo que está por delante es el combate. No me puede caber en la cabeza ningún retroceso. Realmente nunca la idea del retroceso pasó por nuestra mente, a decir verdad; no nos parecía posible.

Y Jruschov, que es el que sabe de cuántos cohetes y cuántas armas nucleares dispone y todas las cosas, nos manda esta carta el día 23.

Nosotros, desde luego, dijimos: Las cosas están claras, y nos dedicamos a nuestro trabajo. Llega el momento en que redacto la carta.

Cuando ya habíamos tomado todas las medidas que humanamente podían tomarse, me reúno con el mando militar soviético, como expliqué aquí, que informó que todo estaba listo —todas las armas que aquí explicó el militar soviético—, y con mucha disposición. Realmente en las tropas

soviéticas se dio un fenómeno un poco extraño en una situación como esa, en que la gente veía un peligro muy grande y, al mismo tiempo, mantenía una serenidad total: en los militares soviéticos y en los militares cubanos, una serenidad total; en la población cubana, una serenidad total.

Si usted hace una encuesta en la población cubana y dice: “Oiga, ¿devolvemos los proyectiles?”, el 90% dice que no.

La población nuestra mantenía una posición serena y, además, una posición intransigente en este tema.

El mismo día 26 les explicamos a los militares soviéticos que era inadmisibles el vuelo rasante —como ya dije aquí— y que, por lo tanto, nuestras baterías iban a disparar, y queríamos informárselo.

Como, según el acuerdo, había dos ejércitos y dos mandos, nosotros mandábamos en nuestro ejército y en nuestro país, dijimos: No podemos seguir permitiéndolo, es sumamente peligroso —ya lo dije aquí, no debo repetirlo—; y, efectivamente, al amanecer del 27, cuando llegaron los aviones —eso era a diario y temprano— por la mañana, se encuentran el fuego de las baterías antiaéreas, se produce el derribo de un avión por la batería de cohetes antiaéreos soviéticos en la zona oriental del país.

Naturalmente que aquel era un momento de mucha tensión, pero la realidad es —y está claro— que cuando nosotros estamos reunidos, o desde antes de que nos reuniéramos, el mismo día 26, cuando estamos reunidos con los militares soviéticos y cuando estamos enviando un mensaje a Jruschov, Jruschov ya ha enviado un mensaje a Kennedy —ustedes están bien informados de todo eso— proponiendo la base de la solución, que era la retirada de los proyectiles a cambio de garantías de no agredir a Cuba.

Al otro día manda otro mensaje y ya, por lo que los compañeros me informan, ese segundo día, en el mensaje añadía, a la cuestión de las garantías para Cuba, lo de los cohetes de Turquía. Cuando llegaron esas noticias aquí —que aquí, en realidad, llegaron el 28—, produjeron una gran indignación, porque nos veíamos convertidos en una especie de objeto de cambio; no solo veíamos una decisión inconsulta, una serie de pasos que se habían dado sin informarnos. Pudieron informarnos sobre el mensaje del 26 y los mensajes del 27, para esos sí había tiempo, y nos enteramos por la radio el día 28 que se ha producido un acuerdo. Así que nosotros pasamos también cosas humillantes.

Comprendo al militar soviético cuando dijo que lo más amargo que tuvo que sufrir en su vida fue la cuestión de la inspección de los barcos.

El día 28 nos enteramos del arreglo. Creo que venía un mensaje informándonos ya a posterior, o que llegó una o dos horas después a través de la embajada.

La reacción de todo el pueblo, de todos los cuadros, de todos los compañeros fue de profunda indignación, no fue de alivio.

La decisión política que tomamos inmediatamente fue lanzar los cinco puntos. Ese mismo día 28 lanzamos la demanda de los cinco puntos. Eran cinco puntos bien sencillos, se pueden recordar:

“Primero: Cese del bloqueo económico y de todas las medidas de presión comercial y económica que ejercen los Estados Unidos en todas partes del mundo contra nuestro país.

”Segundo: Cese de todas las actividades subversivas, lanzamiento y desembarco de armas y explosivos por aire y mar, organización de invasiones mercenarias, filtración de espías y saboteadores, acciones todas que se llevan a cabo desde el territorio de los Estados Unidos y de algunos países cómplices.

”Tercero: Cese de los ataques piratas que se llevan a cabo desde bases existentes en los Estados Unidos y en Puerto Rico.

”Cuarto: Cese de todas las violaciones de nuestro espacio aéreo y naval por aviones y navíos de guerra norteamericanos.

”Quinto: Retirada de la Base Naval de Guantánamo y devolución del territorio cubano ocupado por los Estados Unidos”.

Esos fueron los cinco puntos que lanzamos el día 28 como puntos nuestros.

Nosotros no nos hubiéramos negado a una solución si realmente hay peligro de guerra, si hubiéramos sabido que Nikita está en disposición de retirar los proyectiles y de buscar una solución sobre esa base y sobre bases decorosas, realmente. Nosotros no nos hubiéramos negado, porque, lógicamente, no tenía sentido empeñarse de todas maneras en una situación si hay una solución; pero tenía que ser una solución aceptable, digna.

La simple solución de que se retiraran los proyectiles porque Estados Unidos da su palabra de que no va a agredir es incongruente con todos los pasos que se han dado, y es incongruente con la existencia de una situación en nuestro país que tenía que ser superada. Bastaba que Nikita hubiera dicho: “Estamos de acuerdo en retirar los proyectiles si se dan garantías satisfactorias para Cuba”. Cuba no estorbaba en esa participación, Cuba hubiera ayudado, pero hubiera dicho: Las garantías mínimas que queremos son estas, no las garantías de no invadirnos.

Creo que el mundo hubiera visto con alivio el inicio de la solución de la crisis, porque la admisión por parte de Nikita de quitar los proyectiles ya habría producido un alivio. A la gente le habría parecido razonable buscar un acuerdo sobre bases que tuvieran que ver con Cuba. Si realmente el motivo de los cohetes era Cuba, tenía que haberse pensado en Cuba y no en los cohetes de Turquía; pero es evidente que los cohetes de Turquía estuvieron presentes en la mente de Nikita. Dice que él estaba en el Mar Negro, frente a Turquía, y pensó en aquellos cohetes —según cuentan— y, al final, termina pensando también en los cohetes de Turquía por las razones que sean, o porque alguien sugirió allí que se podían incluir; pero desde el punto de vista político internacional, para la gente honesta del mundo, para la gente amante de la paz, para la

gente simpatizante del socialismo, o de Cuba, o de la independencia, o de lo que fuera, no tenía sentido plantear un canje de proyectiles en Cuba por proyectiles en Turquía. Si la causa fue la defensa de Cuba, ¿qué tenía que ver Turquía con la defensa de Cuba? Nada en absoluto.

Estos planteamientos que Cuba hacía eran absolutamente razonables, y se hubiera podido buscar una negociación buena, y se hubieran podido retirar los proyectiles si esa era la condición ya para preservar la paz, porque realmente la paz se puso en peligro.

Creo que los procedimientos usados favorecieron aquellas acciones que pusieron en peligro la paz —ya los expliqué—; pero ya estábamos en ese momento, en el día 28, ya no tenía remedio aquello, ya existía el compromiso, ya se había ignorado a Cuba, ya se había mencionado a Turquía. Entonces nosotros hicimos nuestro planteamiento de los cinco puntos, ya se habló del viaje de U'Thant. El gobierno soviético nos pide, por favor, que no disparáramos. Nosotros accedimos, correcto, pero mientras duran las negociaciones; solo mientras duren las negociaciones vamos a aceptar la orden de cese el fuego, de no disparar contra los aviones que estaban volando rasantes.

El día 27 no volaron ya más por la tarde, no hubo más vuelos rasantes, ni el día 28; pero después, cuando ya no dispararon las baterías antiaéreas, empezaron a volar rasante mientras duraban las negociaciones, y era muy humillante, realmente. En el estado anímico de nuestra población, ver aquellos aviones volando a 100 metros, producía una irritación muy grande y desmoralización, incluso, en artilleros y en todo el mundo. Esa es una realidad, hay que conocer el carácter del cubano para darse cuenta del efecto lesivo que tienen en su moral hechos de esta índole.

Después viene U'Thant, yo le explico nuestra posición, estos cinco puntos, y, sobre todo, nuestra oposición categórica a la inspección. Dijimos: No aceptamos, porque soberana es la URSS y los soberanos somos nosotros también, y nadie puede autorizar una inspección sobre nuestro territorio si nosotros no lo autorizamos. Dijimos: No hay inspección. Fue una de las reacciones nuestras, porque estábamos inconformes con el desenlace que había tenido la crisis.

Cuando viene U'Thant le explico todas nuestras posiciones que, en definitiva, no se apartan. Él trae proposiciones. Propone que se acepte un grupo de representantes en las Naciones Unidas y un avión de reconocimiento aéreo de las Naciones Unidas tripulado por personas aceptables al gobierno cubano, ruso y norteamericano. Nosotros, realmente, no estábamos para vuelos aéreos en esos días.

“Los Estados Unidos me han dicho que en cuanto este sistema haya sido puesto en práctica, harían una declaración pública, y en el Consejo de Seguridad si es necesario, de que no mantendrán intenciones agresivas contra el gobierno cubano y garantizarán la integridad del territorio de la nación...”, etcétera.

Le digo: “Precisamente nosotros no comprendemos por qué se nos pide eso, porque nosotros no hemos violado ningún derecho, no hemos llevado a cabo agresión absolutamente contra nadie; todos nuestros actos han estado basados en el Derecho Internacional..., nosotros hemos sido víctimas, en primer lugar, de un bloqueo, que es un acto ilegal; en segundo lugar, la pretensión de determinar desde otro país qué tenemos nosotros derecho a hacer o no hacer dentro de nuestra frontera.

”...Cuba es un Estado soberano” —estoy leyendo cosas esenciales—...

”...Los Estados Unidos han estado violando reiteradamente nuestro espacio aéreo sin ningún derecho...

”Nosotros podemos aceptar cualquier cosa que se ajuste a derecho, que no implique norma en nuestra condición de Estado soberano. . .

”Entiendo que esto de la inspección es un intento más de humillar a nuestro país. Por lo tanto, no lo aceptamos.

”Esa demanda de inspección es para convalidar su pretensión de violar el derecho nuestro a actuar dentro de nuestras fronteras con entera libertad, a decidir lo que podemos o no podemos hacer dentro de nuestras fronteras. . .

”Es absurda la amenaza de lanzar un ataque armado directo, si Cuba se fortaleciera militarmente hasta un grado que Estados Unidos se toma la libertad de determinar. No tenemos la menor intención de rendir cuenta o de consultar al Senado o la Cámara de Estados Unidos acerca de las armas que estimamos conveniente adquirir, y las medidas a tomar para defender de modo cabal nuestro país...

”Nosotros no hemos adjudicado, ni pensamos adjudicar en favor del Congreso de Estados Unidos ninguna prerrogativa soberana...

”Nosotros podemos negociar con toda sinceridad y con toda honradez. No seríamos honrados si aceptáramos negociar un derecho soberano de nuestro país”.

Entonces U'Thant dice: “Toda acción de las Naciones Unidas en el territorio cubano solo podrá emprenderse con el consentimiento del pueblo y del gobierno de Cuba”. Por aquí están, en esencia, otras ideas muy interesantes que planteó U'Thant.

Digo: “En primer lugar, nuestro gobierno no tiene la menor duda de la gran intención y el desinterés, y la honestidad con que está trabajando el presente secretario general de las Naciones Unidas; nosotros no tenemos ninguna duda de sus intenciones, de su buena fe, de su interés extraordinario en encontrarle una solución al problema...

”Comprendo el interés que todos debemos tener por la paz, pero el camino de la paz no es el camino del sacrificio de los derechos de los pueblos, de las violaciones a los derechos de los pueblos, porque ese es, precisamente, el camino que conduce a la guerra. El camino de la paz es el camino de las garantías a los derechos de los pueblos y la disposición de los pueblos a resistir en defensa de esos derechos. . .

”El camino de la guerra mundial pasada fue el camino que trazó la anexión de Austria, la desolación de Checoslovaquia” —debe haber sido la desintegración— “toleradas al imperialismo alemán, y que condujo a aquella guerra...

”Por eso resulta difícil comprender cómo se puede hablar de soluciones inmediatas, independientemente de soluciones futuras, cuando lo que más interesa no es pagar ahora cualquier precio por la paz, sino garantizar la paz de manera definitiva”.

Y dije: “Cuba no es Austria, ni es el sudeste de Checoslovaquia, ni es el Congo. Nosotros tenemos la intención firmísima de defender nuestros derechos por encima de todas las dificultades, de todos los riesgos”.

Aquí digo: “Debiera haberles bastado con la decisión del gobierno soviético de retirar las armas de tipo estratégico que habían traído para la defensa de la República de Cuba.

”El gobierno cubano no ha obstaculizado la retirada de esas armas. . .

”Si Estados Unidos lo que pretende, además de eso, es humillar a nuestro país, ¡no lo conseguirá!

“Nosotros no hemos vacilado un solo minuto en la decisión de defender nuestros derechos”.

Le añado: “Nosotros nos oponemos igualmente a esa inspección en nuestros puertos, y yo me pregunto que si la Unión Soviética autoriza a inspeccionar sus barcos en alta mar, ¿para qué sería entonces necesario volverlos a inspeccionar en los puertos de Cuba?...

”Quiero, sobre esto, decir, en primer lugar, que Estados Unidos no tiene ningún derecho a invadir a Cuba, y que no se puede negociar con una promesa de no cometer un delito, con la simple promesa de no cometer un delito. Y que, frente a la amenaza de ese peligro, nosotros confiamos más en nuestra decisión de defendernos que en las palabras del gobierno de Estados Unidos”.

Le digo: “¿Por qué no apreciar igualmente el valor del compromiso público hecho ante las Naciones Unidas por la Unión Soviética, de retirar las armas estratégicas que envió para la defensa de la República de Cuba?”

Esas son, en esencia, las ideas que yo le planteo.

Ahora, U'Thant dice cosas interesantes: “Mis colegas y yo” —también leyendo lo esencial— “opinamos... que el bloqueo era ilegal; que ningún Estado puede admitir un bloqueo no ya solo militar, ni siquiera económico. Eso es usar la imposición de la fuerza de una gran potencia contra un país pequeño.

”También les dije que era ilegal e inadmisibles el reconocimiento aéreo que se estaba haciendo sobre Cuba. Estas tres cosas, bloqueo económico, bloqueo militar y reconocimiento aéreo, son ilegales”.

Aquí dice: “En Estados Unidos hay tres fuerzas: el Pentágono, la Agencia Central de Inteligencia y el Departamento de Estado. En mi opinión, el

Pentágono y la CIA tienen más poder que el Departamento de Estado. Si continúan la CIA y el Pentágono con ese poder, el futuro del mundo lo veo muy mal". Esto dijo U'Thant. Le dijo a Estados Unidos que si ellos hacían algo drástico, entonces no solamente lo reportaría al Consejo de Seguridad, sino que acusaría a Estados Unidos en el Consejo de Seguridad, y que aunque Estados Unidos tiene el voto y el veto, puede haber una sanción moral.

"Les dije también que renunciaría a mi cargo; que si las Naciones Unidas no pueden detener a una gran potencia en una agresión contra un pequeño país, entonces ya no quiero ser secretario general...

"...Y les advertí que no cometieran ninguna agresión contra Cuba, porque eso sería el final de las Naciones Unidas... Mi intención es lograr la paz y lograr la permanencia de las Naciones Unidas..."

Dice: "Yo estoy pensando en la primera respuesta que dijo Jruschov, en cuanto al desmantelamiento e inspección aceptado por la Unión Soviética. Como su excelencia considera que la Unión Soviética se refirió a que la inspección se realizara fuera de Cuba, considero que esto pudiera crear alguna división o algún malentendido entre la Unión Soviética y Cuba".

Hay otras cosas, a mi juicio, de interés esencial, sobre lo que dijo U'Thant. Esto fue el 31 de octubre. Hubo dos reuniones, el 30 y el 31. Después viene la visita de Mikoyán, que se produce como dos o tres días después de U'Thant.

¿Tú recuerdas, Alejandro? (Oleg Darusénkov le responde que el día 2 llegó a Cuba y el 4 fue la primera reunión).

Empiezan las largas conversaciones con Mikoyán, a partir de las posiciones adoptadas por la Unión Soviética y las posiciones que teníamos nosotros.

Eran muy difíciles aquellas negociaciones, porque primeramente se habló de los cohetes, después de los IL-28, después se hablaba de otras cosas y aquello era interminable. Ya eso lo conté aquí, no debo repetirlo.

Ocurre un incidente muy desagradable, cuando empezaban las conversaciones con Mikoyán, y es que llega de la URSS la noticia de que su esposa ha fallecido, hasta le dan la opción de regresar y él tiene un gesto muy generoso, realmente. Recibe una noticia, desde luego, que le ocasiona un gran impacto —era un matrimonio muy unido durante mucho tiempo—, vimos llorar a Mikoyán de dolor, pero decide permanecer en el país, seguir las conversaciones en vez de regresar a la URSS —para nosotros también fue muy duro recibir aquella noticia, en momentos en que iniciábamos conversaciones nada fáciles—, y aquí se mantuvo alrededor de tres semanas, y se discutía.

Como ustedes han podido ver, conocer, en días recientes —al menos muchos de nosotros, algunos de ustedes lo conocerían seguramente— se han publicado las cartas, que están aquí traducidas. El primer día pude cumplir mi propósito de leerme las 85 páginas, de madrugada —por eso ayer estaba un poco soñoliento—, y son muy interesantes, realmente. Aquí se ve cuando aparece el problema de los IL-28, las discusiones.

Con la misma honradez que he hablado, debo decir que veo una diferencia entre la conducta de Kennedy y la conducta de Jruschov, en esta correspondencia. Hay que decir que Jruschov se comporta a una gran altura, con una gran dignidad, y se le ve ansioso por resolver no solo estos problemas, sino otros muchos. Puedo apreciar aquí un Jruschov noble, reflexivo, capaz, inteligente, que usa argumentos profundos, ya no en relación solo con la crisis, sino en relación con la paz del mundo. En cambio se ve un Kennedy duro, no se refleja en esas cartas por parte de Kennedy la misma nobleza, se ve que apretaba a Jruschov y lo apretaba y lo volvía a apretar; y mientras más lejos estaban los cohetes más lo apretaba, es lo que yo puedo apreciar en estas cartas —no es lo mismo discutir cuando se tienen los cohetes ahí, que discutir cuando se han llevado los cohetes.

Así el lenguaje de Kennedy se endurecía, a medida que los barcos marchaban hacia la Unión Soviética con los cohetes, y venían nuevas exigencias, y hablaba de la verificación, y hablaba de garantías continuadas e insistía en eso. Se veía renuente a formalizar los compromisos que había hecho con Jruschov, utilizaba palabras muy sutiles, decía las cosas por un lado y por otro trataba de atemperarlas, y se veía a Jruschov luchando porque se cumplieran los compromisos que había hecho Kennedy, que se formalizaran. Indiscutiblemente, la posición de Jruschov, desde el punto de vista objetivo era mucho más débil ya en esa etapa, sobre todo después del 20 de noviembre, en que se habían retirado los proyectiles.

Nosotros no sabíamos nada de estos intercambios, como es lógico, no teníamos información sobre esto, pero teníamos un problema pendiente: se prolongaban los días y los aviones seguían volando, y aquello era intolerable, a tal extremo que nosotros le informamos a Mikoyán que no teníamos otra alternativa que disparar contra los aviones de vuelo rasante, y dimos las instrucciones pertinentes sobre esta cuestión.

Yo sabía que vendría un contraataque norteamericano, y como tenía la responsabilidad de dar esa orden, me fui para una de nuestras bases aéreas y me pasé la mañana allí. Esto sería al día siguiente, no sé si sería el 16 de noviembre, un día determinado. Lo consideré un deber moral, si iba a haber una represalia. Sobre esa base pasaban a las 10:00 de la mañana dos aviones, y me consideré en el deber moral no de ir a suicidarme allí, pero sí de estar junto a las tropas que iban a disparar, porque ellos iban a una serie de lugares e iban a disparar en muchos lugares. Se lo habíamos advertido a Mikoyán, no sé si 24 o 48 horas antes, para que se lo informara a los soviéticos.

Esa mañana nos quedamos esperando los aviones en aquella batería antiaérea, y por suerte no vinieron los aviones; fue lo mejor que pudo pasar, que los aviones no volaran, porque esos aviones habrían sido derribados, porque había una cantidad de baterías allí que era imposible no darles, aunque no fueran muy expertos nuestros tiradores. Esos aviones venían

volando bajito y relativamente despacio, al mínimo de velocidad posible y como a 100 metros. No vinieron.

Sé que en la carta del día 15 de noviembre, Kennedy le decía a Jruschov —porque a cada rato me mencionaba, siempre tratando de provocar alguna fricción entre los soviéticos y nosotros, a ver si los soviéticos nos castigaban de alguna manera. Castro era el malo, el que quería la guerra o no se sabe qué cosa— que había recibido noticias de que iban a disparar contra los aviones en los vuelos rasantes. Es posible, me imagino que Mikoyán de alguna forma transmitió a alguien, por alguna vía, la noticia de que nosotros estábamos decididos a disparar.

Me parecía torpe por parte de Estados Unidos que continuaran esos vuelos porque, en definitiva, estaba tan satisfecho Kennedy de los resultados obtenidos que no tenía por qué complicar toda aquella situación haciendo algo que no tenía sentido en aquel momento si no humillar. Ya los que estaban en las baterías antiaéreas, el cubano con sentido del humor hacía caricaturas, pintaba telas de araña y cosas.

“15.11.62, en carta al secretario general interino de Naciones Unidas, el señor U'Thant, se plantea: No tolerará más sobrevuelos a baja altura sobre la isla, ya que estos sirven a los planes militares de Estados Unidos contra la Revolución y desmoraliza la defensa nacional. Se afirma que grupos de sabotaje y de subversión están siendo introducidos en Cuba, lo que prueba la utilidad militar de los sobrevuelos para Estados Unidos”.

Sí, nosotros también se lo informamos a U'Thant, el día 15 de noviembre de 1962.

Por suerte, creo que fue razonable la actitud adoptada por la administración, no provocar un conflicto; comprendieron que era innecesario, insensato, y que la reacción nuestra tenía que ser lógica. Eso hubiera podido interrumpir la salida de los proyectiles o algunas cosas, complicado la situación.

Entonces, no volvieron a utilizar los vuelos rasantes. Después por la costa se acercaron, se armaban unos tiroteos descomunales, porque algunos venían cerca de la costa y cuando se acercaban las baterías disparaban. Pero, en general, cesaron los vuelos rasantes desde mediados de noviembre, y quedaron los U-2. Ya los U-2 ni los veía la gente. No estábamos de acuerdo con los vuelos de los U-2, pero no podíamos hacer nada con los de los U-2.

Eso fue largo. Los entregaron, al final, las antiaéreas aquellas, cuando nuestro personal aprendió a manejarlas. Tuvimos que sacar a muchos muchachos o recién graduados de las universidades para aprender a manejar toda la cohetería aquella, que era de 1 000 metros para arriba. Pero cuando nos las entregaron, los soviéticos nos pusieron como condición que no podíamos tirarles al U-2, y nos vimos en el dilema de quedarnos sin baterías antiaéreas o comprometernos a no tirarles a los U-2, y nos tuvimos que comprometer. Eso fue bastante tiempo, después, cuando nos entregaron aquellos cohetes tierra-aire.

Es lo único que puedo decir fundamental, con relación a Cuba, de aquellos días, y a eso se hace una referencia en estas cartas.

Ya al final es un poco mejor, en el mes de diciembre mejoran estas cosas.

Ahora, ¿fueron estas las únicas cartas? No. Creo que estas cartas son muy reveladoras, en realidad. En ese momento las circunstancias han cambiado: el Jruschov antes de la crisis es uno, y después de la crisis es otro; el Kennedy antes de la crisis es uno, y después de la crisis es otro.

Kennedy se portó con mucha nobleza, elegancia, creyó lo que le dijeron, y Jruschov alimentó el engaño con la teoría de que no había armas ofensivas, entró en ese juego. Después, en la otra fase, se ve un Jruschov muy noble y muy franco, muy sincero, y se ve un Kennedy más duro, que lo aprieta —para emplear una palabra elegante—, en dos palabras.

Pero es admirable el esfuerzo que hace Jruschov. Y se porta con una gran elegancia, no hace concesiones con relación a Cuba frente a cada una de las propuestas; excepto que en un momento dice que eso es el carácter español, pero que no lo dice en términos peyorativos y esas cosas, según pude leer ahí.

Por otro lado, hace una referencia poco elegante a Adenauer, esa es la única partecita de la carta que no me gustó mucho. No es que yo simpatizara con Adenauer, ni mucho menos, estoy muy lejos ideológicamente; pero la frase que emplea, que un anciano que tiene un pie en la tumba no interfiera nuestros planes, no fue elegante eso, no fue una forma elegante de decirlo.

Después Kennedy, desde luego, defiende a Adenauer, dice que no, que no tiene nada que ver un problema con otro.

Pero creo que se enriquece el conocimiento público con esto. Ahora hay que pedirle al Departamento de Estado que siga desclasificando más cartas; porque faltan las de 1963 ahora, que pueden decir cosas de interés, por lo que recuerdo.

Han transcurrido otros tres meses, y el día 31 de enero —ya eran cuatro meses casi— de 1963 Jruschov me hace una larga carta, realmente una magnífica carta, es tan larga que tiene 31 páginas; no la voy a leer, por supuesto, pero a cualquiera se la puedo prestar porque es una carta bella, elegante, amistosa, ¡muy amistosa!, casi poética en algunos de sus párrafos, invitándome a visitar la Unión Soviética. Iba de viaje de Berlín —donde había tenido lugar un congreso— a Moscú, en tren, y se ve la carta redactada por él, porque era un hombre que sabía expresarse y redactar muy bien, y hace una carta persuasiva. Ya se habían ido enfriando los ánimos, que habían estado bastante calientes, y acepté el viaje. Llegué de milagro, saben, porque tuve que volar en un avión TU-114, ¡dieciséis horas de vuelo! Creo que ese es el tipo de bombardero que tenían, pero esos no podían regresar. Llegaban hasta Murmansk directo desde La Habana, ¡dieciséis horas!, tenían cuatro hélices. Trepidaba aquel avión, vibraba. Tuvimos que aterrizar a ciegas. Suerte que Jruschov, que se preocupaba mucho por los detalles, envió al mejor piloto que tenía en la Unión Soviética, porque únicamente aquel

hombre podía aterrizar en medio de las montañas en Murmansk, con una neblina que no se veía a cinco metros. Al tercer intento, por fin aterriza. Me estaba esperando Mikoyán con una delegación. Con Jruschov hablé por teléfono al poco rato. Fue la primera vez que visité a la Unión Soviética.

Puede ser que hubiera terminado la parte mía en todo este asunto ese día que aterrizamos en Murmansk. Yo le dije a la gente: “Miren, si esto choca, ni nos vamos a enterar”. Estaba sentado con los pilotos viendo aquella operación, y de repente dije: “Me voy de aquí, no vaya a ser que, en vez de ayudar, vaya a complicar la cosa”, y me senté. Hasta que aterrizó aquel monstruo, porque era enorme. Así visité a la URSS.

Es una excelente carta. Por eso digo que conozco bien a Jruschov, de magnífico sentimiento, amistoso, preocupado por Cuba. Le agradezco mucho esta carta.

Viene la invitación a visitar la URSS. En la URSS hablamos, como les conté, de todas estas cosas. Yo con mi teoría de qué objetivo tenía y tratando de saber qué se había hablado, y realmente no hubo una sola vez en que él no se expresara en los términos esos —él y todos los demás, como regla—, y no pude dilucidar la cuestión.

Ahora, sí me leyó, durante horas, muchos mensajes que le hacía llegar el presidente Kennedy a través de Robert Kennedy, y otras veces a través de Thompson —es el nombre que recuerdo.

Había un traductor y Jruschov leía y leía todos sus intercambios.

Leí con mucho interés esto, para ver si alguno de los temas a los que se referían aquellos mensajes estaba en este trimestre, y no estaba en ese trimestre, pertenece a una etapa ulterior; debe pertenecer al primer cuatrimestre de 1963, enero, febrero, marzo, abril, porque yo llego a fines de abril a la Unión Soviética y Jruschov, sentado conmigo en Zavídovo, en un coto de caza por allá, a él le gustaban mucho —cuando podía, no tenía mucho tiempo, trabajaba mucho— las cuestiones de la cacería sentado en el patio, era casi primavera y con un sobretodo, en primavera, en la Unión Soviética se puede estar en un patio, leía los mensajes, los distintos intercambios. Todavía seguían en una discusión sobre la seguridad de Cuba.

Hay dos momentos interesantes para mí. Hay un momento en que Jruschov leyendo y el otro traduciendo, hay una frase en que le dice: Algo va a pasar —refiriéndose a Cuba—; entonces, después que lee, con esta frase, no se me olvida —eso no está grabado—, dice Jruschov en la contesta: Algo va a pasar, pero algo increíble. Esa fue la palabra empleada por Jruschov en su respuesta. Es decir que parece que en determinado momento se volvieron a calentar los ánimos, cuando le dicen sobre Cuba que algo va a pasar y él dice que algo va a pasar, pero algo increíble, como diciendo, va a haber una guerra si no se cumple. Ustedes han visto en las cartas que él realmente escribe con dignidad, con elegancia, pero con dignidad. Esa frase no se me olvida.

Jruschov seguía leyendo y leyendo, hay un momento que creo que dice algo que no tenía interés que yo leyera —un descuido lo comete cualquiera,

hasta yo aquí leyendo cartas de estas—, nadie le había subrayado las ideas esenciales, y hay un momento que dice el mensaje de allá: Nosotros hemos cumplido todos nuestros compromisos —fijense estas palabras— y hemos retirado, o estamos retirando, o vamos a retirar los cohetes de Turquía y de Italia; me acuerdo bien que no habló solo de Turquía, sino habló de Italia, y siempre aquello yo lo grabé mucho.

Una vez les pregunté a los soviéticos si por fin en los documentos, en los papeles, aparecía algo. A Gromiko le mandé a preguntar, porque volvía a suscitarse no sé qué campaña en Estados Unidos porque íbamos a recibir unos Mig-23 o algunos aviones de esos; y siempre se empezaba a cuestionar si se estaban violando los acuerdos de 1962, y me dijeron que lo de Turquía sí, pero no lo de Italia.

En aquel mensaje que está leyendo Nikita y que el traductor va traduciendo, decía: Nosotros hemos retirado, estamos retirando, o vamos a retirar —se refiere a la retirada— los cohetes de Turquía y de Italia. Dije yo: Vaya —de esto no se ha hablado públicamente—, este debe haber sido algún tipo de regalo, de concesión que se ha hecho. En ese caso, a lo mejor era Kennedy ayudando a Jruschov, porque había momentos en que Jruschov quería ayudar a Kennedy, otros en que lo quería fastidiar, o no lo quería fastidiar, lo fastidiaba aun sin querer, y en otro momento podía ser Kennedy a Jruschov. Solo sé y recuerdo aquella frase, cuando yo escucho aquello. Lo que menos habría deseado Nikita, realmente, es que yo leyera aquella frase. Él sabía cómo yo pensaba y que estábamos totalmente en contra de que nos utilizaran como moneda de cambio, lo cual estaba en contra de la teoría de que los cohetes eran para la defensa de Cuba. No se defendía a Cuba sacando los cohetes de Turquía; eso está clarísimo, tiene una lógica elemental. Se defendía a Cuba diciendo: Por favor, llévense la base; por favor, cesen el bloqueo económico, no más ataques piratas, no más esto y esas cosas; pero estaba en contradicción por completo con la teoría de que el objetivo fundamental era la defensa de Cuba.

Cuando aquello aparece y se lee allí, yo lo miro y le digo: ¿Cómo? Repita, por favor. Esa parte la vuelve a leer y digo: ¿Los cohetes de Turquía y de Italia?, y se ríe, con esa risa pícaro que tenía... Estoy seguro de que aquello se fue, aquello no me lo fueron a decir a mí, porque era como dice el refrán: Mencionar la sogá en casa del ahorcado.

Son dos puntos y por eso advierto a los investigadores que profundicen en eso.

Esperaremos con interés que se desclasifique; ahora que estamos desclasificando, como se dice, desideologizando las relaciones internacionales, es mejor que se saquen todos estos papeles a relucir de una vez.

Claro está que esta situación que ocurrió en octubre de 1962, aunque hubo esfuerzos de ambas partes y nosotros hicimos también esfuerzos por tratar de superar totalmente aquel incidente, por tratar de salvar las relaciones con la Unión Soviética, de que no se agriaran más, no obstante, este

incidente, estos problemas de 1962, estuvo influyendo durante varios años en las relaciones entre la Unión Soviética y Cuba.

Cualquiera de estos documentos los ponemos a disposición de los historiadores. Si lo cree podemos sacar copia fotostática de este acuerdo, creo que nunca se ha publicado el texto del acuerdo adoptado; no sé si para los historiadores tiene algún interés, se les puede dar copia (Le dicen que quieren una copia). Les doy copia a los historiadores, ¡ya está desclasificado!

Esta carta, también, la que manda el 23, tiene algún interés. No recuerdo ninguna otra cosa que, a mi juicio, puede tener interés concreto, específico, relacionado con los estudios que ustedes están haciendo. Si aparecen más papeles o alguna otra cosa de interés se los podemos facilitar —nosotros no tenemos que ocultar absolutamente nada con relación a todo este problema de la Crisis de Octubre—, si pueden ser de alguna utilidad, alguna contribución a que se conozcan los hechos y se saquen las conclusiones pertinentes.

Yo no voy a sacar conclusiones aquí de todo esto, creo que hay mucho material sobre el cual pensar, sobre el cual meditar, muchas cosas sobre las cuales reflexionar, que parten del fructífero esfuerzo que se ha hecho, realmente, sacando a la luz. Y como dijo un soviético, creo que nunca se discutió tan seriamente un problema como se ha discutido este, del cual se pueden derivar muchas lecciones importantes.

Muchas gracias [*aplausos prolongados*].

Dicen que hablé dos horas y 15 minutos con lo que realmente me excedí en mis planes. Les ruego me excusen.

JAMES G. BLIGHT.- Muchas gracias, señor Presidente.

En Estados Unidos tenemos una expresión que quizás también emplean en Cuba, y es “tomar champaña en cantidades industriales”, que describe la riqueza, el sabor, la realidad y la calidad es algo abrumadora cuando se consume en cantidades como las que usted nos ha ofrecido, y si no hay objeciones, recomendaría un breve receso, antes de retornar y pasar muchísimo más tiempo haciéndole preguntas sobre este champaña que usted nos ha regalado. Digamos, 20 minutos. ¿Le parece bien un receso de 20 minutos?

Aproximadamente a las 11:50 reanudamos la sesión [*aplausos*].

Quinta sesión: 11 de enero de 1992

JAMES G. BLIGHT.- Bienvenidos de regreso.

Vamos a hacer un par de comentarios organizativos.

Nuestros anfitriones cubanos nos sugirieron que el receso del almuerzo sea aproximadamente a las 2:00 de la tarde, eso es lo que haremos.

Primero, desearía expresar, en nombre de la delegación de Estados Unidos, una vez más, nuestro agradecimiento por una exposición extraordinaria,

y también, señor Presidente, por el acto generoso y extraordinariamente útil de desclasificar este material y ponerlo a disposición nuestra.

Para los que hemos estado siguiendo durante tantos años el acontecimiento que motiva esta conferencia es, realmente, una experiencia inusual haber escuchado una exposición de más de dos horas y recibir una información que en su mayoría ha sido nueva, y toda ella interesante e importante —y no hablo solamente en nombre propio, sino que estoy autorizado a hablar en nombre de todos nosotros—.

Desearía comenzar con un intento de reciprocación simbólicamente el acto de ustedes.

Durante muchos años los documentos de Estados Unidos se han venido desclasificando mediante un proceso arduo, después de luchar con uñas y dientes con el Departamento de Estado. Los archivos de la Seguridad Nacional, en Washington, nos han ayudado en este proceso, que hubiera sido imposible sin la ayuda de ellos. Fue fundado por el señor Scott Armstrong y quisiera solicitarle a la asesora jurídica de los archivos de Seguridad Nacional, la señorita Michelle Moldes, que le haga entrega de varios miles de páginas de material desclasificado [*aplausos*].

Debo decir que en nuestro vuelo de regreso a Estados Unidos, estamos dispuestos a pagar el exceso de equipaje que representarían todos los documentos cubanos que estamos dispuestos a llevar en nuestras maletas.

Queda abierta la posibilidad de hacer uso de la palabra para hacer preguntas, comentarios.

Arthur Schlesinger solicita la palabra.

ARTHUR SCHLESINGER.- Como historiador profesional estoy seguro de que me pronuncio en nombre de la comunidad de historiadores al expresar nuestro agradecimiento al Presidente Castro por su conversación, su análisis y sus revelaciones de hoy por la mañana. Espero que esto sea un ejemplo para todos los jefes de Estado, que facilitaría extraordinariamente la labor de los historiadores en su misión de reconstruir el pasado. Como parte de esa reconstrucción, me pregunto si el Presidente Castro pudiera decirnos algo sobre un problema que mencionó ayer.

Sus comentarios de ayer realmente explicaron en parte por qué Cuba adoptó estas políticas. Me pregunto si en forma más detallada pudiera hablar sobre la índole de esta política, eso sería útil, me refiero al programa de acciones encubiertas del gobierno de Cuba, fundamentalmente respecto de Venezuela.

Déjenme explicarles algo. Yo estaba en la Casa Blanca en los años del presidente Kennedy, y el presidente Kennedy compartía con el Presidente Castro el criterio de que había llegado el momento de un cambio social en América Latina. La Alianza para el Progreso —como expresó el Presidente Castro— era una vía mediante la cual él pensaba hacer avanzar esta revolución social en una dirección democrática, y al hacerlo, tuvo que hacerles

frente a las oligarquías latinoamericanas. El Presidente Castro pronosticó una vez que la oposición de la oligarquía a la Alianza para el Progreso la condenaría al fracaso.

Como aliados en ese rumbo, vimos a los regímenes democráticos y progresistas en América Latina, no muchos en esa época, pero fundamentalmente el de Rómulo Betancourt, en Venezuela, y para decirles de la manera más sencilla, la revolución social en América Latina parecía ser una opción entre la vía de Castro y la vía de Betancourt.

El Presidente Castro dijo una vez en una reunión de embajadores latinoamericanos: “Los que hacen imposibles las revoluciones pacíficas hacen que sean inevitables las revoluciones violentas”. Me pregunto entonces si toda esta cuestión de Betancourt fue importante en lo simbólico y en lo práctico para la administración Kennedy, en tanto nos pareció a nosotros que generó un esfuerzo por parte del gobierno cubano de armar las guerrillas contra Betancourt, en un intento de derrocar al presidente Betancourt, que parecía algo fundamental, y que fue un factor muy importante en la política de la administración Kennedy respecto a Cuba.

Creo que todos agradeceríamos si el doctor Castro pudiera hacer algunas observaciones sobre la naturaleza de las acciones encubiertas contra Venezuela.

CMDTE. EN JEFE FIDEL CASTRO.- Con mucho gusto le puedo responder esa pregunta.

Debo decir que si a nosotros nos acusan de subversivos, habría que acusar también a Rómulo Betancourt de subversivo, porque Rómulo Betancourt, en unión de Figueres y otros diversos líderes políticos latinoamericanos, cuando yo era estudiante en la universidad, trabajaban en ayudar al movimiento revolucionario en América Latina, trabajaban para lograr el derrocamiento de Trujillo, por ejemplo, y trabajaban para lograr el derrocamiento de Somoza y otras causas similares. Ellos tenían relaciones con el gobierno de Prío, que fue el gobierno que precedió al golpe de Estado del 10 de marzo. El gobierno de Prío, por supuesto, no era ningún modelo de gobierno honrado, era un gobierno de ladrones de toda clase, porque esa fue la gran competencia que hubo aquí entre unos gobiernos y otros; era un gobierno muy corrompido, pero tenían relaciones con algunas de estas personalidades políticas que hemos mencionado.

Antes había estado el gobierno de Grau, después el gobierno de Prío. En el propio gobierno de Grau, antes del de Prío, ya todas estas fuerzas democráticas latinoamericanas estaban participando en la lucha por derrocar a Trujillo. Yo era un estudiante de segundo año de Derecho cuando se organizó en Cuba, con la cooperación de toda esta fuerza democrática, una expedición para derrocar a Trujillo en Cayo Confites, un cayo que está al norte de Cuba. Me acuerdo que en esa época era presidente del Comité Pro Democracia Dominicana y, a pesar de que yo tenía muy poco que ver con

mucha de la gente que estaba en eso, porque yo estaba en la oposición al gobierno de Cuba y era el gobierno de Cuba el que estaba ayudando a organizar la expedición —eso se puede revisar en los archivos del Departamento de Estado—, me inscribí inmediatamente en la expedición aquella contra Trujillo. Aquella expedición terminó hasta en una traición; algunos de los elementos aquellos corrompidos que había se entregaron, hubo problemas en Cuba, dieron órdenes de detener las embarcaciones.

Fíjense el plan que tenían aquellos expedicionarios democráticos que, desde el momento en que tuvieron problemas en Cuba y los barcos salieron, una parte de la expedición —y a mí me tocó con la parte que seguía—, yo había ascendido rápidamente porque era teniente y ya me habían hecho capitán de la compañía, e íbamos a invadir Santo Domingo en nombre de la democracia, no era en nombre del marxismo-leninismo, y en eso participaban todos esos líderes políticos. Recuerdo que por fin nos detiene una fragata por allá, del gobierno, y nos dice: “Hacia atrás”.

Nosotros al principio creíamos que era de Trujillo, después vimos que era del gobierno cubano, y nos ordena regresar.

Por cierto, no me resigné a caer prisionero en aquello, lo que hice fue que a la entrada de la bahía de Nipe me escapé con unas cuantas armas. Estaba en complicidad conmigo el capitán del barco y una serie de gente más, porque decían: “No, que después nos devuelven todo”. Les digo: “No les van a devolver nada, les van a parar la expedición”, y yo hasta me les escapé. A los demás los trajeron prisioneros en unos trenes de ganado para La Habana, y yo, por lo menos, vine disfrazado de guajiro o de no sé qué cosa; pero todo el mundo me conocía por el camino, porque a mí siempre me costó mucho trabajo disfrazarme [risas]. Entonces, ahí estaban todos esos líderes.

La cuestión de Santo Domingo —y la asocio, porque está asociado a lo de Venezuela— era vieja, y en la lucha nuestra en la Sierra Maestra participaron unos cuantos dominicanos, y nosotros estábamos comprometidos con ellos a ayudarlos, era vieja la cosa. Trujillo era aliado de Batista, le mandó armas a Batista y nosotros prometimos que los íbamos a ayudar y, efectivamente, los ayudamos, cumplimos nuestra palabra con ellos.

Ahora, en eso estaba este movimiento democrático, y estaban los venezolanos practicando con nosotros un esfuerzo libertador en Santo Domingo. Voy a decir más, estaba el gobierno de Venezuela, que también Trujillo tenía un gran encono contra Rómulo Betancourt.

Por las razones que fueran, Rómulo Betancourt nunca fue muy simpatizante de nuestro movimiento revolucionario, aunque se dice que en su juventud fue comunista —los historiadores tendrán que comprobar eso—, se le tuvo por un hombre de izquierda, luchó contra los regímenes militares. El primer presidente fue Rómulo Gallegos, después lo derrocan.

Visito a Venezuela en el año 1959, había una impresionante, gigantesca multitud, se habían acabado de celebrar las elecciones, estaban divididas

las fuerzas, había una oposición de izquierda contra Rómulo Betancourt; un partido comunista fuerte, porque había luchado contra Pérez Jiménez, y mucha gente de izquierda estaba en esa junta. En Caracas, incluso, ganaron la mayoría frente a Rómulo Betancourt, pero es electo presidente.

No fueron buenas las relaciones, por las razones que fueran, con Rómulo Betancourt no congeniábamos, y no yo con él, sino más bien él conmigo; hubo gente que interpretaba aquello también como un cierto celo por el enorme recibimiento que me habían hecho en Caracas; y allí tuve, incluso, que manejar con cuidado la cosa, porque una enorme multitud como de 400 000 personas empezó a gritar contra Rómulo y contra toda esa gente, y he tenido que oponerme a la multitud y decir que yo no había ido allí a reunirme con ellos para que se utilizara esa ocasión para atacar a personalidades políticas del país y tuve que defender a Rómulo. Pero Rómulo fue después uno de los más activos enemigos de la Revolución Cubana, independientemente de su historia, de su origen y su cosa.

Ahora, Rómulo Betancourt tenía una oposición de izquierda muy fuerte, incluso, oposición militar, porque se produjeron dos grandes y sangrientas sublevaciones militares allí en Venezuela contra Rómulo, y toda la izquierda estaba contra Rómulo, el Partido Comunista y otras muchas fuerzas de izquierda. De modo que nosotros no creamos esa oposición, porque no podíamos crearla, esa oposición se crea contra Rómulo. Ya Venezuela ha roto relaciones, se ha sumado al bloqueo, apoya a Estados Unidos de una manera activa contra la Revolución Cubana y había dejado de ser un amigo o alguien asociado a Cuba en las luchas por la liberación en América Latina, para convertirse en un enemigo.

Nosotros, realmente, ayudamos a las fuerzas de izquierda, ayudamos al Partido Comunista y a todas las demás organizaciones de izquierda, militares y gente que no era del Partido Comunista, distintos sectores. Debo decir que, realmente, hubo represión fuerte en Venezuela. La mano del gobierno de Rómulo Betancourt no fue nada blanda contra los revolucionarios; hubo de todo, pero para qué extendernos en esas cosas. Nosotros, no es que organizáramos la oposición a Rómulo Betancourt, apoyamos la oposición a Rómulo Betancourt, eso es absolutamente cierto, y estos son los elementos que la originaron.

No les voy a negar tampoco que el factor ideológico influía. No voy a decir que era solo una cuestión práctica de la lucha contra los que nos querían destruir, sino también influían la simpatía, el factor ideológico y el deseo de cambio revolucionario, es lo que puedo responderles sobre las razones y los antecedentes por los cuales nosotros apoyamos ese movimiento.

Ahora, Cuba no ha sido el único país que apoyó a esos movimientos. Ahora no voy a tratar de las actividades de Estados Unidos, dejo eso a un lado, ya ayer hablé de ese tema; pero en América Latina, muchos líderes que no son comunistas ayudaron al movimiento revolucionario. Digamos,

por ejemplo, que Panamá, cuando estaba Torrijos, cuyas relaciones con Estados Unidos no eran malas, y era visto con respeto, ayudó bastante en la lucha contra Somoza en Nicaragua; digamos que Venezuela ayudó bastante en la lucha contra Somoza; digamos que Costa Rica —un presidente de estos superdemocráticos que había allí, como son los presidentes de Costa Rica, como regla—, asociado a nosotros, ayudó a la lucha contra Somoza.

Quiero señalar que nosotros no somos los únicos que en un momento u otro hemos ayudado al movimiento revolucionario, de una forma o de otra, en América Latina, sino que muy honorables, muy respetables y líderes políticos muy bien vistos por Estados Unidos, han participado junto con nosotros en algunas de estas cruzadas libertadoras, cuando hacía mucho rato ya que nosotros éramos un gobierno socialista y un gobierno con la doctrina marxista-leninista; porque no hay que olvidarse tampoco que entre los latinoamericanos somos familia y vemos las cosas un poco en familia, aunque creo, desde luego, que aunque seamos familia y mientras existen los estados, la mejor práctica y la mejor filosofía es el respeto a la soberanía de cada uno de los estados independientes hasta el día en que nos integremos, si un día podemos integrarnos en una gran comunidad de estados latinoamericanos, como han hecho los europeos después de tantos siglos de guerra.

En América Latina existe la tradición de la ayuda al movimiento revolucionario —siempre, a lo largo de la historia—, y en sus guerras por la independencia se ayudaron unos a otros, en la lucha contra la colonia española; y creo que también hasta los norteamericanos de vez en cuando ayudaron, mandaron algunos barcos con armas, con provisiones. Todo el mundo ayudó en una historia u otra a las luchas de los pueblos por la cuestión de la independencia.

A Estados Unidos lo ayudaron también, ayer mencionábamos eso, hasta los cubanos ayudamos a la independencia de Estados Unidos; no éramos cubanos independientes, pero habíamos nacido en esta tierra, y un número determinado de hombres nacidos en esta tierra participaron en las luchas de independencia de Estados Unidos, junto con españoles y junto con franceses. Después en América Latina, todas las naciones se ayudaron unas a otras en sus luchas por la independencia. Nosotros no somos los inventores de la ayuda y apoyo al movimiento revolucionario.

Ahora estaríamos de acuerdo, estamos de acuerdo y de hecho es hoy la política del gobierno de Cuba, en acogernos a normas y leyes internacionales; pero tiene que haber una reciprocidad, desde luego, porque las leyes no pueden hacerse para uno y no para otros, creo que debe hacerse para todos. Nos parece lo más práctico, lo más político, aunque seamos una familia, los latinoamericanos, y una familia que aspiramos a unirnos. Mientras no estemos unidos y mientras existan los estados independientes de

América Latina, deben ser respetados, es mi punto de vista, a partir de toda la experiencia histórica.

No ocultamos, ni vamos a ocultar, realmente, que actividades nosotros desarrollamos. También queríamos los cambios. Teníamos una posición política, una posición ideológica, deseábamos los cambios revolucionarios. Todavía los deseamos, pero no quiere decir que vayamos a ayudar a alguien a hacerlo. Creo que tenemos que practicar la política de respeto mutuo entre todos los países de América Latina y Cuba, entre todos los países de América Latina entre sí.

Hoy transitamos por vías diferentes en nuestras relaciones con los países de América Latina, independientemente del régimen social, pero sí puedo decir que el único país que no se sumó al bloqueo y a las actividades contra Cuba, es México; y México es testimonio de la política intachable que nosotros hemos seguido con relación a ese país. Y digo que pudimos haber seguido la misma política, de hecho la mantuvimos con todos los que siguieron una política similar con Cuba.

Los que al sumarse al bloqueo de Estados Unidos y declararnos la guerra, nos dieron a nosotros más libertad moral y una libertad más legítima de apoyar al movimiento revolucionario en favor de los cambios en América Latina.

ARTHUR SCHLESINGER.- Creo que todos nos felicitamos de los cambios descritos por el Presidente Castro en la política cubana, y agradezco mucho la franqueza con la cual ha analizado la situación venezolana.

Es históricamente cierto que los latinoamericanos tienen la tradición de ayudar a los movimientos revolucionarios.

La única observación que quisiera hacer, para concluir, es que confío en que se establezca una diferenciación, que no siempre se ha observado en Estados Unidos, entre ayudar a los movimientos revolucionarios contra los regímenes antidemocráticos y ayudar a estos movimientos contra gobiernos democráticos.

OLEG TROYANOSKI.- Antes de hacer mi pregunta, desearía, en nombre de mi delegación, agradecer al compañero Fidel Castro por su intervención, que, a mi entender, ha impresionado profundamente a todos los presentes, tanto por su contenido como por la forma de la exposición de los hechos y consideraciones.

Es la tercera vez en que tengo la oportunidad de estar presente ante una intervención de Fidel Castro. La primera vez fue en Nueva York en el año 1960 en la Asamblea General, la segunda vez fue de nuevo en la Asamblea General a fines de los años 70, me parece; y hoy es la tercera vez. Todas las veces me ha producido una impresión inolvidable. Muchas gracias.

Ahora tengo una breve pregunta. En su intervención, usted mencionó que en su entrevista con un periodista francés, le transmitió a usted algo de parte del presidente Kennedy. Como me parece que para la mayoría es un hecho nuevo, tal vez usted pueda arrojar alguna luz sobre lo tratado.

CMDTE. EN JEFE FIDEL CASTRO.- Se presenta en nuestro país un periodista francés, era conocido, que acababa de tener una reunión con Kennedy. Vino muy impresionado de Kennedy, bien impresionado, decía que era una máquina, tal como lo tenía organizado todo, todas las cosas. Él me transmite que se hospeda en un hotel de La Habana, y tan pronto recibo la noticia le digo que sí, que me voy a reunir con él, y él dijo que traía como un mensaje de Kennedy.

Para poder hablar con más calma, le dije: Lo recojo y lo llevo para Varadero, para crear un ambiente relajado, pudiéramos decir, en que él pudiera explicar las ideas y el mensaje que traía.

No era un mensaje en el sentido formal de la palabra, sino le dije que quería que viniera. Le habló mucho de la crisis, de los peligros enormes de que estallara una guerra —casi en los mismos términos en que se ha hablado aquí—, las consecuencias de esa guerra, y que él quería que hablara conmigo, que analizara esta cuestión, que me preguntara si yo estaba consciente de hasta qué punto había sido grande ese peligro. La esencia del mensaje es que hablara conmigo largamente sobre todos estos temas, que después volviera a Estados Unidos, a Washington, y le informara de la conversación. Por lo tanto el periodista lo interpretó como un gesto, con el deseo de establecer un contacto, un deseo de explorar qué pensábamos nosotros sobre todo esto y, además, establecer una cierta comunicación. Le dijo: Vaya, hable, analice todo este problema y vuelva; eso era en esencia.

Voy a decir que prácticamente el periodista ni terminó de explicarme todo lo que tenía que decirme, porque fue temprano, no recuerdo si eran las 11:00, hora de Dallas. No había llegado siquiera el mediodía, íbamos a almorzar, no habíamos almorzado, y estando en estas conversaciones, en estos análisis, llega por radio allí mismo la noticia de que han atentado contra la vida de Kennedy. Vea usted qué casualidad.

Yo lo interpreté, realmente, como un gesto tendiente a establecer alguna comunicación, algún puente, algún intercambio, porque como Kennedy había quedado con tanta autoridad dentro de su país después de la crisis, podía hacer cosas que quizás anteriormente no había hecho. A mi juicio, tenía el valor de hacerlo, porque se necesitaba un cierto valor para desafiar estados de opinión en todas estas cuestiones.

No hay que olvidarse que por esos días había pronunciado el famoso discurso en una universidad norteamericana —creo que aquí se mencionó ese discurso— donde hacía un gran elogio de la Unión Soviética y un recordatorio de la lucha que había sostenido el pueblo soviético, cuánto habían destruido de la Unión Soviética, y hacía comparaciones de lo que habría significado de destrucción en Estados Unidos, si hubiera ocurrido lo que ocurrió en la Unión Soviética.

Yo diría que en esa época nadie había pronunciado un discurso más prometedor que Kennedy, y más en favor ya de una real apertura, de una real coexistencia pacífica, de una política de paz.

Ese discurso fue recibido por toda la gente progresista del mundo, realmente, como una cosa muy positiva. Nunca nadie había hecho ese tipo de reconocimiento, y es en ese momento precisamente que lo matan.

Les voy a decir algo más: En el mismo momento que estoy hablando con Jean Daniel, alguien en París estaba entregando una pluma con un dardo envenenado para matarme a mí. En el mismo momento en que estoy hablando con Jean Daniel, para que ustedes vean las paradojas, las contradicciones y las casualidades, le estaban entregando, de parte de Estados Unidos —no quiero atacar a nadie aquí, cualquier día publicarán todo eso—, una estilográfica con un dardo envenenado para un atentado contra mí; el mismo día y a la misma hora exactamente en que Jean Daniel está conversando conmigo sobre este mensaje o esta comunicación de Kennedy. Vean cuántas paradojas y cosas extrañas han ocurrido en este mundo.

Pero no podría decirles muchos más datos, en esencia es esto que les explique, porque no se trató de un mensaje escrito, o un mensaje verbal de decir: Queremos mejorar las relaciones, sino que le hablé de mí en términos respetuosos, conversó largamente sobre eso; le pidió que me viniera a ver y que hablara conmigo, y que después regresara a Washington y le informara.

Es lo que puedo decir sobre eso.

Quizás a Jean Daniel se le puede localizar, como él fue el autor de este mensaje. ¿Murió ya o no? Creo que Jean Daniel no ha muerto, que yo sepa (Rafael Hernández le responde que escribió un artículo al respecto, pero no recuerda en qué).

Si ustedes lo pueden conseguir y se lo pueden mandar a ellos, puede ser de interés, si él quiere conocer más datos sobre eso.

OLEG TROYANOVSKI.- Muchas gracias.

ARTHUR SCHLESINGER.- Jean Daniel ha escrito sobre esa reunión con Fidel Castro en sus memorias, así como en unos artículos publicados en aquellos momentos o poco después de la muerte de Kennedy.

Pudiera añadir, como complemento a lo que ha dicho el Presidente Castro, que esto solamente es parte de las exploraciones del presidente Kennedy para normalizar las relaciones con Cuba. Uno de los embajadores de Kennedy entonces era un periodista llamado William Atwood, editor de la revista *Look*, y había venido a La Habana en 1959 y había sostenido una entrevista con el doctor Castro. Bill Atwood fue a trabajar con Stevenson en la Asamblea General en el otoño de 1963 y sostuvo conversaciones allí con el doctor Carlos Lechuga —que nos acompaña en el día de hoy— acerca de las posibilidades de explorar un acercamiento.

El 18 de septiembre él envió un memorando al Departamento de Estado sobre Cuba en el que pidió autorización para proseguir sus negociaciones, estaba dirigido a Averell Harriman quien favorecía el plan, pero que le respondió que por sus implicaciones para la política interna debía analizarse esto con Robert Kennedy.

Robert Kennedy dijo que él favorecía el plan, pero que debía ponerse en contacto con McGeorge Bundy. Mc Bundy dijo que estaba de acuerdo con el plan y le respondió a Atwood que el presidente Kennedy estaba en favor de marchar hacia una apertura con Cuba para alejar a Castro del rebaño soviético, borrar lo de Bahía de Cochinos y volver a la normalidad. Esta era la autorización que tenía Atwood.

Creo que se hicieron algunas coordinaciones para que a finales de noviembre Atwood viniera a La Habana para que conversara no sé si con el Presidente Castro, o tal vez con el canciller o con alguien en la cancillería, para ver qué se podía hacer —como había dicho Robert Kennedy— para el año siguiente lograr la normalización de las relaciones.

Jean Daniel no fue el único canal. Tal vez el doctor Lechuga pueda abundar en mis observaciones en lo tocante a Atwood.

CARLOS LECHUGA.- Efectivamente, esas conversaciones fueron con Atwood, el embajador que estaba entonces por la delegación de Estados Unidos en Naciones Unidas en la asamblea del año 1963. Atwood me fue a ver, hizo una cita con una periodista de televisión, Lisa Howard, para plantear la posibilidad de conversaciones con Cuba y normalizar las relaciones entre los dos países.

Según ha contado Atwood en su libro, y el historiador Schlesinger lo recoge también en el libro de Robert Kennedy en su tiempo, Atwood le planteó esta cuestión a Averell Harriman, que era el subsecretario asistente de Estado para asuntos políticos, y Harriman le recomendó que hiciera un memorando sobre esta cuestión. Después siguieron el trámite en el Departamento de Estado hasta que llegó a una conversación con Robert Kennedy, donde Robert Kennedy aceptó inmediatamente la idea de explorar las relaciones con Cuba. Según ha contado Atwood en su libro, el presidente Kennedy inmediatamente aceptó esas gestiones exploradoras con Cuba.

Precisamente la visita de Jean Daniel —según cuenta Atwood en su libro— fue porque en medio de esas conversaciones conmigo en Nueva York, se enteró que Jean Daniel estaba en Nueva York, que era amigo de él, y consideró que era mejor también, o más conveniente, más ayuda de la gestión que estaba haciendo, que Daniel hablara con Kennedy. Atwood llamó entonces a Ben Bradley, que era del *Washington Post*, amigo de los dos, y Bradley, que era amigo de Kennedy, concertó la entrevista de Jean Daniel con Kennedy, y ahí fue cuando Daniel vino aquí a Cuba a hablar con usted.

CMDTE. EN JEFE FIDEL CASTRO.- Fue en noviembre de 1963.

CARLOS LECHUGA.- Eso fue a principios de noviembre, porque hubo varios días, nos veíamos a veces, otras veces no. La última entrevista fue dos o tres días antes de que mataran a Kennedy, y Kennedy había quedado con Atwood en que cuando regresara de Dallas hablara con él a ver cuál era el resultado de las conversaciones conmigo y, por supuesto, de la visita de Daniel a Cuba.

Esa fue la historia.

JAMES G. BLIGHT.- Muchas gracias.

El profesor Pastor.

ROBERT PASTOR.- Gracias, James.

Presidente Castro, me pregunto si pudiera abordar dos temas independientes que usted mencionó.

Hace dos días el embajador Alexéiev expresó que cuando Jruschov le dijo a él por primera vez que se emplazarían misiles en Cuba, él personalmente pensaba que usted no los aceptaría porque eso podía generar una reacción negativa para Cuba.

Ayer escuchamos a Edwin Martin expresar que en Punta del Este, a principios de 1962, 14 naciones latinoamericanas se unieron a Estados Unidos con el objetivo de aislar a Cuba: pero que Brasil y México se opusieron y que también hubo algunas reservas. No obstante, después que se emplazaron los misiles, las reservas de Brasil, de México y de otros se evaporaron y América Latina actuó como pensaba el embajador Alexéiev, o sea que se unió en condena de la acción. Usted ha dicho que en su decisión tomó en cuenta el posible efecto negativo en la imagen revolucionaria de Cuba, pero no mencionó la dimensión latinoamericana, en el sentido de si estimó que este hubiese sido un costo a pagar con relación a Latinoamérica, o si pensaba que ya América Latina había asumido una posición tan hostil para Cuba que no ejercería ninguna diferencia.

La segunda pregunta tiene que ver con sus conversaciones con U'thant. Me gustaría que usted nos ofreciese algunos detalles más sobre si se examinaron ideas alternativas respecto a la forma de cerrar el acuerdo entre Kennedy y Jruschov .

Las dos condiciones que excluían una conclusión sobre las inspecciones de la ONU. La pregunta es si U'Thant estimó o estimó usted ampliar, quizás, la definición del termino "inspección" de forma de negarle a Estados Unidos el derecho a realizar sobrevuelos, así como el cese de las actividades subversivas contra Cuba, en el caso de que Cuba aceptase las inspecciones de la ONU como parte del acuerdo para lograr un compromiso de no invasión.

CMDTE. EN JEFE FIDEL CASTRO.- Creo que expliqué en mi intervención las preocupaciones que teníamos, respecto a la imagen de Cuba. Cuando hablaba de la imagen de Cuba estaba pensando, fundamentalmente, en América Latina; en el resto del mundo, pero también en América Latina, en lo que más nos interesaba.

Para nosotros era clarísimo que el hecho —y lo dije así— de convertirnos en una base militar iba a significar un altísimo costo político y que, por tanto, si la cuestión hubiese sido la defensa de Cuba, habríamos preferido no tener los cohetes.

Alejandro tiene toda la razón cuando dio el juicio allí, tal como se lo presentaron a él, y cuando dijo que eso no lo íbamos a aceptar, porque se lo han presentado como defensa de Cuba; pero tal como lo percibimos nosotros, en el acto, instantáneamente, se trataba realmente de una proposición estratégica aunque se usara el argumento fundamental de la defensa de Cuba. Así lo interpretamos nosotros en el acto y los dos compañeros que estaban conmigo.

Después, cuando nos reunimos, analizamos la cuestión y todos interpretamos, exactamente, la misma cosa, que aquella era una cuestión estratégica, que era una necesidad del campo socialista, del fortalecimiento del campo socialista, y que si nosotros esperábamos que los países socialistas lucharan por nosotros, nosotros, por razones de imagen simplemente y de una forma egoísta, fuésemos a negarnos a prestarle, digamos, esa cooperación al campo socialista. Esa fue la argumentación que se empleó allí en la reunión nuestra, donde unánimemente estuvimos de acuerdo con la cuestión de los proyectiles, a pesar de todos los inconvenientes que a nuestro juicio traería, y éramos conscientes de ello.

No nos preocupaba tanto la imagen de Cuba ante los gobiernos, porque en general los gobiernos eran bastante manejados en América Latina por la influencia de Estados Unidos y por el poder económico y político de Estados Unidos; no todos, pero siempre hay un número de gobiernos que inmediatamente, estos gobiernos centroamericanos y otros. Pero había otros gobiernos con más sentido de la dignidad, de la libertad, de la independencia, que no se plegaban a la política de Estados Unidos con relación a Cuba, un ejemplo fue México. Otros países resistieron. Chile resistió un tiempo, Ecuador resistió otro tiempo; Bolivia también, Brasil, Uruguay; hay un grupo de seis o siete países que resistieron; pero todos los gobiernos de derecha, todos los gobiernos de fuerza, sin excepción, apoyaron la política de Estados Unidos, y un número de gobiernos se opusieron.

Hay uno, como se mencionó aquí, que se vendió, porque, realmente, el gobierno de Haití siempre vendía el voto cada vez que había una cosa de estas, se ponía neutral, y entonces había que darle algo para que votara en una dirección u otra en ese período.

A nosotros nos interesaba, sobre todo, la opinión pública. No queríamos dar la imagen de convertirnos realmente en una base militar soviética, o de tener bases militares soviéticas en nuestro país, y tú puedes estar seguro de que esa era nuestra posición, las razones por las cuales aceptamos los proyectiles en ese sentido. Alejandro tenía razón; pero Alejandro lo percibe de una forma y nosotros lo percibimos de otra. Fue inmediatamente, no duró ni un segundo en que nos diéramos cuenta o sacáramos la conclusión de que se trataba realmente de una operación estratégica. Creo que éramos realistas en eso.

Hoy cuando se conocen todos estos datos se ve claro que era imposible tanto altruismo con relación a un problema tan serio, arriesgado, y los he-

chos ulteriores, como ya dije, también lo demuestran, a mi juicio; es, sencillamente, mi opinión. Pero estábamos conscientes de eso y preocupados, fundamentalmente por la América Latina.

Con relación a lo de U'Thant yo tendría que revisar un poco más todos los materiales. Realmente, como dije, no he tenido tiempo de hacer una revisión exhaustiva de todos los materiales. Aquí se sacaron las cosas fundamentales. Por lo que ustedes pueden apreciar, se tomó la versión taquigráfica de la conversación. Tal vez: con una revisión más minuciosa yo pueda añadir más datos, aunque creo que ahí está lo esencial, que fueron las cosas que me fueron subrayando, ni yo mismo siquiera subrayé. Pedí de los materiales que había, que había de interés con relación a todo esto, y el compañero Miyar anotó.

Ya dije, incluso, que pensaba que mi intervención iba a ser por la tarde y no por la mañana. Tenía que conversar unas cuantas cosas con ellos y revisar un poco el material, ordenarlo.

Ahora, U'Thant vino —por lo que leímos— a hacer una gestión de paz, a hacer un papel mediador, introducir las Naciones Unidas y buscar alguna forma de ayudar a acabar la crisis; solo que la cuestión de la inspección no podíamos aceptarla. Creo que eso disminuía nuestra soberanía.

Pienso, además, que la retirada de los proyectiles disminuía la soberanía nuestra, porque ya existía un compromiso, ya nosotros no podíamos tener ciertas armas, compromiso que no tenemos; pero el único país que podía suministrar-nos tales armas era la Unión Soviética, de hecho, habíamos quedado excluidos de determinados tipos de armamentos. Claro, no podíamos estar de acuerdo, porque tenemos un concepto de la soberanía muy arraigado y se demuestra en todos nuestros materiales, en todos nuestros documentos, y se demuestra a lo largo de nuestra historia, aunque sean cosas que no se conocieran públicamente. Veíamos la inspección como una humillación al país.

En realidad no hacía falta inspección, porque los primeros que teníamos que inspeccionar éramos nosotros, y ni siquiera inspeccionamos si los soviéticos se llevaban los proyectiles o no; pero estábamos seguros de que se los llevaban como los habían traído, y que no existía ninguna posibilidad, ni intentamos ni obstaculizamos, porque ya hubiera sido una absurda situación la que se habría creado si nos oponemos a la salida de los proyectiles. Y hubiéramos tenido que entrar en conflicto con los soviéticos, hubiéramos tenido que entrar en conflicto con nuestros amigos, con nuestros compañeros, con nuestros hermanos, con los militares que habían estado aquí junto a nosotros dispuestos a morir. Yo ví a muchos soviéticos llorar el día 28, jefes militares soviéticos llorando ante la noticia de la retirada de los proyectiles. Eso no se me puede olvidar nunca. Esa gente tenía excelentes relaciones con nosotros. Alejandro tenía una excelente relación con nosotros.

Todos estaban afligidos realmente, y, ¿qué íbamos a hacer nosotros, tratar de usar la fuerza; íbamos a usar la violencia contra los soviéticos? Porque si decíamos: No, de aquí no se van estos proyectiles, eso era una locura

completa; no teníamos otra alternativa, tanto moral como política. Sencillamente, había que dejar que salieran los proyectiles aquellos, porque no tenía sentido, y para qué servían si nosotros no sabíamos ni manejarlos ni los conocíamos. Yo tenía la esperanza de llegar a saber algo de cohetes después que ya estuvieran establecidos, saber cómo eran, algunas cosas; creo que los soviéticos alguna información me habrían dado.

Cuando visité la URSS, por cierto, le pedí a Jruschov que me llevara a ver una base de cohetes estratégicos, y Jruschov me llevó a ver una base de cohetes estratégicos. Salió hasta publicado, así que pude después en la Unión Soviética ver lo que eran los cohetes estratégicos, y no doy más datos porque no está desclasificado [risas], aunque de eso las fotos que deben tener los satélites y lo que deben saber ahora, porque deben tener más gente colaborando [risas]. Creo que casi todo lo que se quiera averiguar ahora, se averigua allí; pero yo, por si acaso, salvo mi responsabilidad y no doy más datos sobre la base de cohetes estratégicos que vi en los años 60. Me imagino que sean más modernos.

Nosotros no podíamos hacer otra cosa; estábamos inconformes no con que se buscara una solución de paz —ya lo expliqué—, sino con todo lo que se había acordado, la forma en que se había hecho; y no era cuestión de forma, sino de fondo, que los intereses fundamentales del país no habían sido tomados en cuenta, y no se nos podía pedir que tuviéramos confianza, ya íbamos a depender de una palabra. Aquello nos parecía muy poco y estábamos inconformes con el fondo; pero no podíamos hacer otra cosa que aquellas que estaban asociadas a nuestra soberanía: ¿Inspeccionar? No inspeccionar. Si nosotros no estábamos de acuerdo con la solución que se había adoptado, ¿por qué teníamos que estar de acuerdo con la inspección?, ¿por qué teníamos que cooperar con eso?

Además, en el ánimo de la población habría sido imposible, incluso, incomprendible. Déjame decirte que tuvimos que hacer una declaración sobre los IL-28, porque ya los IL-28 estaban idos también; llegó un momento en que se comprometieron los IL-28. Ya narré cómo Mikoyán, cuando le abordé el problema, dijo que no, que imposible, y dijo: “Al diablo los imperialistas”. Voy a decirlo con más exactitud histórica, porque nosotros dijimos: Si los imperialistas quieren llevarse los IL-28, dice: “Al diablo los imperialistas”, no dijo “al diablo los norteamericanos”. Realmente, es más elegante lo que dijo, porque no es lo mismo decir “imperialistas” que “norteamericanos”. Quiero decirlo así, porque las palabras que empleó Mikoyán fueron: “Al diablo los imperialistas si se quieren llevar los IL-28”.

A los pocos días Mikoyán tiene que venir a persuadirnos de que quieren llevarse los IL-28; otro problema. Dijimos: “Bueno, está bien, llévense los IL-28”. ¿Cómo explicarlo al pueblo? He tenido que hacer una declaración y decir: “Bueno, aceptamos, ya son aviones obsoletos”, y todas esas cosas. A la gente no le gustó nada que se llevaran los IL-28, y el papel nuestro no fue nada agradable, tener que andar explicando nuestra conformidad para que

se llevaran los IL-28. Lo que no queríamos era acumular más razones y más elementos de irritación en la relaciones entre los soviéticos y nosotros.

Aquí hay que tener en cuenta también que con los soviéticos teníamos relaciones económicas estrechísimas y que toda la vida del país, la energía del país, todo dependía de los soviéticos, ¿quién nos iba a suministrar?

En aquella época no existían ni siquiera las empresas nacionales de petróleo que hay hoy, en aquella época unas cuantas empresas multinacionales dominaban todo el mercado del petróleo. La URSS nos suministraba petróleo, nos suministraba también el armamento.

Nosotros tuvimos una conquista a partir de la Crisis de Octubre, que fue el armamento gratuito. Hasta ese momento el armamento se vendía mediante créditos, pero con motivos de la crisis, primero el armamento, que quedó aquí lo recibimos gratuitamente. A partir de entonces, durante casi 30 años hemos recibido el armamento gratuitamente, que fue un saldo positivo de la Crisis de Octubre para nosotros, fue un precedente nuevo la entrega de armamento. Entonces, no queríamos agriar más las relaciones con la Unión Soviética, ¿quién iba a ganar con eso? Nadie iba a ganar con eso, y tuvimos que administrar aquella indignación nuestra.

Pero el pueblo no habría aceptado la idea de la inspección, ni nosotros, por supuesto; no fue una cuestión de opinión pública. Nosotros no aceptamos la inspección.

Creo que con nosotros se podía llegar a acuerdos en cualquier tema, porque, en realidad —y la historia lo ha demostrado—, hemos sido serios en todos nuestros compromisos, lo hemos cumplido.

Está reciente el compromiso de Angola, ¿por qué hubo paz en Angola? Por el enorme esfuerzo que hizo Cuba en un momento de tremenda crisis para ese país, en el momento en que estaban cercadas las tropas fundamentales de Angola en Cuito Cuanavale, en una batalla que nosotros no teníamos nada que ver, en una operación militar con la cual no estábamos de acuerdo, y se creó tremenda crisis. Entonces, en aquel momento tuvimos que hacer un esfuerzo por salvar aquella situación. Dijimos: “Vamos a hacerlo”. Después avanzamos sobre la frontera de Namibia hacia el este y le amenazamos puntos vitales. Cuarenta mil hombres avanzaron en una sola dirección. Ya te digo: Llevaban 1 000 armas antiaéreas y cientos de tanques; creo que era una fuerza respetable la que avanzó allí.

A partir de aquella situación —no queríamos la guerra— estábamos en condiciones de dar golpes muy fuertes, pero si esos golpes nos iban a costar cientos o miles de vidas, preferíamos la solución del problema sin eso. Estábamos dispuestos a combatir si no había más alternativa, y a combatir allí. Si había que entrar en el territorio de Namibia, también entrar; claro, si nos atacaban desde allí.

No era nuestra intención, realmente, cruzar la frontera, pero en cierto momento empezaron a atacarnos con su artillería de largo alcance, una

artillería que llegaba como a 40 kilómetros, cañones sudafricanos de 140; y en aquel momento qué hicimos, les golpeamos Calueque, en territorio angolano, en una presa que tenían allí, y les dimos un golpe certero, en vuelo rasante —lo digo porque los vuelos rasantes pueden ser peligrosos—; nuestros aviones volando rasante dieron un tremendo golpe y con una precisión increíble donde estaban las unidades sudafricanas. Pararon el fuego. No llevábamos intenciones de cruzar la frontera, pero ya esto por una razón política; no llevábamos intenciones de cruzar la frontera, pero amenazábamos puntos vitales, y los puntos vitales y el agua estaban en el lado angolano. Y esperábamos un contraataque, si nos contraatacan se hubiera podido generalizar la guerra, hubiéramos podido golpear sus bases.

Hay que decir la verdad, y la verdad es que en ese momento ningún país socialista nos quiso dar tanques de combustible, porque tenían miedo que cruzáramos la frontera. Les decíamos: “No tenemos intención de cruzar la frontera”.

¿Qué hicimos? Construimos en unas cuantas semanas un aeropuerto cerca de la frontera, adelantamos la línea 250 kilómetros. Bien, adelantamos las líneas; se pusieron al alcance de nuestra aviación todas las bases sudafricanas, y si nos golpeaban, los golpeábamos.

Ahora, todos nuestros aviones estaban bajo tierra y dislocados, y estaban defendidos con todo tipo de armas, desde cohetes que alcanzaban 20 o más de 210 kilómetros, hasta las flechas, que podían disparar contra los vuelos rasantes, y derribamos algunos aviones sudafricanos en Cuito Cuanavale contra los vuelos rasantes. Teníamos una fuerza tremenda, pero no queríamos la guerra, lo que queríamos era que se retiraran de Angola; entonces negociamos, se hizo la paz. Los norteamericanos son testigos excepcionales de nuestro papel en esas negociaciones y la seriedad con que cumplimos todos los compromisos que suscribimos; nos hemos preocupado por eso siempre, y no puede haber otra política, porque la política del engaño no rinde, la política de violar acuerdos no rinde.

Nosotros habríamos estado dispuestos a llegar a acuerdos sin estas humillaciones, porque si no, ¿nosotros vamos a inspeccionar el territorio de Estados Unidos?

Hay un cierto momento en que aceptamos unos observadores que iban a estar —y ahí están en las cartas— en Estados Unidos, creo que en Cuba y no sé en qué otros países del Caribe, era general pero estaba incluido Estados Unidos, nos parecía una cosa más equitativa; pero Estados Unidos no quisieron observadores en su territorio y le contestaron —ahí está en las cartas— a Nikita que en ese caso tenían que poner también observadores en el Mar Negro y en los puertos de donde salía el armamento para Cuba. Estados Unidos no quiso aceptar la cuestión de los observadores, y ahí está en las cartas.

El empeño especial en que no hubiera IL-28 aquí está claro, después de la Crisis de Octubre vinieron las bases para los ataques piratas. Después de la Crisis de Octubre se crearon bases en Puerto Rico y se crearon bases por Centroamérica, en Costa Rica, en Nicaragua, para realizar ataques piratas contra Cuba. Es indiscutible que esos aviones a nosotros nos daban un poquito más de alcance; porque la cuestión del alcance de los aviones, en la guerra convencional, tiene mucha importancia.

Uno de los problemas que nosotros teníamos en Angola con nuestra aviación es que tenía menos alcance que la sudafricana, y cuando nosotros queríamos los tanques adicionales de combustible nadie nos los dio; fuimos pidiéndolos país por país, y le pedimos a la URSS, pero nadie nos los quiso dar, y nosotros los pocos que teníamos los mandamos para allá, y teníamos unos cuantos tanques adicionales de combustible que casi duplican el radio de acción de un avión de combate —me refiero a tanques de combustible para los aviones—.

Los IL-28 tenían un poco más de radio de acción, pero esos IL-28 no llegaban ni siquiera a Costa Rica, pero nos daban un poco más de margen para atacar a los barcos piratas, a los barcos madres que estuvieran identificados, nos daban un poquito de ventaja. La única ventaja era táctica, no había ninguna estratégica, pero no era una cuestión fundamental; sin embargo, debo hacer constar que siguieron los ataques piratas después de la Crisis de Octubre, ya no salían desde bases norteamericanas, sino crearon bases en Centroamérica y desde allí venían los barcos madres, soltaban las lanchas más pequeñas, rápidas y atacaban objetivos económicos en Cuba.

Sobre la disposición a hacer compromisos sí, los habríamos podido hacer en aquel momento, acuerdos que fueran justos; pero no le veía lógica a que sencillamente hubiera que inspeccionarnos a nosotros. Tenía que ser una inspección bilateral, que a nosotros nos dejaran inspeccionar también en Estados Unidos los lugares de posibles ataques piratas y todo eso. Sobre una base recíproca quizás habríamos aceptado algún tipo de observación, que no era necesario, porque creo que lo más importante, cuando se hace un compromiso, es la seriedad de los estados. ¿Está claro?

JAMES BLIGHT.- Señor McNamara.

ROBERT S. MCNAMARA.- Señor Presidente, fue una declaración extraordinaria la de hoy por la mañana, y yo, como uno de los participantes de la crisis, quiero felicitarlo a usted por la honestidad con que lo ha expresado todo, su reflexión y, además, la comprensión que usted tenía de las circunstancias que tuvieron lugar. Con relación a una de estas circunstancias que yo desconocía hasta esta reunión, deseo, precisamente, hacer una pregunta.

Pienso que una de las declaraciones más extraordinarias que he escuchado aquí, al menos en relación con el aspecto militar de la crisis, fue la del general Gribkov que, si entendí correctamente, expresó que la Unión So-

viética, previendo la posibilidad de una invasión estadounidense a gran escala, del tipo para la cual estábamos preparados para el 27 de octubre —creo que Raymond Garthoff lo resumió muy bien, voy a repetirlo rápidamente: Aproximadamente unas 1 090 incursiones aéreas el primer día, cinco divisiones del ejército, tres de la marina, 140 000 efectivos terrestres—, la Unión Soviética, hasta cierto punto previendo esto, dotó a sus fuerzas aquí, a los 42 000 efectivos soviéticos en Cuba, según entendí, con seis rampas de lanzamiento tipo Luna —nosotros las llamamos Frogs— y nueve ojivas nucleares tácticas. Quizás debiésemos analizar más esto y sus implicaciones para el futuro de un mundo nuclear. Me impresiona como el elemento más peligroso de todo el episodio; pero mi pregunta a usted, señor, es la siguiente: ¿Era usted consciente de que las fuerzas soviéticas, en primer lugar, estaban dotadas con seis rampas de lanzamiento Luna y nueve ojivas nucleares?

En segundo lugar —algo que nunca me hubiese imaginado—, que debido a que los soviéticos estaban preocupados por la capacidad de las tropas soviéticas y cubanas en el empleo de armas convencionales para rechazar una posible invasión estadounidense, los soviéticos autorizaron a los comandantes en el terreno, en Cuba, sin más consultas con la Unión Soviética que, por supuesto, hubieran sido muy difíciles debido al problema de las comunicaciones, o sea, sin otra comunicación, los autorizaron a utilizar esas rampas de lanzamiento y esas ojivas nucleares. En primer lugar, ¿usted tenía conocimiento de ello y qué expectativa tenía usted respecto del posible efecto en Cuba? ¿Cómo pensó usted que iba a responder Estados Unidos y cuáles pudieran haber sido las implicaciones para su país y para el mundo?

CMDTE. EN JEFE FIDEL CASTRO.- Yo realmente creía que había más armas nucleares tácticas, porque se hablaba de las armas nucleares tácticas y el informe que me da el mando soviético habla de las armas nucleares tácticas, y ahí se habla de los Luna, no sé si los marítimos tenían también; ese punto no quedó totalmente aclarado, pero hablaba de las armas nucleares tácticas de los regimientos motomecanizados. En primer lugar, digo que las que había me parecen muy pocas. Creo que si los norteamericanos hubieran hecho una operación como esa, hubieran llevado más armas nucleares tácticas y no solamente nueve, no le veo mucha lógica.

Si me consultan mi opinión, hubiera dicho que harían falta más armas nucleares tácticas, lo digo con toda honradez, porque había que analizar la cuestión desde el aspecto militar.

Ya nosotros habíamos tomado la decisión política, y la decisión política entrañaba los riesgos de que si había una guerra nuclear, estaríamos envueltos en la guerra nuclear; desde luego, siempre nosotros pensábamos que si había una guerra nuclear, con armamento nuclear soviético aquí o no, seríamos envueltos en una guerra nuclear, porque la lógica indica que

si un día las grandes potencias estallan en una guerra nuclear, no van a andar entonces haciendo exclusiones a la hora de seleccionar objetivos militares que consideren necesario neutralizar o liquidar. Siempre hemos pensado que la guerra nuclear abarca a todo el mundo y la guerra nuclear afecta a todo el mundo; pero realmente, frente a 42 armas estratégicas, parece desproporcionado el pequeño número de armas tácticas, cuando supongo que la Unión Soviética tenía muchas más armas tácticas que armas estratégicas.

Pienso, además, que si se trataba de la defensa de Cuba sin crear un problema internacional, la presencia de armas tácticas no habría creado el mismo problema que crearon las armas estratégicas, porque no podía decirse que había una amenaza para Estados Unidos; tal vez hasta podría ser una fórmula si es totalmente para la defensa de Cuba un número de armas tácticas en unidades motomecanizadas; a los fines prácticos de la defensa de Cuba y no a los fines estratégicos, era más práctico eso.

Nosotros partíamos del concepto, en la situación que se había creado y poseedores de armas nucleares, de que si se producía una invasión a Cuba se desataba la guerra nuclear, ¡teníamos la seguridad de que se desataba la guerra nuclear si se producía la invasión! En ese sentido todo el mundo aquí estaba resignado, decíamos: Bueno, nos tocó pagar el precio este, tendremos que desaparecer. Lo digo francamente, vimos ese peligro, y creo que la conclusión que puede sacarse, señor McNamara, es que si vamos a atenernos a las cuestiones de opinión no se evitan las guerras nucleares; las guerras nucleares hay que eliminarlas, como peligro, por otras vías y no sobre la base de la idea de que el hombre les tiene miedo a las armas nucleares, de que el hombre se va a contener por miedo a las armas nucleares.

Nosotros hemos vivido esa especialísima experiencia, en que nos habíamos convertido casi en el primer blanco de esas armas nucleares, y nadie perdió la ecuanimidad ni perdió la calma, cuando es de suponer que el instinto de preservación de la humanidad actúe con mucha más energía frente a un peligro de esta naturaleza. Por eso comparto el criterio de que las 50 000 ojivas estas es una locura; porque el hombre viene haciendo locuras de todo tipo hace rato, con su tecnología, que está mucho más desarrollada que su capacidad de organización y está mucho más desarrollada que su política.

Esos peligros existen. Ahora mismo estamos preocupados todos con motivo de los problemas surgidos en la Unión Soviética, todo el mundo está preocupado por la posibilidad de que varias repúblicas tengan armas nucleares, porque todo esto es un peligro enorme.

Ahora, me preguntan mi opinión, en caso de invasión de todos esos efectivos, con 1 100 vuelos y todo eso, ¿si yo hubiera estado de acuerdo con el uso de las armas nucleares tácticas? Les digo con toda franqueza que sí, que habría estado de acuerdo con el uso de las armas nucleares tácticas, porque de

todas maneras partíamos del principio de que esa guerra se convertía en guerra nuclear y que de todas maneras íbamos a desaparecer; antes de que el país fuese ocupado totalmente o dispuestos a morir en la defensa del país, yo sí habría estado de acuerdo, si se produce esa invasión de que se habla, en el empleo de las armas nucleares tácticas. Me han pedido que hable con franqueza, y debo decirles, con toda franqueza, que esa habría sido...

Y creo que si el señor McNamara, o si Kennedy hubiera estado en el lugar de nosotros y le invaden el país, y le van a ocupar el país, porque hay una correlación de fuerzas convencionales enorme, usa las armas nucleares tácticas; en ese sentido, después de la experiencia que pasó, ¿quiere que le diga una cosa? Me alegro de que el mando haya estado en manos de los militares que estaban aquí y de que no tuvieran que pedir permiso, porque eso facilitaba más que nos pusiéramos de acuerdo los militares soviéticos y los militares cubanos. Era una ventaja para nosotros. ¡Ojalá nos hubieran dado las armas nucleares tácticas a nosotros!, habría sido magnífico, y no nos hubiéramos apurado en usarlas, tenga la seguridad de eso.

Así que mientras más cerca de Cuba estuviera la decisión del empleo de un arma efectiva contra desembarco... Claro, detrás de esas habrían tirado cuatrocientas armas tácticas, no se sabe cuántas nos habrían disparado, pero es que ya estábamos decididos, resignados a nuestra suerte. Ya les digo que la misma idea del retiro de las armas no nos pasaba por la cabeza.

Les leí la carta de Jruschov, en esa carta hay una disposición política total, una decisión total, Jruschov conoce todos los elementos de juicio, conoce qué armamento tiene, cuál es la correlación de fuerzas, entonces nosotros firmes. Si precisamente en mi mensaje a Jruschov trato de evitar el menor síntoma de que estuviéramos preocupados.

En mi carta a Jruschov tengo dos preocupaciones: una, no usar un lenguaje que chocaría con su gran ansiedad por la paz, que chocara con su lenguaje, su psicología y su cosa. No quería decir palabras que pudieran ser un poco fuertes y chocaran con esa idiosincrasia y esa mentalidad que él tenía; porque pienso que él tiene que haber sufrido mucho en aquellos días, porque no era un hombre que quisiera guerra, era un hombre sinceramente preocupado por la paz y, claro, cuando el resultado de todo aquello se iba a traducir en una guerra, él tiene que haber sufrido extraordinariamente y, por lo tanto, en mi mensaje quería dos cosas: No decir nada que chocara con eso; pero, al mismo tiempo, no decir nada que pudiera implicar que teníamos preocupación o teníamos temor, y en algunas de las frases cuidó eso, y le digo: "Usted ha sido y es un incansable defensor de la paz. Comprendo cuán amargas han de ser estas horas, cuando los resultados de sus esfuerzos sobrehumanos son amenazados tan seriamente.

"Hasta el último momento, no obstante, mantendremos la esperanza de que la paz se salve, y estamos dispuestos a contribuir con lo que esté a nuestro alcance; pero al mismo tiempo, nos disponemos con serenidad a

enfrentar una situación que vemos muy real y muy próxima”. Aquí le doy hasta las gracias. “Le expreso una vez más la gratitud infinita y el reconocimiento de nuestro pueblo al pueblo soviético que tan generoso y fraternal ha sido con nosotros”, etcétera.

Tengo esas dos preocupaciones, porque este era un mensaje muy delicado y lo pensé bien, porque —como dije en una ocasión anterior— tenía temor a las vacilaciones; porque las vacilaciones —y ustedes lo saben, y los historiadores lo saben muy bien— han sido causas de muchas derrotas a lo largo de la historia. Detrás de toda derrota están las vacilaciones y errores. Dije: si hay vacilaciones puede haber una derrota. Porque también conozco a los norteamericanos, y creo que los norteamericanos hacen siempre todo lo posible por no equivocarse. Se pueden equivocar, no quiere decir que sean infalibles; pero, en general, les gusta prever y prever, para qué 5 000 ojivas, parecen demasiado, y después siguieron haciendo, y ya han hecho una cantidad de ojivas entre la URSS y Estados Unidos, antes de que empezara este movimiento en el sentido inverso; pero otros siguen fabricando ojivas nucleares, y la fabricación de todas estas armas resultan incomprensibles, innecesarias.

Pero ustedes pusieron el satélite, porque tal vez si ustedes nos hubieran informado la cantidad de cohetes que tenían los soviéticos... ¿Por qué se lo callaron? Si el satélite ese que ustedes pusieron a volar por ahí retrató los proyectiles que tenían los soviéticos, habría sido bueno decirlo; pero ustedes tendrían sus razones para callarse esa información, ustedes la tenían y nosotros no la teníamos, y parece que Kennedy no la tenía cuando estaba haciendo la campaña electoral —según se refirió aquí—, y después lo supo. Claro, le dieron el maletín, las claves y todas esas cosas, y le dieron la información de qué es lo que tenían los soviéticos, nosotros no lo sabíamos.

De modo que yo podía imaginarme que los soviéticos tendrían algunos cuantos cientos de proyectiles intercontinentales, no muchos —después se dijo que había llegado no sé si a 800, a 1 000, se ha dicho públicamente en todas esas conversaciones; parece que después aceleraron la producción de proyectiles—, pero las cifras que dieron aquí ayer de 40, 50, 60 es una cifra de proyectiles, realmente, baja, nosotros podíamos pensar no en una cifra de miles, ni mucho menos. Esa fue la impresión que se creó, y si Kennedy que era senador y estaba en las altas esferas creía que había un desequilibrio en materia de proyectiles balísticos, qué de extraño tiene que también los demás seres de este mundo tuviéramos una información errónea sobre todo esto.

Por eso dije que si hubiera conocido un dato como ese y hubiéramos discutido basándonos en cuestiones estratégicas, realmente, lo que sigo pensando que estaba en el fondo de la cuestión, yo hubiera aconsejado prudencia, puesto que para nosotros no existía la ansiedad y el temor de que nos iban a invadir y nos iban a hacer polvo, porque al fin y al cabo nos

habíamos formado una mentalidad de luchadores y de patriotas, dispuestos a luchar, dispuestos a resistir. No nos asustaba la lucha.

Imagínense cómo estaríamos ahora, en este exacto momento, y estamos tranquilos, pero completamente tranquilos. Se lo digo no en un alarde ni mucho menos, es una filosofía, es un pensamiento.

Si nosotros hubiéramos sabido que esa era la correlación de fuerza y discutimos estas cosas, hubiéramos aconsejado prudencia y hubiéramos dicho: “Señores, no nos traigan un proyectil de esos aquí, porque en esas condiciones no se puede hacer eso, no se debe hacer”. Es lo que pienso y hubiera pensado también en aquel momento, y como digo la verdad de los soviéticos, como hermano, les habría dicho: “No hagan eso”.

Nosotros teníamos nuestra opinión pero, como expliqué aquí, teníamos una confianza ilimitada, y teníamos otra impresión, en general, de su fuerza. No creíamos que fuera superior a la de Estados Unidos en general, global, cuando se consideran todas las bases militares que estaban alrededor de la Unión Soviética, la aviación de bombarderos de Estados Unidos; pero en el asunto concreto de los proyectiles, creíamos también lo mismo que creía Kennedy antes de las elecciones de que había una situación favorable.

Realmente dos cosas tengo que decirles: Ni tenemos satélites que retraten el territorio de Estados Unidos, ni tenemos planes de contingencia para invadir a Estados Unidos, no tenemos [risas].

ROBERT S. MCNAMARA.- Una pequeña nota a pie de página de la historia, en particular, para los cubanos y soviéticos que quizás no sepan que el 29 de octubre de 1962, a las 10:00 de la noche, el almirante Denison, que era el comandante en jefe de nuestras fuerzas de desembarco, y que hubiera estado al frente de una posible invasión a Cuba, mandó un cable al Estado Mayor conjunto diciendo: “Tengo información de que las fuerzas soviéticas en Cuba están dotadas de rampas de lanzamiento, del tipo Frog, que es la que los soviéticos denominan Luna, así como de ojivas nucleares. Por lo tanto, solicito autorización para equipar a las fuerzas invasoras estadounidenses con Honest John, que es una pieza de artillería con doble capacidad nuclear y convencional, y dotarla de ojivas nucleares”. El Estado Mayor consideró esta posibilidad, lo analizó conmigo, y yo dije que no, y nuestra fuerza invasora, de haber invadido, no habría contado con armas nucleares tácticas.

Con esto no quiero decir —creo que tampoco tenemos que abundar en esto— que de haberse producido la invasión, de haber enfrentado fuego nuclear de las rampas Luna, que Estados Unidos con rapidez no hubiese suministrado ojivas nucleares tácticas a sus fuerzas.

Pero creo que es conveniente volver a lo que usted recalcó. Este fue un elemento adicional de peligro que algunos de nosotros —pienso que usted, algunos otros y yo, quizás los jefes del Estado Mayor— quizás no habíamos previsto. En segundo lugar, se hubieran sentido aterrorizados de las consecuencias.

Regreso a mi pronunciamiento anterior, al cual podemos volver posteriormente.

Aquí tenemos un ejemplo más de que los seres humanos son incapaces de controlar cabalmente situaciones tan complejas como los conflictos bélicos entre los países hoy día. Esta es una situación hartamente peligrosa en un mundo que cuenta con armas convencionales y es un desastre potencial, en un mundo que posee tantas armas nucleares como las que existen hoy día.

La moraleja que derivó es que me aterroriza pensar si se hubiera producido una invasión a Cuba; que me atemoriza pensar que el mundo, durante decenios, puede seguir corriendo este riesgo, y la conclusión que saco es que debemos unirnos para tratar con rapidez de reducir la cantidad de ojivas nucleares en el mundo.

Muchas gracias [*aplausos*].

CMDTE. EN JEFE FIDEL CASTRO.- Si me permite, estoy de acuerdo con lo que ha dicho.

Me parece sabia la decisión de no autorizar a los jefes de la fuerza expedicionaria a llevar las armas nucleares, porque la situación era muy diferente del lado de Estados Unidos al lado nuestro, y tampoco nosotros podíamos apurarnos a usar desde el primer momento las armas nucleares. Bueno, quizás una enorme agrupación de barcos imposible de frenar podía plantear el problema. Para Estados Unidos, dárselas a las tropas no era una necesidad, puesto que tenían todos esos miles de aviones, a muchos de ellos los podían dotar inmediatamente de armas nucleares de cualquier tipo, y no significaba ningún riesgo adicional para las tropas el equipamiento con armas nucleares si en cuestión de minutos podía venir una respuesta aérea con esas armas.

Pienso que, desde el punto de vista militar y político, en todo sentido, fue prudente, fue correcto, sin que significara un riesgo para las tropas norteamericanas en caso de que hubieran desembarcado, sin que significara un riesgo mayor.

El uso de esa arma por la otra era una situación desesperada, sencillamente, situación en que no se encontrarían en ninguna circunstancia las tropas norteamericanas, siempre con la posibilidad de contraatacar con armas nucleares también si se empleaban tales armas contra ellas.

JAMES G. BLIGHT.- El embajador Martin tiene la palabra.

EDWIN MARTIN.- Esta ha sido una conversación importantísima, muy esclarecedora, muy agradable poder participar en ella; sin embargo, quisiera hacer dos pequeñas correcciones: una, el profesor Pastor ha dicho que nosotros logramos la unanimidad luego de ver las armas nucleares en Cuba. En realidad llegamos a la unanimidad de todos los países latinoamericanos en las reuniones, del 22 y el 23 de octubre, acerca de la necesidad de emprender medidas enérgicas si seguía aumentando la capacidad militar. No se trataba solo de las armas nucleares, lo que determinó la unanimidad fue la acumulación de equipos soviéticos en Cuba.

En segundo lugar, se ha sugerido que adoptamos medidas unánimes en ambos casos, a partir del uso de armas económicas. Es cierto que en el caso de la reunión de enero acordamos que en el caso de un país, íbamos a volver a estudiar dos proyectos que habíamos rechazado, los volvimos a estudiar y los volvimos a rechazar, es decir que no obtuvo un centavo. Pero no se utilizaron armas económicas de ningún tipo en la reunión en la cual se aprobó la política de cuarentena.

GILLIAN GUNN.- Tengo entendido que usted dijo que de haber sabido la verdadera correlación de fuerzas entre la Unión Soviética y Estados Unidos, de haber sabido lo que sabemos ahora acerca de que Estados Unidos tenía muchas más ojivas nucleares que la Unión Soviética, hubiera instado a la prudencia cuando se debatió el emplazamiento de misiles nucleares en Cuba. Si entendí correctamente, el señor McNamara nos dijo que sin darse cuenta pasó esta información a la prensa norteamericana cuando pensó que sus declaraciones eran *off the record* en enero de 1962, poco después de que Kennedy asumiera el cargo. Es decir, hay un lapso de un año y cinco meses desde que evidentemente apareció en la prensa norteamericana que la correlación de fuerzas era muy diferente de lo que decía la Unión Soviética; sin embargo, esta información parece ser que no se utilizó en Cuba.

Mi pregunta es: ¿Ignoraba usted lo dicho por el señor McNamara en enero de 1961 o conocía la declaración y, sin embargo, no la creyó? Si la conocía, ¿hizo algún intento por aclarar este problema con la Unión Soviética, o acaso le dieron algún tipo de seguridad que neutralizó la repercusión de lo dicho por McNamara?

CMDTE. EN JEFE FIDEL CASTRO.- Realmente no dije que ignoraba la correlación de fuerzas en ojivas nucleares; siempre se supo que Estados Unidos tenía muchas más ojivas nucleares. Estamos hablando de los transportadores balísticos, número de cohetes, lo que se convertía en el arma, realmente, más temible, por su velocidad, por la rapidez con que pueden llegar a un objetivo, hoy día por la precisión, todos esos factores. Yo hablaba de que suponía que estaban incluso en mejores condiciones en armamento, tenían mejor correlación, no que estuvieran más o menos, sino que tenían una mejor situación en cuanto al armamento balístico; fue realmente lo que dije, porque era lo único que podía decir.

Yo tenía la misma impresión casi que tenía Kennedy, de que en cuestión de armamento balístico intercontinental tuvieran una mejor situación los soviéticos, no en armamento total global. En ojivas nucleares Estados Unidos empezó muchos años antes, y todo el mundo sabe que ha fabricado ojivas nucleares sin límite —eso era conocido—, todo tipo de armas. Pero llega un momento en que la cantidad no hace calidad, llega un momento en que la calidad rebasa las necesidades reales; por eso también existen distintos sistemas, desde los submarinos, los cohetes esos, la aviación, para garantizar la supervivencia frente a un ataque sorpresivo de la otra parte. Siempre han existido una serie de concepciones y sistemas de armamentos diferentes.

Hasta hace muy poco se hablaba, incluso, de los medios antibalísticos, como último recurso ya en medio de la loca carrera armamentista. Aclaro eso, en primer lugar.

En segundo lugar, todos los días aquí se hacían declaraciones sobre cosas nucleares. Yo, realmente, no me leía todos los días las declaraciones que hacían los dirigentes norteamericanos, ni sé en qué mes él hizo la declaración, si fue en enero de 1961. En enero de 1961 estábamos en otras cosas, realmente no estábamos pensando en cohetes ni nada parecido, estábamos pensando en la invasión que se estaba organizando contra nosotros, en eso teníamos concentrada nuestra atención, no era una guerra nuclear, era una guerra convencional, y ni por la mente siquiera nos pasaba nada relativo a armas nucleares o cohetes.

Ya expliqué aquí cómo surge la cuestión de los cohetes. Por tanto, nosotros no estábamos en la lectura de las declaraciones, o no estábamos mucho en esos detalles. Nos guiábamos un poco por las declaraciones soviéticas, nos guiábamos fundamentalmente por los hechos, por las proezas técnicas en el espacio, y ya se sabe que para lanzar a un hombre al espacio hace falta un cohete tan grande o más grande que el que se necesita para impulsar un proyectil internacional.

Realmente no recuerdo eso, ni estábamos al tanto de eso, ni tenía mucho sentido que estuviéramos al tanto de todos esos detalles, en cuanto a lo que decía uno y lo que decía otro. Además, había que suponer una confianza completa en el señor McNamara que en ese tiempo no la teníamos [risas].

JAMES G. BLIGHT.- El general Gribkov tiene la palabra.

A. I. GRIBKOV.- Quiero aliviar un poco la cosa, porque todos ustedes están haciendo preguntas solo al compañero Fidel Castro; que descanse un poco, mientras yo quiero hacer unas pocas aclaraciones.

Hasta hoy la delegación norteamericana decía que desconocía que en Cuba había armas tácticas Luna. Hoy, en cambio, quedó claro a partir de la pregunta del señor McNamara que ellos conocían que había Lunas, por lo que incluyeron los grupos Honest John en sus tropas, además de tenerlos como reglamentarias en cada división.

Nosotros conocemos, al igual que el señor Smith, que en Europa Occidental, en cada división del primer escalón hay estos grupos de Honest John. Y en cuanto al empleo del arma nuclear, según sabemos, también se faculta a los jefes de los cuerpos de Ejército en Europa Occidental, para que, en caso de una ofensiva de las tropas soviéticas, o del ex Tratado de Varsovia, utilicen las armas tácticas nucleares, ¿no es así acaso? Eso aparece así en los documentos y en todas las órdenes de ustedes, y si ustedes incluyeron las siete divisiones que estaban destinadas como expedicionarias para impedir posibles acciones de Cuba, ahí había esos grupos coheteriles Honest John. Y como ahí tienen rampas de lanzamiento, es muy fácil suministrarles las ojivas, más aún que ustedes tenían una gran cantidad de aviones,

cosa que dijo aquí el compañero Fidel Castro, que podían portarlos de armas nucleares.

Repito que nada de lo que se trajo de armamentos soviéticos a Cuba se destinaba de ninguna forma para realizar operaciones ofensivas algunas. Muchos de los presentes aquí, tanto norteamericanos como cubanos o soviéticos, saben que para atacar a Estados Unidos desde Cuba, con las tropas que había aquí de las Fuerzas Armadas Revolucionarias cubanas y los 42 000 efectivos que se trajeran, era un absurdo completo; por eso todo lo que se trajo fue en función de defender las conquistas del pueblo cubano.

En mi primera intervención dije, sinceramente, que los cohetes de alcance medio que se trajeron tenían un fin disuasivo, para contener una agresión, y de ninguna forma su misión era asestar un golpe contra Estados Unidos. Repito que la agrupación de tropas soviéticas que se trajo era, si se analiza más detalladamente, de carácter defensivo: dos divisiones de defensa antiaérea, cuatro regimientos independientes de infantería motorizada y un regimiento coheteril costero Sopka, son cohetes para batir blancos navales, ya les informé el primer día. Además, los mismos aviones IL-28 de que se habló tanto aquí y otras fuerzas, como la brigada de lanchas coheteriles, todo eso estaba en función de la defensa de la isla de Cuba.

Y repito, cuando el jefe, el general de ejército Plíyev, estaba recibiendo personalmente instrucciones antes de salir para acá, Jruschov le dijo lisa y llanamente que las tropas coheteriles de alcance medio se utilizarían solo, y repitió, solo previa autorización del Comandante en Jefe Supremo Jruschov; y la orden debería proceder solo de Moscú, incluso hasta para ensamblar las ojivas. Y a pesar de que la crisis, como suele decirse, ya pendía de un cabello, aun así de Moscú no se recibió órdenes de acoplar las ojivas nucleares a los cohetes R-12. Repito esto para que lo escuchen una vez más de nuestros propios labios. En cuanto a los Luna tácticos, Jruschov le dio facultades a Plíyev para que, en caso de un desembarco evidente del enemigo en la isla, asumiera sopesadamente esa situación. De modo que: “Se faculta a usted, el jefe de la agrupación de tropas, para emplear esta arma táctica en caso de que se cree una situación, porque comunicarse con Moscú demoraría mucho”.

Cuando yo salía hacia Cuba y al recibir las instrucciones, el ministro de Defensa, Malinovski me dijo —y quiero repetirlo literalmente—: “Trasmítele a Plíyev la orden del Comandante en Jefe Supremo de que la división coheteril de Statsenko —era el jefe de la división— solo puede echarse a andar —hay una expresión rusa así— solo y exclusivamente previa autorización del Comandante en Jefe Supremo, reafirmaselo una vez más, y en cuanto al empleo de las armas tácticas, que actúe según su propio parecer, pero aun así, deberá asumir eso sopesada y cuidadosamente, sopesarlo bien, y en caso de una necesidad evidente, ante el peligro de una invasión del enemigo al territorio de Cuba”.

Quiero citar otro ejemplo de Europa Occidental, porque no hay por qué ponernos aquí, como se dice, a jugar al gato y al ratón: Ustedes nos estudia-

ban a nosotros, y nosotros a ustedes. Y sabemos que según sus planes de defensa avanzada, en cuanto las tropas soviéticas o aliadas penetrasen a una determinada profundidad en el territorio de la RFA, ustedes, en primer lugar, emplearían las armas tácticas nucleares. Eso está así en sus planes.

Quisiera también precisar, porque aquí se había preguntado anteriormente al compañero Fidel Castro, al referirse a los países de América Latina, reafirmar una vez más que al momento de establecerse el bloqueo a Cuba, Argentina, Venezuela y República Dominicana ya habían asignado sus tropas. Argentina, una brigada de infantes de marina, dos buques, fragatas y destructores para las fuerzas navales, en total 5 000 hombres. Venezuela ya había asignado dos buques, también de tipo de fragatas y destructores, y la República Dominicana había asignado cuatro buques: dos destructores y dos unidades de patrulla. Argentina había asignado cinco aviones: tres de transporte para trasladar tropas y dos de patrullaje y antisubmarinos. En tropas terrestres, Argentina había asignado 3 000, y Venezuela 5 000.

Los gobiernos de Ecuador, de Colombia, de Costa Rica, de Perú, de Honduras, de Haití, de Guatemala y de Nicaragua expresaron estar listos para asignar sus fuerzas y medios a disposición del mando norteamericano, así como brindar sus territorios, puertos y aeródromos para la ubicación de tropas norteamericanas. Ya se sabía que Adenauer había dado su visto bueno para esa acción, así como De Gaulle y otros. Incluso, en África percibimos cómo la parte norteamericana estaba haciendo captación en su favor.

Voy a abrirme aquí ante ustedes. Nosotros enviamos para acá a través de Conakry al propio jefe Plíyev y a todos los jefes de unidades y divisiones que formaban como el grupo de avanzada, que debía seleccionar junto con los compañeros cubanos aquí los lugares de emplazamiento de los cohetes y de los regimientos de infantería motorizada, o sea, las tropas. Después bajo presiones de la parte norteamericana, aunque el aeródromo de Conakry lo habíamos construido nosotros con nuestros medios y bajo nuestra dirección, lo cerraron. Entonces cuando yo venía para acá con un grupo de compañeros, antes de aproximarnos a Conakry nos dijeron que Conakry estaba cerrado para los aviones soviéticos, por lo que tuvimos que aterrizar ya en Dakar. Y apenas salí de Dakar hacia La Habana, también lo cerraron. Es decir, era muy grande la amplitud de influencias sobre la situación en torno a Cuba.

Muchas gracias.

JAMES G. BLIGHT.- Muchas gracias, general Gribkov.

Una rápida respuesta del general Smith y del embajador Garthoff, y después recesamos para el almuerzo.

WILLIAM W. SMITH.- Señor Presidente, sé que usted y el secretario McNamara han escuchado más debates militares de los que puedan recordar, pero les pido vuestra indulgencia en este momento.

Las fuerzas de Estados Unidos para la invasión de Cuba contaban con fuerzas que tenían capacidad nuclear, como los aviones y las armas terrestres que podían emplear armas nucleares y sabíamos que existían Luna en Cuba; pero hasta donde sabíamos, esos Luna no tenían armas nucleares, porque en el momento de la Crisis de Octubre no teníamos prueba de que hubiese ningún arma nuclear en Cuba, de ahí que nuestras fuerzas estuviesen preparadas para llevar a cabo cualquier invasión que ordenase el presidente con fuerzas convencionales.

Cuando el almirante Denison conoció que allí, había Luna, dijo: “Quizás no sepamos que tienen armas nucleares, pero sí tienen capacidad nuclear, y yo quisiera contar con autorización para emplear armas nucleares si fuera necesario”. Y el secretario McNamara informó que la respuesta era no, porque no había prueba de que hubiese armas nucleares en Cuba.

En segundo lugar, con relación a la capacidad de las armas o la intención en cuanto al empleo de las armas en Cuba.

Como militar usted comprenderá que los militares piensan en términos de capacidad y no de intenciones, y los cohetes R-12 tenían la capacidad de hacer blanco en Estados Unidos, las armas ofensivas de Cuba tenían la capacidad de poner en peligro las instalaciones, los navíos estadounidenses, y por eso exigimos la eliminación de esas armas ofensivas debido a su capacidad, no porque estuviéramos haciendo juicios en ese momento acerca de las intenciones.

En tercer lugar, Estados Unidos trataba de movilizar el mayor apoyo posible en el mundo con relación a su posición en ese momento. Usted ayer mencionó otras naciones que participarían en la invasión de Cuba si se hubiese producido esa invasión. No tengo información al respecto, pero a mi regreso voy a analizar esto más a profundidad y usted recibirá información de mi parte, acerca de lo que yo pueda conocer de otra participación que se tomó en consideración. No creo que así sea, pero lo voy a analizar.

Lo último que quiero decirle y es lo más importante: Las fuerzas de Estados Unidos en Europa, como usted sabe, estaban listas para emplear armas nucleares y existían planes, como usted dijo, en un momento dado para retirarlas de los lugares donde estaban almacenadas para que fuesen móviles; pero en Estados Unidos no se puede disparar ningún arma nuclear sin autorización del presidente, y de hecho en la alianza de la OTAN se complica aún más; porque no se puede disparar en Europa ningún arma nuclear sin realizar consultas con los demás aliados. Pero la decisión de poner esas armas a disposición de la OTAN debe proceder de Estados Unidos y ningún comandante militar de Estados Unidos en el terreno cuenta con autorización alguna para emplear armas nucleares en ausencia de esa autorización del presidente.

ROBERT S. MCNAMARA.- Señor Presidente, eso es totalmente correcto. Pero, además, a finales 1961, principios de 1962, como yo no podía personalmente imaginarme ninguna situación en la cual Estados Unidos saca-

ría ventaja de iniciar el empleo de las armas nucleares, yo, por el contrario, primero al presidente Kennedy antes de su muerte y después al presidente Johnson, les dije esto: “Señor Presidente, en primer lugar, jamás se puede disparar ningún arma nuclear sin su autorización personal. En segundo lugar, pudiera darse el caso de que a usted se le solicite que dé esa autorización de iniciar, no responder, sino iniciar el empleo de las armas nucleares, y quiero decirle que no puedo imaginarme ninguna situación en la cual alguien que inicie una acción —y aplico esto igual a Estados Unidos que a la Unión Soviética—, no podía imaginarme entonces, ni lo puedo imaginar hoy día, una situación en que cualquier nación pueda jamás beneficiarse por ser la primera en utilizar armas nucleares”.

JAMES G. BLIGHT.- Muchas gracias a todos, a usted en especial, Presidente Castro.

Vamos a recesar para el almuerzo.

[RECESO]

Sexta Sesión: 11 de enero de 1992

JAMES G. BLIGHT.- Antes de iniciar la sesión de trabajo, me ha autorizado el anfitrión cubano para anunciarles que hemos sido invitados por el Presidente a asistir a la recepción que se va a brindar hoy a las 8:45 en el Palacio Presidencial. Los que estamos en la zona de protocolo debemos estar listos para partir a las 8:15 en punto.

Asimismo, en la tarde de hoy, a partir de ahora y hasta alrededor de las 5:00 de la tarde, continuaremos el período de preguntas y respuestas sobre la Crisis de Octubre. Inmediatamente después, el Presidente Castro dirá algunas palabras de observaciones y de conclusión referentes a la Crisis de Octubre. Luego se levantará la sesión para prepararnos, a fin de concurrir a la recepción.

JORGE RISQUET.- Quisiera referirme a las palabras que todos aplaudimos, del señor McNamara, donde hizo una apelación a la eliminación de las armas nucleares a partir de los propios peligros de hecatombe que hemos constatado en la crisis de hace 30 años.

Como hay muchos participantes aquí que no estuvieron en las conferencias anteriores de Moscú y de Antigua, quisiera —al mismo tiempo que apoyo esta idea de la eliminación de todas las armas nucleares, químicas y de exterminio en masa— agregar que en el pasado, cuando no existían estas armas de exterminio en masa, las tres cuartas partes del mundo fue colonizada por las metrópolis poderosas con armas convencionales.

Por eso, junto a esta apelación que él hizo tan justa, agregaría: la necesidad de respeto a la independencia, a la autodeterminación de todos los pueblos grandes y pequeños, que puedan en paz y libres de toda interferencia, de toda injerencia extranjera desarrollarse, construir su propio destino, elegir el camino de desarrollo económico, político y social que cada uno de los pueblos entienda. Me parece que esto completaría y sería otra lección que debemos sacar de la crisis, porque la Crisis de Octubre se volvió una crisis nuclear, pero las causas que dieron origen a la crisis fueron causas —diríamos— convencionales, la agresión de un gran país sobre un pequeño país.

Al mismo tiempo recordar, como el propio McNamara dijo una vez cuando tomó posesión en el Banco Mundial, que dijo que la verdadera bomba atómica estaba en el Tercer Mundo por el crecimiento galopante de su población y también el crecimiento galopante de su miseria, de su pobreza y de su atraso. Esta situación que él evocó aquella vez cada día se hace más difícil y esto llevaría a enormes conflictos sociales imprevisibles, es por ello que todo esto que se ahorraría si el mundo se desarmara de estas armas de exterminio en masa pudiera contribuir a ayudar a vencer el subdesarrollo de todo el Tercer Mundo.

Me parece que estos tres puntos podrían derivarse de lo que hemos discutido y tener en un futuro un mundo de paz y en progreso para todos los hombres y mujeres de la Tierra; es lo que quería agregar a las palabras de McNamara.

JAMES G. BLIGHT.- Muchas gracias.

Señor McNamara, ¿desea responder?

Si les doy la palabra y ya olvidaron lo que iban a preguntar antes de almuerzo, tienen varias opciones: una, no hacer uso de la palabra y, la otra, inventar una nueva pregunta. Con esta advertencia doy la palabra a Wayne Smith.

WAYNE S. SMITH.- Señor Presidente, usted ha reconocido que Cuba apoyó a los grupos revolucionarios a principios del decenio de 1960, en el pasado. También dijo que esta no es la política actual de Cuba. Quisiera dar continuidad a sus declaraciones mirando hacia el futuro, por así decirlo, en el siguiente contexto:

Creo que todos los presentes hemos reconocido que todos nuestros gobiernos cometieron errores en el pasado. Estados Unidos también derrocó algunos gobiernos e intentó derrocar otros más. El gobierno soviético hizo otro tanto en el pasado.

Recientemente el gobierno norteamericano fue condenado por el Tribunal Internacional de Justicia por ayudar a los contra en su guerra contra el gobierno nicaragüense. En aquellos momentos esto dio lugar a un debate en Estados Unidos, se publicó una serie de ensayos por el Consejo de Re-

laciones Exteriores (CFR), donde se abordó el problema del derecho internacional. En aquellos momentos Jeanne Kirkpatrick alegó que Estados Unidos, por su parte, se comprometería a vivir atendiéndose a la Carta de las Naciones Unidas a llevar a cabo una política exterior conforme con la Carta de las Naciones Unidas, y dentro de los parámetros del derecho internacional, si los soviéticos hacían otro tanto.

Considero que el mundo ha cambiado dramáticamente desde ese momento. Ahora hablamos de un nuevo orden mundial, o de un nuevo sistema internacional y, por su parte, el gobierno soviético dirigido por el presidente Gorbachov, se comprometió a vivir de conformidad con la Carta de las Naciones Unidas.

Diferentes funcionarios cubanos se han adscrito a este concepto, en el sentido de que ahora todos debemos comprometernos plenamente a respetar la soberanía de otros países y debemos vivir y comportarnos de conformidad con la Carta de las Naciones Unidas.

No somos una delegación oficial, así que no podemos comprometer a nuestro gobierno. Pero sí podemos trabajar en este sentido.

Sencillamente los invito, a partir de las palabras que acaban de pronunciarse, a que se refieran a este tema e indiquen si el gobierno cubano suscribe este postulado.

CMDTE. EN JEFE FIDEL CASTRO.- Puedo apreciar que estoy en desventaja aquí, porque ustedes pueden hacer todas las declaraciones que quieran y no se comprometen; se comprometen ustedes, pero no comprometen a los gobiernos [*risas*], mientras las cosas que yo diga aquí comprometen al gobierno. Pero no tengo objeción ninguna en contestar la pregunta o reflexionar entorno a esto.

En realidad, como dije aquí, tenemos una política diferente a la que tuvo lugar en un tiempo, han cambiado los tiempos y, desde luego, que nosotros hemos cambiado también en cierta medida. Creo que en nuestro país nuestros dirigentes son todos compañeros más maduros y tenemos más experiencia, más realismo, sin perder los principios, sin perder, incluso, el idealismo; pero tenemos mucha más experiencia. América Latina fue cambiando, y nosotros fuimos cambiando también; ellos cambiaron con relación a nosotros y nosotros cambiamos con relación a ellos.

Naturalmente que toda política entraña compromisos y usted no puede estar apoyando un movimiento revolucionario y un día, porque le conviene al Estado, decir: Lo mando para el diablo, al diablo los revolucionarios, y olvidado de eso. Creo que nosotros hemos cumplido hasta el final, se puede decir.

Bueno, ayudamos a los nicaragüenses, es conocido. Ahora hay una situación nueva allí, no es fácil de entender, porque hay contras, recontras, compas, recompas y no se sabe cuántas cosas más en esa situación; pero nosotros no tenemos nada que ver con eso, allí los que están son nuestros médicos en un número relativamente crecido ayudando a los programas de salud de Nicaragua.

Nosotros hemos ayudado a los salvadoreños y fuimos hasta el final consecuentes, los ayudamos hasta un punto en que empezó a abrirse una perspectiva de paz, realmente, y nosotros hemos alentado esa perspectiva de paz. Ya no era la guerra el objetivo fundamental, se convirtió el país en el objetivo y creo que muchos hemos colaborado en eso. Vemos ya el problema de El Salvador resuelto. Pero digo, incluso, que, como no fuera el apoyo político, a partir de que se abrieron estas perspectivas de paz y los propios revolucionarios empezaron a negociar y a buscar soluciones de mutuo acuerdo entre las partes, nos abstuvimos, desde hace un tiempo relativamente prolongado, a cualquier tipo de actividad relacionada con el apoyo a las acciones militares en El Salvador.

También nosotros teníamos compromisos con los revolucionarios chilenos y apoyamos a los revolucionarios chilenos contra Pinochet. Allí se produjo también un proceso político; Pinochet está todavía allí, pero ya no es el gobierno del país, surge un gobierno civil resultado de acuerdos entre ellos, de elecciones, y nosotros nos hemos atenido estrictamente a esa nueva situación. A los propios revolucionarios chilenos les explicamos hasta dónde llegaban los compromisos nuestros, en tanto existía un régimen militar y de fuerza allí, y cesó todo tipo de actividad relativa, cooperación, en el terreno militar.

Hemos respetado esa situación, la hemos visto con criterio positivo, por lo que podemos decir que estamos libres de compromisos, porque la forma en que se aplica una política nueva no puede ser sobre la base de que usted un día cambió y se olvidó, deshonrosamente, de cualquier tipo de compromiso que existiera, y nosotros hasta el final seguimos nuestra política y la evolución de los acontecimientos nos liberó de eso.

En cuanto a la situación internacional, tomando en cuenta todos los cambios en el mundo y a partir de nuestra propia experiencia, fuimos liberándonos también de compromisos en otras esferas.

Ya expliqué aquí cómo se alcanzó la paz en Angola y cuál fue nuestra contribución a esa paz.

Estuvimos en Angola y participamos en dos momentos muy importantes. Estuvimos 14 años allí, primero fue cuando los sudafricanos invaden Angola, y después la volvieron a invadir. Ya dije que el último esfuerzo nuestro lo hicimos a raíz de la situación de Cuito Cuanavale, que era muy difícil. Allí hicimos el último esfuerzo, alcanzamos la paz y retiramos nuestras fuerzas de Angola. Nos adelantamos en 15 días, pero se cumplieron estrictamente todos los compromisos.

Ya con antelación habíamos ido retirando nuestras tropas de Etiopía, que fueron allí a raíz de la invasión de Etiopía por Somalia, una lucha que tratamos de evitar; incluso, participé en reuniones entre Etiopía y Somalia, porque tenemos relaciones con los dos países, y advertimos que no fueran a una guerra. Nosotros simpatizábamos con los cambios que tuvieron lugar en Etiopía, porque había un emperador allí, había hasta esclavitud en Etio-

pía y vimos con buenos ojos el movimiento revolucionario, le dimos apoyo y en aquella guerra lo apoyamos también.

En esas ocasiones en que hemos dado un apoyo militar, lo que no hemos querido es participar en las contiendas internas. Por eso nosotros en Angola, en general, no participábamos en actividades entre el MPLA y la UNITA, excepto que nos atacaran, que hubiera cierta situación de peligro. Pero, como regla general, hicimos todo lo posible, y lo logramos, por no vernos envueltos en conflictos internos. De modo que nuestro problema era con los sudafricanos, nuestras tropas estaban en una línea para proteger el país de la penetración sudafricana.

Sabemos también de correlaciones de fuerza, porque hubo momentos en que la correlación de fuerzas era muy favorable, no al principio, en 1975 no. Después nosotros empezamos a retirar las tropas y ellos, en un número de años, se fortalecieron militarmente mucho, empezaron de nuevos sus agresiones, y eso es lo que nos obliga, al final, a hacer un esfuerzo enorme para poder encontrar una solución al problema, sin exponernos a una derrota con los sudafricanos.

En estos países hemos evitado vernos envueltos en conflictos internos de los países, como política, porque creo que es el peor negocio que pueda haber: involucrarse en los conflictos con tropas allí. Eso es diferente al apoyo, a alguna colaboración en el terreno militar.

En un tiempo las llamadas guerras subversivas, como las llamó Occidente, eran siempre cosas que se les atribuían a los socialistas, pero después Estados Unidos adoptó también su política en este terreno y organizaron sus guerras, sus guerras irregulares, la guerra frente a situaciones determinadas. La apoyaron muchísimo en Afganistán cuando estaban los soviéticos, apoyaron a la UNITA mucho en Angola. Incluso, cuando nosotros nos habíamos retirado, Estados Unidos, que medió en el conflicto, eludió hacer cualquier compromiso de suministro de armas a los de la UNITA, pero siguió suministrando hasta el final armas a la UNITA.

En Nicaragua es conocida la historia de la guerra contra los sandinistas, apoyada fuertemente por Estados Unidos. Es decir que lo que en un tiempo fue táctica de los revolucionarios, la guerra irregular, se convirtió también en táctica de Estados Unidos. Eso hay que admitirlo, me parecería justo y honesto admitirlo.

Estos tipos de misiones internacionales con tropas, creo que también esa etapa finalizó. Hay cambios en el mundo, hay una situación nueva, quisiéramos ayudar, no es que nos falten los buenos deseos, pero no es realista ese tipo de operación. Hoy decimos que el internacionalismo tiene que empezar por nosotros mismos, que la misión internacionalista más importante que tenemos es hacer que nuestra Revolución sobreviva y, por lo tanto, nuestra tarea fundamental en todos los sentidos se concentra aquí en lo interno. Como tarea así lo hemos dicho: “Esta es la misión. Si nosotros cree-

mos en nuestras ideas, en nuestros principios, defendámoslos aquí, sosten­gámoslos, hagámoslos avanzar, resolvamos nuestros problemas”. Es la política que seguimos en ese sentido. De modo que no solo en lo que se refiere a ayuda a movimientos revolucionarios, sino también a ayuda de tipo militar fuera de las fronteras de nuestro país, también es una etapa que nosotros la vemos como una cuestión pasada. No es realista ninguna política en ese sentido, y tenemos tareas suficientes de las cuales ocuparnos en este momento.

Ustedes han visto también lo que pasó en Haití, se produjo el derro­camiento del gobierno de Aristide. Nosotros vimos con muy buenos ojos este proceso de Haití, y viene un golpe militar, lo desalojan del gobier­no, se produce una cierta explosión de la emigración y en nuestro pro­pio territorio cayeron gran número de haitianos porque vienen en sus barcos y naufragan. Como regla, cuando se quedan sin gasolina les da­mos gasolina y los ponemos en libertad; si el barco se rompe les arregla­mos el barco y los ponemos en libertad; si el barco se destruye —y muchas veces se destruye—, entonces con Naciones Unidas, con otras organizacio­nes, tratamos de que regresen a su país. No los hacemos regresar por la fuerza, todas estas cosas las discutimos con las Naciones Unidas; pero a nosotros nos afectaban, también hasta por cuestiones sanitarias. Des­graciadamente, están muy extendidas algunas enfermedades que tene­mos muy controladas en nuestro país; algunas no existen, muchas de las enfermedades que esos inmigrantes portan no existen en nuestro país, y otras, como el sida, existen, realmente, en cantidades muy pequeñas.

A nosotros nos crea problemas, no solo materiales y de algún tipo de gastos, sino también problemas sanitarios; sin embargo, los atendemos, les damos todo lo que podemos, en espera de la oportunidad de que algún organismo internacional se haga cargo de ellos.

Haití es un país vecino, si optáramos por la política norteamericana, po­dríamos mandar una pequeña expedición o una expedición grande, una locura de esas cualquiera e ir también a restablecer el gobierno democrático en Haití. Realmente estamos en contra de eso, de hacerlo nosotros y de que lo hagan los demás, porque vemos con preocupación cómo empiezan a cuestionarse todas estas cosas de soberanía y creo que la soberanía tiene mucha fuerza.

No sé si algún día todo el mundo será una sola familia, si el mundo será un solo Estado, si Naciones Unidas se convierte en una federación de esta­dos y hay un gobierno universal. He leído algunos libros de ficción sobre el gobierno universal, incluso en que la gente votaba por televisión, no tenía que moverse para elegir el gobierno universal y todas esas cosas; pero la cuestión de la soberanía para nosotros es algo muy importante, y creo que es muy importante para muchos países en el mundo.

Los acontecimientos que han ocurrido en la Unión Soviética demuestran la fuerza del sentimiento nacionalista, es tremendamente fuerte. Incluso los marxistas en cierto momento pensaron que se debilitaría ese sentimiento nacionalista que fue muy positivo en un tiempo, porque siempre vimos la nación como un avance sobre el feudalismo, sobre la época feudal, sobre la época tribal, y fue una fuerza muy positiva.

Como internacionalistas nosotros veíamos los aspectos positivos y los aspectos negativos del nacionalismo, y el nacionalismo tiene una enorme fuerza, de la misma forma que la religión tiene una enorme fuerza.

Algunos pensaban que con el desarrollo y el advenimiento de la ciencia, los descubrimientos en el espacio, el átomo, la biología y la microbiología, que con todas esas cosas el sentimiento religioso podría debilitarse, pero realmente el sentimiento religioso no se ha debilitado, se ha fortalecido en el mundo, y eso es evidente en todos los continentes y en todas partes. Es fortísimo el sentimiento religioso, y son dos cosas en que en la realidad los teóricos, los revolucionarios, o los que pensaban en el socialismo, o pensaban que la humanidad iba superando etapas, en eso nos equivocamos en general.

Claro, nosotros nunca hemos tenido ni conflictos de tipo nacionales, ni conflictos de tipo religiosos. Eso no lo hemos tenido; pero vemos qué tremenda fuerza tiene el movimiento religioso, igual que el movimiento nacionalista. Al principio de la soberanía no creo que haya llegado la hora de ponerle fin, mucho menos cuando vemos un gran auge de una hegemonía como la de Estados Unidos. Al desaparecer el mundo bipolar, ha surgido un mundo casi unipolar. Son realidades la influencia del poder de Estados Unidos en el mundo, y algo que nos preocupa mucho a todos, si vamos a pasar de un mundo de la bipolaridad al mundo unipolar bajo la batuta de Estados Unidos. No queremos estar bajo la batuta realmente de nadie, pero es una fuerza real y palpable.

Quizás los propios Estados Unidos tengan tiempo de meditar sobre todo esto.

Recuerdo en aquellos tiempos que hablaba con senadores, visitantes a nuestro país, y me hablaban de que los soviéticos querían apoderarse del mundo. Yo les decía: ¿Ustedes creen sinceramente eso? Yo veía dentro de la Unión Soviética el gran esfuerzo por resolver sus problemas y por su propio desarrollo, y no apreciábamos intención de apoderarse de ningún mundo, independientemente de que luego veían con agrado cualquier revolución, porque veían, más o menos, el triunfo de sus ideas, y eso lo apreciábamos; pero que quisieran promoverla es otra cosa.

Aquí se ha hablado mucho de cuando nosotros ayudábamos a los revolucionarios en Venezuela. Puedo añadir más, ya que hemos hablado con tanta confianza, ni se imaginan la tremenda reprimenda que nos enviaron los soviéticos por nuestra ayuda al movimiento revolucionario en Venezuela.

Ya que estamos diciendo cosas, digo que eran completamente opuestos a nuestro apoyo al movimiento revolucionario y que nosotros no hacíamos nada por cuenta de los soviéticos; que los soviéticos no tuvieron nada que ver con la ayuda al movimiento revolucionario en Nicaragua ni en ninguna parte, ni tuvieron que ver con las fuerzas que enviamos a Angola en 1975 porque lo que llegó de la Unión Soviética fueron preocupaciones, hasta estaban alarmados un día porque decían que íbamos a mandar una división. Nosotros les dijimos: “Bueno, ya lo que hay allí es mucho más que una división, no hay ninguna noticia real en esta idea de que va a salir una división para allá”. Allí lo que iban eran regimientos y más regimientos, porque después que nos buscamos el conflicto con los sudafricanos, porque los cubanos estábamos ayudando a los angolanos en el fin del período de colonización y vinieron los sudafricanos y penetraron como 1 000 kilómetros dentro de la frontera de Angola, allí murieron los primeros cubanos que eran gente que estaban ayudando a los angolanos, nosotros no podíamos eludir. Ya no era solo ayudar a Angola, se trataba de salvar los propios cubanos que estaban allí.

Los soviéticos no vieron con ninguna simpatía el movimiento de nuestra fuerza hacia Angola. Es verdad que ellos tenían cierto compromiso con el MPLA igual que la tenían en Mozambique con el FRELIMO, le mandaban armas, mucha gente en el mundo les mandó armas a los movimientos de liberación en África, pero tenían algunos compromisos y llegaron algunas armas. Después hicieron algunas coordinaciones con nosotros, porque les pedimos: Por favor, miren a ver si pueden mandar algunas armas cuando estábamos allí, en el momento que estaba apretada la cosa, y les pedimos que enviaran algunas armas de las que les correspondían a los angolanos que ellos les iban a mandar e incluso algunas nuestras.

La teoría de que andaban los soviéticos utilizándonos a nosotros para establecer su gobierno del mundo es una teoría falsa. Lo digo sinceramente, y lo que hubo fue, muchas veces, contradicciones y críticas por parte de los soviéticos con relación a las actividades que nosotros desempeñábamos.

Cuando yo discutía con algunos políticos norteamericanos les decía: “¿Ustedes creen que los soviéticos se quieren apoderar del mundo? ¿Ustedes creen que haya alguien tan loco que quiera apoderarse del mundo?” Decía: “¿Por qué no se lo regalamos, si el mundo es una montaña gigantesca de problemas? ¿Y quién quiere que le regalen todos esos problemas?”

Pienso que Estados Unidos también va a descubrir que el mundo es una montaña gigantesca de problemas, el mismo Haití es una lección, aquí en el Caribe, al lado; hay unos problemas sociales terribles allí y no hay quien quiera resolverlos.

Me quedo pensando y digo: ¿Estados Unidos cómo puede actuar así? Que hay que acabar con Noriega en Panamá, hay que acabar con Noriega. Después tienen a Noriega allí y no tienen ni pruebas, y luego no ayudan a

los países después que los invaden. Hacen la guerra en Nicaragua, por fin obtienen los objetivos políticos, gana la oposición, salen del poder los sandinistas y no tienen dinero, no quieren o no lo gastan. No sé si ahora ahorrando un poco del dinero en armas, de ese que dice Risquet, les pueden mandar un poco más de dinero a los nicaragüenses, y les pueden mandar un poco más de dinero a los panameños, y les pueden mandar un poco más de dinero a los haitianos, digamos, porque realizan las operaciones militares y después de las operaciones militares, ni siquiera están en condiciones de poder ayudar, o existe la voluntad real de ayudar.

Y el mundo está lleno de problemas, y esos datos estadísticos los conoce el señor McNamara muy bien por los informes que hizo el Banco Mundial.

En las cartas aquí entre Jruschov y Kennedy, se aprecia que los chinos eran 650 millones. Ahora los chinos son 1 140 millones. Es increíble, es el doble, y han pasado apenas 30 años, y en estas cartas se aprecia que tenían 650 millones. Los indios se han duplicado, los de Bangladesh, los de Paquistán, los de África, y los de América Latina se han duplicado.

Hay problemas muy serios en el mundo y Estados Unidos va a descubrir esos problemas serios en el mundo. Este es un momento de euforia, por todo lo que ha pasado en la URSS, a partir de la guerra del golfo, de todas esas situaciones; pero el mundo es una realidad muy dura y muy difícil, y pienso que los norteamericanos van a descubrir ese mundo. Ya se ve que los soviéticos no lo quieren, y yo lo que había sugerido era que se lo regalaran al que lo quisiera, en realidad.

Nosotros podemos estar de acuerdo con vivir en un mundo de paz, en un mundo que se atenga a normas internacionales más estrictas, como principio, como política, como realidad, por madurez de nuestro proceso político y por la experiencia de todos nosotros.

JAMES G. BLIGHT.- Muchas gracias.

SCOTT ARMSTRONG.- Señor Presidente, hemos recibido la información tan esclarecedora que usted nos ha ofrecido sobre cómo su pensamiento evolucionó durante el período de 1962, pero quizás usted pudiese ampliar sobre la evolución de su evaluación de la amenaza procedente de Estados Unidos, de una invasión durante ese período.

Hablamos acerca de cómo se intensificaron las fuerzas de Estados Unidos en 1962. También se mencionó en Moscú, creo que fue el general Smith quien dijo que parte del objetivo de fortalecer las fuerzas antes de la crisis era para dar la impresión de que Estados Unidos podía invadir, también el período de la crisis, cuando usted ya conoce las cifras de cuáles hubieran sido los efectivos.

Pero quisiera preguntar qué tipo de invasión pensó usted que sería, cómo interpretó usted la decisión de los militares norteamericanos y de sus líderes políticos. El tipo de respuesta que usted ha dado creo que ha sido muy

interesante, porque aceptamos que la amenaza de una invasión no es tan remota. Treinta años después los comités de Defensa Nacional todavía están construyendo instalaciones en un período especial en el que disponen de muy poco cemento, es decir, que incluso hoy se siguen invirtiendo fondos para fortalecerse. Y como esta sería mi única pregunta, quiero añadir un comentario que quizás haga mi pregunta más larga que la respuesta. Aunque sería en otros casos, espero que no sea el mío con usted [*Risas*].

Usted sabe que encarna la Revolución y nosotros comprendemos hasta qué punto eso es cierto en Cuba. Uno de los problemas que hemos tenido, aunque hemos recibido evaluaciones muy honestas de los compañeros en el panel y de otros, no hemos tenido la oportunidad de que Raúl esté con nosotros hoy aquí, hay otros que estuvieron en Moscú, pero que no están aquí y estoy seguro que no se debe a que piensen distinto sobre la Crisis de los Misiles, pero quisiera saber si usted puede decirnos o ayudarnos a comprender las diferencias de opinión que pueden haberse producido en cuanto a las evaluaciones sobre Estados Unidos, sobre la Unión Soviética, aspectos donde sus colegas no compartieron sus criterios y cómo se resolvieron esas divergencias. Creo que es una pregunta bastante larga y me gustaría escuchar su respuesta.

CMDTE. EN JEFE FIDEL CASTRO.- Casi no tiene nada que ver con la Crisis de Octubre, pero bueno, es larga, son como cinco o seis preguntas implícitas, y es imposible que yo sea más breve que tú, aunque voy a tratar de ser breve.

En aquella época, siempre veíamos peligro, es obvio, porque durante todo este período de que hablamos de la Crisis de Octubre, y después también, se mantuvieron acciones encubiertas y todo tipo de acciones contra nosotros; siempre veíamos un peligro, pero no nos quitaba el sueño, lo digo francamente. Lo que hemos hecho siempre frente a estos peligros es preparar al pueblo, prepararnos más, cómo organizar la resistencia, cómo hacer una resistencia inteligente al tipo de guerra que pueda hacerse contra nosotros. Toda esa filosofía se profundiza más después del período de Reagan; el documento de Santa Fe, las amenazas de Reagan y todas aquellas cosas nos obligaron a profundizar mucho en los conceptos y en la doctrina de la defensa del país, para arribar a lo que llamamos la guerra de todo el pueblo, que no es el tipo de guerra convencional, tipo Iraq ni nada de eso, sino nuestras concepciones que nacieron con nuestros mismos orígenes revolucionarios y con la propia historia de Cuba. Cuba tuvo que enfrentarse a España cuando era una de las potencias militares más fuertes de la época, y ya todas las naciones latinoamericanas se habían independizado formalmente de España. Cuba tuvo que librar sola su lucha en la segunda mitad del siglo pasado y luchar mucho, mucho, completamente sola.

Nosotros como revolucionarios no solo nos inspiramos en el pasado en las ideas marxistas, sino en las ideas martianas y en la experiencia militar

de nuestro propio pueblo en su lucha contra España durante mucho tiempo. Todo eso influyó en nuestras concepciones de la lucha por la conquista del poder, en la lucha clandestina y en la lucha sobre todo en las montañas.

Ya dije que la diferencia de fuerzas entre Batista y nosotros era muy grande, a favor de Batista cuando ganamos la guerra había casi 25 soldados de Batista, más de 25 hombres sobre las armas de Batista por cada hombre nuestro sobre las armas. Claro que eso nos dio cierta confianza, cierta experiencia.

Todas esas ideas las hemos ido desarrollando, sobre todo a partir de que veíamos muy agresiva la política de Reagan con relación a Cuba. Ya llevamos 12 años, se puede decir, preparándonos para el caso de que ocurra alguna invasión a Cuba, qué hacer, cómo tendríamos que responder, cómo tendríamos que resistir, todas esas ideas las hemos desarrollado bastante.

Realmente, no pretendo impresionar a nadie, con eso estoy respondiendo a tu pregunta. A nosotros no nos quita el sueño cualquier tipo de peligro que pueda haber para la seguridad de nuestro país. Llevamos mucho tiempo viviendo así, toda la vida ha transcurrido en medio de esa inseguridad.

Ustedes los norteamericanos no conocen nada parecido a las inseguridades que nosotros hemos conocido. Si a ustedes un número de cohetes aquí les preocupaba enormemente, a pesar de las 5 000 ojivas nucleares, y cualquier cosa para ustedes amenazaba la seguridad de Estados Unidos, ya se imaginarán lo que es ser vecino y adversario a 90 millas de un país tan poderoso como Estados Unidos, y tener en el territorio, además, una base norteamericana. Hemos tenido que adaptar nuestra mente, nuestro pensamiento a esas realidades; el hombre tiene una capacidad de adaptación muy grande.

Te puedo decir que hemos tenido un equipo de dirección, independientemente de que unos compañeros tengan más influencia, otros no tanta; claro que los más históricos tienen más influencia, pero desde que nos organizamos como movimiento revolucionario hemos tenido una forma de dirección colectiva y cada uno con sus funciones y sus atribuciones, y eso lo hemos mantenido a lo largo de estos años.

Cuando surge la disposición de los cohetes, no hubo ninguna discrepancia entre nosotros. Cuando se produce el desenlace de aquella crisis y adoptamos determinadas posiciones que he explicado aquí, no hubo ninguna discrepancia entre nosotros, discrepancias reales no han existido en general; puede haber matices, pero en estas cosas que he mencionado no había ni matices. A lo largo de la historia de la Revolución sí puede haber matices, unos tenían más influencia soviética, otros teníamos menos, en realidad, y yo he querido mucho a los soviéticos, lo he dicho aquí, no he ahorrado una sola palabra de reconocimiento a los soviéticos; todavía los veo aquí y, naturalmente, tengo que experimentar un sentimiento de amistad y de cariño hacia ellos.

Si a ustedes les parecieran sorprendentes algunas cosas, imagínense cuán sorprendentes tienen que haber sido para nosotros las cosas que han ocurrido en la Unión Soviética. Esto, para nosotros era peor que la Crisis de Octubre, ¿qué es la Crisis de Octubre al lado de la situación en que nos vemos nosotros después de la desintegración de la Unión Soviética? Es cosa muy seria; pero tampoco hemos perdido la serenidad, ni la calma, ni el ánimo, ni la confianza, ni la seguridad.

Mucha gente nuestra estudió en la Unión Soviética, hubo influencias mayores y menores, había matices y ciertas concepciones de tipo económico; pero, en realidad, discrepancias profundas, serias, serias, de principio, no hemos sufrido en el seno de nuestra dirección. Estas contradicciones de menor importancia, matices de un tipo, siempre se han resuelto conversando, discutiendo, y hemos logrado, por encima de todo, como una cosa sagrada, mantener la unidad. Y en todos los momentos difíciles, en todos los momentos de peligro, esa unidad es todavía mucho mayor en el seno de nuestro Partido y en el seno de nuestra dirección.

No hay que equivocarse pensando que la Revolución es un hombre, bien arreglados estaríamos todos nosotros. Hemos procurado que se formen cuadros y cuadros nuevos. Hay una gran cantidad de cuadros nuevos en la dirección de nuestro país, mucha gente joven, procuramos renovar.

Ustedes me podrían preguntar por qué no me renuevan a mí. Yo diría que sería maravilloso que me pudieran renovar a mí, pero si en estos momentos tan difíciles a mí se me ocurriera renunciar, o si se me ocurriera proponer que anden buscando a otros para poner en las funciones que yo ejerzo, dirían que yo soy el traidor más grande y el embarcador más grande del mundo, porque ahora tenemos que pasar nuestras pruebas difíciles también.

Tú preguntabas si hay algún plan de invasión, deben estar los de contingencia de que hablaba McNamara, porque eso es de oficio, una nación poderosa tiene planes de contingencia, un pequeño país no puede tenerlos; para nosotros sí, para defendernos, pero no para invadir a nadie.

En este momento yo percibo que Estados Unidos no está pensando en ninguna invasión. Esto no excluye que si nosotros tenemos problemas internos serios, o conflictos internos, sería el argumento, cosa deseada como justificación para poder intervenir aquí con fuerza armada; lo vemos claro, y tenemos que preparar nuestras mentes para ese tipo de peligro, qué hacer en circunstancias como esa y cómo mantener nuestro propósito de luchar hasta el final.

En este momento realmente, Estados Unidos, a partir de los acontecimientos ocurridos en la Unión Soviética, y de las enormes dificultades económicas que tenemos que enfrentar abruptamente, más bien confían en que la Revolución se deteriore, en que la Revolución pierda el apoyo popular, y que la Revolución no pueda sobrevivir a los enormes obstáculos de

tipo económico que significan para nosotros la desaparición del campo socialista y la desintegración de la Unión Soviética.

De modo que ahora, además de lo histórico y de los años que llevamos en todo esto, estamos en la situación de que ninguno de nosotros puede pensar en jubilarse, porque no nos van a pagar ni pensión ni nos lo van a permitir y nos van a mirar como unos traidores; eso en primer lugar. De manera que estamos comprometidos a aquello de seguir aquí mientras haya energía, haya vida, haya alguna capacidad mental para esas tareas. No es una opción de uno, es la vida la que ha impuesto esas realidades. Pero tenemos mucha gente nueva y vamos renovando los cuadros, siempre con la esperanza de que podamos contar con un equipo que pueda mantener las ideas, la línea, el mismo espíritu. Y creemos que lo vamos consiguiendo en realidad.

No sé, si le pregunto a un escritor de los que hay aquí, a muchos científicos, si piensan retirarse —McNamara no se ha retirado, él sigue en sus actividades científicas, históricas y hasta políticas, porque lo que él hace es alta política y fuera del poder, fuera del gobierno—, a todos los historiadores —los historiadores que están aquí—, no se retiran. Yo diría que los políticos no se retiran tampoco, como regla general los retiran [*Risas*]; pero somos políticos, y hasta última hora yo tendré que ser un animal político, como diría no sé si Aristóteles, que dijo que el hombre era un animal político. Y los animales políticos vamos a seguir siendo animales políticos hasta el final, y los científicos van a seguir siendo científicos hasta el final, y los historiadores van a seguir siendo historiadores y políticos también hasta el final, influyendo de una manera directa o indirecta en los acontecimientos.

No es cuestión de poder o de ansias de poder, porque los problemas con los cuales nosotros tenemos que enfrentarnos diariamente y las tareas que nosotros tenemos que resolver son tan difíciles que, realmente, resulta heroico. Dirigir Bélgica o Luxemburgo, Holanda o cualquier país europeo desarrollado, incluso diría que dirigir Estados Unidos, con todas las dificultades y problemas que puedan tener de un tipo o de otro, resulta mucho más fácil, unas veinte, treinta o cuarenta veces que dirigir un país en las condiciones de Cuba. En nosotros el trabajo político se vuelve realmente una cosa heroica, y ese es el sentido que nosotros tenemos del trabajo político, de un deber no de una ambición.

También me gustaría ser científico, me gustaría ser historiador, me gustaría ser muchas de las cosas que ustedes hacen; pero si se me ocurriera una cosa de esas, ni se me ocurre, porque sé que ni me lo permiten. Espero que algún día, cuando esta etapa pase y nosotros demostremos que podemos resistir —que está por demostrar, estamos entre las pruebas más grandes, y hemos tenido pruebas muy grandes—; si sobrevivimos a los problemas que han ocurrido en la Unión Soviética, si nuestra Revolución sobrevive a esos problemas, está por demostrar, pero cuando rebasemos esa etapa y sin que

implique ninguna promesa, el día que se pueda, a mí me gustaría hacer otras cosas, lo digo honradamente, porque no disfruto de eso que llaman poder, no vivo enamorado de eso. Y siempre hemos visto todo el Estado o las posibilidades que uno tiene, como un instrumento para llevar a cabo determinada idea y determinados propósitos que a nuestro juicio son justos, que a nuestro juicio son muy humanos. No estoy hablando de la opinión de los demás, sino tal como lo vemos nosotros.

Ahora, para terminar, te reitero que Estados Unidos no creo que esté pensando en invasiones normales; en una coyuntura determinada, especial, pudiera producirse, es probable que se produzca, y mientras nosotros mantengamos la unidad, la cohesión es más difícil. La esperanza, fundamentalmente, está puesta en la idea de que la Revolución no sobreviva a los desafíos que tiene delante, a los problemas que tiene delante en estos momentos, a partir de que estamos recibiendo —ya para qué voy a decir, del combustible ni siquiera un tercio de lo que recibíamos— miles de millones menos en importaciones, y por eso hemos caído en la situación que llamamos período especial; pero quizás un día demos las gracias al período especial, por el esfuerzo que está haciendo hoy nuestro pueblo en todos los terrenos, en el terreno científico, los trabajadores, los ingenieros, los científicos por miles, para tratar de resolver los problemas económicos; es muy grande, es admirable.

Recientemente hubo un foro de técnicos y de innovadores, racionalizadores, en que se presentaron 34 000 ponencias y 40 000 soluciones de problemas, de cómo ahorrar combustible aquí, allá, en una caldera, el uso de magnetizador, el uso de los emulsionadores del combustible para sacarle un 8%, un 9% o un 10% más; la cantidad de cosas e invenciones que está haciendo la gente... Te digo que ningún pueblo se vio en la necesidad como nos hemos visto nosotros. Son cientos de miles de gente trabajando en la búsqueda de soluciones.

Para la eficiencia en el ahorro de los combustibles hemos vuelto al buey, al noble buey, en la medida en que no hay combustible para la agricultura, y hemos descubierto que el buey es fenomenal. Antes ya habían desaparecido todos los bueyes y todo era con tractores. En consecuencia, hay trabajos que cuando la tierra está húmeda no los puede hacer un tractor y sí los puede hacer un buey, y eleva la productividad del hombre en doce, trece, catorce veces.

Hemos vuelto a la bicicleta. Quizás un día Estados Unidos vuelva a la bicicleta, no porque le falte combustible, sino porque descubra que es mucho más saludable que el sistema de automóvil por familia y por ciudadano que tiene ahora.

¿Por qué aquí no se usaban más las bicicletas? Ni se nos ocurría. Ya el año pasado se repartieron cientos de miles de bicicletas, y en el año 1992 habrá un millón más de bicicletas. De los viajes que se daban en ómnibus, en La Habana, en este momento se da casi la mitad. Ni nosotros mismos nos habíamos imaginado de qué cosas éramos capaces.

Hemos tratado de que el pueblo comprenda y nos acompañe en esta difícil lucha, porque eso es lo esencial, y que cada uno haga su aporte, su esfuerzo.

Nos hemos quedado sin fertilizantes y estamos desarrollando la biofertilización. El ideal de los países industrializados: no usar fertilizantes químicos. Pues nosotros estamos utilizando la biofertilización, los biopesticidas, las variedades nuevas capaces de rendir más, variedades nuevas capaces de resistir enfermedades, aparte de una mayor producción, cultivo de tejidos —ya de una célula de la caña sacamos una planta—; cómo producir más alimentos con menos fertilizantes, sin pienso.

¿Qué estamos haciendo en la ganadería? ¿Qué innovaciones hemos hecho en la utilización de la caña de azúcar como pienso? ¿Qué innovaciones estamos haciendo en el pastoreo racional? El uso de la cerca eléctrica, qué tipo de electricidad usar si nos falla el sistema eléctrico; el pastoreo racional perfeccionado; los bancos de leguminosa como bancos de proteína; el empleo de la saccharina. La cantidad de cosas que estamos haciendo es increíble, y creo que nunca lo habríamos hecho si no nos hubiéramos visto en las necesidades y estrecheces que nos vemos hoy.

Por eso digo que si trabajamos como debemos trabajar, al final tendremos que hacerle un monumento al período especial. No diré que me alegraré jamás de lo que ha ocurrido en la Unión Soviética, siempre nos ocasionará tristeza; tenemos la esperanza de que de una forma u otra mantengan un nivel de unidad, un espacio económico común, que ya lo crearon a lo largo de décadas, y que mantengan una defensa común, si es que no quieren que los traten como países del Tercer Mundo. Deseamos que ellos mantengan, lo más posible, su unidad en beneficio de los intereses de todo el mundo, en beneficio de la paz mundial. Creo que nadie querría que la URSS estallara en veinte pedazos diferentes, no creo que nadie gane con eso, lo que haría sería agravar, incluso, los problemas económicos que actualmente está padeciendo el mundo.

Me he extendido en esta consideración, porque si te digo que hoy nuestra tarea es sobrevivir, me pareció conveniente añadir algunas ideas acerca de cómo pensamos sobrevivir. Una de las cosas en la que nos apoyamos es en la ciencia, porque esa es una de las inversiones más grandes que ha hecho este país: la inversión en la inteligencia del hombre. Los programas alimentarios los tenemos priorizados; no sabemos si podemos cambiarnos de camisa en un buen número de tiempo, habría que echar mano a la ropa vieja que esté en los armarios, pero el programa alimentario lo tenemos priorizado y algunos programas como el turismo, otros esenciales, con los cuales pensamos sobrevivir, acudiendo a estos recursos fundamentales, sobre todo a la inteligencia que se ha creado a lo largo de todos estos años.

Ahora hay una apuesta por parte de Estados Unidos de si podemos sobrevivir o no, y una apuesta nuestra de que podemos sobrevivir. En eso está la cosa, no está analizado en términos militares, realmente, aunque no descuidamos ese aspecto, como es lógico, y mucho menos ahora que vemos

tantas armas sofisticadas y supermodernas que tienen los norteamericanos. En otra tribuna no sería yo tan elegante [risas].

Realmente, no tengo ningún sentimiento de hostilidad hacia el pueblo norteamericano —lo dije al principio y lo he demostrado toda mi vida— o hacia el norteamericano por ser norteamericano; hemos tenido problemas de tipo político, pero no problemas de odio, nuestra ideología no se basa en eso. Esto no es como en otras ideologías. Ustedes recordarán el fascismo que era una ideología muy reaccionaria, se basaba en el odio, en las ideas de la superioridad racial, en las ideas antisemíticas y en todo ese tipo de cosas. Nuestros programas políticos se basan en ideas, no en sentimientos de odio, venganza o cosas de esas. Y la vida nos ha enseñado que las ideas tienen mucha más fuerza que tales sentimientos o bajas pasiones que pueda tener el hombre.

¿Están contestadas todas tus preguntas?

SCOTT ARMSTRONG.- Sí. Pudiera preguntar a sus colegas si están en desacuerdo, pero quizás no sea productivo.

CMDTE. EN JEFE FIDEL CASTRO.- ¿A los colegas? Sí, cómo no, vamos a preguntarles [risas], o tú crees que los van a fusilar porque digan alguna cosa, o los van a botar de aquí. Son ustedes los que me han hecho hablar, y les estoy diciendo que tiene que haber una participación. Incluso anunciaron que yo debía hacer un resumen, no debo hacer ningún resumen. Creo que el resumen —y se lo ruego a ustedes que están presidiendo—, cuando vaya a concluir la sesión, le den la palabra al presidente de nuestro Instituto de Historia, porque yo soy un invitado aquí, no se olviden de eso; me invitaron ustedes y ellos, y he hablado porque me han dado la palabra, casi me han obligado. Y, realmente, se lo pido a ustedes, al presidente, que cuando esto vaya a finalizar, el compañero Mendoza, que es el presidente de nuestro Instituto de Historia, diga unas breves palabras; él dice que brevísimas, y seguro que va a ser más breve que yo, vamos a salir ganando todos [risas].

JAMES G. BLIGHT.- Quisiera pedirle alguna asesoría al buen amigo Jorge Risquet, realmente yo soy un presidente títere que recibe órdenes. Según entendí, debíamos tener este período hasta las 5:00 y pasar entonces al resumen y la conclusión a la que el Presidente acaba de hacer referencia. ¿Eso es lo que ustedes querían hacer, debemos pasar a eso ahora?

CMDTE. EN JEFE FIDEL CASTRO.- Realmente no estoy apurado, creo que hay algunos que quieren hablar. Vamos a oír a Oleg Darusénkov, personaje que estuvo también ahí.

JAMES G. BLIGHT.- Muy bien, me complace escucharle decir eso. Aquí tengo una relación bastante larga. El próximo es el embajador Garthoff.

RAYMOND GARTHOFF.- Gracias, señor Presidente.

Usted observó la extraña coincidencia temporal del mensaje positivo de Kennedy hacia usted a través del señor Daniel y el suministro de un dispositivo venenoso, una estilográfica falsa, que se le entregó a Rolando Cubela.

Hubo tendencias contradictorias en la política de Estados Unidos hacia Cuba en 1963, pero tal vez fue uno de esos casos en que la mano derecha no sabe lo que está haciendo la izquierda. He pensado que quizás pudiera interesarle un caso de este tipo, de importancia particular.

Como le dije, yo estaba en la CIA a finales del decenio de 1950, hacía análisis y estimados de Inteligencia. Poco después de la victoria suya en Cuba, a principios de 1959, un amigo mío de los servicios clandestinos me informó confidencialmente que la CIA había entregado armas al Movimiento 26 de Julio, no me dijo cómo ni cuántas ni cuándo. Pero luego de su triunfo está claro que él pensaba que la CIA no quería que se conociera esta información ni siquiera en los círculos gubernamentales, muchísimo menos por la opinión pública en aquellos momentos. Lo digo ahora porque pienso que ha pasado tiempo suficiente y pudiera ser de interés a usted.

Quisiera aclarar un breve punto, algo que usted dijo hoy, en lo tocante a la retirada de los misiles norteamericanos de Turquía y de Italia. Esto no fue resultado de negociaciones ni de acuerdos ulteriores. Robert Kennedy, por la parte estadounidense, había abordado el problema de los misiles nuestros en Italia y en Turquía en una conversación con el embajador Dobrínin en fecha tan temprana como el 24 o 25 de octubre y nuevamente en el entendimiento oral del 27 de octubre, porque como él dijo, Estados Unidos planeaba retirar los misiles de Turquía y de Italia. Cuando le preguntaron en cuánto tiempo, contestó que no sabía, pero pensó que tomaría cuatro o cinco meses. Un día después del intercambio de cartas, el día 29, el embajador Dobrínin nuevamente lo vio y le pidió un compromiso por escrito respecto a la retirada de los misiles estadounidenses de Turquía e Italia. Al día siguiente lo citaron y se le dio el mensaje de que Estados Unidos no haría compromiso alguno por escrito y que si la Unión Soviética hacía alguna referencia pública a este tipo de arreglo, cambiaríamos los planes y mantendríamos los misiles en Turquía y en Italia. No se hizo nada más al respecto, es decir, no hubo otro tipo de intercambios. El último de los misiles salió de Turquía y de Italia el 25 de abril de 1963, exactamente seis meses después del intercambio. Fue en aquellos momentos que el presidente Kennedy —tengo entendido— envió un mensaje oral al presidente Jruschov, confirmando que todos los misiles ya habían salido de Turquía y de Italia, tal como se había proyectado y como había sido nuestra intención, siempre que la situación se mantuviera normal. Eso es lo que yo tengo entendido, tendremos que ver ese punto posteriormente (Comentario respuesta a palabras ininteligibles).

Quiero hacerle dos preguntas muy concretas para concluir. En primer lugar, como usted observó, hubo alternativas a las acciones emprendidas. ¿Sugirió Cuba en alguna ocasión unirse al Pacto de Varsovia o a alguna alianza militar oficial con la Unión Soviética? La segunda: ¿Cuándo pidió Cuba que una brigada de tropas terrestres soviéticas permaneciera en el territorio cubano?

CMDTE. EN JEFE FIDEL CASTRO.- Hay cuatro puntos aquí, y usted hizo un comentario sobre los rumores que llegaron de que si la CIA le había dado armas al 26 de Julio. Yo realmente nunca he oído decir una palabra sobre eso, pero pienso que habrían hecho muy bien en entregarle armas al Movimiento 26 de Julio, habrían estado defendiendo una causa justa. Así que lamento mucho, realmente, si no entregaron ninguna, y si lo hicieron yo aprovecharía la ocasión para darle las gracias.

Sobre lo de Italia y Turquía, me alegro que dé esa explicación porque, a mi juicio, coincide con aquello que recordaba que me dijo Jruschov.

Usted sabe que los diplomáticos son los diplomáticos y los políticos son los políticos. Interpreté que se habían hecho algunas cosas por Jruschov, se habían hecho algunas concesiones, o se habían tomado algunos pretextos, o algo que se iba a cambiar y le dijeron que los iban a sacar, porque estoy seguro de que la administración Kennedy no ignoraba que beneficiaba a Jruschov el poder presentarse ante su propia dirección mostrando que se habían obtenido algunas cosas de la crisis, y una de ellas podía ser esta cosa. Un buen diplomático habría dicho que esos cohetes no se retiraban por viejos, sino que se retiraban como una comprensión, como una muestra de la buena voluntad y a fin de estimular los sentimientos de amistad y de paz de la Unión Soviética.

Creo que realmente Jruschov necesitaba cierta colaboración, porque en definitiva pienso que Jruschov deja de ser dirigente de la Unión Soviética como consecuencia de la Crisis de Octubre. A Jruschov lo sustituyen como consecuencia de la Crisis de Octubre, es mi apreciación. Toda aquella situación terminó costándole el cargo de secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética. Y quien ha leído las cartas de Jruschov y sabe la actitud en que estaba Jruschov, comprende que para el propio Estados Unidos y para el propio Kennedy era mejor lidiar, tratar, relacionarse con Jruschov, al que ya conocían bien, que con una nueva dirección que no se sabía qué política seguiría. Lo que no hay duda de que la nueva dirección que sustituyó a Jruschov trabajó en cuestiones de coherencia, y trabajó duro, ¿ni se sabe lo que se debe haber invertido en eso!; pero también la Crisis de Octubre dejó un trauma en los soviéticos y, por lo tanto, se pusieron a trabajar desesperadamente en la búsqueda de lo que llamaban el equilibrio o la paridad nuclear que —como aquí se dijo— es relativo; mas no hay duda de que la Unión Soviética llegó a poseer una fuerza estratégica muy considerable, de lo que se deduce de estos acuerdos que han llegado últimamente entre Estados Unidos y la Unión Soviética, de lo que nos han explicado los propios dirigentes soviéticos, en qué consisten esos acuerdos, cuántos proyectiles de tal tipo se destruyen. Los SS-20 no existían cuando la Crisis de Octubre, y había entre 300 y 400 emplazados en Europa. Tengo entendido que esos cohetes se destruyeron.

No hay duda de que la dirección que sustituyó a Jruschov se lanzó con todo el impulso posible al desarrollo de la cohería y del armamento nuclear, eso es real. Creo que esa carrera armamentista no le convenía a nadie, no le convenía ni a la URSS ni a Estados Unidos; quizás muchos de los problemas que ocurrieron después en la URSS fueron consecuencia de los gastos excesivos en armamento, pero esa consecuencia la sufre también Estados Unidos.

Si usted analiza los 10 millones de millones de la deuda, entre pública y privada de Estados Unidos, son cifras espaciales, hace falta un cohete para llegar a las cifras esas realmente, enormes: los problemas económicos de Estados Unidos, la baja tasa de ahorro, la baja tasa de rentabilidad, la forma en que se producen las inversiones de Estados Unidos, muchas de ellas en residencias y otras cosas. Si analizamos los problemas, realmente, de la economía de Estados Unidos de una manera objetiva, uno saca la conclusión de que, mientras japoneses, alemanes y otros países se dedicaban a invertir en tecnología para hacer mucho más competitiva su economía y su industria, Estados Unidos invirtió sumas colosales en armas. Si vemos los problemas de los déficit presupuestarios, que se supone que este año van a ser más altos que los del año pasado, y ya son altísimos, son astronómicos; si vemos problemas también de tipo comercial, déficit comerciales que vienen ocurriendo hace casi 15 años, no hay economía que resista eso.

Alguien me dijo: “Pero la URSS se arruinó en la carrera armamentista”, y yo dije: “Pero la URSS sola no, ustedes también”.

Quizás una administración de un hombre como Jruschov, en la disposición en que estaba Jruschov, habría permitido una negociación sobre armamento y sobre paz, y se habrían podido ahorrar esas cifras infinitas de dinero que se han gastado en armas, y se hubiera podido buscar este tipo de comprensión que se buscó con Gorbachov en la época de Jruschov. Así que si uno analiza la historia, lo que pudo haber sido y no fue, pienso que cualquier cosa que ayudaría a Jruchov beneficiaba más a la política de Estados Unidos. En eso fue lo que yo pensé.

Usted me habla de un mensaje oral. Vea que en las cartas publicadas no aparece una palabra sobre los cohetes de Turquía y de Italia. Creo que además de las cartas había mensajes orales, y creo que en esos mensajes orales, por lo que me leyó Nikita, participaba Thompson. Yo no sabía si Thompson era un nombre convencional o no; el otro día veo que parece que es un nombre real, había un Thompson en la administración.

Se ve claro que además de los mensajes escritos había mensajes orales y había intercambios orales. Desde luego, eso no puede ser desclasificado, tiene que ser alguien que conozca lo que pasó y que escriba. Si este Thompson que se menciona ahí intervino en eso, quizás ustedes, los historiadores, pueden esperar que deje de ser embajador y se retire para hacerle algunas preguntas con relación a su papel en aquellos días.

No digo que sea así o no, simplemente me limité a recordar, para darles una pista a los historiadores a fin de que puedan profundizar en eso, qué hubo con los cohetes de Italia y Turquía si se iban a retirar, si se adelantó la retirada, si se le ofreció a Jruschov como una compensación para dar cierta estabilidad a su gobierno; en fin, indaguen. Los diplomáticos son los diplomáticos, no quiere decir que no sean gente honrada, pero puede ser que presenten como una concesión algo que haya sido ya una cosa decidida de antemano.

Lo que pienso es que tal vez a Kennedy no le convenía hacer ciertos tipos de compromisos públicos y, en cambio, podía hacer algunas determinadas concesiones de tipo secreto, privado, sin que medien incluso documentos sobre eso; a él se le veía muy sensible en la idea de no hacer concesiones o cosas que pudieran presentarlo como haciendo concesiones o con debilidades.

Simplemente les expresé a ustedes, para información de ustedes, lo que a mí personalmente se me dijo y la forma en que ocurrió, porque valdría la pena profundizar un poquito en este aspecto también; forma parte de la historia saber si se le dijo algo, si se le prometió algo, si se le quiso ayudar. Porque por lo menos, las palabras textuales: Nosotros hemos cumplido nuestro compromiso, hemos retirado. Posiblemente la palabra —no me acordaba bien— “estamos retirando”, y ahora se acaba de afirmar aquí que fue el 25 de abril. Estas conversaciones con Jruschov fueron a mediados de mayo, así que posiblemente la palabra que él me empleó fue “hemos retirado”, porque no fue en abril, yo viajé en abril, vísperas del día 1ro. de Mayo, que era una conmemoración importante, y estas conversaciones deben haber sido en el mes de mayo, varios días después.

Alternativas del Pacto de Varsovia. A nosotros ni se nos ocurrió decir: “Óigame, ingresemos en el Pacto de Varsovia”, porque, en primer lugar, no nos gustaba mucho ese pacto, a decir verdad; en segundo lugar, no nos habrían ingresado. Así que ni siquiera se nos ocurrió plantear que nos ingresaran en el Pacto de Varsovia, y mejor, ahora estaríamos sin Pacto de Varsovia, nunca lo solicitamos.

Sobre la brigada, todo formó parte de nuestra resistencia a que se llevaran lo que habían traído, no queríamos que se llevaran los cohetes; bueno, decidieron dejar los de tierra-aire antiaéreos. Pero también estábamos en desacuerdo con que se llevaran las brigadas, porque si Cuba era la causa, una palabra es buena, pero una palabra con cuatro brigadas motomecanizadas, aunque no tuvieran ningún cohete táctico, es mejor que una palabra y es una mejor expresión

Nosotros estuvimos 14 años en Angola y somos un micropaís, señores. Si ustedes analizan el esfuerzo que hicieron en Vietnam, que tuvieron 500 000 soldados en un momento determinado y tenían en ese momento como veinte veces más población que Cuba, es como si ustedes hubieran tenido un mi-

llón y pico de soldados en otro país, en el exterior; la URSS dice que tuvo no sé cuántos —ahora no recuerdo la cifra exacta— en Afganistán, y yo saqué el cálculo y los hombres que teníamos en el exterior, per cápita, eran muchos más que los que la Unión Soviética mandó jamás a Afganistán, y estaban al lado, eran fronteras.

Quiero que ustedes sepan, aunque en el mapa parece más cerca, que Luanda está más lejos que Moscú. En el mapa siempre se ve el norte más amplio, pero si usted se monta en un avión, tarda dos horas más que en llegar a Moscú, viajando por isla Sal. Está más lejos Luanda que Moscú, y el Frente Sur aquel está 1 000 kilómetros más lejos, y hemos estado 14 años allí, por una cuestión de compromiso, por una cuestión de honor.

Todo el mundo sabe perfectamente, porque se dijo muchas veces que a nosotros nos pagaban por nuestros soldados, que jamás se pagó por un soldado. Y no solo eso, sino que durante muchos años, en un tiempo no pagaron por los médicos y los maestros.

Nosotros hemos tenido y tenemos todavía un gran número de médicos en el exterior, también maestros y otros técnicos, y esa colaboración no militar pensamos seguirla prestando gustosamente en la medida de nuestras posibilidades. Los países que la reciben les pagan la alimentación, la estancia, les dan un pequeño estipendio, pero los salarios los pagamos nosotros; y a Angola durante los últimos años le dimos gratuita la ayuda civil, la de médicos, maestros, técnicos y todo eso.

Pero nosotros fuimos capaces de estar 14 años, porque éramos leales, teníamos un compromiso, ¿qué íbamos a hacer? ¿Nos íbamos a ir, los dejamos abandonados? Nos podía convenir, pero no se pueden hacer las cosas cuando convienen, hay que encontrarles una solución. Es lo que yo les decía de los compromisos. Los compromisos hay que saberlos cumplir, pienso que ese es un principio. Usted no puede dejar abandonado un país, está contra la ética, está contra la moral, está contra el honor, está contra los principios, y nosotros hemos sabido cumplir esos principios con el movimiento revolucionario, con los otros países, los hemos sabido cumplir.

Se hubieran podido quedar aquí las cuatro brigadas, los cuatro regimientos. Al final, y como resultado de nuestras luchas y nuestras conversaciones con Mikoyán, se acordó dejar un regimiento. Era algo, ¿no? Del lobo un pelo, como se dice. Ya no había ni Luna, ni cohetes tácticos, ni estratégicos. Se quedó una brigada, era algo, más vale algo que nada. Al principio se quedó la brigada hasta que, como explicó Alejandro o alguien aquí, un senador norteamericano —creo que Church— empieza a agitar como si fuera un descubrimiento. Kennedy sabía que esa brigada estaba ahí, no se le dio publicidad ninguna a la brigada precisamente para evitar problemas, pero ahí se quedó la brigada. Hasta que cuando los No Alineados, en el año 1979, y cuando estábamos nosotros en medio de la conferencia, llega una consulta —esa vez sí se nos consultó— que creían que debíamos decir que

la brigada era un centro de estudios. Cuando ya nosotros estábamos redactando un telegrama para decir que no estábamos de acuerdo con que se le cambiara el nombre a esa brigada y que se dijera que era un centro de estudios, sale publicada en Moscú la noticia de que aquí lo que quedaba era un centro de estudios No. 2. ¡Mire usted en qué lío nos metieron a nosotros! No podíamos estar de acuerdo. Entonces nos preguntaban los periodistas: ¿Y qué hay? Les decía: Bueno, eso que llaman brigada y que nosotros ahora llamamos centro de estudios, es una unidad perfectamente preparada, con todas sus capacidades combativas. Teníamos que hacer nosotros proezas, yo lo que ironizaba en relación con el problema y le daba a entender a todo el mundo que realmente era una brigada, pero no queríamos dejar a los soviéticos allá embarcados con su anuncio y crear un nuevo conflicto, porque la brigada dejó de llamarse brigada para llamarse centro de estudio.

Nosotros nunca estuvimos de acuerdo con esas cosas. Nos consultaron pero no esperaron una respuesta. Es lo que se puede decir con relación a la brigada esa, es la verdad, y se le cambió el nombre.

SERGO MIKOYÁN.- Ya yo quería quejarme al presidente norteamericano, porque está dando la palabra solamente a los norteamericanos uno tras otro.

No hubiese querido hacer mi pregunta a una hora tan tarde, pero me parece que no es solamente de carácter histórico. Mi pregunta es a Robert McNamara. Él había dicho que hasta el 14 de octubre, Estados Unidos no tenía intención de atacar a Cuba. Quisiera que él explicara por qué y argumentara, porque, en primer lugar, sería más convincente, y, en segundo lugar, tendería un puente el día de hoy, y así podríamos tener una idea de si hay o no ahora peligros de que Estados Unidos ataque a Cuba, ya que, precisamente, estamos estudiando la historia de esta crisis, mirando el futuro.

Gracias.

ROBERT S. MCNAMARA.- Esa es una pregunta muy buena y fundamental; trataré de responderla y si alguno de los presentes no está de acuerdo, le agradeceré que me corrija.

Esta pregunta tiene dos partes; la primera, si la entendí correctamente, ¿qué razones sustentan mi afirmación de que hasta el 14 de octubre de 1962 Estados Unidos no tenía intenciones de invadir? Solo puedo hablar del gobierno de Kennedy, es decir, desde el 20 de enero de 1961 hasta el 14 de octubre de 1962, período en que fui secretario de Defensa y mantuve estrechas relaciones con el presidente Kennedy. Y como dije antes en un comentario al general Gribkov, no creo que hubiera posibilidad alguna imaginable de que se emprendiera una medida militar sin que pasara por mis manos. Yo sabía lo que pensaba el presidente, creo que Arthur también estaba al corriente de esta situación, al igual que el general Smith, que también mantuvo estrechas relaciones con el general Taylor, jefe del Estado Mayor Conjunto; ellos pueden corroborar lo que voy a decir, y es que estoy

absolutamente convencido de que el presidente Kennedy, nunca en ningún momento, durante ese lapso del 20 de enero de 1961 al 14 de octubre de 1962, tuvo intención alguna de invadir a Cuba.

La segunda parte, que quizás en cierto sentido sea de mayor importancia, es por qué esto era así. Todas las pruebas físicas, concretas, las pruebas políticas, apuntarían hacia la probabilidad de que se tomara la decisión de invadir. Yo digo que no había tal intención. Si se hubiera seguido en ese curso en el futuro no creo que se hubiera producido, por tres razones importantes, en mi opinión.

La primera, no había una amenaza de Cuba a la seguridad de Estados Unidos de suficiente envergadura que justificara el alto costo en pérdidas de vidas humanas para Cuba y Estados Unidos que resultaría de una invasión. Por lo tanto, el presidente estaba reacio a tomar una decisión en cuanto a seguir un curso de acción que hubiera acarreado este costo.

En segundo lugar, sin una amenaza visible y aceptable, de un riesgo, de una amenaza, a la seguridad de Estados Unidos, sin una amenaza visible y tangible, que no existía, el costo político hubiera sido elevadísimo dentro del hemisferio y en Europa Occidental. Las críticas y las disensiones que se hubieran producido en Europa Occidental, hubieran sido de tal naturaleza que, en mi opinión, creo que también en la opinión del presidente, habrían debilitado a la OTAN y habrían debilitado lo que nosotros considerábamos una disuasión necesaria a una acción del Pacto de Varsovia contra Europa Occidental.

La tercera razón —y a esto ya se ha hecho referencia en algunas publicaciones; y quizás usted no le preste demasiado interés y en ese caso pienso que se equivoca—, incluso, ante la presencia evidente de los misiles que nosotros considerábamos una amenaza a la seguridad, precisamente, por sus implicaciones políticas, estaba el problema del engaño, el problema de los misiles, el problema de la aceptación de lo que algunos consideraban un cambio en el equilibrio militar. Incluso ante esta evidencia, muchos dirigentes estadounidenses creían que una invasión de Estados Unidos a Cuba, la invasión de un país pequeño por un país grande y la destrucción resultante, sería tan contraria a nuestra historia que la haría absolutamente inaceptable. Esto fue planteado por Robert Kennedy y fue muy convincente. Por ejemplo, Doc Dillon, entonces secretario del Tesoro, estuvo a favor de la invasión hasta el momento en que se presentó este argumento. Creo que todos ustedes conocen que los dirigentes, los miembros del Comité Ejecutivo, estuvieron divididos en dos campos hasta el final.

Estaban los que favorecían un ataque aéreo y que tuvieron la honestidad de decir que con toda seguridad se produciría antes de una invasión terrestre y marítima, y los que favorecían la cuarentena.

Hasta ese momento Doc Dillon, secretario del Tesoro, estuvo firmemente a favor de un ataque. Pero los argumentos de Robert Kennedy lo conven-

cieron para que cambiara de opinión y así lo hizo. Pero estas son las tres razones fundamentales.

Gracias.

WILLIAN W. SMITH.- Quisiera añadir una oración. Durante aquellos años, y desde 1953, Jruschov venía haciendo grandes presiones sobre Estados Unidos en la región de Berlín, y todo nuestro énfasis militar se puso en resistir esta amenaza. No teníamos recursos para planificar seriamente una gran invasión a Cuba.

ARTHUR SCHLESINGER.- Para abundar sobre lo dicho por Robert McNamara en el tercer punto. Si Kennedy hubiera querido invadir a Cuba, el emplazamiento de los misiles hubiera sido un pretexto ideal para hacerlo, pero ni siquiera ante esta situación lo hizo.

JAMES G. BLIGHT.- Embajador Darusénkov.

OLEG DARUSÉNKOV.- Señor presidente, prácticamente estamos terminando una serie de reuniones interesantísimas y fructíferas.

Un enorme mérito en esto corresponde, por supuesto, al Presidente Fidel Castro y, en general, el brillante trío delantero formado por Fidel, McNamara y Gribkov, que nos han hecho un juego bellissimo.

Sin embargo, me marcharía sin estar plenamente satisfecho, si no abordáramos un tema interesantísimo inscripto en nuestro programa. ¿Hay alguna salida del conflicto de 30 años entre Estados Unidos, Cuba y la URSS? Porque no estamos estudiando la historia por la historia, sino para comprender mejor el presente y prever en alguna medida el futuro.

Desde el momento de la Crisis de Octubre han transcurrido ya 28 años, casi 29, si se cuentan los meses. De aquella época muchos de nosotros ya no pueden presumir de la misma cabellera, y lo que ha quedado ha cambiado de color. Ha cambiado el mundo, particularmente en los últimos dos años, y ese cambio se puede comparar con el ocurrido desde el año 17 de nuestro siglo; pero, lamentablemente, hay algo que no ha cambiado: prácticamente casi todos, si no todos los conflictos que había en el mundo, o bien están resueltos, o bien están en vías de resolverse; pero, por alguna razón, lamentablemente no se ve, en todo caso hay perspectivas serias, algunas para que empiece a resolverse el problema cubano; y eso, de cierta forma simplemente se desprende de las tendencias del desarrollo mundial.

Al propio tiempo las condiciones objetivas que se han creado ahora, tal vez ofrezcan por vez primera las posibilidades más serias para acometer el trabajo en ese sentido. Recordemos pues qué provocó la Crisis del Caribe y, en general, la tirantez en las relaciones entre Cuba, Estados Unidos y la Unión Soviética.

Si se hace una abstracción de los detalles, aunque a veces son muy sustanciales, la cuestión fundamental que ha inquietado a Estados Unidos de América ha sido ambigua: la alianza militar práctica de Cuba con la Unión Soviética, lo que por consiguiente se interpretaba como una amenaza a Es-

tados Unidos en las cercanías de su territorio; y la denominada actividad subversiva de Cuba en América Latina, que era un irritante fuerte para Washington.

Si observamos con objetividad la situación actual, estos dos factores están prácticamente ausentes hoy día. Actualmente se plantea otra demanda adicional de Estados Unidos relacionada con los derechos humanos en Cuba, la democracia, etcétera.

Bueno, en primer lugar, si hubiera incluso ese problema, no representa peligro para Estados Unidos, en todo caso no es vital para Estados Unidos. Incluso, si hubiera algunos fundamentos para hablar de ese tema, la situación de Cuba en esta esfera no es, en modo alguno, como se quiere presentar.

Creo que en el mundo se podrían hallar decenas de países donde la situación en ese sentido es mucho más flagrante. Observemos en la intervención de Fidel Castro, o, incluso, el que lo desee puede salir a la calle y conocer la realidad cubana, y veremos que decenas de países desearían tener los mismos derechos sociales que hay en Cuba. Es posible que haya ciertos pretextos formales para hablar de los derechos civiles, hablar y no más, pero veámoslo desde el otro lado.

¿En qué fortaleza sitiada —y Cuba lo ha sido durante 30 años— los derechos civiles se hubiesen observado a un ciento por ciento? Sencillamente esa fortaleza no hubiese resistido presión alguna. Entonces, ¿para qué se sitia a Cuba y se habla de que hay ciertas limitaciones de los derechos civiles? Por lo visto, primero hay que levantar el sitio y solo después ver si hay razones para hablar de ese tema o no. Así que, desde mi punto de vista personal, actualmente lo único que falta para emprender la solución del problema cubano es una voluntad política suficiente. En lo que se refiere a Cuba, según me parece, hay esa voluntad política y ya se ha manifestado en más de una ocasión.

Recordemos historia no tan lejana: el problema angolano. Porque en grado considerable, justamente gracias a la voluntad política de Cuba, se pudo resolver ese conflicto internacional de gran envergadura. Parecía que ya se abrían ciertas posibilidades para arreglar las relaciones con Estados Unidos; sin embargo, no más cesó el fuego cuando comenzaba ya la agudización de las relaciones cubano-norteamericanas. Desde luego, eso deja una huella y un estado de ánimo no muy buenos para el futuro.

Me parece que precisamente ahora hay una brillante posibilidad para poner punto a 30 años de desarrollo negativo de la situación en esta región. Para eso lo que hace falta es reunirse y, sin condiciones, algunos acometer, según considero, la discusión de los problemas del arreglo de relaciones normales, con el propósito de que esto se inscriba en la trama general del desarrollo de la situación internacional actual.

Por supuesto, los reunidos aquí —me refiero en particular, desde luego, a la delegación soviética, y por lo visto en cierto grado también a la delega-

ción norteamericana— no determinamos la política de nuestros países y nuestras posibilidades de influir para trazar políticas en cierta medida limitadas. No obstante, considero que si en el poco tiempo que queda analizáramos de alguna forma estas cuestiones, tal vez podrían surgir aquí ciertas ideas atractivas, que serían un aporte muy bueno de nuestro encuentro a una causa muy justa y correcta.

Gracias por su atención

JAMES G. BLIGHT.- Muchas gracias, embajador Darusénkov. La presidencia tiene una pregunta.

Tengo la impresión de que el embajador Darusénkov ha planteado una serie de temas amplios y muy importante y, si no estoy equivocado, lo fundamental, el meollo de su comentario, está dirigido a la delegación estadounidense.

Como todos sabemos, cada una de estas tres delegaciones que representan las tres perspectivas de los tres países tienen algo que decirles a los demás sobre lo que debe resultar de este conflicto que ya data de 30 años y que mencionó el embajador Darusénkov.

Quisiera proponer —me pregunto si usted está de acuerdo conmigo ya que usted lo planteó— si este conjunto de temas no es demasiado amplio para incorporarlo ahora, cuando estamos a punto de concluir la conferencia y cuando estamos en el punto final de las respuestas y de las preguntas sobre los acontecimientos de la Crisis de Octubre.

Creo que debíamos dedicar por lo menos dos horas mañana, específicamente, para ver si en el plano intelectual podemos buscar la manera de salir de este embrollo; un par de horas, más o menos. Someto esto a consideración. ¿Sería posible mañana dedicarle un par de horas a este tema, para analizar lo que ha planteado el embajador Darusénkov? De 1:00 a 3:00 de la tarde mañana, o cuando el Presidente estime conveniente, si es que lo considera conveniente.

CMDTE. EN JEFE FIDEL CASTRO.- Nosotros no podemos negarnos a eso. Teníamos esperanzas de que hoy se terminara. Por mi parte, no tengo objeción, pregúntenles a los demás miembros qué piensan, qué planes tienen, qué programa tienen mañana, o si le dedican una sesión especial de esta histórica conferencia al problema. ¿Cuándo sería?

JORGE ENRIQUE MENDOZA.- Mañana por la tarde.

CMDTE. EN JEFE FIDEL CASTRO.- Puede ser mañana, estoy de acuerdo. Digo que se pueden hacer dos cosas: o se le dedican dos horas mañana o se le dedica una sesión al problema. No tengo ninguna objeción, lo que ustedes decidan lo acato gustosamente. Mañana es domingo y es un día de trabajo para nosotros, así que no vamos a sacrificar nada y es muy agradable estar aquí y compartir con ustedes.

JAMES G. BLIGHT.- Señor Presidente, me pregunto si en Cuba que, al igual que Estados Unidos, es un país amante de la pelota, usted utiliza la

expresión de que se debe esperar la bola rápida, pero sin perder de vista las curvas. Y lo que quiero decir con esto es que no debemos ser demasiado rígidos. Lo fundamental es no apegarse demasiado a las ideas preconcebidas en cuanto a qué bola le va a lanzar el pitcher a uno. Simplemente, quiero que sepa que le lanzamos una curva y usted nos ha bateado jonrón.

JORGE RISQUET.- Debíamos ver la cuestión del horario. Mañana por la mañana teníamos la visita al museo Hemingway, ¿no es así? ¿Qué tiempo consideran? De 9:00 a 12:00. Teníamos la conferencia de prensa a las 2:00. Quizás lo mejor sería ir al museo Hemingway, almorzar y después de almuerzo, por ejemplo, de 2:00 a 4:00 esa discusión que se propone y, entonces, posponer la conferencia de prensa —que ya no tienen que estar tantas personas involucradas, sino que, según está concebida, es una conferencia de prensa con pocos miembros de cada una de las tres delegaciones— para las 4:00 de la tarde. Después de almuerzo me parece que es más lógico, porque por la mañana ir a Hemingway, venir para acá y reunirnos, me parece más complicado.

JAMES G. BLIGHT.- Nosotros aceptamos.

CMDTE. EN JEFE FIDEL CASTRO.- ¿Las conclusiones se harán mañana?

JAMES G. BLIGHT.- Las conclusiones serían mañana.

¿Podemos continuar ahora? ¿Estaría usted de acuerdo en continuar recibiendo algunas preguntas, señor Presidente, sobre la Crisis de Octubre?

CMDTE. EN JEFE FIDEL CASTRO.- Depende del tiempo que ustedes dispongan para bañarse para ir a la recepción.

A lo mejor los soviéticos y nosotros nos ponemos de acuerdo para darle una medalla de Héroe del Trabajo porque se ve que quiere trabajar. Yo no aspiro a esa medalla, pero estoy dispuesto a contestar, digamos, un número racional de preguntas adicionales aquí, un número racional. Lo digo porque se están acercando las 6:00 y, claro, estoy a disposición de ustedes.

JAMES G. BLIGHT.- ¿Tres preguntas serían para usted un número razonable?

CMDTE. EN JEFE FIDEL CASTRO.- Depende de cuáles sean [risas].

JAMES G. BLIGHT.- Profesor Brenner, por favor.

PHILLIP BRENNER.- Gracias, James.

Señor Presidente, creo que hablo en nombre de todos los académicos, al darle las gracias por su disposición de compartir con nosotros los documentos de la parte cubana respecto de la Crisis de Octubre. Esto es una contribución extraordinaria para comprender la historia.

Como usted conoce, en Estados Unidos hemos realizado un esfuerzo por obtener documentos como los que recibió usted hoy por la mañana. Tengo ante mí el índice de algunos de estos documentos y la información acerca de los documentos que aún estamos tratando de obtener, y me complace ver que es más fácil que nos den información aquí que la que a veces recibimos nosotros del Departamento de Estado.

De hecho queremos obsequiarle este conjunto de documentos, en los que se solicitan informaciones del gobierno de Estados Unidos, aunque los documentos no siempre nos dicen lo que necesitamos conocer.

Es extraordinario contar con su presencia aquí para conocer su percepción. Permítame hacerle dos preguntas muy concretas.

El 4 de septiembre de 1962, el presidente Kennedy formuló un discurso en el que pensó que estaba trasladando un mensaje muy claro, tanto a los gobiernos soviético como cubano acerca de las intenciones de Estados Unidos si había misiles en Cuba. La primera pregunta es: ¿Cuál fue su interpretación de aquel discurso? ¿Recibió usted el mensaje?

La segunda pregunta es su percepción después de la Crisis de Octubre.

Usted expresó en su momento que se evitó un conflicto, pero no se logró la paz. Con esto usted quiso decir que continuaba la guerra con Estados Unidos, que las condiciones que habían creado la crisis no habían desaparecido.

Quisiera comprender entonces por qué el gobierno cubano insistió en ayudar a los revolucionarios en América Latina y cómo entendió usted que iba a reaccionar Estados Unidos ante ello. ¿Cómo percibió usted la reacción estadounidense frente al apoyo cubano a las actividades revolucionarias en América Latina con posterioridad a la crisis?

CMDTE. EN JEFE FIDEL CASTRO.- Con relación a la primera pregunta, en realidad se pronunciaron un gran número de discursos. Yo percibía, por el conjunto de estos pronunciamientos, que se avecinaba una crisis. Ya expliqué, incluso, mi criterio de que debía publicarse el acuerdo, la proposición que les hicimos a los soviéticos, en ese sentido, y el resultado de esa gestión. A partir de eso, nos limitábamos, fundamentalmente, a esperar los acontecimientos, porque ya, como dije, teníamos confianza en la experiencia de los soviéticos e ignorábamos realmente cuáles eran los términos de la relación de fuerzas entre los dos países.

No recuerdo en específico ese discurso, ese mensaje. Me imagino que por la vía pública se hicieron muchos pronunciamientos de todo tipo entre líderes políticos, senadores, representantes, funcionarios del gobierno de Estados Unidos. Fueron muchos pronunciamientos, pero realmente no recuerdo, en concreto, este a que tú te refieres, y fue cierta aquella frase de que se evitó un conflicto de tipo internacional, pero no se había alcanzado la paz.

Para nuestro país no hubo paz en realidad, porque ya expliqué cómo después de la Crisis de Octubre continuaron una serie de actividades militares activas contra Cuba a través de los buques-madre, los ataques piratas, todo ese tipo de cosas; continuó la vida de esa forma, y a través de todos esos años continuaron las actividades contra Cuba, si no en un plano militar, en un plano económico. El bloqueo económico se hizo mucho más recio, las actividades de tipo contrarrevolucionario apoyadas por Estados

Unidos no cesaron, los sabotajes a la economía no cesaron. Realmente no podemos decir que tuvimos paz, tuvimos un cierto respiro como consecuencia de la guerra de Vietnam, es lo que aquí no se ha mencionado.

Estados Unidos se vio seriamente comprometido en la guerra de Vietnam en los años subsiguientes, tuvo que enviar medio millón de soldados a ese país, se vio envuelto en esa guerra, y aquello significó para nuestro país un cierto respiro ya que dejó de ser el foco de atención principal de la política exterior de Estados Unidos en aquellos tiempos, y las actividades nuestras se desarrollaron. La cooperación no era un proceso muy activo. Podemos decir que nuestra cooperación fundamental con estos movimientos revolucionarios fue de tipo político, no exclusivamente pero no era una actividad realmente intensa.

Pienso que de cierta forma se ha magnificado, porque no en todos los países existían las mismas condiciones, y no en todos los países existía un movimiento revolucionario. Nosotros podíamos colaborar con un movimiento revolucionario allí donde existía, pero no donde no existía tal movimiento, y creo que un poco se magnifica eso.

En realidad este fue el proceso que expliqué, un largo proceso. Se fueron produciendo cambios; habría que refrescar un poco en qué momento empezaron a cambiar. Los mismos países del Caribe tomaron la iniciativa, nuevos países que habían alcanzado su independencia. Torrijos tomó también la iniciativa, un grupo de países tomaron la iniciativa para empezar a restablecer las relaciones diplomáticas con Cuba, y hoy Cuba tiene relaciones diplomáticas con la mayoría de los países latinoamericanos; con otros tiene relaciones consulares, y con aquellos que no tiene relaciones consulares ni diplomáticas, tiene contactos por diversos canales como regla. Esto no quiere decir que todos los gobiernos absolutamente, ciento por ciento, sean amigos; algunos hacen pronunciamientos hostiles y sabemos que están bajo una fuerte influencia de Estados Unidos.

Es decir, no es ideal, perfecto; pero ha habido un cambio sustancial, un cambio grande en esta situación.

Estados Unidos siempre inventaba una nueva cosa con relación a Cuba. Primero durante mucho tiempo decía, por ejemplo, que mientras existieran los lazos con la Unión Soviética, no podían mejorar las relaciones, hasta que llegó un día y desapareció la Unión Soviética. Durante mucho tiempo dijo que mientras tuviéramos tropas en Angola no podían mejorar las relaciones con Cuba. Llegó el momento en que esa guerra finalizó, yo diría que finalizó exitosamente, no solo ayudó a consolidar la independencia de Angola, ayudó al cumplimiento de la resolución de las Naciones Unidas sobre la independencia de Namibia, y no solo ayudó a eso, sino que ayudó también, considerablemente, al avance de la lucha contra el *apartheid* y a los profundos cambios que se han estado produciendo en Sudáfrica.

Si ustedes escuchan las palabras de Mandela, el líder del ANC, él aprecia extraordinariamente el esfuerzo que hicimos apoyando a Angola, luchando contra los sudafricanos, y considera que eso fue un factor decisivo en el aceleramiento de la lucha contra el *apartheid*, que es uno de los sistemas que más rechazo, más condena han recibido en el mundo. De manera que nosotros lo hicimos allí, cumplimos nuestra misión, nuestro deber y después nos retiramos de Angola, por nuestra propia conveniencia e intereses, cuando había cesado allí ya todo sentido de la presencia del personal militar.

Hay que decir —y ustedes lo conocen bien, los norteamericanos deben conocerlo muy bien— qué fácil es enviar tropas y qué difícil es sacarlas. Es mucho más fácil enviarlas que sacarlas, porque después se crean intereses y los países hacen resistencia, se oponen.

Nosotros realmente desde hace tiempo podíamos haber retirado todas las tropas de Etiopía; habíamos retirado una gran parte, pero quedaba una unidad y no fue fácil, hubo que hacer un trabajo político, diplomático, para contar con la aceptación del gobierno de que retiráramos aquel personal militar.

Teníamos una pequeña guarnición en el Congo, que era como una especie de punto de apoyo a las fuerzas que estaban en Cabinda donde, por cierto, hemos estado 14 años defendiendo el petróleo de la Gulf ni se sabe por qué, pero esas son las paradojas de la vida; los que cuidábamos fundamentalmente el petróleo norteamericano éramos nosotros. Yo no estoy muy seguro de que hayan estado felices los de la Gulf el día que al fin y al cabo se retiraron las tropas. Claro que no estamos defendiendo el petróleo de la Gulf, estábamos defendiendo el petróleo y los intereses de los angolanos; pero al final estábamos defendiendo también sus intereses, y creo que lo hicimos con mucha eficiencia. No se produjo prácticamente un solo sabotaje, y una vez los sudafricanos trataron de sabotear las instalaciones y capturamos, incluso, algún sudafricano allí de un comando que fue a tratar de volar los pozos, amigo de ustedes, porque ustedes siempre mantuvieron relaciones con Sudáfrica, no había problema a pesar del *apartheid* y lo que pasaba allí. Nosotros estábamos allí defendiendo, incluso, de los sudafricanos, los intereses de una transnacional norteamericana, y cumplimos con eficacia, creo yo, nuestros deberes.

Cuando ya nos retirábamos de Angola, entonces decían que teníamos que irnos de Nicaragua. Luego, hubo cambios políticos en Nicaragua —y retiramos personal asesor militar de allí, ya no había personal militar—, después la historia era la subversión. Lo de la subversión cambia por las razones que expliqué aquí, fue un proceso progresivo, una evolución de la situación de América Latina; fuimos evolucionando y se fueron cambiando las relaciones. Son otras razones. Así que rompa lazos con la URSS, váyase de Angola, váyase de aquí, váyase de todas partes, todo, y siempre aparecía una razón nueva. Ahora la razón nueva la estuve mencionando ayer. Se habla de tipos de reformas democráticas —me imagino que estilo Estados Unidos— y dere-

chos humanos o derechos civiles —como se les quiera llamar—; no vamos a hablar de eso. Ayer me extendí, no me voy a extender ahora.

Creo que, en parte, lo que tú estás preguntando se asocia al tema ese que se quiere discutir mañana, por qué no mejoran las relaciones. Siempre Estados Unidos pone una razón, otra, otra, otra, y al final ya no se sabe cuál será la razón que ponga; pero ya son cuestiones que, a nuestro juicio, tienen que ver con la soberanía de nuestro país, con los asuntos internos de nuestro país, y no creo que constituya un argumento consistente, se puede rebatir; nosotros tenemos un buen arsenal de argumentos para discutir sobre todas estas cosas relativas a los derechos civiles y derechos humanos, en realidad.

Todo ha cambiado y Estados Unidos no ha cambiado su política con nosotros. Bueno, hubo ciertos momentos, no voy a decir que siempre se comportó igual; hubo un período de mejoría de las relaciones, y ese fue el período de Carter, a decir verdad. Tal vez fue un buen momento. Había ciertas circunstancias en marcha que obstaculizaron ese proceso, pero se dieron unos cuantos pasos de avance y se estableció una oficina de intereses norteamericanos. Antes eran los suizos, después fue la Oficina de Intereses directamente, personal diplomático norteamericano, llegamos a algunos acuerdos en distintos terrenos; es decir, hubo un período en que se avanza.

Creo que todos tenemos un poquito de culpa —pienso yo— en que en ese período no se haya avanzado más, es mi opinión; pero ha tenido altas y bajas.

Después, ustedes saben que la administración de Reagan ha tenido una política muy ideológica, muy doctrinal, muy fuerte en eso. Incluso, con el gobierno de Reagan se llegó a algunos acuerdos de tipo migratorio, de todo; pero surgían problemas, surgían incidentes. Sin embargo ya esta cuestión iba perdiendo peso, lo que se refiere al apoyo a los movimientos revolucionarios, porque se iban normalizando las relaciones nuestras en un período de tiempo con los países de América Latina, aunque quedaban algunas zonas muy espinosas, porque quedaba la situación de Nicaragua y la situación de El Salvador, que es un problema más agudo, y quedaban problemas que ya hoy no existen.

Todos estos hechos pueden haber influido unos en otros, no lo niego, porque es que se habían llegado a enconar mucho las relaciones por falta de confianza, y todo ese tipo de cosas influyeron. Pero en todo este período en que las relaciones se enconaban porque nosotros ayudábamos a los movimientos revolucionarios, Estados Unidos hacía a la inversa. No es cuestión de entrar aquí a analizar detalles.

Todo el mundo conoce, en el largo período de los gobiernos militares en América Latina, el apoyo que Estados Unidos les brindó, y el apoyo —incluso— que les brindó a las fuerzas de oposición a determinado gobierno, la colaboración en la esfera militar, la colaboración en la esfera de seguridad. Mucha de la experiencia de Vietnam se trasladó a los cuerpos de seguridad

de América Latina. No tengo ningún ánimo de hacer acusaciones ni imputaciones, pero esas escuelas militares de Estados Unidos prepararon a los mejores jefes de los gobiernos militares de América Latina, todos estudiaron en escuelas norteamericanas.

Si a nosotros nos acusaban de haber ayudado al movimiento revolucionario, Estados Unidos preparó militarmente a todos los jefes, porque hasta a Torrijos lo preparó, solo que en un momento dado Torrijos fue un militar que se subleva y mejora mucho las relaciones con Cuba; Velazco Alvarado en el Perú. Hay un grupo de militares que pudiéramos decir que dieron un golpe de izquierda; no de izquierda, un gobierno progresista, hicieron reformas y quisieron ayudar al pueblo, y eran militares educados, muchos de ellos, en escuelas y en cursos en Estados Unidos. Conozco a unos cuantos militares latinoamericanos que después asumieron posiciones buenas.

Creo que Mengistu estudió en Estados Unidos en cursos militares, y me contó que desde que estaba en Estados Unidos vio cosas que no le gustaron, vio problemas de los derechos civiles, vio problemas con la población negra, y que eso influyó mucho en su pensamiento político. Hay militares que se hicieron revolucionarios en Estados Unidos, militares latinoamericanos. Pero, como regla, la posición de Estados Unidos era ideológica, no estaba relacionada con derechos civiles ni nada. Como regla, históricamente, y sería larguísima la historia, se puede demostrar el apoyo de Estados Unidos a los gobiernos militares, a los gobiernos de fuerza; diríamos que durante un período prolongado de tiempo prefería estos gobiernos militares, durante un período o que incluye una gran parte de la etapa revolucionaria.

Sabemos lo que ocurrió en Chile: el gobierno de Estados Unidos suspendió toda ayuda al gobierno de Allende, pero no suspendió sus relaciones con los militares y mantuvo la ayuda técnica, ayuda en armamento a los militares.

En realidad, las relaciones de Estados Unidos con los gobiernos de derecha en América Latina fueron muy fuertes, como regla. Esto tuvo sus altas y bajas. Como regla esos gobiernos militares de fuerza recibieron apoyo, instrucción, armamento, recibieron instrucciones de seguridad; por ahí hay libros, películas y documentales que señalan que muchos de esos jefes de cuerpo de seguridad fueron instruidos en Estados Unidos, y te puedo asegurar que se portaron con una crueldad increíble, porque ni los nazis. Todos hemos leído libros sobre los nazis, y las barbaridades y los crímenes que cometieron no llegaron al refinamiento a que llegaron los torturadores en Chile, en Argentina y en otros países. Cosas horribles, como tomar a un niño en un décimo piso y decir: Lo tiro, para que la madre hable; llegar y cortarle a uno la mano con un serrucho delante de todos los demás. Las torturas que se cometieron eran de un refinamiento que eran resultado de la ciencia. Ni Batista, Batista fue cruel. Eran vulgares torturadores, la tortu-

ra adquirió el carácter de una ciencia en América Latina durante esos gobiernos militares.

El desaparecido es una categoría nueva. Todavía hay muchos familiares en Chile que están buscando a sus desaparecidos. Y en Argentina hay miles y miles de familias que están buscando todavía a los desaparecidos; fue una cosa macabra, tenebrosa. En Guatemala desaparecieron decenas de miles de gente, después del gobierno que fue instaurado allí con la ayuda de Estados Unidos, a través de Castillo de Armas. Yo he conocido algunos familiares de desaparecidos y es una cosa horrible, porque las familias siguen con la esperanza de que están vivos, y las engañaban, y les daban dinero, y les daban noticias falsas, y pasaban años y creían que estaba vivo el esposo, el padre o el hijo, ¡años! Quizás una de las cosas más atroces que hay es el fenómeno de las desapariciones, y todo eso se puso de moda en América Latina en los últimos 30 años, después de Girón y después de la Crisis de Octubre, porque no todos los gobiernos tuvieron Alianzas para el Progreso, digamos una política con un contenido o un sentido social, no la tuvieron. Y pasaron cosas verdaderamente horribles en América Latina.

Claro que quisiéramos que la posición que tenemos, a la que nos condujo la vida, la experiencia, las realidades y la evolución positiva que han tenido nuestras ideas en torno a todo esto, también sea la evolución de las ideas; del gobierno de Estados Unidos.

Ya dije que no se puede ser idealista y estar soñando cosas. Dije que estaba seguro de que Estados Unidos iría aprendiendo lo que es este mundo, lo complicado que es este mundo. Y no se puede decir todavía la última palabra de lo que ocurre en América Latina, porque en América Latina hay una situación tal que constantemente se producen explosiones y problemas, y ni se sabe lo que pueda pasar.

El hecho de que la URSS haya desaparecido no quiere decir que han desaparecido las causas que originan explosiones sociales, cambios y revoluciones; no sé qué nombre les pondrán, qué línea seguirán, pero la situación es verdaderamente desesperada en esos países de América Latina y en otros países del mundo.

Solo en América Latina hay millones de ingenieros, de médicos, de técnicos, de abogados, de profesionales que tienen un nivel alto, se acostumbraron a determinados niveles, a determinadas expectativas que no las han alcanzado, y esos sectores tienen una influencia tremenda.

Te lo digo porque aquí tenemos a veces reuniones de maestros y pedagogos de América Latina; cada dos años, más o menos, hay una gran reunión, vienen cientos y cientos de gente de América Latina. Lo que esa gente cuenta de la situación de las escuelas y de las aulas y de los maestros es tremendo. Si ustedes los vieran por una ventana o por un huequito, se imaginarían que todos son radicales, revolucionarios y comunistas. Ya no se sabe lo que

es un comunista, ¿no?; pero antes le ponían la etiqueta de comunista a cualquiera. Ya yo dije ayer que a Kennedy de milagro no le pusieron la etiqueta de comunista por la cuestión de la reforma que proponía cuando la Alianza para el Progreso.

He visto reuniones de médicos y es tremendo lo que dicen, reuniones de todo tipo, que a veces las dan asociaciones internacionales, y hablan sobre los problemas que tienen estos países, que son realmente terribles; esa situación está ahí latente.

Diría que la relativa estabilidad de que hoy goza América Latina no tiene nada que ver con la situación social que está viviendo este hemisferio y que no tiende a mejorar, tiende a empeorar, como regla.

Los problemas se presentan, incluso, en países que tienen muchísimo dinero. En la propia Venezuela se produjeron disturbios serios y explosiones serias, y Venezuela es uno de los países más ricos de América Latina, de más ingresos en divisa convertible, de más recursos. El nivel de resignación de las masas, en general, ya es un nivel que no tolera mucho más. A veces es el aumento del precio de la gasolina, a veces es el aumento del precio de los alimentos, cualquier cosa produce problemas serios.

Ahora hay una ola neoliberal, está de moda, lo están privatizando todo, lo están vendiendo todo, hasta los parques los venden, las calles, las carreteras, todo. Sí, hay ciertamente una ola, creo que eso tendrá un flujo, después vendrá el reflujo de toda esa ola; pero sí advierto que la situación que tienen esos países es una situación muy seria y que no se puede augurar la estabilidad actual relativa de que están gozando esos países. Eso no quiere decir que nosotros, si esos países se desestabilizan solos, nos estemos metiendo allí a promover la desestabilización, a aprovechar las condiciones objetivas que hay para estar promoviendo... Ya esa es una política que pertenece a otra época, nuestras relaciones están basadas en otras normas. Ya a mí me invitan a casi todas las tomas de posesión —no puedo ir a todas—, me invitan a las reuniones internacionales, y ha cambiado radicalmente la actitud hacia Cuba de los gobiernos latinoamericanos, de manera que eso hoy no constituye un problema. Pero el hábito de Estados Unidos era, como regla general, apoyar a los gobiernos de derecha y los gobiernos de fuerza.

Hemos adelantado un poquito quizás en algunos temas que se discutirán mañana, y tu pregunta tiene un poco que ver con el tema que propuso el presidente para mañana.

JAMES G. BLIGHT.- Muchas gracias.

Pienso que el profesor Brenner les hizo más de una pregunta, y agradezca mucho a usted por haber respondido con creces.

Quisiera, si no hay grandes objeciones, usar las prerrogativas de la presidencia para sustituir la oportunidad de hacer dos últimas preguntas con la de hacer una presentación en nombre de la delegación estadounidense al final de la sesión, que ha sido un placer compartir y presidir.

¿Aceptaría usted ahora una presentación en estos momentos, señor Presidente?

CMDTE. EN JEFE FIDEL CASTRO.- Bueno, ¿qué quiere decir una presentación?

JORGE RISQUET.- Es un regalo.

JAMES G. BLIGHT.- Esta encantadora joven, Janet Lane... Permítame describirle esto: esto es una pelota oficial de la Liga Americana autografiada por los miembros de la administración Kennedy, y queremos que esto se interprete como una pelota de la Liga Americana en el sentido de que ella es la pelota oficial del hemisferio occidental.

CMDTE. EN JEFE FIDEL CASTRO.- Muchas gracias. Muy bien, la voy a recibir con toda confianza, y no me voy a imaginar, ni por un segundo, que tiene una bomba.

[*Risas y aplausos*]

JAMES G. BLIGHT.- Se levanta la sesión.

Séptima Sesión: 12 de enero de 1992

JAMES G. BLIGHT.- Bienvenidos nuevamente.

Desearía ahora cederle la presidencia de la reunión al embajador Troyanovski, de la delegación rusa.

OLEG TROYANOVSKI.- Estoy dispuesto a asumir la presidencia si no hay objeción de alguna de las partes. Si no hay, desearía decir que hoy, por supuesto, tenemos un tiempo limitado por cuanto, si no me equivoco, a las 4:00 p.m. debe celebrarse la conferencia de prensa y —como entiendo también— el objeto de la discusión de hoy debe ser fundamentalmente la continuación de los planteamientos que había hecho ayer el embajador Darusénkov al final de la sesión; es decir, las perspectivas de normalización de la situación en esta región del mundo. Si así lo entendemos todos, cedo la palabra a quien quiera ser el primero en intervenir. Cedo la palabra al señor McNamara.

ROBERT S. MCNAMARA.- Señor presidente, como todos sabemos ahora —y creo que uno de sus colegas lo expresó con suma claridad cuando visitamos, a nuestra llegada, el lugar donde hay emplazado un misil—, su país, el mío y Cuba, en octubre de 1962 y en los meses anteriores, llevaron a sus naciones al punto de un conflicto militar y al mundo al borde de un desastre nuclear; y sé que muchos de ustedes, el presidente, mis colegas y yo, algunos de nosotros fuimos muy sensibles al grave peligro que enfrentaron nuestras naciones y el mundo en octubre de 1962. Creo que durante esta reunión hemos conocido que el peligro fue, incluso, mayor del que suponíamos.

Comprender lo que provocó esa crisis y, en particular, examinar cómo evitar crisis similares en el futuro, no solo entre nuestras naciones, sino crisis de otras naciones de este mundo posterior a la guerra fría, ha sido el objetivo de esta reunión y, al menos —según lo entendí—, mi comprensión respecto a las causas de la crisis respecto a la forma en que los líderes cubanos y el pueblo cubano consideraron sus relaciones con Estados Unidos, creo que ha avanzado considerablemente durante estas reuniones. Ayer por la tarde, quizás antier fue uno de los períodos más productivos desde que me vinculé a la geopolítica, aprendí muchísimo y me siento sumamente agradecido al Presidente por su disposición —siendo jefe de Estado— a pasar con nosotros dos días y medio examinando esta situación.

Eso me ha llevado a concluir que las relaciones hostiles del pasado se sustentaron fundamentalmente en temores que quizás estuvieron justificados en esa época por cada una de las partes, ustedes, ellos y nosotros, pero que ya no se justifican. Nosotros temíamos por nuestra seguridad, pero ahora el Comandante ha expresado un espíritu de autosustentación, de determinación de una nación muy pequeña de protegerse contra un posible ataque militar, de una nación que —según creo él describió— es veinte veces mayor, y admiro inmensamente el valor con que ha dirigido a su nación para que se defiendan y se prepare a defenderse frente a un ataque de esta índole. Aunque creo que un ataque así jamás fue posible durante estos últimos años, salvo quizás en la Crisis de los Misiles. Pero él tuvo amplias razones para creer lo que creyó.

Nosotros temíamos —y sé que es prácticamente imposible para los cubanos y los soviéticos entenderlo— que nuestra seguridad estaba en peligro debido a las acciones de Cuba y, fundamentalmente, por las relaciones entre Cuba y la Unión Soviética. Pero aunque esos temores del pasado no estuvieran en algún momento justificados, estoy seguro de que fueron los factores subyacentes en la Crisis de los Misiles y la hostilidad que ha caracterizado a nuestras relaciones durante 30 años.

Pero si fueron o no justificados, no lo son en la actualidad. La amenaza a nuestra seguridad ya no existe, y por eso soy de la opinión que, en particular, Estados Unidos y Cuba tienen aún algunas diferencias pendientes. He mencionado las libertades políticas y los derechos civiles, no quiero entrar a debatir eso.

Si se me permite quisiera hacer una digresión y decirle, señor Presidente, que usted quizás me haya caracterizado de otra forma, pero yo me considero un revolucionario [*risas*], y déjeme explicarle por qué.

En nuestro país usualmente igualamos los derechos humanos con los derechos civiles. Entendemos que estos términos son sinónimos, ustedes no. Coincido totalmente con ustedes. El derecho humano más fundamental es el derecho a vivir, a vivir una vida productiva. Ese es el derecho más fundamental. Antes de llegar a la definición de los derechos civiles, hay

que tener el derecho a vivir, a vivir una vida productiva, una vida útil, y para esto se necesita una base de salud y de educación.

Para tristeza y embarazo, por mi parte, debo decirles a todos que pienso que Cuba no solamente está encabezando el Tercer Mundo en las esferas de la salud y de la educación. Les doy un ejemplo y, por favor, si estoy equivocado me lo dicen. Creo que la tasa actual de mortalidad infantil de Cuba, en términos de la OMS, es de 10,7 por 1 000 nacidos vivos. Tengo entendido que en el caso de Brasil llega a 60, y el ingreso per cápita de Brasil es muy superior al de Cuba. Este es un éxito extraordinario.

Le repito, señor, que me considero un revolucionario. Estuve 13 años en el Banco Mundial tratando de lograr un progreso similar entre las naciones del mundo en desarrollo; pero pienso que usted me superó con creces, y lo que me pone en una situación penosa no es que ustedes tengan 10,7 y Brasil 60, si fuera brasileño sí; pero lo que realmente me coloca en una situación embarazosa es que hace unas semanas leí en el *Washington Post* —y creo que es cierto— que la tasa de mortalidad infantil de Cuba es inferior a la de la capital del país más rico del mundo: Washington, distrito de Colombia. Creo que la de ustedes es 10,7 y la de Washington, distrito de Colombia, es de aproximadamente 19, y eso es, realmente, lamentable. En ese sentido, en términos de derechos humanos, ustedes han logrado mucho.

Quizás no estemos usted y yo de acuerdo en cuanto a derechos civiles y libertades políticas, pero admiro extraordinariamente lo que ustedes han hecho respecto a estos derechos humanos básicos de la salud y de la educación.

Vuelvo a mi comentario inicial, y es que pienso que lo que sustentó la hostilidad que ha primado entre nuestras naciones —y hablo ahora de Cuba y Estados Unidos— durante 30 años ha desaparecido. Las amenazas para nuestra seguridad —como sugerí, si es que alguna vez las evaluamos acertadamente— ya no existen y, por lo tanto, sí quedan diferencias, en algunos casos profundas: las libertades políticas, los derechos civiles, el embargo económico, el caso de Guantánamo; pero son diferencias que existen entre naciones. No somos la única nación que crítica a Cuba en relación con estos aspectos, y Cuba no es la única nación con la que tenemos estas diferencias; son diferencias que deben examinarse bilateralmente, a través de canales diplomáticos normales, y abrigo la esperanza de que así sea y, por ende, que durante los próximos 30 años las relaciones bilaterales se desarrollen de forma totalmente distinta al pasado. Y si es así, señor, creo que a usted habrá que atribuirle mucho mérito por lo que ha contribuido a ello durante esta reunión.

Muchas gracias.

OLEG TROYANOVSKI.- Muchas gracias.

¿Quién más desea intervenir?

Tiene la palabra.

WAYNE S. SMITH.- Realmente tengo poco que añadir a la declaración tan elocuente que acaba de pronunciar el señor McNamara.

Simplemente desearía llamar su atención a un detalle adicional y es que la condición de miembro de la Organización de Estados Americanos se le suspendió a Cuba en enero de 1962 debido a las conclusiones alcanzadas por la Organización de Estados Americanos en el sentido de que Cuba, por haber adoptado el sistema marxista-leninista y las consiguientes implicaciones internacionales de ello, había hecho que su condición de miembro en la OEA fuese inconveniente e incongruente con la carta.

Subrayo que fueron las implicaciones internacionales. Colombia, el país que convocó la reunión en Punta del Este, la reunión de cancilleres, hizo hincapié en que su propuesta se centraba totalmente en cuestiones internacionales, que en modo alguno abordaba cuestiones internas, que competía a cada nación decidir por sí misma el sistema político y económico que más le conviniese y que más se adecuase a su situación específica; pero que la asociación de Cuba con el bloque chino-soviético que tenía como objetivo lograr la revolución mundial, etcétera, etcétera —y me disculpo por algunos de los términos que utilizo, al igual que el Presidente se ha disculpado por algunos de los calificativos que se utilizaron en la correspondencia entre cubanos y soviéticos—, que el bloque agresivo chino-soviético, empeñado en una revolución mundial, hacía que la asociación de Cuba con ese bloque se convirtiese en un peligro para el hemisferio. En otras palabras, el énfasis estuviera en las consecuencias internacionales de la asociación de Cuba con el bloque chino-soviético.

El secretario de Estado Rusk hizo el mismo señalamiento en su discurso. Por lo tanto, si el énfasis se centró en los vínculos de Cuba con la Unión Soviética por sus consecuencias internacionales, e indudablemente las razones para la suspensión de Cuba en la OEA si no fueron irrelevantes, y si no han pasado a ser irrelevantes hace años, en este momento, sin lugar a duda, lo son.

En estos momentos pueden existir temas políticos que abordar, pero el problema jurídico básico relacionado con la membresía de Cuba en la OEA hace mucho tiempo pasó a ser irrelevante.

Gracias.

OLEG TROYANOVSKI.- Gracias.

Quiero solamente hacer una pequeña corrección en cuanto a los hechos. En el año 1962 ya no existía el bloque chino-soviético. En aquel momento nos habíamos separado.

WAYNE S. SMITH.- Si me lo permite.

Nosotros pudimos haber insistido en 1962 que sí existía; pero existiera o no en 1962, la idea de que exista en estos momentos resulta irrisoria.

OLEG TROYANOVSKI.- ¿Quién más desea intervenir?

Compañero Presidente, ¿desea intervenir?

CMDTE. EN JEFE FIDEL CASTRO.- Siempre me sorprenden con este tema del uso de la palabra, y yo mismo no sé ahora qué voy a hacer, porque he escuchado las palabras de McNamara, también las de Wayne; he escuchado realmente criterios —me llamó la atención— de distintas personalidades aquí presentes.

Expresaban su preocupación de que una reunión tan excelente como esta, que había dado tan buenos resultados, fuese a concluir en el tratamiento de un tema sensible, delicado, que pudiera dar lugar a polémicas aquí entre nosotros, y que pudiera deslucir el éxito que hemos tenido hasta ahora.

Entendí de las palabras de McNamara, que él consideraba que lo que habíamos hecho aquí en La Habana era ya un paso importante en el terreno de la forma, del método o de la posibilidad de abordar, con el mismo espíritu, esta cuestión de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos y también posibilidades de discusiones bilaterales.

No es que nosotros rechacemos que todos los que quieran de alguna manera contribuir a eso lo hagan; pero sí me doy cuenta de que, aunque nosotros ayer acordamos reunirnos dos horas para discutir estas cosas, y hay una entrevista de prensa, creo que después hay algunas entrevistas bilaterales, nosotros lo hicimos en el ánimo de expresar nuestra disposición de discutir cualquier tema, de estar presente, de colaborar. No queríamos regatear ni un solo minuto a esta reunión.

Pero si lo analizamos bien, dos horas no son suficientes para abordar en profundidad este tema —no diría dos horas, hora y media que es lo que nos queda casi.

En segundo lugar, es un tema que debe ser meditado. No creo que debe ser objeto de improvisaciones.

En tercer lugar, debemos evitar los riesgos de hacer una cosa inusual, que empecemos discutiendo las relaciones entre Estados Unidos y nosotros en una reunión de tipo internacional, en que las cosas que se digan puedan después, en cierto momento, influir en cualquier tratamiento de este problema por otros canales.

En cuarto lugar, la situación mía aquí es un poco especial, porque en mi doble condición de invitado, y, además, por las responsabilidades que tengo en el gobierno, ya decía ayer que estaba en desventaja, que no podía discutir aquí como un académico. El académico tiene mucha más libertad que yo para poder hablar y abordar los temas, y yo cualquier cosa que diga aquí, por mucho que la presente como una opinión simplemente personal, significa de cierta forma la posición del gobierno.

Por eso me parece sabio lo que propuso el señor McNamara en este sentido, y me parecen justificadas las diversas preocupaciones que se nos han expresado en relación con esta reunión o al tema que íbamos a discutir en esta reunión, en este momento, al final de la conferencia.

Debo decir que puedo discutir ese tema; es decir que nosotros tenemos muchos argumentos para explicar nuestra política, para explicar lo que hacemos y cómo lo hacemos. Nosotros tendríamos muchas informaciones que brindar acerca de la forma en que funciona nuestro sistema de gobierno, muchos criterios.

Creo que todo esto requiere una argumentación amplia, requiere cierto análisis histórico, incluso de la historia contemporánea, de la gran diversidad de sistemas que existen en el mundo; incluso de la necesidad de buscar un mundo que sea pluralista, puesto que no podemos hacer un mundo uniformado, en una misma forma, o dentro de un mismo esquema, porque eso no existe, y porque hay diferencias muy grandes entre Europa y Estados Unidos en cuanto a la forma y los sistemas.

Sé que ustedes son republicanos. No lo digo en el sentido partidista de la palabra, sino republicanos como sistema de gobierno, quiero decir que no son monárquicos; sin embargo, en el mundo hay muchas monarquías, quedan bastantes monarquías, y me imagino que seguirán existiendo, porque a algunos les ha ido bien con el sistema monárquico. Por ejemplo, los japoneses tienen un emperador, no es el sistema que tienen en Canadá o en América Latina.

Ese problema se discutió mucho, incluso, a raíz de las guerras de independencia, qué tipo de gobierno debían tener los latinoamericanos, y Bolívar tenía sus criterios. Bolívar era republicano; incluso hablaban de una república, de presidencias vitalicias, de senados vitalicios y de todas esas cosas; pero no era monárquico, era raigalmente opuesto a la idea de la monarquía.

San Martín era partidario de la monarquía, era partidario de buscar un príncipe francés para que gobernara las repúblicas de la América del Sur, lo cual fue motivo de sus desacuerdos con Bolívar en este aspecto en la famosa entrevista de Guayaquil, porque él pensaba que aquella diversidad de países no se podían gobernar de otra forma que con una monarquía. De más está decir que yo, personalmente, simpatizo mucho con las ideas de Bolívar, le doy toda la razón a Bolívar; pero ya desde entonces se discutía esto.

La Guerra Civil Española, que fue muy reciente, era una guerra entre republicanos, partidarios de la república, y partidarios, en cierta forma, de otro tipo de gobierno, incluso, de la monarquía. En Inglaterra hay una monarquía, en Suecia hay otra, creo que en Bélgica, en Holanda también tienen monarquía y en otros países; unos tienen presidentes electos directamente, otros tienen presidentes que los elige el Parlamento, como en Italia.

En España tenemos, por un lado, una monarquía, y, por otro lado, un gobierno que elige el Parlamento, y los que van al Parlamento los eligen los partidos, porque ponen una lista de candidatos, calculan matemáticamente cuántos votos tiene cada partido y ponen en primer lugar, en segundo,

en tercero, y ya los diputados los elige no el electorado, sino los elige el partido, el nombre de cada uno de aquellos que figuran en las listas, y esos son los que eligen al jefe de gobierno.

Tenemos países, como China, en que hay otro sistema, no sé si pretendemos también cambiar a China.

Debo decir que el temor que tengo, y a lo cual somos sumamente sensibles, es que la discusión se convierta en una discusión sobre problemas de Cuba y problemas internos de Cuba, y somos, realmente, muy sensibles a esta cuestión relacionada con la soberanía y con los asuntos internos del país.

Esta discusión nos obligaría a nosotros no solo a hacer un análisis comparativo, con argumentos, pienso, muy sólidos, sino a explicar todo nuestro sistema: cómo se elige aquí el gobierno, cómo funciona nuestra Asamblea Nacional, qué atribuciones tiene, quiénes eligen después a la Asamblea Nacional, quiénes postulan a los candidatos a delegados de circunscripción que son los que eligen después a la Asamblea Nacional.

Tendría que explicarles qué ocurrió en el congreso de nuestro Partido, qué cosas nuevas hicimos. Tendríamos que explicar, incluso, la decisión de la elección directa de los miembros de la Asamblea Nacional y no postulada por el Partido, sino postulada por el pueblo, que es el principio que planteamos. Cómo debe funcionar nuestro sistema dentro de un partido de dirección, aquí hay un partido que dirige; pero cuáles deben ser las funciones de ese Partido en cuanto a la elección de los órganos de poder, que es, sencillamente, garantizar que se cumplan de manera estricta todos los principios y todas las normas establecidas, pero es el pueblo quien postula y es el pueblo quien elige.

Entonces, si nos enfrascamos en una discusión de este tipo habría que juzgar a otros muchos sistemas; juzgar a otros muchos gobiernos; analizar lo que ocurre en China, cómo se dirige China. Habría que analizar hasta lo que ocurre en la URSS, lo que ocurría antes, lo que ocurre ahora; lo que ocurre en China, un gran país, un inmenso país con el cual Estados Unidos tiene excelentes relaciones siendo un país socialista, con un partido que dirige, y donde tienen su sistema de gobierno.

Menciono esto nada más, para dar una idea de la profundidad que tendría un análisis aquí, académico, digamos —y yo, por supuesto, sin ser académico, con esa desventaja, en el doble sentido de la palabra, tanto en el sentido de la profesionalidad como en el sentido de mis responsabilidades políticas—, y me parece que se podría hacer, si se quiere, en una conferencia un día, pero me parece que este no sería el momento más adecuado, porque nos enfrascaría en ese tipo de discusión.

He mencionado estas cosas solo para dar una idea. Aquí aparecerían decenas de contradicciones si, en definitiva, se quiere condicionar nuestras relaciones con Estados Unidos a cuestiones de tipo internas del país. Ese es

el riesgo que tendríamos nosotros, que estamos aprendiendo a ser sabios —sobre todo, después de discutir todas estas cuestiones de la Crisis de Octubre—; esos son los problemas que tendríamos si nos enfrascamos en esta discusión.

Me hizo mucha gracia lo que dijo McNamara, “que aunque yo piense otra cosa”. Él no tiene derecho a saber cómo pienso, porque ahí hay dos o tres McNamara, pero, sobre todo, hay un McNamara de una época y un McNamara de esta época [risas]. Él dijo que es revolucionario, y yo digo que sí, que es revolucionario lo que está haciendo. Me parece que la contribución que él ha hecho, junto con los demás norteamericanos al análisis de la Crisis de Octubre es una cosa sumamente útil, sumamente positiva, y diría que revolucionaria; pero esta sospecha de que McNamara podía ser revolucionario la tengo desde hace algún tiempo [risas], cuando él era presidente del Banco Mundial, y publicaba informes y estadísticas de lo que estaba pasando en el mundo, y de las realidades y de todas esas cosas; porque me parecían informes revolucionarios, porque a partir de esos informes se pueden sacar muchas conclusiones sobre los problemas que tenemos en el mundo. De modo que esas son, en esencia, las razones por las que comparto el criterio de McNamara.

Debo decir con absoluta sinceridad que he aprendido mucho en esta reunión, he conocido cosas que ignoraba y que me parece que tienen una gran importancia a la hora de analizar los hechos y la conducta que tuvieron lugar alrededor de la Crisis de Octubre. Me ha parecido excelente el espíritu con que hemos discutido aquí, el respeto por las opiniones de cada cual con que aquí se ha discutido, la sinceridad, la honestidad. Creo que he podido presenciar un método, me parece que muy adecuado, para discutir cuestiones complejas, cuestiones difíciles.

Conozco bien a los soviéticos, muchos de los aquí presentes son amigos viejos, de mucho tiempo —no amigos viejos, sino viejos amigos [risas]—, que fueron embajadores, que trabajaron aquí, que conocimos en una época u otra de nuestras vidas. No resultaba fácil al tener que analizar la conducta de personalidades históricas, cuando estamos, incluso, en presencia de familiares de esas personalidades. Teníamos el deber de ser claros, explicar nuestras percepciones de cada una de las actuaciones, en algunas ocasiones críticas; pero no resultaba fácil hacerlo, puesto que los conceptos que guardamos de esas personas son conceptos elevados, en la realidad, y teníamos el honrado deber de reconocer esas cualidades brillantes de esas personalidades, cuyos hechos hemos tenido que juzgar.

Si se es honrado, se dice la verdad sin prejuicios. Dije algunas cosas de Kennedy, que fue nuestro adversario, pero no es ni siquiera la primera vez que las digo; en distintas entrevistas de prensa, con distintas personalidades, he planteado algunos conceptos y algunos criterios, de los cuales parte expuse aquí. Y gracias a esas circunstancias nos fue más fácil vencer el es-

collo de tener que analizar y juzgar conductas de personalidades de aquella época.

Decía que tengo relaciones de amistad con casi todos los soviéticos, los conozco bien, no podría decir lo mismo con relación a la delegación norteamericana, aunque sí tuve el honor de conocer a algunos de los aquí participantes. Wayne estuvo aquí en nuestro país un tiempo, como jefe de la Oficina de Intereses, realmente tenemos un elevado concepto de él; él no está postulado para nada en este momento, así que no le estoy haciendo ninguna campaña de tipo electoral. Con Schlesinger —me perdonan si no pronuncio muy bien el inglés— también hemos tenido conversaciones; pero con muchos de los aquí presentes nunca habíamos tenido el honor de reunirnos.

El hombre que fue calificado aquí como alguien que se parece a Hemingway, Kline, tal vez esperaba que nosotros tuviéramos agravio, según le ha contado a algunas personalidades, y me dijo a mí mismo que él creía que no le íbamos a dar la visa. Calculen ustedes qué volcán de resentimientos tendríamos si le fuéramos a negar la visa a quien era alto funcionario de la Inteligencia, porque descubrió la presencia de los proyectiles estratégicos. Es que él, a pesar de haber trabajado en un organismo de Inteligencia, no tenía suficiente información de cómo es Cuba y de cómo somos los cubanos; se ve que todavía cometen, aún después de retirados, algunos errores. Por el contrario, para nosotros fue un placer saludarlo, conocer quién fue el que hizo eso.

Yo dije cuáles habían sido nuestras deficiencias, nuestros fallos; él hizo y ayudó a descubrir eso, cómo nosotros vamos a guardar rencor por eso. Si se conociera mejor a los cubanos verían que los cubanos somos diferentes, tendrían otra imagen de cómo somos los cubanos, nuestro trato con todos, con los amigos, con los adversarios. Y estamos hablando de historia, y para nosotros constituye un privilegio conocer personalidades que jugaron un papel u otro en esa historia.

Digo esto porque he sacado muy buena impresión de la delegación norteamericana. Que tenga una buena impresión de los soviéticos no es nada nuevo, pero que viva, experimente una magnífica impresión de la delegación norteamericana, no diría que es enteramente nueva, pero sí diría que es algo muy constructivo y algo que ayuda a crear ese clima de confianza, ayuda a eliminar reservas porque también aunque creamos que no las tenemos, las tenemos. En ciertos momentos se pronunciaron palabras un poco más fuertes, menos fuertes, pero, afortunadamente, soslayamos los escollos de las palabras más o menos fuertes; porque teníamos la voluntad de que nuestra reunión fuera un ejemplo de convivencia, de discusión, de análisis sereno, frío. Creo que esos son los caminos para encontrar soluciones a los problemas, y creo que el mundo tiene una cantidad de problemas enormes; dicen que McMamara lo sabía.

Ahora que se ha acabado la guerra fría tenemos otros peligros. Los fenómenos relacionados con el medio ambiente, para citar un ejemplo, son realmente gravísimos; nosotros empezamos a experimentar aquí ciertos cambios de clima que nos crean problemas, aumenta la violencia de los ciclones, las sequías se hacen más prolongadas, o excesos de lluvias, o fenómenos de calentamiento de la atmósfera que afectan las cosechas, que incrementan las plagas. Ya decía que el mundo era una montaña de problemas muy grande, asociados al crecimiento de la población, asociados al desarrollo, nuevas enfermedades que surgen, que afectan al hombre, a las plantas; pero el hombre ha cometido tantas insensateces, no solo construyendo muchas armas sino también contribuyendo a que los desiertos crezcan, a que los bosques desaparezcan. Hasta un pequeño país, como Haití, pequeñísimo en el ámbito geográfico y en cuanto a su población, nos crea problemas a todos que no resulta fácil resolver, para los que no tenemos una respuesta inmediata.

Soy partidario de la paz, lo digo con la misma franqueza con que he dicho otras cosas; soy partidario de la colaboración internacional. Mencioné —y no para resaltarlo como un mérito— nuestra cooperación en el campo de la salud pública y en la educación con otros países. Nosotros tenemos médicos en más de 30 países que trabajan gratuitamente, les pagamos aquí en Cuba los salarios y el país que los recibe les da la alimentación, el alojamiento y un pequeño estipendio de gastos de bolsillo, que pueden ser 30 dólares, como regla, a unos les dan un poquito más, a otros un poquito menos. Un médico en cualquier país de África que venga de Europa le cuesta 70 000 u 80 000 dólares a un país o a la Organización Mundial de la Salud. Nosotros tenemos mas de 1 000 médicos trabajando en el exterior, en el Tercer Mundo; pensamos para el año 2000 disponer hasta de 10 000 médicos como colaboración con el Tercer Mundo. Nuestros médicos van a cualquier país, al campo, a las montañas, no van para estar en las ciudades; en una misma vivienda se alojan 8, 10 o 12 médicos nuestros, de manera que resulta económico. Tienen una experiencia creciente porque han acumulado la experiencia, sobre todo, en la medicina tropical, de las enfermedades que prevalecen en una gran parte del mundo, enfermedades que, incluso, no existen aquí.

Nosotros estamos en la disposición de continuar por ese camino de colaboración. Nuestros recursos son pocos, pero Cuba demuestra cómo con muy pocos recursos se puede cooperar con otros países.

Ayer decía que no pensábamos enviar soldados, que nuestro internacionalismo se concretaba fundamentalmente en nuestro país en lo que se refiere a la cuestión de la defensa del país. Ayer expliqué nuestra política exterior, la que ha ido desarrollándose progresivamente, pero debía añadir que estamos dispuestos a enviar médicos, y siempre dije: Es mejor enviar médicos y maestros que soldados. Estamos dispuestos a colaborar con cualquier programa de salud, de las Naciones Unidas, incluso a las iglesias les

hemos ofrecido colaboración si quieren ayudar a algún país en el campo de la medicina; estamos dispuestos a colaborar con cualquier país y hacer programas comunes para trabajar en favor de la salud, de la educación, de la técnica, de la agricultura, de muchas cosas; porque tenemos los hombres dispuestos a ir a esos lugares, que a veces es lo más difícil.

Estados Unidos una vez organizó los cuerpos de paz y buscaron voluntarios para algunos de estos problemas; pero les aseguro que nosotros tenemos decenas de miles de voluntarios, tenemos cientos de miles de voluntarios para realizar trabajos de cooperación en el terreno pacífico.

Creo que la idea de la necesidad de paz, independientemente de sistemas sociales, es algo que hoy prevalece en el mundo, cuando se miran las cosas con más calma, con más frialdad; y ponía el ejemplo de China porque existe con su socialismo y su sistema político, en muchas cosas parecido al nuestro, que tiene amplias relaciones con Occidente, amplias relaciones con Estados Unidos, y no creo que nadie cuestione el comportamiento internacional de China y su política de apertura económica y de paz. Muchas veces con pocas cosas se puede hacer mucho.

Las palabras de McNamara nos honran cuando hacía referencia a la mortalidad infantil en nuestro país, que en el año 1990 fue de 10,7 y en 1991 fue también, estadísticamente, de 10,7. Realmente, en 1990 fue de 10,74 y en 1991 fue de 10,66, bajó ocho centésimas la mortalidad infantil en el año de período especial, de grandes dificultades económicas para nuestro país. A veces hemos tenido dificultades incluso con los recursos para la higiene: problemas con el jabón, problemas con el material de lavar, problemas de todo tipo, y aun en esas condiciones hemos logrado bajar ocho centésimas la mortalidad infantil en nuestro país.

A pesar de las condiciones de período especial en nuestro país, no hay un solo niño que no tenga maestro, ni un solo niño que no tenga escuela; no hay ni un solo hospital cerrado, ni una sola escuela cerrada. Nosotros les damos empleo a todos los que se gradúan en la universidad, automáticamente; les damos empleo, o les damos un subsidio, a todos los que se gradúan en las escuelas politécnicas como obreros calificados, automáticamente, haya o no empleo.

Ya dije que con miles de millones de dólares menos de ingreso el país se las está arreglando, con mucho menos de la mitad del combustible que recibíamos históricamente. No hemos aplicado políticas de choque, sencillamente; esa ha sido la diferencia nuestra con otros países, que van a la política de choque, y las políticas de choque son despiadadas. Cualquiera podría sustentar, incluso, una tesis de que la política de choque es una violación de los derechos humanos, porque a los jubilados los mata de hambre, a los que tienen bajo salario los mata de hambre.

En la propia URSS ahora se ven algunos de estos fenómenos y casos de personas que tienen una jubilación de 500 rublos; 500 rublos en una época

fue dinero, se podía vivir con 500 rublos, pero cuando el kilogramo de carne alcanza un precio de 120 rublos, entonces 500 rublos no es nada, para citar un ejemplo reciente. En la América Latina tenemos muchos ejemplos de esos tipos de políticas: se cierran escuelas, se cierran hospitales, se cierra todo.

Nosotros lo que hacemos es compartir lo que tenemos, no dejar a nadie desamparado. Yo aseguro que cualquier sociedad latinoamericana habría estallado en mil pedazos ante los tipos de problemas económicos que ha tenido que enfrentar Cuba abruptamente.

Esto significa, repito, que se puede hacer mucho con poco si el pueblo está consciente de los problemas, si el pueblo coopera, si la gente tiene una causa por la cual luchar, una causa por la cual soportar limitaciones, cuando hay patriotismo, cuando hay cultura política, que no abarcará a toda la población, pero abarca a la mayor parte y la parte más activa y más trabajadora de la población.

Por eso es que nosotros, aun en estas condiciones —y pueden llegar a ser más difíciles todavía—... Puede ser que tengamos que usar todavía menos electricidad, ya nuestro país no enciende los televisores más que por la noche algunas horas. De cuántas cosas nos hemos tenido que privar, y cuántas cosas hemos tenido que priorizar y otras sacrificarlas en aras de poder sobrevivir; pero la unidad y cooperación del pueblo es lo que explica que no estalle nuestra sociedad. Yo diría que otras sociedades no están preparadas como está la nuestra para eso, y a base de persuasión, que es lo que importa, a base de convicción.

Es por eso que hemos logrado algunos éxitos como el de la salud, que explicaba McNamara. Nos estimula mucho esa observación porque a nosotros se nos niega todo, como regla, y es agradable escuchar de una personalidad como él algunos de estos reconocimientos.

Oleg Darúsénkov decía ayer que, después de todo, la situación en derechos civiles era mejor que en otros muchos lugares, no era tan mala, más o menos con esas palabras lo explicó él.

Yo realmente estaba en desacuerdo y es del tipo de discusiones en que hubiéramos caído hoy, porque yo puedo demostrar que en ningún otro país del Tercer Mundo hay las garantías, las seguridades y las posibilidades que hay en Cuba.

Nosotros podemos hablar del sistema electoral nuestro, incluso hemos logrado erradicar la prostitución. Creo que liberar a una sociedad de la prostitución es algo altamente encomiable, eliminar la mendicidad es altamente encomiable. Eso no quiere decir que no haya alguna persona que tenga tendencia a la prostitución, porque se puede dar y se da en cantidades mínimas, y no es una necesidad vital de nadie, de ninguna mujer en nuestro país; o eliminar el desempleo, o el desamparo de cualquier ciudadano; eliminar la discriminación racial, que ha sido una obra educativa, porque eso

no se elimina por decreto, el racismo se elimina por educación, no hay otra forma de hacerlo por métodos realmente persuasivos. En nuestro país no se ven esas enormes desigualdades en que al lado de la gente durmiendo en la calle, sin casa, sin alimento, sin nada, se pueden ver otros que poseen una riqueza fabulosa. En nuestro país hay un máximo de distribución de la riqueza sin ser un sistema comunista, nosotros llamamos socialista a nuestro sistema.

Creo que podemos defendernos, y tenemos argumentos para señalar y para demostrar cómo son las cosas en nuestro país.

Es una prueba más; desde luego, yo aprovecho esta oportunidad porque no quería haberme quedado con aquella idea en la cabeza de que, después de todo, hay lugares en que es peor la cosa. Después de todo, compañero Oleg, vamos a ver qué pasa con los antiguos países de la Unión Soviética, y qué nivel de justicia social queda en todos esos países, que yo les deseo que sea mucho mucho mucho, y que, después de todo, no sea tan malo como en el Tercer Mundo, honradamente.

Creo que no hace falta añadir nada más. Me resta realmente darles las gracias a todos por lo amables que han sido, por la atención prestada, por la paciencia que han tenido con mis intervenciones, en ocasiones extensas, como la de ayer, en que les prometí que no iba a hablar dos horas y media o tres. Estadísticamente cumplí, señor McNamara, porque hablé dos horas y cuarto [*risas*].

Me retiraré de aquí con una enorme impresión, con una gran esperanza, con la satisfacción de haber tenido oportunidad de participar en algo tan constructivo, tan noble, tan positivo como lo que aquí se ha hecho, y quiero expresarles la disposición de Cuba de seguir cooperando en esta dirección y de seguir trabajando con ustedes en el esclarecimiento de este hecho histórico y de otros, y en cualquier empresa noble que ustedes se propongan.

Muchas gracias [*aplausos*].

OLEG TROYANOVSKI.- Creo que estos aplausos expresan el reconocimiento y el agradecimiento al compañero Fidel Castro por sus palabras de conclusión y por su activa participación en nuestras discusiones.

Creo que todos, al irnos de aquí, podemos estar satisfechos no solamente por haber arrojado luz sobre nuevos aspectos de la crisis de 1962, sino también satisfechos por la atmósfera constructiva y amistosa, de comprensión mutua, en que se celebró nuestro encuentro.

Quisiera expresar la esperanza de que este encuentro, no en sentido directo sino indirectamente, contribuirá a que mejore el clima en esta parte del mundo, como ha ocurrido en otras zonas del mundo. Por eso, si nadie más desea hacer uso de la palabra, pudiéramos dar por concluido el encuentro con esta expresión de satisfacción general [*aplausos*].

ÍNDICE

-NOTA AL LECTOR / III

-CONFERENCIA TRIPARTITA SOBRE LA CRISIS DE OCTUBRE,
EFECTUADA EN EL PALACIO DE LAS CONVENCIONES / 1

- Primera Sesión: 9 de enero de 1992 / 1

-Segunda Sesión: 10 de enero de 1992 / 46

-Tercera Sesión: 10 de enero de 1992 / 87

-Cuarta Sesión: 11 de enero de 1992 / 122

-Quinta Sesión: 11 de enero de 1992 / 151

-Sexta Sesión: 11 de enero de 1992 / 179

-Séptima Sesión: 12 de enero de 1992 / 213